



Taller de Escritura
**Móntame
una Escena**

Recopilación nº 3
octubre 2014 - junio 2015

Literautas Editorial

Taller de Escritura

Móntame una Escena

RECOPIACIÓN DE TEXTOS DEL TALLER
OCTUBRE 2014 - JUNIO 2015

Literautas

www.literautaseditorial.com

LITERAUTAS EDITORIAL
Palma de Mallorca - España
editorial@literautas.com
www.literautaseditorial.com

© 2015, Literautas

Los relatos recogidos en esta publicación son una recopilación
de textos participantes en el taller de escritura online
Móntame una Escena, de Literautas.com
Ninguno de los relatos puede ser reproducido,
modificado, comercializado o transmitido
en manera alguna
sin el previo permiso escrito de sus autores.

“Móntame una Escena” es un grupo de escritura online abierto a todo aquel que quiera participar y completamente gratuito. Nació en septiembre de 2012 como un experimento dentro del blog de escritura Literautas y su funcionamiento es el siguiente: el primer día de cada mes se publica en el blog una propuesta a partir de la cual se ha de desarrollar un relato. Estos relatos serán leídos, analizados y comentados por los propios participantes, siempre buscando la crítica constructiva y el compañerismo que definen a este taller.

Los textos recogidos en este libro son una recopilación de relatos que participaron en el taller entre octubre de 2014 y junio de 2015, todos ellos revisados y adaptados por sus autores para formar parte de esta colección. Una curiosa antología de la que forman parte escritores de múltiples nacionalidades, edades y géneros, pero que tienen en común un mismo idioma y el amor por el arte de contar historias.

Gracias a todos los que habéis participado durante estos tres años de taller, por poner vuestro granito de arena para que este proyecto siga creciendo mes a mes; y gracias también a ti, que tienes en tus manos el tercer volumen del taller de escritura “Móntame una Escena”, por ayudarnos a que sea una realidad. **Nos alegra informarte de que todos los beneficios obtenidos por este libro serán donados íntegramente a la ONG internacional Ayuda en Acción.**

Índice de Contenidos

Capítulo 1

El patio (octubre 2014)

Página 7

Capítulo 2

De miedo (noviembre 2014)

Página 36

Capítulo 3

La isla (diciembre 2014)

Página 62

Capítulo 4

El teléfono, la jaula y el sombrero (enero 2015)

Página 98

Capítulo 5

Microrrelatos - 1ª edición (febrero 2015)

Página 163

Capítulo 6

La radio (marzo 2015)

Página 174

Capítulo 7

La maldición (abril 2015)

Página 234

Capítulo 8

Los tambores (mayo 2015)

Página 295

Capítulo 9

Microrrelatos - 2ª edición (junio 2015)

Página 383

.....

Capítulo 1

El patio

Octubre, 2014

.....

¿Dónde están los niños?

Diana Hunter

.....

.....

Sentada en este banco del patio de preescolar, aún intento hacerme a la idea de lo sucedido. No puedo dejar de mirar el agujero en la tierra y preguntarme cómo es posible.

Esta mañana, cuando me presenté al director del colegio Juan Manrique, este se mostró impresionado con mi currículum. Me extrañó, pues mi nota de la carrera no superaba el cinco y mi única experiencia laboral era la de haber servido de canguro. El hombre había entornado los ojos al preguntarme si yo tenía experiencia en engatusar a un niño menor de seis años en pleno pataleo. Me resulto curioso que lo planteara, pues nadie había tenido más pataletas que mi hermano menor. Era un auténtico artista del chantaje emocional en centros comerciales y pasos de peatones. Nunca pudo con mi voluntad. Así se lo conté al director, ya que estaba tan interesado.

–Usted ya sabe para lo que está aquí, entonces –concluyó.

Yo me encogí de hombros. Había de reconocer que era sorprendente que Educación convocase a alguien con tantas prisas tan solo como asistente, pero era lo que me estaba sucediendo a mí.

Así, me he visto acompañando a Sara, la maestra titular de preescolar. Yo no entendía cómo alguien rodeado de niños podía estar tan rígida. Los pequeños parecían notar que Sara se tomaba su trabajo demasiado en serio. En las dos primeras horas de clase, a pesar de no conocerme de nada, ellos preferían hacerme dibujos

a mí, darme la mano a mí, e interrogarme a mí. Sara siempre negaba con la cabeza o me levantaba una ceja como advirtiéndome de algo. Casi sin darme cuenta, llegó la hora del recreo.

A los diez minutos de haber salido al patio, Sara me dejó sola con los niños. Menos mal que los veintiún críos habían dejado de protestar ante la negativa de Sara de hacer el descanso en el parque de enfrente. Antes de irse, mi compañera solo me dijo que les vigilara de cerca, en especial a Eva y Daniel, y que no dejara que perdieran el tiempo sacando el barro que había junto al seto norte.

–Tienes que evitar que se salgan con la suya el tiempo suficiente
–me advirtió con gravedad.

Tan pronto como ella abandonaba el patio, los niños corrieron hacia la esquina prohibida. Empezaron a cavar con sus propias manos. Cuando llegué junto a ellos con los brazos en jarras, Eva me miró, no como una niña de cuatro años, sino como lo haría mi madre antes de atreverme a protestar por el menú. Recuerdo haberle acariciado el pelo...

La voz angustiada de Sara llegó hasta mi oído.

–¿Dónde están los niños?

Ella me agarró del brazo y me levantó de mi posición a cuatro patas, metida hasta el hombro en la tierra. Detrás de mi compañera, había tres hombres vestidos de azul que no parecían padres. Intenté explicarle que los críos estaban allí no hacía ni... Miré la hora, solo llevábamos dos minutos de recreo. Di unos golpecitos a la esfera de mi reloj con el dedo.

Sara negó con la cabeza y se sentó de forma pesada en el suelo, junto a mí.

–Al final, han conseguido escaparse –me dijo con voz cansada.

Una alarma empezó a sonar dentro de mí. Sara señaló a los

hombres de azul que hablaban por sus móviles.

–Son del Gobierno. Los enanos son cada vez más listos. Desde que encontramos esta puerta del tiempo en el suelo, no hay adoquinado ni muro que impida que vuelvan a cavar cada vez que no se les hace el gusto.

Yo le pregunté qué importancia tenía, mientras me miraba los brazos llenos de barro.

–Esta es su nueva forma de echar para atrás el tiempo: escarban y retrasan un minuto por cada puñado que sacan de la tierra. A nosotros nos llevan al pasado más rápido de lo que podemos procesar, dejándonos desorientados. Como a ellos no les afecta, aprovechan para largarse. Si no los neutralizamos a tiempo, vete a saber a dónde van a parar y cuál puede ser su próxima actuación.

Mi estado de aturdimiento ha durado un buen rato. Como mi error se debe a mi falta de experiencia, me dejan en el programa, cualquiera que ese sea.

Tendré que aprender deprisa cómo neutralizar a los pequeños. Todavía intento digerir toda la información que me acaban de soltar. En el Gobierno investigan cómo traer a preescolares de vuelta para revertir el tiempo y que sean ellos los que olviden sus poderes. Tal vez, un día sean como nosotros. De lo contrario, llegará un momento en que los centros comerciales, los pasos de peatones y hasta los patios de colegio se conviertan en su dominio absoluto. Y, ¿qué será de nosotros entonces?

El grito

Chiripa

.....

.....

—¿Así es que tú eres la nueva? Pues bien, considera esta nuestra bienvenida, ¿entiendes?

Con los ojos casi desorbitados observé a quienes me rodeaban. No había adultos ni para una muestra. Vi a dos de mis compañeras con el terror dibujado en sus caras. Por último, miré a los ojos al cabecilla, quien me escaneaba de pies a cabeza, como midiéndome el miedo. Y la anatomía.

A la hora del recreo y en el patio del colegio, Beto y sus secuaces me empujaron hacia la esquina del merendero y me acorralaron contra la pared. No era un acto a escondidas, parecía que él deseaba exhibirse, ser admirado y temido; que el resto de los alumnos supiera lo cruel que podía ser.

Algunos de los testigos lo azuzaban, otros simplemente se limitaban a mirar. Unos pocos gritaban «¡Defiéndete, Mariol!». Otros: «¡Déjala en paz, es una niña».

La verdad es que estaba asustada por lo que sabía me tocaría oír y sentía rabia por lo dispar de la situación. Yo estaba sola en el rincón mientras se me venían encima seis zagalones.

—Primero voy a tantear tu anatomía a ver si me mereces o no. Tú, calladita, ¿entiendes? Y, para que no digan que soy injusto, todos mis amigos harán lo mismo. Ahora bien, si quieres evitar que esto se repita te invitamos a jurar, ante todo este venerable público, que me servirás en todo lo que te exija.

El granuja se fue acercando lentamente a mí y, procurando ser oído, continuó:

—Te va a gustar la inspección, nena. No te defraudaré, te lo aseguro. Te haré gemir como una perra y quedarás pidiendo más.

—Te recomiendo que ni lo intentes —susurré ahogada por el terror y sin separar mis pupilas de las suyas. Traté de ordenar mi cerebro, analizar todo lo discutido en el pasado con familiares y maestros sobre el “bullying”, pero el pánico me petrificaba y las neuronas parecían haberse desconectado. Nunca imaginé estar en la piel del acosado. Sentí una opresión en la garganta y ganas de vomitar.

—¿Oyeron eso? Esta cree que va a poder impedir el manoseo. —Beto y sus compinches se carcajearon con un gusto tal que hasta a mí me dieron ganas de reír. Sin embargo, percibí un cambio en la expresión de sus caras, ahora mostraban una mezcla de duda y furia ante lo que, quizás, les pareció un reto.

En una fracción de segundo mis ojos revisaron el patio. Vi un par de celulares en posición de grabar y, por el rabillo del ojo, que varios adultos salían del salón de profesores y se dirigían al merendero. Me sentí a salvo. Sacudí el pánico y entonces cambié la estrategia:

—Ven, cariño, prueba que eres bueno. —No se como articulé esas palabras, pero noté gran desconcierto en su cara.

—¿Dónde están los niños? —Escuché a uno de los maestros preguntar a lo lejos. Me envalentoné y quise hablar pero lo que salió de mi garganta fue un alarido espeluznante cargado de pavor e impotencia que brotó desde lo más profundo de mi estómago.

Percibí que algunos adultos aceleraban el paso y se acercaban a nosotros.

Sintiéndome fortalecida penetré las pupilas de mi acosador y logré articular mi advertencia:

—Tengo esta escenita grabada en varios celulares, ¿entiendes?
—recalqué irónicamente lo que parecía su palabra preferida—. Se acabó el abuso, Beto. ¡Lo juro! Como que me llamo Mariol.

El guía gris

Guillermo Lobato

.....
<http://elsurcodelplumin.blogspot.com.es/>
.....

Conocía perfectamente aquel lugar. Había pasado cientos de horas en sus aulas, recorrido decenas de veces sus pasillos, e incluso visitado el despacho del director en alguna ocasión. Sin embargo, aquel no parecía el colegio que Alicia recordaba. Tampoco había pasado tanto tiempo. ¿O sí? Ya no estaba segura. Recordaba haber estado allí la semana pasada. ¿Y ayer? No podía recordar qué hizo ayer. Ni siquiera sabía qué día era.

—Pareces confusa, chiquilla —oyó una voz a su espalda. Se giró sobresaltada pero no vio a nadie.

—¿Quién anda ahí?

—Un amigo —contestó la misma voz.

—¿Cómo que un amigo? ¿Dónde estás?

—Tranquilízate, ya te he dicho que soy un amigo. Hace tiempo que no tengo nombre, así que puedes llamarme así si quieres. Y sabes muy bien donde estoy —una fuerza invisible le agarró el hombro, helándole la sangre—, solo que no puedes verme. Ni a mí ni a nadie desde ayer, ¿me equivoco?

No entendía qué estaba pasando. ¿Qué era aquello? ¿Alguien gastándole una broma? Supuso que en cualquier caso lo más educado era contestar.

—Eso no es cierto, esta misma mañana he visto a mi madre antes de venir a clase.

—¿Seguro? ¿Recuerdas haber venido desde tu casa?

—Claro que... Espera. No, no ahora que lo dices. Ni siquiera recuerdo cómo he llegado aquí.

—No te preocupes, pronto verás todo más claro —la tranquilizó Amigo—. Es normal al principio: los recuerdos vienen y van, y el tiempo pasa de manera confusa.

—¿De qué hablas? ¿A qué día estamos?

—Viernes, 17 de septiembre de 1999. Once menos cinco, para ser exactos.

—Entonces es la hora del recreo, pero...—se detuvo al darse cuenta de lo que eso significaba. Normalmente a esa hora el patio estaba lleno de niños jugando y gritando, pero allí no había nadie—. ¿Dónde están los niños?

—¿Los niños? ¿Es lo único que echas en falta? Tampoco hay adultos, ni siquiera en la calle.

Era cierto: no parecía haber nadie en ninguna parte. A través de la valla no se veía más que un semáforo controlando un tráfico inexistente.

—Tú sabes qué está pasando, ¿verdad?

—Así es. Puedo mostrártelo si quieres, pero ya te advierto que no será agradable.

—No me importa.

—En ese caso acompáñame —contestó Amigo haciéndose por fin visible y mostrando a Alicia su aterrador aspecto. Ante ella se encontraba encorvada una pálida figura de más de dos metros, con una melena oscura y descontrolada que nacía en una calavera con la mandíbula destrozada. Cojeaba arrastrando los pies y balanceando unos finos brazos que acababan en afiladas garras.

A pesar de todo, lo más impactante de su aspecto era una total falta de simetría, que se hacía más evidente con lo que parecían los restos de un ala y unas cadenas colgando de su hombro derecho.

—No tengas miedo, si quisiera hacerte daño ya lo habría hecho. Solo quiero ayudarte —dijo con suavidad al ver el miedo en los ojos de Alicia, que tras debatirse entre el terror que le inspiraba aquella criatura y la curiosidad, finalmente logró armarse de valor para seguir sus pasos. Cruzaron el campo de fútbol y el porche y se adentraron en el jardín.

—¿Estás preparada?

—Sí —asintió Alicia fingiendo más confianza de la que realmente tenía.

—No es cierto, nadie lo está nunca. Pero no importa. Necesito que me traigas unas rosas, ¿crees que podrás hacerlo?

—Claro.

Se suponía que los alumnos no podían entrar en el jardín, pero lo cierto era que lo único que separaba el patio y el jardín era una barra a la altura de la cintura, por lo que todos los niños se habían colado alguna vez a recuperar un balón o para hacer trampas jugando al escondite. Así que ya sabía perfectamente donde tenía que buscar las rosas. Se encaminó decidida hacia el centro preguntándose qué tendrían que ver las rosas con todo aquello y de pronto se dio cuenta. No podía reconocer las rosas. Todas las flores parecían iguales. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta antes? Por eso el colegio se veía diferente aquella mañana.

—¿Por qué veo todo en blanco y negro? —se volvió con la respiración entrecortada.

—Porque aquí no hay más colores.

—¿Aquí?

—En el plano espectral. El mundo de los muertos, si así lo entiendes mejor.

—¿Estoy muerta? —preguntó mientras sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas—. No puedo estar muerta, no... ¡No!

—Lo siento. Lo siento mucho, de verdad. Estas cosas no deberían suceder. Ayer derrochabas vitalidad... La misma vitalidad que te llevó a balancearte en el larguero de la portería. Ojala pudiera haberlo evitado.

Aquello hizo que Alicia recordara todo. Solía balancearse en la valla del jardín, era divertido, pero ya no suponía el mismo reto que antes. Por eso lo intentó con la portería. Recordaba lo bien que se sintió al notar el suelo tan lejos mientras ganaba impulso, los ánimos de sus amigas, el pelo colgándole... Y el grito de su profesora, y como resbaló al oírlo, el suelo acercándose rápidamente... Y el dolor. El recuerdo de un latigazo recorriéndole el lateral del cuello fue tan intenso que casi pudo volver a sentirlo. Se había partido el cuello al caer. Aquello fue lo último que sintió con vida. Una vida que había acabado demasiado pronto, a la que aún le quedaban otras muchas cosas por sentir, pero que tras solo ocho años se había encontrado con la muerte. De hecho, se había encontrado con La Muerte.

—Pero entonces, tú eres...

—¡Oh, no! No... Solo un alma cualquiera. Mi aspecto no es más que el reflejo de las atrocidades que cometí en vida en este mismo colegio —confesó—. Guío a las almas que acaban de llegar en un intento de compensar lo que hice. La humanidad que aún desprendéis los recién llegados me hace recordar lo bueno que una vez hubo en mí. Quédate conmigo y te enseñaré a percibir el mundo de los vivos, y con suerte a comunicarte con ellos...

La maestra

Patricia Enderica Espinosa

.....

.....

—Y es así como un viernes 12 de Octubre de 1542, Cristóbal Colón pisó tierras del Nuevo Mundo por vez primera...

Un silencio sepulcral le siguió a la última frase de aquella historia que la venía repitiendo desde hacía mucho. Casi treinta y cinco años como maestra de primaria, fue tiempo más que suficiente como para sabérsela de memoria.

—Bueno, si no hay ninguna otra pregunta, pueden salir al patio por un momento; yo voy enseñada.

En sus ojos se reflejaba la satisfacción de quien convive a diario con almas jóvenes, y su rostro esbozaba una apacible sonrisa mientras los veía salir enternecida. A pesar de que su apariencia ya no era como la maestra elegante de antaño, todavía conservaba ese orgullo de saberse mentora de generaciones. Ahora la vestían con batas mañaneras, los tacones pasaron a ser objetos obsoletos en su memoria y, en su lugar, arrastraba un par de cálidas pantuflas.

Sus temblorosas manos intentaban alcanzar a tientas el borrador de tiza abandonado en algún lugar del escritorio, cuando de pronto una voz conocida irrumpió sus pensamientos:

—¡Mamá, mamá!, ¿estás bien?, ¡llevo todo el día buscándote! No vuelvas a marcharte sola, nos has dado un susto tremendo... —Y tomándola de la mano, la encaminó hacia la destartalada puerta de aquel salón de clases.

—Pero, todavía no puedo irme, los niños están en el patio, la

campana pronto sonará y yo debo estar aquí para recibirlos.

—No mamá, ya hablamos de esto; vamos, atardece y hace mucho frío.

—¡Es que aún no termino mi clase!

—Mamá, por favor...

—Está bien, pero por lo menos déjame ir a despedirme y encargárselos a otra maestra. —Y soltándose de la mano, se dirigió hacia al patio del colegio.

De pronto, por una intermitencia de su mente ahora sus ojos veían otra realidad; su mirada se paseó por los columpios rotos, las resbaladeras oxidadas, y un terreno ennegrecido lleno de escombros.

—¿Dónde están los niños? —preguntó angustiada.

—Mamá, no hay niños ¿recuerdas?; la escuela se quemó hace más de treinta años, estas son sólo ruinas.

—¡No, los niños estaban aquí! Les acabo de dar una clase magistral acerca del descubrimiento de América y...

—Mamá, mamá, ven, abrázame. Vamos a casa, necesitas comer algo.

—No, debo seguir con mi clase. ¡Mis niños me necesitan!

—Shhh... Tranquila, todo estará bien. Vamos, vamos a casa a preparar tu lección para mañana; ellos seguirán esperándote...

Sus sombras se columpian

Nick Brooks

.....
<http://habiaunayotravez.wordpress.com>
.....

Con lentos pasos me acerco al patio. El cielo está gris. Solo el viento me acompaña al empujar la oxidada puertecilla. Las bisagras chirrían, rompiendo el silencio. ¿Dónde están los niños? El patio de un colegio nunca está en silencio. Veo los columpios; uno de ellos aún se balancea. ¿Será por el viento? ¿Qué es lo que veo allí? Parpadeo un par de veces, me restriego los ojos. Hay unas sombras grises, borrosas, corriendo por el patio. Hay un par de sombras lanzándose una pelota aún más gris, y más borrosa. De pronto me doy cuenta, son los recuerdos de los niños. Sus sombras aún se columpian. Juegan a perseguirse, al escondite. Y ríen. Pero el silencio es ensordecedor. Y de pronto, aparece una mujer, buscando desesperadamente algo en el patio. La reconozco; de alguna forma sé que se llama Susan.

—¡Billy! —la oigo decir —¿Dónde estás? ¡Dime que los niños están bien!

¿Por qué puedo ver tan claramente a Susan? Es solo un recuerdo, ¿no?

Es un recuerdo muy vívido. A colores, y con sonido. Intento decirle algo. solo un susurro.

—Susan, los niños no están aquí. solo quedan sus recuerdos —susurro.

De pronto, ella voltea y se acerca a mí.

—Por favor —murmura —. Solo dime dónde están los niños.

Todo viene a mi mente rápidamente. Empiezo a recordar qué sucedió. Alguien se llevó a los niños. Por eso hay tanto silencio. Los niños fueron todos secuestrados. Quizá sigan vivos.

—Jack, solo dime dónde pusiste los cuerpos. Dime, ¿murieron todos? ¿Los... los mataste a todos? —me pregunta Susan.

La pregunta me toma por sorpresa. Yo nunca...

—Y yo... ¿Cómo crees? —De pronto recuerdo más. — A los niños se los llevó El Flautista. ¿Recuerdas? El Flautista, como en la historia. Se llevó a todos los niños. Es por eso que estoy aquí, ahora recuerdo. Estoy buscando pistas.

Susan retrocede.

—Jack... ¿Dónde estás ahora mismo?

—¿Cómo que dónde estoy? Estamos en el patio de la escuela, ¿no es obvio? —le respondo.

Susan sacude la cabeza.

—Creí que estábamos progresando... —murmura—. Jack, quiero que mires a tu alrededor. ¿Dónde estás realmente?

No entiendo lo que sucede. Me siento mareado... Retrocedo un par de pasos y caigo sentado en una silla blanca. ¿Una silla blanca? De pronto, el escenario comienza a desvanecerse. El cielo baja y se acerca mucho, es blanco, muy brillante. Hay una extraña luz en el centro. El patio también se hace más pequeño y blanco. Los columpios se convierten en una cama. La puerta se hace más grande, y solo tiene una pequeña ventanilla. Está abierta. Hay un tipo enorme vestido de blanco afuera. Susan está sentada frente a mí. Lleva puesta una bata blanca, y tiene una bandeja con píldoras y un vaso con agua junto a ella.

—¿Dónde estás, Jack? —vuelve a preguntar.

—No lo sé... Realmente no lo sé...

—Estás en un hospital psiquiátrico, Jack —suspira—. Queremos que nos digas dónde dejaste a los niños. Quiero saber si alguno sigue vivo —se acerca a mí—. Quiero que me digas qué hiciste con mi sobrino Billy.

—No... Esto no puede ser... El Flautista... Él, él se llevó a los niños...

—Jack, la policía te encontró sentado en un columpio. Tu camisa y tus manos estaban empapadas de sangre. Había trece niños allí. No hemos encontrado nada de ellos. solo tú sabes dónde están.

La imagen golpea mi mente. Allí estoy, sentado en un columpio. Miro mis manos, están rojas. Mi camisa empapada de sangre. Sangre que no es la mía. La policía se acerca. Todos me apuntan con sus armas.

—¡No! —grito—. ¡Yo no hice nada! ¡El Flautista se los llevó, y nunca los encontrarán porque piensan que yo lo hice!

—Jack, cálmate... —empieza a decir.

—¡Busquen a ese desgraciado! ¡Déjenme salir para que pueda atraparlo! ¡Soy el detective Jack Mason! —exploto mientras me dirijo a la puerta.

—Deténganlo —suspira Susan. El tipo de afuera hace una señal, y otros dos se acercan. Entre los tres me inmovilizan con dificultad.

—Está listo, doctora —escucho que uno de ellos dice.

—Jack, Jack. Si tan solo colaboraras podríamos tratarte mejor —dice Susan, preparando una inyección—. Lamento tener que hacer esto. Tan solo tienes que decirnos dónde los pusiste, y por qué lo hiciste.

—¡Yo no hice nada! ¡Suéltanme!

—Tranquilo, Jack. Tristemente, es hora de dormir... Otra vez.

Recibo la inyección, y poco a poco me desvanezco. Estoy de nuevo en el columpio. Miro entre los árboles. Un hombre con flauta sonrío. “Nunca los encontrarás”

Las vueltas que da la vida

Maureen

.....

.....

Uno de octubre, consulta del dentista. En la sala de espera no había más que revistas de cotilleos sobre personas que ni conozco ni me interesan y el ruido del torno me estaba volviendo loca. Odio ir al dentista. Tenía que hacer algo para no ponerme aún más nerviosa, así que me dije, «¿habrá salido ya el nuevo reto de Literautas?».

¡Sí, ahí estaba! Leí lo que pedían este mes. Que la acción transcurriera en el patio de un colegio. Y que apareciera la frase «¿Dónde están los niños?». Vaya. Niños desaparecidos. No me gusta escribir sobre niños a los que les pasa algo malo y era lo único que se me ocurría. Así que pensé en escribir una historia sin niños. Pero, ¿en un colegio?

Empecé a darle vueltas a la cabeza, pero lo único en lo que pude pensar fue en una historia de ciencia ficción tipo «Hijos de los hombres». Sin niños. Cuando llegué a casa escribí algo, no muy convencida, y lo mandé a mis beta-lectores. No les gustó demasiado y a mí tampoco me entusiasmaba. Era poco original y más bien un esbozo que una historia propiamente dicha.

Doce días y algunas noches de insomnio con la frasecita dichosa machacándome el cerebro después, aún no se me había ocurrido nada interesante y estaba un poco desesperada. No quería dejar el reto sin mandar, no después de esperar uno nuevo durante un verano eterno, así que pensé ir a un colegio para ver si allí encontraba la brillante idea que necesitaba. Como no tengo hijos

(tal vez de ahí la falta de inspiración), llamé a mi hermano, a ver si podía acompañarle el lunes a buscar al suyo. «Por supuesto», me dijo, contento de que fuera con él. Y así, mientras él entraba a recogerlo, yo me di un paseo por el patio, que no ha cambiado apenas desde que acabé la EGB.

¿Qué me inspiraba el cole, aparte de los malos momentos que pasé allí y que no quería recordar, y mucho menos escribir? Me senté en las escaleras que llevan a las pistas de deportes y dejé vagar mi imaginación. Un patio de colegio sin niños me producía una sensación desoladora. No debería ser así. ¿Por qué no había niños? Debería haberlos; si no, nadie preguntaría dónde estaban. ¿Una historia de zombis? La frase del reto se prestaba, pero es que nunca he leído nada de ese género y no tengo ni idea de escribirlo. ¡No! Dos mujeres que, mientras esperaban a sus hijos, hablaban con envidia manifiesta del novio tan estupendo que se había echado una tercera. Pero una vez leí una columna de una periodista sobre esto mismo. ¡Tampoco! ¿Qué más me inspiraba un colegio sin niños? ¡Ya lo tenía! Una versión moderna de “El flautista de Hamelin” desde el punto de vista de los padres que perdían a sus hijos. Me gustó la idea. Empecé a darle vueltas, pero supe que no iba a conseguir captar la angustia de esos padres. Solté un bufido, desesperada por la falta de ideas.

Y entonces, una voz delante de mí me hizo dar un respingo.

—Perdona que te moleste. Me ha parecido... ¿Eres Susana?

—Sí. —Levanté la vista y miré a quien se había dirigido a mí. Era un hombre alto y tremendamente atractivo al que no conocía. ¿O sí? Él parecía conocerme. Le observé con más detenimiento y me resultó familiar. ¿Podía ser...?

—¿Víctor?

Asintió con una sonrisa y se sentó a mi lado. Yo aún no me lo

podía creer. Víctor fue mi primer novio. En realidad lo fue cuando teníamos ocho años, así que más que nada jugábamos a los coches y a las canicas. Al crecer nos distanciamos y llevaba sin verlo más de veinte años. De vez en cuando me acordaba de él y me preguntaba qué habría sido de su vida; creo que mi amistad con él era lo único del colegio que recordaba con cariño.

Tras charlar un rato, intercambiamos los números de teléfono. Hemos quedado para cenar esta noche.

Debo reconocer que no me he vuelto a acordar del reto de Literautas.

Un recreo ensombrecido

Lucía Tiestos

.....
<http://losviajesdeluchiflus.blogspot.com.es/>
.....

—Hoy Remi no saldrá al recreo.

Ha sido todo un alivio oírle decir esto. No habría soportado otro día en el patio del colegio. Hay quien piensa que los niños son adorables y a quienes les encanta jugar con ellos, pero para mí son monstruos sin piedad, llenos de mocos, que no saben controlar el daño que pueden infligir.

Esta semana ha sido una de las peores del año. Además del calor sofocante de junio, lo cual me agobia y me hace transpirar en exceso, han querido jugar conmigo todos los días. No son capaces de comprender cuánto los desprecio ni los sentimientos de odio que despiertan en mí. Para casi todos ellos el recreo es la mejor asignatura, pero para mí es un suplicio, especialmente en los días de primavera como este: recibo pelotazos, tirones de pelo, pellizcos y empujones, haciendo que me sienta como un insecto cuya vida depende de sus juegos. Cada día espero con temor la alarma que anuncia el descanso, rogando mentalmente al maestro que dé clase en ese momento para que se interponga a tal martirio.

Y hoy he podido respirar tranquilo cuando la profesora de matemáticas les ha parado los pies y ha dicho que mejor me quedo descansando, pues este calor no es bueno para mi salud y será mejor que permanezca al fresco. Por un momento han parecido decepcionados, pero en seguida se les ha olvidado y han salido en estampida de la clase. El silencio envuelve ahora la sala y suspiro aliviado. La libertad es un sentimiento tan maravilloso como

efímero...

Afuera parece que el ambiente está más cargado que de costumbre y la atmósfera se siente pesada, como si fuese a haber tormenta, pero desde mi sitio miro por las ventanas y no veo ninguna nube en el cielo. Aun así puedo sentir la pesadez que se respira en el aire. Observo el patio a través de los cristales, con miedo de que algún maestro llame a los niños y los obligue a entrar de nuevo por si acaso lloviera. Pero parece ser que ninguno ha salido hoy a vigilar mientras juegan: han preferido resguardarse en la sala de profesores del viento sofocante que ahora se ha levantado. Qué raro, debería haber alguien supervis... ¿¡Qué es eso!?! Una sombra acaba de aparecer en el patio, ¡es gigante! Me he dado tal susto que mis piernas no responden y no puedo moverme de donde estoy. ¿¡Qué está pasando!?! Aún tengo los nervios a flor de piel, pero mis músculos se tensan, preparados para reaccionar y esconderme si fuera necesario. La negrura viene del cielo y se alza como la luz de un foco, desde el suelo hasta una especie de artefacto circular. ¿Cómo lo llaman...? ¡Ah, sí! ¡Un OVNI!

Los niños, que en un primer momento han pegado un respingo del susto, se acercan curiosos hacia la silueta que se dibuja en el suelo, como moscas atraídas por esa luz violeta que las hipnotiza. Uno de ellos pone el pie sobre el oscuro contorno para demostrar que es un valient... ¡¿Qué diablos?! ¡La sombra se lo ha tragado! Abro los ojos todo lo que puedo, porque no creo lo que acabo de ver. Antes de entender qué acaba de pasar, la mancha comienza a moverse a toda velocidad por el patio ¡aspirando un alumno tras otro! Esa niña pecosa, y ese bruto de Nacho, o aquel gordito que no ha terminado su bocadillo... todos son absorbidos como si fueran pelusas de polvo, como si ellos fueran los insectos ahora. Y, sin más, la sombra desaparece. El ambiente se refresca. Una maestra sale por fin al patio para controlar que todo va bien. Pero se lo encuentra desierto, los balones quietos y las cuerdas de saltar a la comba esparcidas por el suelo...

—¿¡Dónde están los niños!?! —grita alarmada, preguntando más para sí misma que otra cosa—. ¡Niños! Salid de donde estéis. ¡Se acabó la broma!

Ante la falta de respuesta, cambia el semblante y, con el pánico impreso en el rostro, corre por todo el patio.

—¡¡Niños!! —la voz suena aguda, desgarrada por el miedo que se apodera de ella—. ¡Ayuda! ¡¡Ayuda!!

El caos se desata en la escuela. ¿Cómo explicar la desaparición de todos los alumnos de un colegio? Sólo yo conozco la verdad, pero sé que a nadie se le ocurrirá pensar que hay testigos. Me invade un sentimiento de paz y tranquilidad. «Nadie volverá a molestarme nunca más», pienso feliz mientras me acurruco en el hueco bajo la rueda de mi jaula.

Lo que mata es la mezcla

Denise

.....
<http://primeranaturaleza.blogspot.com.ar>
.....

De pronto, algo la sobresalta. El regreso a la realidad ha sido tan brusco que, por unos instantes, no sabe dónde está. Desorientada, mira a su alrededor y, de a poco, la realidad va regresando a ella.

La señorita Eliana está sentada en un banco del patio. Evidentemente se ha quedado dormida, pero está segura de que no ha sido por mucho tiempo, ya que es el timbre lo que la ha despertado. El patio está vacío, por lo que supone que todos los chicos ya deben estar de nuevo en clase.

Se pone de pie. Se siente algo mareada; el patio se ve extraño y parece dar vueltas a su alrededor. Apoyando una mano en la pared, avanza con cautela para no caerse.

De pronto suena la alarma de su celular: son las once de la mañana. A duras penas logra recordar que le toca dar Ciencias Sociales. ¿Qué tema era? Todavía se lo está preguntando cuando llega a la puerta de su aula. Está vacía.

¿Dónde están los niños? Repentinamente, el cielo se oscurece; la señorita Eliana levanta la vista. La luna ha tomado una coloración que lo enrojece todo.

Ya no se siente mareada, pero las baldosas del patio siguen ondulando bajo sus pies. Vuelve a recorrer el lugar con las manos apoyadas en las paredes, aunque parecen inclinarse, amenazantes, hacia ella.

¿Dónde están los niños? Un movimiento llama su atención: uno

de los portones que conducen al patio techado se ha abierto. Más allá sólo se ve oscuridad. La señorita Eliana se acerca dando un paso por vez, mientras intenta controlar su ansiedad.

Asoma apenas la cabeza, y entonces vuelve el mareo, esta vez acompañado de náuseas, como si la entrada diera a una especie de pozo inclinado a punto de devorarla. En seguida, el eco de un murmullo apagado. Con el temor en el cuerpo y la voz de la conciencia en la cabeza, la señorita Eliana decide avanzar hacia el ruido.

¿Dónde estarán...? Luego de una eternidad caminando a tientas, guiándose sólo por el oído, alcanza por fin la entrada del pasillo donde están las aulas de primer y tercer grado. Allí el murmullo es más claro: gruñidos y chapoteos, quizás un arrastrar de pies... Las voces le ponen la piel de gallina.

Apoya el cuerpo contra la pared, y con el corazón que se le quiere salir del pecho, la maestra traga saliva y se asoma.

Allí están los niños: en el fondo del pasillo, junto a la puerta de tercero A, enrojecido por la luz del eclipse que se cuele por un tragaluz, rebulle un montón de guardapolvos blancos en un rincón, como si estuvieran devorando algo.

Apenas logra ahogar el grito de horror que se le escapa de la garganta, mas esto no es suficiente. Basta que uno de los pequeños caníbales se dé vuelta y comience a arrastrar los pies hacia ella, para que todos los demás lo imiten.

Sin poder contener el pánico, echa a correr, pero la distancia que la separa del patio descubierto es muy grande; cada paso le demanda un esfuerzo sobrehumano y casi no puede respirar. Así, faltándole aún más de la mitad del recorrido, siente que una mano la toma del tobillo. Cae, y aunque no puede verlos, sabe que un montón de rostros ensangrentados se abalanzan sobre ella. En

vano intenta defenderse; son demasiados.

Y en medio de la oscuridad, un cristal que se rompe.

Y otra vez el sobresalto y la desorientación. Está sentada en el sillón del living de su casa. Hay botellas vacías en la mesa ratona y una copa rota en el suelo. Su esposo duerme plácidamente a su lado. El televisor muestra en su pantalla el menú del DVD que han estado mirando.

Mientras intenta deshacerse de las últimas imágenes de la pesadilla que acaba de tener, se levanta, tapa a su esposo con una manta, ordena el orden, y se promete que es la última vez que mezcla una maratón de The Walking Dead con vodka.

El avión

Josan

.....

.....

El vuelo se desarrollaba sin ningún problema. El runrún de los motores era constante, de vez en cuando alguna turbulencia menor hacía vibrar el fuselaje de la nave. El avión, un bimotor con muchos años de servicio, se comportaba elegantemente y seguro.

El piloto y el copiloto aprovecharon para intercambiar algunas notas y manipular botones en el panel lleno de luces y letras que tenían ante sí. Algunas interferencias en la radio captaron la atención del copiloto e hizo un par de ajustes con los dedos sobre las teclas de colores antes de hablar.

—Dicen que se aproxima una tormenta, recomiendan desde la torre de control tratar de esquivarla dando un rodeo.

—Ni lo sueñes, mantendremos el mismo rumbo y velocidad —dijo el piloto con un gesto de desdén—. Sabes tan bien como yo que nos esperan y esa maniobra retrasaría nuestra llegada más de una hora. Debemos entregar la carga a la hora señalada.

El copiloto inconscientemente miró hacia atrás para ver a través de la puerta de la cabina las cajas grandes de madera que transportaban. Gigantes silenciosos amarrados con cadenas y correas, llenos de sellos de transporte y enormes letras en alemán. Cuando volvió a mirar hacia afuera el cielo se había oscurecido, enormes nubes algodonosas, negras como boca de lobo, los iban a engullir en cualquier momento.

El piloto se ajustó los cascos y comprobó que sus sistemas de

sujeción estuvieran bien anclados. Asíó con fuerza los mandos de la aeronave y apretó los dientes. Engullidos por la oscuridad, ambos hombres trataban de domar el avión, la tormenta zarandeaba con virulencia el aparato y éste emitía unos quejidos largos y sonoros de metal en torsión.

Llovía con intensidad, los motores se comportaban con fiabilidad, de peores habían salido. Una nueva turbulencia hizo estremecer el alma del viejo avión, después vinieron otras más suaves, y de nuevo se repitió la violencia de los embates de la tormenta.

Los hombres, atentos cada uno a lo que debían hacer, se movían con la precisión de un bailarín que ejecutara una pieza de extrema dificultad. No se decían nada, pero se podía ver el miedo en sus ojos, no un miedo atroz, si no el de los valientes que son conscientes de ser mortales.

De pronto una luz cegadora iluminó el cielo. Grises y sombras. Ruido acuoso y el runrún de las hélices. De nuevo oscuridad salvo por el pequeño primero, grande después, resplandor que vió el copiloto en su ala derecha. El rayo había impactado en el motor que ahora era una enorme bola de fuego.

—¡El motor derecho está en llamas!

Ambos, piloto y copiloto, daban bandazos con fuerza a uno y otro lado. La nave era ingobernable en aquellas circunstancias. Manipulaban los controles con un ansia frenética.

—¡Está todo perdido, nos vamos a estrellar. Debemos saltar! —dijo el copiloto víctima de terribles temblores.

—¡No, no podemos abandonar la nave! ¡Jamás hemos dejado una misión sin completar y una miserable tormenta no podrá con nosotros! —dijo el piloto a la par que trataba de enderezar el rumbo.

—Bueno, dirás lo que quieras, pero yo me bajo—hablaba el copiloto mientras se descolgaba del columpio—. Y encima con tanto zarandeo se me ha caído el bocadillo de chocolate y quesitos que me hizo mi padre.

El taconeo y el crujido de las ropas al rozarse unas contra otras se oía por el pasillo. Unos instantes después la profesora estaba en el patio. Miró a uno y otro lado, pero no había rastro de los dos niños. El timbre había sonado hacía más de diez minutos y aquellos dos seguían sin aparecer.

—¿Dónde están los niños? —se dijo para sí la profesora.

Dió la vuelta al edificio de la escuela y allí los vió. Compañeros de travesuras encaramados a aquel viejo columpio de hierro con forma de castillo, que unos días era una fortaleza, otros una trinchera y hoy, hoy había sido un avión.

.....

Capítulo 2

De miedo

Noviembre, 2014

.....

Doppelgänger

Eunice Espejo

.....
<http://kimerasdelfuturo.blogspot.com>
.....

Su experimento había dado resultado, pero no el que él esperaba. Su reflejo, con una expresión fría y con un toque de locura, lo miraba fijamente. Pero esa no era la expresión que él tenía en aquel momento. Él sentía miedo, un miedo tan profundo que creía que el más mínimo movimiento conduciría a la catástrofe. Su reflejo sonrió. Él seguía inmóvil.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar, aunque sabía perfectamente la respuesta.

«Tú» fue la réplica sorda que leyó en sus labios. Detrás de su reflejo podía ver como todo era distinto. Todo distorsionado y con un halo de crueldad alrededor. Los colores eran más intensos y todos los rostros, reflejados en las fotografías a su alrededor, lo miraban con la misma sonrisa maléfica y la mirada ausente.

Su reflejo movió los labios. Su boca era tan grande y sus dientes tan afilados que no quería mirarla. «Ven», decía, pero no entendía a qué se refería. En un momento de valentía miró a su alrededor. Seguía sólo, en su oscuro cuarto, igual que hace un momento y nadie podía ayudarlo. Pero, ¿qué le impedía salir de allí? Una fuerza oscura tan grande que él no podía controlar lo llamaba desde el espejo.

Al mirar de un lado a otro supo que, si no lo miraba, todo sería más fácil. Entonces su reflejo hizo un aspaviento para llamar su atención. «¿Qué buscas?», articuló con su asquerosa boca. «Aquí no hay nadie que pueda ayudarte». Aquellos intensos ojos se fijaron

en los suyos y volvió a hablar sin producir sonido. «Acércate».

¿Qué había de malo en acercarse? Su mente lógica no dejaba de recordarle que sólo era un espejo, que aquel hombre siniestro no estaba allí realmente, pero el miedo en sus entrañas le avisaba de un mal mayor, le gritaba que debía huir enseguida. Al fin y al cabo nada de lo que estaba pasando era lógico. Nunca pensó que sus teorías fueran a dar un resultado real y menos aún que esos resultados se manifestarían en su propia casa, en su habitación, en el momento menos esperado.

«¿A qué esperas?», dijo su reflejo. ¿A qué esperaba? Tenía que salir de allí.

—¿Dónde estás? ¿Cómo es ese lugar? —Las palabras salieron solas ignorando el peligro.

«Acércate y míralo tu mismo».

No debía hacerlo, lo sabía. No debía acercarse.

—Tengo que irme de aquí —musitó sin apartar la vista de aquel inquietante personaje.

El reflejo se enfureció exagerando todavía más sus malvados rasgos. Aquella expresión de odio y crueldad fue el empujón que necesitaba para salir de allí de una vez por todas. Haciendo uso de todas sus fuerzas, consiguió darse la vuelta y levantó el pie en un intento de dirigirse hacia la puerta. En ese momento y sin que él lo viera, el reflejo enfurecido alargó su brazo atravesando la espesa masa de cristal líquido e introdujo su mano deforme en esta realidad que no era la suya. Antes de que pudiera dar un paso, agarró su camisa y tiró de él con fuerza arrastrándolo sin remedio. En cuanto atravesó por completo el portal, que él mismo había creado, a aquella realidad malvada, la habitación quedó en silencio. El espejo no mostraba más que la oscuridad de esa tenebre habitación. Era como si nunca hubiese ocurrido nada.

El significado del miedo

Alfonso Carabias

.....

<http://pensamientodinamico2010.blogspot.com>

.....

El coche devoraba los kilómetros de la sinuosa carretera mientras las preguntas se agolpaban en la mente de Mateo una tras otra. Nada sabía de su familia, ya que se había criado desde bien pequeño en un orfanato, y el hecho de poder conocer algo de sus raíces le atraía enormemente, aunque también le asustaba.

Días atrás había recibido una carta, de remitente desconocido, invitándole a un lejano pueblo con la excusa de revelarle información sobre su familia.

¿Tendría algún pariente vivo? ¿Podría verlo?

También se preguntó si en ese pueblo tendrían la respuesta al sueño que últimamente le inquietaba; en el que una mujer con el rostro cubierto de pelo se acercaba a él sin mediar palabra.

Su corazón se aceleró justo al llegar al pueblo. De casas encaladas y caminos empedrados, el pequeño reducto excavado en la sierra se preparaba para recibir la tormenta que parecía haber seguido a Mateo hasta allí.

Pidió indicaciones a una de las pocas personas que encontró por la calle, ya que todas desaparecían a su paso, y después de algunos minutos callejeando, encontró la casa.

Probablemente fuera la vivienda más grande del pueblo. Un gran porche coronaba la entrada de la casa, de fachada de piedra y una gran puerta de madera de roble. Mateo reunió algo más de valor, y llamó al timbre.

La puerta se abrió pesadamente y fue recibido por una pareja de ancianos que lo invitaron a entrar amablemente. La familia Andérez era una de las antiguas del pueblo. Además de los ancianos, Mateo conoció a sus dos hijas, casadas hace tiempo con dos de los mozos más influyentes del pueblo, y los hijos de estas. Tras las presentaciones, el anciano acompañó a Mateo al salón.

—Siéntate a la mesa por favor —le instó el anciano—. Supongo que estarás hambriento después de tan largo viaje. Sabes Mateo; eres la viva imagen de tu abuelo Melquiades.

—¿Conoció a mi abuelo?

—Sí, y a tus padres; todos fueron muy queridos aquí en el pueblo. Tu abuelo regentó toda su vida la taberna del pueblo, y tu padre no dudó en ayudarlo en cuanto tuvo edad.

Mateo notó como el anciano hablaba en pasado sobre ellos.

—¿Qué fue de ellos?

Supongo que el infortunio les pasó factura. Después del incidente acaecido hace treinta años tu abuelo falleció y a tus padres solo los volvimos a ver una vez más en el pueblo.

—¿Qué incidente? ¿Qué pasó?

—Por favor chicos; salid —ordenó el anciano a su familia—. Dejad que hablemos a solas.

Todos fueron saliendo de la sala hasta dejar solos a Mateo y el anciano, que se levantó para servirle una copa de licor.

—Pareces buena persona Mateo —le dijo. Mereces saber la verdad. Aunque esta sea dolorosa.

Sabes Mateo, yo tuve una nieta, se llamaba Lucia, tenía la edad de tu padre más o menos. Era preciosa, y todo el pueblo admiraba su belleza. Todos los mozos, incluido tu padre, bebían los vientos

por ella, pero mi nieta no estaba interesada en el pueblo, quería conocer mundo y no dudaba en rechazar cualquier cosa que la ligara a esta aldea.

—Era mi nieta Mateo; y yo la comprendía, pero no el resto del pueblo. Y entonces ocurrió.

Mateo apuraba su copa de licor sin perder atención al relato del anciano.

—Hace veinte años mi nieta fue raptada por varios mozos del pueblo que, hartos de sus desplantes, la violaron salvajemente. Lucía apenas vivió un par de días después de ese desgraciado incidente; pero en su lecho de muerte juró venganza contra ellos y todos sus descendientes.

Mateo se sintió raro, como paralizado en su silla. Y al observar que el anciano no había probado el licor, entendió que él tampoco debió haberlo hecho.

—Siento mucho todo esto Mateo; de verdad —dijo el anciano apesadumbrado—. Nos costó mucho encontrarte; pero al final dimos contigo. Tu padre era uno de esos mozos.

El anciano se levantó y puso la mano en el hombro de Mateo, que seguía paralizado en la silla.

—Ten valor Mateo —le dijo antes de salir de la sala.

Sus palabras cayeron como una losa para Mateo que, aun paralizado, poco pudo hacer cuando los dos yernos del anciano, que entraron al salir éste, giraron su silla hasta ponerla frente a una gran cortina. Después uno de ellos la movió, dejando ver tras de sí una puerta negra cerrada con una gran cerrojo. Uno de los yernos dio tres grandes golpes a la puerta, mientras el otro abría el pesado cerrojo. Inmediatamente, los dos salieron de la sala cerrando la puerta tras de sí.

El ruido de unos pasos subiendo las escaleras desgarraba el silencio ante la impotencia de Mateo. La puerta se abrió lentamente y apareció ella. La mujer de sus ensoñaciones, y a la que jamás había pensado encontrarse. El pelo, negro y enmarañado, le caía por toda la cara ocultando su rostro, y su vestido, sucio y hecho jirones, apenas la tapaba.

Un grito agudo, proveniente de las mismísimas tinieblas, heló su sangre. El pelo de la mujer se extendió como si fueran tentáculos hasta la silla que aprisionaba a Mateo y le arrastró hacia ella. Su rostro, ahora sin cabello, era la verdadera esencia del mal.

De no haber estado paralizado, Mateo podría haber escrito con absoluto detalle el significado del miedo. El que cala hasta el último rincón del ser, el que te arranca el corazón mientras sigue penetrándote los ojos, y el que te destroza por dentro con el dolor más insoportable.

Mateo sufría los últimos minutos de su vida. Mientras, en el exterior, el cielo parecía querer desgarrarse bajo la tormenta.

Tic tac

Peter Walley

.....

.....

Tic. Tac. Tic. Tac. Tic. Tic. Tic.

Te incorporas. No sabes qué hora es, y por la ventana no entra luz. Tampoco hay ruido. Puede que precisamente haya sido eso lo que te haya despertado. Lleváis tres días en la casa rural, y ya te habías acostumbrado a algo que te llamó la atención al principio: aquí de noche hay tanto ruido, o más, que en la ciudad. Sólo distinto. Viento, pájaros, árboles. Nunca para, o eso creías tú. Pero ahora todo está en silencio.

Tic. Tic. Tic.

Lo que oyes es el reloj de la pared, que se ha parado. La manecilla sigue intentando avanzar inútilmente al segundo siguiente. Aprietas el interruptor de la lámpara de la mesita de noche, pero ésta no se enciende. Suspiras con fastidio y te levantas: el interruptor de la luz del techo está junto a la puerta. Por el rabillo del ojo ves que tu teléfono está parpadeando.

Tic. Tic. Tic.

El interruptor de la puerta tampoco funciona. ¿Será posible que se haya ido la luz? Te quedas parado dudando si salir al pasillo, tampoco quieres despertar a los demás.

Tic.

Ahora incluso el reloj de la pared se ha parado, y, por fin, el silencio es absoluto. O quizá no. Al estar junto a la puerta escuchas

un sonido tan bajo que antes era tapado por el rumor de la manecilla. Suena como un gemido, o un escape de gas.

Te empiezas a poner nervioso. Abres con cuidado la puerta de tu habitación y te asomas. Está todo a oscuras, y no se escucha nada en las otras habitaciones. Aguzas el oído para descifrar de dónde viene el ruido; parece que del salón del piso de abajo. Vacilas un poco y avanzas un par de pasos con la mano apoyada en la pared. De repente ésta se vuelve más rugosa, y hasta dirías que más oscura, si tuviese sentido hablar de grados de oscuridad dentro de esta negura. Apartas la mano instintivamente y te detienes.

Das la vuelta y retrocedes lentamente hacia tu habitación, con los brazos hacia adelante, pero sin tocar ahora las paredes. Has recordado que tienes el móvil en la mesita, y piensas que puedes usarlo como linterna y también mandar un mensaje al grupo, a ver si alguien más está despierto. Sintiéndote estúpido apuras el paso. Empiezas a respirar entrecortadamente, y con ello dejas de oír lo que quiera que haya en la planta de abajo. Esto te pone todavía más nervioso.

Avanzas rápidamente hacia la mesita, donde la luz del móvil sigue parpadeando; alguien ha mandado un mensaje al whatsapp. Accionas el icono. Aparecen 15 mensajes nuevos.

Pablo. Alguno despierto? 03:31

Xxxose. Yo si, oiste eso?? 03:31.

Pablo. Q cojones fue? 03:31.

Xxxose. Ni idea, pro no funciona la luz :-/ 03:32.

Pablo. 8-O Ahora oigo algo abajo, igual quedo una ventana abierta. 03:34.

Xxxose. Yo tb. Es como si hubiese entrado un pajarito. 03:35.

Xxxose. Voy a tu abitacion y bajamos a mirar, vale? 03:35.

Pablo. Ok. 03:36.

Elguille: Donde andais? 04:00.

Elguille: Sigue sin haber luz, estais abajo? 04:03.

Elguille: En la habitación no estáis 04:08.

Elguille: Joder, me está acojonando ese ruido, voy a despertar a Jorge. 04:11.

Adri: No le despiertes, estamos todos en el salón. 04:11.

Elguille: Y q coño haceis ahí??? 04:12.

Adri: Baja y lo verás ;-) 04:13.

Te quedas parado sin saber qué hacer; entonces decides usar el teléfono como linterna. Vas primero a la habitación de Guillermo, que es la que queda más cerca. Abres lentamente la puerta, y apuntas con el móvil. Vacía. A continuación está la de Pablo. Tiene la puerta abierta, pero no se ve más que la cama deshecha. Te giras y avanzas al otro extremo del pasillo. Junto a las escaleras está la habitación de José, pero primero apuntas a la pared, para ver qué es lo que notaste antes con la mano. Y entonces lo ves: la pared está llena de sangre.

Sueltas un grito y retrocedes, chocando con la pared de enfrente. Al hacerlo se te cae el móvil y vuelve a envolverte la oscuridad.

Y con esto sé que por fin ha llegado tu momento. Me acerco por tu espalda y empiezo a golpearte la cabeza con mi bate. Gritas y manoteas, pero el ruido ya no me importa: eres el único que queda.

Cuando te desmayas, arrastro tu cuerpo al salón, junto con los otros. Te ato y espero a que despiertes para ver tu expresión mientras te apuñalo una y otra vez. Y tu respiración entrecortada

se une a las que minutos antes daban los demás. Inspiras y espiras.
Tic. Tac. Inspiras y espiras. Tic. Tac.

Tic.

El probador

Marazul

De seda, de raso, transparente, de encaje y de satén. Mara tiene un montón de lencería para probarse, y hoy, que ha salido pronto de la oficina, dispone de tiempo para ello.

«Es viernes por la tarde y hora de relajarse».

Con esta intención comienza poco a poco a desnudarse en aquel reducido probador con cortinas de terciopelo verde y en donde el mobiliario se limita a un gran espejo, un par de perchas, una butaca pequeña y el póster de una chica muy sensual anunciando una marca francesa de lingerie. La luz es cálida en aquel espacio que huele a canela.

«¡Si en estos momentos me pudiese observar Roberto; menuda sorpresa le preparo para este fin de semana!». Al mismo tiempo que recuerda a su chico, Mara no puede evitar sonreír al imaginarlo.

Poco a poco comienza a ponerse las medias; éstas son negras con costura por detrás lo que le da una nota un tanto cabaretera. Terminan en el muslo y se rematan con una liga ancha de encaje. El tanga, los tacones de vértigo y la blusa de plumeti también negra transparente, que no ha terminado de abrocharse, rematan el conjunto.

Se mira de perfil y se ve atractiva, intenta verse por detrás y se sorprende ante la visión de sus propias curvas; se siente sensual. La imagen que ofrece de frente es de lo más sugerente.

Advierte que la blusa quizá le quede un poco grande, al tiempo

que pone morritos en un gesto suyo muy coqueto y se recoge la larga melena en una coleta improvisada y graciosa.

«Le pediré a la dueña de la boutique una talla más pequeña».

Con este pensamiento entreabre la cortina del probador pero no parece que halla nadie en la tienda. Solo escucha unos ruidos que proceden de la parte de atrás. Ruidos que se van convirtiendo en voces hasta dar paso a un grito angustiado de mujer.

Mara se queda inmóvil, sin saber que hacer, escuchando trasiego de muebles y sonidos extraños.

«¡Que puede estar pasando!», se extraña.

El llanto de mujer, que Mara reconoce es de la propietaria, tiene tintes de súplica y un tono desgarrador que nunca antes ha escuchado.

Mara se alarma, «¡Le están pegando!».

La mujer pide a gritos ayuda, hasta que un fuerte golpe le hace callar y al momento se escucha el sonido de un cuerpo al desplomarse.

La risotada de un hombre le deja helada. Ahora tiene conciencia de lo que está pasando y del peligro que corre. Su instinto de supervivencia le dice que debe de mantenerse callada y quieta. Casi no puede, no quiere respirar, y sin apenas moverse apaga la luz del probador con el codo. Se sienta en el pequeño sillón doblando y recogiendo las piernas entre sus brazos para que éstas no puedan verse bajo la cortina. Así de esta manera en la oscuridad se ve reflejada en el espejo semidesnuda y aterrada

Se acuerda del móvil que está en el bolso colgado de la percha. Tan petrificada está que no puede extender el brazo. Sólo pide en su interior que no suene, por favor que no suene.

«¡Dios mío, esto no puede estar sucediendo!», piensa angustiada.

Las voces de aquellos hombres se van acercando, tiran al suelo todo lo que se les pone por delante.

«No tengo escapatoria me van a descubrir».

Cuando ya cree que todo está perdido les escucha hablar. Son dos y parece que no están contentos con el dinero encontrado. Rebuscan, tiran cajas al suelo, blasfeman y discuten entre ellos.

La mirada de Mara está ahora clavada en la cremallera exterior del bolso. Allí se encuentra el teléfono, único contacto con el exterior.

«Si pudiera hacerme con él y ponerlo en silencio»; sin embargo aquella distancia tan corta se ha convertido en algo imposible. Su brazo estático no responde. Está paralizada.

Una mano aparece por la parte superior del probador, agita y mueve los dedos con intención de agarrar algo.

«¡Dios mío... me han descubierto!».

El corazón de Mara se acelera aún más cuando advierte que por debajo de la cortina algo reluce. Es el filo de una enorme navaja de acero.

Intuye que aquellos individuos quieren jugar. Y eso es lo que Mara más teme.

Entre los pasajeros del vuelo procedente de Lisboa hay un joven de aspecto deportista y barba de varios días; espera impaciente ver su maleta asomar por la cinta transportadora. Aunque parece cansado su rostro refleja excitación. Ha llegado en el vuelo anterior al esperado y no sabe si avisar o presentarse de improviso en el apartamento.

Busca entre los contactos de su teléfono móvil hasta llegar a la “M”: mamá, Manuel... Mara

Duda por unos momentos si avisar o darle una sorpresa, pero la tentación de escuchar la cálida y alegre voz de su chica es muy tentadora.

Pulsar la tecla verde y comienza a escuchar el tono de llamada: una... dos... tres... cuatro... cinco... Hasta que salta el buzón de voz anunciando que el teléfono al que llama no contesta y que por favor deje su mensaje.

Tricolor

Juan F. Valdivia

.....
<http://juanfvaldivia.wordpress.com/>
.....

Desperté inmerso en una luz tan intensa que me quemaba las retinas. El resplandor, de un blanco absoluto, lo llenaba todo. Intenté protegerme cerrando los ojos y cubriéndolos con las manos, pero nada parecía frenar la cascada de luz. Incluso atravesaba mi cuerpo como si estuviera hecho de cristal.

Pero no solo eso me chocó: estaba desnudo y descalzo. Me palpé y no encontré rastro alguno de ropa. Sin embargo no sentía frío: me rodeaba un aire calmo y cálido, agradable.

No podía decir lo mismo del suelo. Aun sin verlo lo notaba extraño, fino y áspero, como si lo compusiera algo similar a cenizas finas o harina salpicadas de guijarros más gruesos. Bajo mis pies tenían un tacto irregular, llenos de aristas y agujas. Pero la ceguera me impedía saber qué pisaba.

Luego estaba el silencio. Intenso, opresivo. Me envolvía, me vestía, me amortajaba.

—¿Hay alguien ahí? —grité.

Nadie me respondió.

¿Qué opciones tenía? Podía quedarme, esperar a ver si venía alguien a por mí. O también podía intentar encontrar una salida. Opté por lo segundo.

Tendí los brazos y empecé a deambular. El resplandor creaba una nada blancuzca densa e impenetrable. Seguí avanzando, solo

escuchaba el sonido de mis pies. Arrancaban susurros quedos al remover los guijarros.

Continué. De un lado a otro, ciego, siempre con las manos por delante.

Indefenso y aterrado.

En un momento dado me detuve: había creído oír algo. Presté atención y sí, allí estaba: un sonido distante. Una especie de castañeteo. Me recordaba a un pico abriéndose y cerrándose con fuerza. Al sonido le acompañó por algo más: una diminuta mancha negra flotando en la nada. Por el tamaño supuse que estaba lejos, pero al carecer de puntos de referencia no lo podía asegurar. La mota se movía a gran velocidad y de manera alocada, sin una dirección concreta. Pronto se le unieron otras, cada vez más cerca. Los cloqueos se multiplicaban.

Una de las manchas se abalanzó sobre mí. Trastabillé tratando de esquivarla y caí. El punto reaccionó desviando su trayectoria. Ahora parecía rehuirme, como si mi movimiento le hubiera espantado.

De una manera u otra la mota perdió interés en mí. Yo, tendido sobre el polvo, me encontré revolviendo entre los guijarros. Agarré uno grande y lo palpé. Poseía forma cilíndrica y delgada, algo curvada. Un extremo parecía romo pero el otro estaba astillado. Pesaba muy poco. Una súbita sensación de repulsión me hizo arrojarlo lejos.

Las manchas negras seguían revoloteando, cotorreando su cháchara sin sentido.

Palpé buscando otro guijarro. Encontré uno mucho más pequeño, con un extremo pulido y otro quebrado y cortante. De repente lo supe: era un diente. Y lo de antes... ¿una costilla?

Por dios, ¿dónde estaba?

Los puntos negros redoblaron sus chasquidos. Su número había aumentado a cientos, miles, incluso más. Cacareaban excitados mientras surcaban la luz, dejando tras ellos efímeras estelas grises.

Sin previo aviso sentí una punzada de dolor gélido en el costado. Me giré y creí ver cómo huía un punto negro. Me toqué donde me dolía. Grité dolorido. Seguía sin ver, pero noté calor y humedad. No tenía la menor duda de que sangraba. La mota me había picoteado, desgarrando piel, llegando al músculo. ¿Qué significaba aquello?

No tuve tiempo de molestarme en responder: el ataque se repitió. Como si obedecieran una señal invisible la horda de puntos se lanzó sobre mí. Traté de espantarlos con los brazos, como a vulgares tábanos, me levanté y traté de huir. Pero ¿adónde? No había refugio alguno, solo un vacío cegador.

Los puntos negros se multiplicaban. Sus estelas teñían la blancura de gris. El silencio inicial se había convertido en una atronadora cacofonía de castañeteos. Añoré la quietud anterior, libre del enjambre hambriento.

Las motas no cesaban de atacarme. Se lanzaban sobre mí, arrancándome carne y alaridos.

Corrí y tropecé. Me levanté y seguí corriendo.

Notaba cómo los innumerables y diminutos picos me despedazaban. No resistiría mucho.

Al rato mis piernas quedaron reducidas a un amasijo de músculos sangrantes. Incapaz de mantenerme en pie, caí de bruces sobre el lecho de cenizas y huesos. Intenté levantarme y seguir huyendo, lo juro, pero no pude. Las motas negras continuaban picoteando, desnudándome, arrancando todo rastro de carne.

Estaba exhausto. No podía negarlo: había llegado el final.

La tormenta negra había devorado el resplandor blanco. No quedaba el menor rastro de luz, solo oscuridad junto a frío y dolor. Eso y el continuo chasquido córneo de las criaturas. Rendido, esperé a que me redujeran a huesos desnudos. Empezaba a comprender. Los restos que alfombraban el suelo: acabaría uniéndome a ellos, una víctima anónima más.

Las criaturas siguieron devorándome. En aquella negrura absoluta mi existencia se redujo a un sufrimiento gélido. Los cloqueos lo llenaban todo, un sonido sólido entretejido de oscuridad.

Cuando creí que mi dolor no podía ir a más los cacareos retrocedieron. El silencio regresó. Me sabía reducido a huesos descarnados. No tenía ojos con los que ver, oídos con los que escuchar ni músculos con los que moverme. Pero de alguna manera veía y escuchaba. Vivía.

El nuevo silencio poseía un matiz tenso, aterrador. ¿Qué sería de mí en ese paraje de pesadilla, descarnado y despedazado?

Una risa engolada resonó en la distancia. La siguió un fugaz aunque enorme resplandor rojo. El destello se repitió. Se movía. Parecido a las motas negras, pero mucho mayor.

Escuché una nueva carcajada, ahora más cercana. Procedía de otra garganta. Vi un segundo resplandor... y luego muchos más, todos de un rojo incandescente y acompañados de risotadas. Llenaron las tinieblas de vívido carmesí.

Una esfera rojiza se acercó. Al contrario que el primer punto negro éste no dudó y se abalanzó sobre mí. Pero ya no quedaba nada que rapiñar, solo huesos.

¿solo?

No. El horror me dominó al sentir cómo unos dientes

abrasadores se clavaban en mi alma. Cómo la desgarraban, cómo la masticaban, cómo la calcinaban.

Notaba cómo mi alma ardía, despedazada por esas carcajadas ardientes.

No tenía garganta pero aun así grité. Y grité. Y...

La taconúa

Dianet Ramirez

.....
<https://unviajeacualquierparte.wordpress.com>
.....

—La taconúa es el cuento que os voy a contar esta noche —decía mi abuela, sentada en su mecedora con su sonrisa misteriosa.

Cada noche que se iba la luz en mi barrio una o dos horas, los niños vecinos venían a que mi abuela nos contara alguna de sus historias para pasar ese rato amargo de oscuridad. Ella encantada nos contaba esta vez sobre La taconúa.

—En mi niñez, los niños de mi barrio nos reuníamos en una esquina de nuestra calle para jugar. Esa noche, uno nos propuso que jugáramos a la taconúa. Muchos sabíamos como era ese juego que nuestros abuelos tanto nos contaban y nos daba miedo. Pero nosotros si algo teníamos claro es que no temíamos nada. Para jugarlo hacía falta ir a donde haya una palmera y en el parque que está cerca de nuestra calle hay unas cuantas. Así que allí fuimos. La taconúa es una mujer alta y delgada con cara de enfadada que odia a los niños y les hace maldades si es llamada. Lleva unos zapatos con tacones muy alargados y siempre le suenan al caminar. Como no creíamos en eso, queríamos llamarla a ver si aparecía de verdad, como en las historias que contaban nuestras familias. Teníamos que dar saltos rodeando la palmera y cantando la canción de ella que dice así: “La taconúa, la taconúa que salga de su escondite que salga ya. Queremos verla, queremos que nos haga alguna maldad”. Y así la cantábamos una y otra vez riéndonos y dando fuertes golpes con los pies en el suelo como si lleváramos zapatos de tacón puestos. Nos cansamos de cantarla y ella no apareció así que ya era hora de volver a casa y algunos padres llamaban a sus hijos así

que todos nos fuimos decepcionados de allí. Pero esa noche a todos los que quisieron llamarla les pasó algo extraño. Paulo despertó en la carretera de atrás de su casa. Asustados, sus padres no se explicaban como su hijo había pasado la noche allí y que ningún coche le atropellara. María había sido encontrada en el patio de su casa envuelta en tierra. A Raúl lo encontraron encima de un árbol. Lorena estaba medio desnuda durmiendo en la casita del perro y Clara estaba afuera de su casa llorando porque sus padres le habían regañado por pasar la noche en la calle, pensando que a esas horas de la mañana venía a casa y es que había pasado la noche dormida tirada en el suelo sin darse cuenta de nada. Y a mí me pasó algo fantástico. Aunque mis amigos no lo supieran, yo sí que creía en ella y cuando me fui a la cama me quedé despierta aparentando que dormía profundamente. Ella apareció tal y como sabía que era, una mujer de mediana edad, alta y delgada con cara de amargada taconeando con sus zapatos escandalosos. Yo la vi esa noche en mi cuarto cuando todos dormían y ella no me miraba. Estaba asustada, no sabía que iba a hacer conmigo. Siento que ella se acerca a mi cama porque noto su aliento pegado en mi cara y no pude evitar mirarla. Abro los ojos y en ese momento ella pega un grito ahogado que me asusta y me hace llorar. Con un movimiento rápido se me acerca y de su boca sale otro grito y me asustó más. Me cojeé de los pies y yo chilló como nunca y me arrastra, yo intento sujetarme de lo primero que veo, mis sabanas, pero es en vano. Me atrae hacia ella con sus largos brazos y empieza a cantar: “La taconúa, la taconúa te va a hacer daño porque no le gusta los niños malos y te arrepentirás de haberme llamado”. El miedo se apoderó de mí y me hice pis. Con suerte el sol estaba saliendo y ella lo nota, y me dice: “Has tenido suerte niña, te has librado de mí por esta noche. Pero cuando menos te lo esperes volveré a molestarte”. Me suelta y se va taconeando y salta por la ventana. Me asomo rápido y ya no puede ver a donde se había ido. Esa mañana no podía creer lo que había pasado. La historia era verdadera y mis amigos y yo lo habíamos vivido. Jamás volvimos a jugar a ese juego y yo aún la

sigo esperando cada noche a que venga a molestarme a mi cuarto.

 Mi abuela sonrío pero con miedo... y yo con ganas de llamarla.

Areye

Ana Tirado Fernández

.....
www.combustionesespontaneas.wordpress.com
.....

El sol aún no ha salido cuando el aire se torna gélido.

Me inquieta tal cambio de temperatura en el interior de la casa; llevo un rato despierto y estoy seguro de que el mercurio marcaba antes un punto más alto en el termómetro. Ahora puedo ver mi aliento arremolinándose en nubecillas que se deshacen a medida que se elevan. Intrigado, abro la ventana para asomarme al exterior... Donde la temperatura es fresca pero agradable.

Algo no está bien y no logro discernir qué. Mi cuerpo, sin embargo, se anticipa ante lo que a mí se me escapa: tengo erizado todo el vello del cuerpo y no es por el frío. Detecto un movimiento al otro lado de la habitación; cuando soy capaz al fin de comprender, el corazón se me desboca.

Areye.

«No otra vez, por favor».

Trago saliva antes de aproximarme apenas unos pasos. Necesito comprobar que es ella aun estando seguro de que no puede tratarse de nadie más, pues su silueta esbelta no deja lugar a dudas.

En su presencia, mi cuerpo deja de responder para pertenecerle. Mi mandíbula se tensa, mis manos tiemblan y las rodillas se me aflojan; trato de tranquilizarme pero mi respiración es incontrolable. Cierro los ojos para imaginar que no está ahí pero, al instante, vuelvo a abrirlos por el temor de no encontrarla más.

Me divido entre huir y enfrentarla. No habría lugar seguro para mí después de marcharme, pues ella me acabaría encontrando; tampoco tengo agallas para buscar una confrontación. Areye siempre gana.

Se mueve hacia mí. Avanza con movimientos rápidos pero elegantes, y yo solo atino a observarla en silencio.

No me da tregua cuando retrocedo. Busco con la mirada un lugar donde esconderme pero, a mi espalda, todas las puertas se cierran antes de alcanzarlas.

Huyo a toda prisa por el pasillo, desesperado. Sé que me persigue pero no soportaría volver la vista y verla tan cerca, ella con su aire regio y yo tan desvalido. Una mirada bastaría para hacerme caer, y ese sería mi final. La imagino caminando sin prisas a sabiendas de que al final me atraparé; sus pupilas apuñalando mi espalda y su vestido de terciopelo deslizándose mudo por el suelo.

Mi corazón late con tal ímpetu que tengo que detenerme en las escaleras a respirar. Estoy exhausto cuando apenas he avanzado y la garganta empieza a quemarme por el frío, pero no puedo quedarme aquí.

Solo una ojeada atrás basta para toparme con los ojos inhumanos de Areye. Se clavan en mí con tal fuerza que me tambaleo desprovisto de toda voluntad, cayendo aun sintiendo el suelo bajo mis pies.

Me va a estallar el corazón.

¿Cómo puedo seguir corriendo? El pánico me oprime el pecho y trepa por mi garganta amenazando con ahogarme. No veo, no oigo, ni siquiera sé ya dónde estoy. Huir es lo único claro en mi mente enmarañada.

El muro con el que me golpeo vuelve a dejarme sin aliento pero,

esta vez, el choque es real. Palpo horrorizado hasta darme cuenta en medio de aquella semioscuridad de que no hay escapatoria, pues el pasillo no tiene salida. La puerta de entrada ha desaparecido.

—No...

Un sollozo de impotencia se me escapa al derrumbarme, tapándome la cara como si así pudiese evitar lo que va a ocurrir. Mi estómago se contrae con horror ante la perspectiva del enfrentamiento.

Areye traza un paso tras otro. Temblando, cuento los segundos que tarda en llegar.

«Hazlo ya», suplico para mí. Una muerte rápida es todo lo que puedo pedir.

Me abandono al llanto sin más pretensiones de huir. Desde que apareció y la esquivé por primera vez, Areye me ha vuelto a encontrar cada ocasión en que me creía a salvo. Quizá sea mejor acabar con todo, pues las pastillas ya no controlan mi ansiedad y mis nervios se desbocan a la mínima oportunidad.

Pero cuando, antes del fin, alzo la mirada para otorgarme un momento de valentía, Areye se ha desvanecido. Pestañeo con incredulidad, casi sin atreverme a moverme, y entonces me doy cuenta de que las primeras luces del amanecer se asoman tímidas por la ventana.

Me levanto despacio llevándome la mano al pecho. Deshago mi corta carrera hasta el dormitorio para luego volver otra vez sobre mis pasos y cerciorarme de que realmente se ha ido.

A pesar de estar solo, no logro tranquilizarme. Areye me encontrará.

.....

Capítulo 3

La isla

Diciembre, 2014

.....

Conjura

Eugenia Elizabeth Román

.....

.....

*“Mientras roncando estáis,
Conjura está despierta:
Es su oportunidad.
Si la vida cuidáis,
Fuera el sueño, y alerta:
¡Despertad, despertad!”*

La Tempestad, Shakespeare. Acto II, Escena I.

Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro... Ricardo estaba sumido en un profundo sueño, sus músculos se tensaban, abría y cerraba las manos, sudaba. Su cabeza se ladeaba, los párpados se movían. Sudaba.

—Lo dejé ahí —dijo.

—No está.

Se agitaba, respiraba fuerte. Apretaba los dientes, sus manos se aferraban a las sábanas. Seguía sudando.

—Lo dejé ahí —volvió a decir.

—No está.

Aquel día se sentaron a charlar, ella lo miraba con ternura, él se desvivía en explicaciones. A veces la vida te pone obstáculos para probar tu habilidad para superarlos. Ese encuentro marcó el final

de la relación.

Un golpe acompañado de un crujido lo despertó. Cuando abrió los ojos vio a su lado un cuerpo, una mujer completamente desnuda que apoyaba el brazo en su pecho. Lo retiró con cuidado procurando no despertarla. Al inclinarse sintió un fuerte dolor de cabeza, una punzada que le perforaba el cerebro y le trisaba el cráneo. Se vistió. El sol estaba en su máximo esplendor, tanto que molestaba en sus ojos.

Subió y encontró a su amigo recostado en un sillón y junto a él una mujer en ropa interior. Era un barco nuevo, grande, lujoso con todas las comodidades. El sonido de las botellas que giraban y se tocaban con las copas en el suelo demostraban los rezagos de una noche de alcohol y placer. Se asomó a la baranda y vio que el barco había chocado con unas rocas, se encontraban a la orilla de una isla.

Franco llegó a su lado un poco mareado, la resaca no le permitía entender lo que estaba sucediendo. Bajaron con cuidado, mirando a ambos lados. Todo estaba en silencio, solo el ruido de las olas y el cantar de los pájaros anunciaban un lugar tranquilo y sin rastros de que habitara un ser humano. Recorrieron el lugar sin separarse y no encontraron nada. Tierra, árboles, plantas enormes que pintaban de verde toda la isla. Volvieron al barco, Ricardo vio las provisiones que quedaban. Franco intentó despertar a Lucy, le tiró agua en la cara pero no reaccionaba. La sentó y comenzó a darle golpes en la cara con las manos. Su preocupación comenzó a crecer, tocó su pulso y no sentía nada. Estaba muerta.

—Loco, está muerta —gritó.

Ricardo llegó rápidamente y comprobó que no respiraba. Fue a despertar a Katia y la encontró en la misma posición que la dejó al levantarse. La movió y el peso de su cuerpo demostró signos de estar sin vida. Se miraron desconcertados. Franco lloraba, gritaba,

se sentía furioso.

Pasados unos minutos, ya más calmados, decidieron bajar los cuerpos y enterrarlos. Todo era muy confuso. No podían entender la situación. Luego, se sentaron exhaustos a descansar y comieron los trozos de sushi que habían quedado de la noche anterior. Completamente en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, trataban de descifrar lo ocurrido. Un manto de sospechas comenzaba a despertar. Pensaban en cada momento desde que decidieron realizar el viaje, la fiesta. Algo había ocurrido, alguien los había querido envenenar. Solo quedaban ellos, los hombres, los amigos, los que desde la adolescencia estaban unidos, los que superaron aquel enfrentamiento hace diez años cuando Franco comenzó a acercarse a su novia y esto enfureció a Ricardo. Ahí estaban, sentados uno al lado del otro, recordando cada minuto de sus vidas.

El sol comenzó a ponerse, decidieron hacer guardia por miedo a que algún animal los atacase. El barco estaba destruido en la parte de abajo, era imposible repararlo. Era difícil mantenerse despierto con el sonido de las olas y la inmensidad de la noche. Poco a poco el sueño los fue venciendo.

Cuando el sol asomó fue testigo de la traición. Franco había colocado veneno en el vaso de Ricardo. Un helicóptero apareció en el cielo despejado, venía a rescatarlos. El cuerpo de Ricardo no estaba.

—Lo dejé ahí —dijo.

—No está.

Los rescatistas subieron a Franco y lo llevaron a la ciudad. Fue acusado de asesinato con veinte años de prisión. Mientras tanto, en la isla, Ricardo estaba fabricando un lugar para vivir y aprendiendo a subsistir de la caza y de la pesca.

La estrella polar

Leo Lecourbe

.....

.....

Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. O tal vez debería decir en esta estrella porque, como dice el saber popular, no es oro todo lo que reluce. La historia de esta isla, aunque triste, nos habla de magia pero sobre todo de amor y libertad.

Cuenta la leyenda que un poderoso dios, castigador donde los haya, hizo prisionero a todo un pueblo que lo había deshonrado. Tras la muerte de los aldeanos, sus almas fueron hechizadas y condenadas a vivir en medio del océano, bajo la ardiente arena de un trozo de tierra aislado de toda civilización. Solamente la presencia de un hombre desenamorado, de un valiente marinero podría romper el hechizo. ¿Pero cómo escapar a la belleza excelsa de una tierra avistada? ¿Podría alguien llegar a pisar la isla sin respirar el perfume enamorado que desprendía mágicamente? ¿Existen los milagros donde nadie puede verlos? Seguramente sí.

Esa noche la luna llena iluminaba el océano y el viento soplaba fuerte sobre la isla. A lo lejos, una pequeña embarcación se dirigía hacia la orilla arenosa, con calma, empujada por la brisa del mar. Minutos después, el casco tocó fondo y la barca se frenó contra la arena tras una ola de agua fría. Una silueta oscura recortada sobre una luna blanca de grandes dimensiones se abalanzó hacia la playa saltando al vacío y suspendida en el aire, una ráfaga de viento partió en dos la silueta. El primero de esos trozos de sombra cayó al suelo y rodó hasta frenarse bajo un claro de luz delatadora. Era el noble sombrero de un marinero, un sombrero que dejaba claro lo que se escondía bajo el resto de la misteriosa silueta que

acabó aterrizando de rodillas sobre la playa. La luna fijó luego la mirada sobre la espalda del marinero pero la apartó bruscamente, pues el brillo blanco de las dos trenzas que se apoyaban sobre sus hombros hubiesen deslumbrado incluso al más temible dios del Sol. Bajo ese precioso cabello se escondía, ni más ni menos, que la persona que rompería el maleficio del que la isla era prisionera: una marinera de rasgos suaves, dulces, y de piel clara, tan clara que parecía blanca bajo la luz de la luna llena.

Parecía concentrada; absorta en sus pensamientos, desconocía el porqué de su travesía, el porqué del sentimiento intempestivo que la había obligado a naufragar en esa isla y que la quemaba por dentro. Empezaba a temer por su vida y a pesar de todo, se sentía bien, como si su amado le estuviera acariciando la espalda y susurrándole al oído. De pronto lo entendió todo. Su presencia allí no era casual. Estaba allí por amor, por amor a la Isla. Sonrió. Sabía que la Isla la estaba esperando y decidió que era el momento de entregarse. De hecho no lo decidió, lo sintió. Se dejó caer al suelo de espaldas con las piernas abiertas y los brazos en cruz. Iba descalza y vestía un pantalón de trapo viejo, holgado, suficientemente holgado para dejar paso a un vientre redondo que se erigía bajo sus pechos. Un vientre que tensaba su piel blanca y desde hacía varios meses escondía una nueva vida. Abrió los ojos de golpe al sentir como la fuerza de la gravedad aumentaba y tiraba de su cuerpo hacia el centro de la Tierra. Y empezó a hundirse en la arena con resignación.

De repente, el milagro se hizo. Un copo de nieve se rompió contra el vientre de la mujer, la única parte de su cuerpo que aún asomaba sobre la tierra. Una tormenta inesperada empezó a formarse encima de la Isla y un arsenal de bombas de nieve se desplomaron sobre la tierra desértica. A medida que avanzaban los segundos, esas bolas de nieve mágica empezaron a cristalizar el espíritu de los millones de aldeanos que habitaban aquel lugar contra su voluntad. El paisaje era precioso, las figuras de hielo difundían el resplandor

de la luna amplificándolo de manera espectacular y la Isla empezó a emitir luz rítmicamente. A decir verdad, parecía un sueño.

Fue entonces cuando la Isla empezó a temblar desproporcionadamente y la fuerza de las olas forzó una leve ascensión de ese pedacito de tierra. El islote no paraba de balancearse y progresivamente se alejaba del océano. La arena se derramaba sobre el agua a medida que la isla cogía altura, primero lentamente y más rápido después. Al fin, aceleró el curso y tras un largo recorrido a velocidades cósmicas se sumergió en el oscuro océano de estrellas que constituye el universo.

Esa noche, triste pero milagrosamente, la Isla se cobró la vida de una persona que no le había correspondido con el mismo amor. Una persona que había llegado hasta allí con el corazón libre y que desafortunadamente había dado su vida sin haberla vivido aún. Pero su muerte no fue en vano, porque el alma de todo un pueblo, cautivo durante siglos, se llenó de vida.

Y esta es la leyenda de la isla que dejó de ser Isla para ser Estrella. De la isla que viajó de un océano a otro para poder brillar eternamente. De una estrella que, desde entonces, su único deseo es señalar el camino de los que perdieron el rumbo.

De milagros y catástrofes

Julieta Blanco

.....

.....

Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. Consiste, en términos generales, en que ha llegado una tribu de otra isla a “hacer sociales”. Y consiste, específicamente, en la joven más hermosa que he visto jamás.

Pero también ha tenido lugar una catástrofe: mientras los recién llegados amarraban sus balsas y charlaban animadamente, la bella jovencita se dedicaba a estar cruzada de brazos y con cara de “yo no quería venir”. Un desperdicio, a mi parecer, semejante expresión en tan perfecto rostro.

Noté que los otros chicos de la tribu también la miraban. Como yo era el más novato con las mujeres, decidí bajarme del partido antes de hacer el ridículo. Caminé algunos metros en forma paralela a la costa del mar, cerca de los árboles, y me senté en una roca grande que habitualmente llamábamos “la ideal”, porque era eso, ideal. Ideal para sentarse, acostarse, para usar de mesa para comer, para bailar sobre ella. Era gigante. Y era ideal también ahora.

Me recosté con los ojos cerrados, a sabiendas de que si me dormía me despertaría como pollo rostizado, como pasa de uva, achicharrado por el sol. Pero antes de llegar a dormirme sucedió que algo se interpuso entre el sol y mi persona. Abrí los ojos al dejar de sentir el calor y la incandescencia en los párpados, y tuve que cerrarlos y abrirlos de nuevo porque allí, frente a mí, se encontraba la chica de la otra tribu que me había (nos había) llamado la atención.

No me saludó.

—Allá todos me miran —me dijo.

—Bueno, eso no es difícil de creer —le respondí. Ouch, error nº1. Fue una idiotez pero fue lo primero que se me ocurrió decir.

—Ah, perfecto, si tú también te vas a poner pesado me largo —dijo mientras se daba la vuelta para marcharse.

Dada mi poca experiencia con las mujeres, lo normal hubiera sido que la dejase ir y volviera a recostarme. Pero me intrigaba saber por qué se me había acercado. Así que no, no la dejé ir.

— ¡Espera! —le grité, mientras extendía el brazo para alcanzarla. Ese fue el error nº2.

— ¡Ouch! ¡Ten cuidado!

—Lo siento.

Me miró con sus grandes ojos verdes, como examinándome, como si pudiera con sólo mirarme darse cuenta de si yo era de fiar. Y luego de un rato me dijo:

—Está bien. Vamos a adentrarnos en la selva.

—Ehhh... ¿quiénes?

—Tú y yo, claro, ¿quién sino? —me dijo con voz de sorna.

A lo lejos, escuchaba las charlas de los de mi tribu con los recién llegados, las risas estridentes, y veía el humo de la fogata en la que seguramente prepararían un gran festín. Y yo estaba aquí, con esta chica hermosa, que quería adentrarse en la selva conmigo. Seguro me había dormido en la ideal y despertaría quemado y arrugado, y sería el hazmerreír de la chica hermosa (y seguramente de todas las chicas, no tan chicas, ancianitas y de los hombres también). Pero bueno, hasta que despertara iba a seguir interactuando con ella.

— ¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Mara. Tú debes ser Teo.

— ¿Cómo lo sabes? —le pregunté, sorprendido.

—¡Vaya que eres preguntón! Escuché a unos chicos, cuando te fuiste, diciendo “miren, ahí se va Teo, le tiene miedo a las chicas lindas”. Así que por eso había venido. Por lástima. ¿No?

—Bueno, ¿me acompañas a la selva o qué? —me dijo Mara, ya impaciente.

—Claro —le dije. La selva era peligrosa, pero yo estaba soñando. Tenía que estar soñando.

Su intrépida personalidad me intrigaba más que su belleza. Le pregunté a dónde nos dirigíamos, pero sólo se volteó y me regaló una sonrisa tonta. Caminamos por un largo rato; yo diría que al menos por una hora, hasta que ya no oímos voces y el humo se veía muy, muy a lo lejos. Al cabo de otro rato lo perdimos de vista.

Mara se sentó bajo un árbol enorme, y palmeó el suelo invitándome a hacer lo mismo. Me senté a su lado.

—Yo no quería venir —me dijo—, porque en todas partes me miran y me persiguen. Los hombres se comportan de forma ridícula conmigo, en cada lugar al que voy.

Sólo podía mirarla. ¿Qué se supone que habría de contestar a eso?

—Pero tú no hiciste eso —me dijo, sonriendo.

—Ya te miraban mucho —le dije, mirando al suelo. Por la vergüenza, claro está.

Ella me sonrió de nuevo, y no dijo nada más por un rato.

Cuando ya el silencio se hizo incómodo, nos pusimos a hablar

de nuestro día a día, de nuestros amigos, de nuestra familia, de nuestros gustos y lo que odiábamos. Yo odiaba cenar antes de que se ponga el sol; Mara odiaba comer carne.

Pero de repente se puso seria y me dijo:

— ¿Puedo confiar en ti?

—Creo que ya lo haces —le dije.

Habíamos creado una atmósfera, y no oímos que alguien se acercaba por entre los árboles, hasta que estuvieron cerca. Hasta que oímos un ruido, como de una rama que se quebraba.

— ¡Shhh! —me dijo Mara, asustada—. Creo que hay alguien ahí.

De repente, cinco o seis hombres vestidos con largos harapos negros aparecieron de entre los árboles, gritando algo como “¡La gema! ¡La chica! O ila chica gema!”. Antes de que me diera cuenta estaba atado al árbol y los hombres se alejaban llevándose a Mara.

— ¡Ayuda! —lloraba—. ¡Por favor, Teo, por favor!

Los hombres se iban por el extremo contrario de la isla al que estaban los demás, y en seguida los perdí de vista.

Estaba desesperado, pero no iba a entrar en shock. Tardé varios largos minutos en desatarme, pero lo logré.

Cuando me acerqué a donde estaban todos, me extrañó que no pareciera que se hubieran percatado de nuestra ausencia. Y algo en mi interior me dijo que no debía dar la voz de alerta. Mi milagro. Mi catástrofe.

Así que me di la vuelta, y salí corriendo en dirección opuesta.

El día que nevó vida

Diego Manresa Bilbao

.....

.....

Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. De hecho, han ocurrido dos. Sucesos de probabilidades estadísticamente despreciables; uno de ellos puede quedar como simple anécdota, el otro ha cambiado mi vida por completo...

Y eso que el día pintaba mal, realmente mal. Ahora, por la noche, escribiendo estas líneas después de pasar probablemente la mejor tarde de mi vida, no voy a ser yo el que diga que en mi coche iba sonando por la mañana “Hoy puede ser un gran día” de Joan Manuel Serrat. La cosa pintaba fatal.

Para empezar, decir que ha sido lunes. Si ya de por sí eso hace que no se esté de humor, las circunstancias no hacían pensar que se podía aguantar el día con mucha dignidad.

Estamos en febrero. Y es la primera vez en mi vida que ese mes se ha podido aplicar a donde yo vivo. Tres grados y nublado en Tenerife. La primera vez en los veintisiete años de mi vida que veo esto. Mi madre, cuando se ha despedido de mí, aguantando las lágrimas al verme salir de casa camino del trabajo después de mi ausencia de cuatro días, también me ha dicho que en su vida había hecho este tiempo en nuestra isla.

Me he subido en el coche, y la primera en la frente. Al girar la cabeza para sacarlo del garaje, primer tirón de la cicatriz de siete centímetros en el cuello. No había llegado todavía a la oficina y ya me estaba doliendo. Tal vez mi padre tenía razón y me estaba precipitando. Pero no podía estar en casa. No podía ver a mis

padres y hermanos mirarme con esa cara con la que me llevan mirando los últimos meses. Aguantando las lágrimas para luego llorar en otros hombros, como me contó mi amigo Sergio que hizo mi madre el jueves —11 de febrero, Virgen de Lourdes, nunca se me olvidará esa fecha— mientras yo intentaba saber en qué lugar, bajo los efectos de la anestesia. Tengo que ocupar mi mente y liberar la de los demás.

El día ha sido como hubiera sido cualquier otro. Ponerme al tanto del correo, preguntar si se me ha echado de menos, mirar el extraño clima por la ventana, contestar lo más animadamente posible a las preguntas de mis colegas, con toda su buena intención y toda la grisura que inyectaban a mi ánimo. A veces, sentirse querido hace pensar en todo lo que estas a punto de perder...

Pero, de repente, ha ocurrido una cosa que en cualquier otra circunstancia, hubiera animado el día de cualquiera. Se le ha llamado el Milagro de Febrero en Tenerife. Por primera vez en los registros, ha nevado. En Tenerife. En la playa. Mientras mis compañeros salían a la calle a tocar y sentir la noticia del año, yo me he quedado mirando por la ventana.

Es curioso como un hecho tan inusual como mirar una nevada en una playa haga sentir tanta tristeza. No he podido contener el llanto. Menos mal que estaba solo. Pensar que todo el sufrimiento de los últimos tiempos, las recaídas, las conversaciones con los médicos mirando el posible tratamiento, la desesperanza, los rezos, la operación exploratoria del jueves, las horas postrado en el hospital, tengan como ultima recompensa el ver algo tan poco valioso —y de tanta belleza, eso sí— como que nieve en una playa semitropical, hace que uno se sienta algo muy insignificante. El ver un hecho que todo el mundo contará a sus nietos, pero casi seguro que tú no.

Pero nunca dejéis de confiar en los milagros. Porque hay veces en la vida en que, en un momento, todo pasa del negro a al blanco

y el mundo resplandece y huele a todos los tópicos que te hacen sentir bien: a leña, a hierba recién cortada, al pelo de la chica que te gusta. Momentos en los que ha merecido la pena todo el dolor y la angustia anterior, haciéndote creer que todo tiene un sentido, un objetivo. Hay momentos que valen una vida, tal vez no lo sepáis en ese instante, pero yo hoy lo he sabido.

Durante mi gran instante negro, sonó el teléfono. Era mi padre, que con la voz cortada por la emoción acertó a decirme:

—Hijo, vente para casa que han llamado del hospital... Compra champán de camino.

El resto es historia por contar. Brindemos por ello. Y por mucho tiempo.

Nadie es una isla

Lunaclara

.....

<http://mhelengm.blogspot.com.es>

.....

—Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. —De pie, Sara no levantaba la vista del suelo. El pelo le caía sobre la cara como a ese Cristo de Velázquez que tanto me gustaba. Tenía los brazos cruzados debajo del pecho y con la punta de un pie parecía aplastar un papel. Hablaba ante los que estábamos allí sentados en un círculo que, para mí, empezaba y terminaba en ella.

Los integrantes de esa circunstancial comunidad teníamos algo en común: eso que suelen llamar terapia. La gran mayoría sufría mucho. Todos éramos adictos a algo: al juego, al sexo, a la bebida... Yo y Sara a Internet.

Ella siguió hablando:

—Conozco a cierta persona desde hace meses. —Me miró un segundo y volvió a bajar los ojos—. Es el único que ha sabido decirme la verdad.

No conocí a Sara como ocurre en las películas: chico se tropieza con chica en la puerta de la clínica y surge la atracción. No. Contactamos a través de una web para ligar por Internet. Éramos usuarios habituales de los chats y de las redes sociales. Yo podía pasarme horas conectado a ellos. En el trabajo, en casa, a través del móvil.

Este era mi perfil de presentación en aquella página: “Hombre atractivo desea hablar contigo de lo que quieras”, con una foto de “mis” pectorales robada a un modelo anónimo. Hoy, tras meses

de terapia, reescribiría esa frase: “Hombre solitario con problemas de comunicación quiere conocer mujeres que no busquen nada”. No sabía ni lo que quería. ¿Conversación fácil e intrascendente? Si había suerte, un polvo rápido que me excitaba poder conseguir sin ningún tipo de esfuerzo.

Sara vio mi perfil, y yo, por inercia, le mandé un “hola” por el chat. Enviaba muchos “holas” al día, pero casi nunca recibía respuesta. Podía mantener cinco o seis conversaciones a la vez. Patético: conectados a millones de personas por Internet, pero más solos que la una. “Hola. Busco adorador”, me contestó Sara. Se anunciaba con una foto muy sexy que no era de ella.

—Yo pensaba que cada persona era una isla, que nadie necesitaba de nadie —afirmó Sara—. Mi vida se ha centrado en vivir para mí misma. Pisotear a mis compañeros para escalar puestos en la empresa y disfrutar de todo tipo de lujos. Conectada todo el día a Internet, pasé muchas noches de juerga con chicos que conocía en las páginas de contactos. Chicos que buscaban sexo o hablar con alguien o ni ellos mismos sabían lo que buscaban. Casados, solteros, separados... Chicos que hacían lo que yo quisiera. El maldito Internet hace que te creas la dueña del mundo. Era rápido e iba a tiro hecho. —Ahora nos miramos fijamente y continuó:— Él me ha sacado de aquel estado de sopor infernal.

Yo estaba hastiado del mundo virtual y sus satélites cuando la conocí. Chupaban mi sangre día y noche sin darme nada a cambio. Con Sara apenas pude intercambiar más de cinco frases por Internet. Así de penoso era: conoces a alguien y en tres líneas ya se lo has dicho todo sobre ti. Tus gustos, tus ideas, tu color de pelo, si eres soltero o casado, en qué trabajas y si te gusta o no el cine.

Ella buscaba un esclavo capaz de seguirle intelectualmente, que hiciera todo lo que ella quisiera, y al que no le importara ser despreciado. Dependía de la decisión de su majestad. Era una egoísta que quería todo menos amor desinteresado. Eso no se

busca así. Y se lo dije. Podría habérselo dicho a cualquier otra, pero se lo dije a ella. ¿Por qué? Los hombres no somos adoradores de nadie, solo de nosotros mismos. Era una gran metedura de pata por su parte. Además, en los chats pueden decirse cosas a gente desconocida que cara a cara no les dirías. Fulminante y más cómodo. “Otra perdida”, pensé, y le aconsejé que lo dejara. No sé. A lo mejor me lo estaba diciendo a mí mismo. Ahí podíamos encontrar muy fácilmente todo lo que quisiéramos, pero estaba harto de tanta mente disparatada. Yo no quería ser despreciado por nadie.

—Un día le dije a Manuel que quedásemos, y me contestó que no, que iba a darse de baja en la página de Internet. —Miraba absorto sus labios carnosos, que temblaron de forma imperceptible—. Le dejé mi teléfono en el chat y me llamó al poco tiempo.

Yo ya había empezado a venir por la clínica, pero aun tenía mono y varias veces estuve conectado. Recibir un mensaje, ya fuera un mísero “hola” o cualquier otra tontería, te podía producir pálpitos de felicidad. Tuve que quedar con ella. No quise resistirme a una mujer que me dejaba su teléfono y decía que necesitaba verme.

—Él iba a un sitio donde trataban su adicción. Había tocado fondo y quería cambiar. Yo era una idólatra, una adicta más, eso me dijo... No iba a quedar más conmigo. No merecía la pena. —Se limpió los mocos con la manga del suéter. Resopló y siguió:— Me preguntó si había leído “¿Por quién doblan las campanas?” y me dijo que nadie era una isla, que me imaginara a todos los hombres unidos en la tierra formando un imaginario país. Cualquier corrimiento lo menguaría. Cualquier atentado o vejación contra un solo hombre afectaría a toda la humanidad... Yo nunca había pensado en nada parecido y me pregunté si había enloquecido. Lo que yo hago ¿a alguien le afecta? Estaba acostumbrada a no ver más allá de mis narices, a hacer todo lo que se me antojaba y evitar cualquier tipo de contrariedad. Como una autómatas.

Enloquecí, como decía Sara, hasta saborear las heces del enfriamiento emocional. Necesitaba recuperar mi dignidad.

—¡Por eso estoy aquí! —gritó Sara—. Quiero otra oportunidad, recuperar la ilusión perdida. ¡Este es el milagro! Hoy esas campanas doblan por mí...

Lo mismo nos había ocurrido a los que la escuchábamos. La normalidad, asombrosa realidad, en aquella clínica era presenciar un milagro tras otro.

El hombre de arena

José Vicente Pérez Bris

.....

.....

Nono era un isleño que ya frisaba los setenta. El cuerpo, bronceado, producto de una vida al aire libre, era fibroso y de piel curtida. El pecho nevado, le daba un aspecto de lobo marino. Vestía camisa y pantalón de algodón en invierno y calzón a secas el resto del año.

Vida y trabajo se desarrollaban en la playa. Era escultor de figuras de arena. No resultaba lucrativo, pero poco le importaba. Los turistas, de paso por la avenida, eran público y crítica a la vez. Acarreando en la mochila el fragor del día pasado en la playa, se detienen al llegar a la zona que ocupa Nono y devoran su obra.

Es un mundo de sueños y fantasía en poco más de dos metros cuadrados. El día que le conocí, trabajaba en un nuevo diorama que tituló “El Nacimiento de África”. Era complejo y bello. De fondo, una familia de elefantes, aparecía acostada en el suelo, improvisando un lecho mullido y confortable. Apoyada en el más grande, una mujer de raza negra se acariciaba el vientre fertilizado, a punto de parir. En la piel tersa aparece dibujado el continente africano. La diosa mira amorosamente su panza hinchada, sabedora de que el vástago será hermoso y lleno de misterio.

Cuando paseo por las avenidas de las ciudades costeras, observo fascinado a estos artistas que, como Nono, crean de la nada la belleza. Suelo acercarme, saco una instantánea y echo unas monedas. No voy de altruista por la vida, pero me indignan los que pasan largo rato curioseando, para luego marcharse sin donar

unos céntimos que no pueden pagar el trabajo ímprobo de estos creadores.

Esta vez, hice lo mismo. Solo que permanecí más tiempo absorto, como pegado al suelo, reteniendo cada detalle, cada alegoría plasmada en arena.

Nono me observaba en silencio. Subió los cuatro escalones que le separaban del paseo y se acercó despacio, balanceándose como un frailecillo.

—Se ha quedado clavado, mi niño —dijo con ese dulce acento isleño.

—Sí, lo admito —dije sonriendo a su tez curtida—. He visto innumerables obras hechas de arena, pero ninguna me decía nada. No había mensaje. —Señalé al elefante—. Esta es la primera.

Nono se rascó la calva morena y mostró una sonrisa socarrona.

—Ah, entiendo ¿Y qué mensaje le susurra mi obra, si puede saberse?

Meneé la cabeza dudando.

—No lo sé muy bien. Tal vez que el mundo entero proviene de una deidad globalizada. No de una única divinidad.

El viejo pirata guiñó un ojo azul, mostrando una dentadura blanquísima.

—Pues no anda alejado, mi niño. No soy hombre profundo, pero algo de eso quise expresar al hacerlo.

Quedamos los dos en silencio, contemplando la obra, a la luz rojiza del atardecer.

—Por cierto —adelanté la mano presentándome—, Me llamo Jaime.

—Nono, me dicen —respondió chocando su mano callosa.

—¿Estás de vacaciones, Jaime? —inquirió buscando conversación.

—Sí, algo así. Huyendo un poco del pasado y retrasando el futuro.

—Uy, uy, uy —canturreó entre dientes. Mala cosa—. Miró hacia el mar, quién sabe si evocando tiempos mejores—. El pasado no desaparece —agregó—. Se puede esconder en un armario. Pero algún día no tendrás más remedio que abrirle la puerta.

—¿Y el futuro? —interpelé paladeando cada una de sus palabras.

—¿El futuro? —Negó con la cabeza—. Si lo retrasas es porque ya lo intuyes. Si lo conoces, ya no es futuro, sino presente. No te engañes, amigo. El porvenir debe ser ignoto. Por eso es fascinante e inquietante a la vez. El presente es un caramelo que ya desarrollaste. Una vez visto, pierde el encanto.

—Tienes razón —asentí. Nada de lo vivido estos meses atrás o lo que pueda llegar en los próximos, me es desconocido. Hasta puedo anticipar el porvenir.

—Entonces —respondió colocando una mano en mi hombro, descansa el tiempo que estés aquí y vuelve luego a enfrentarte con los problemas. La vida es constancia y trabajo. Llevo veinte años trabajando la arena. Y diez aquí, en esta playa.

—¿Quieres decir que vives de esto? Pero, ¿y el invierno?

—El invierno aquí es como cualquier otra estación. Tengo mi pensión de marino, claro. Pero la mayor parte del tiempo la paso al pie del mar.

—¿No tienes familia? —inquirí con atrevimiento.

—No, mi niño. El tren de la vida se fue parando, y en cada

estación se bajó un ser querido. Así que me quedé solo con mi amiga de polvo canela.

Al despedirnos, repitió el consejo: “Afronta tus problemas de cara y pon rumbo a favor de viento”.

Tardé en regresar unos años. Cuando mi mundo se estabilizó, volví. Nada más registrarme, bajé a la playa. El sol se zambullía en el mar entre aparatosos fulgores rojizos. Busqué a Nono en su rincón, pero estaba vacío. Recorrí la avenida entera, en vano.

Esa noche dormí mal. Deseaba verle y contarle que, como un Capitán Intrépido, agarré con fuerza el despojo del pescado y lo arrojé al mar. Traje conmigo las fotos que saqué al conocernos. Al día siguiente, seguí buscando. Me acerqué a nuestro chiringuito favorito, desde cuya terraza, siempre vigilantes, habíamos compartido unas cañas de cerveza.

Raúl, el camarero, otro viejo titán incombustible, me reconoció enseguida. Luego bajó la mirada, esperando a que preguntara.

Y me habló de Nono. De cómo un día lo encontró acostado junto a las esculturas. Parecía dormido, pero ya no despertó. Los amigos quisieron enterrarlo en la playa, junto a su amada arena. No fue posible.

Ese mismo día, tomé una guagua hasta el cementerio. Por las indicaciones recibidas, enseguida atisé donde reposaba el genio. Una modesta lápida rodeada de arena de playa. Hincadas en ella, la espátula y la pala cruzadas como las armas de un guerrero mitológico.

Derramé unas lágrimas sentado en el suelo, mientras acariciaba la fina arena.

Raúl me había entregado una estrella de mar, largo tiempo atesorada, para que la colocara junto a la tumba, en su nombre.

Añadí dos fotos. La de “El nacimiento de África” y la de dos amigos sonriendo al ocaso.

Wandakua

Gibran Jalil

.....
<http://1991works.wix.com/portfolio>
.....

Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. Lo necesitábamos, y llegó. Mis ojos lo vieron, y así es como lo sé.

Ya la luna nacía, y el sol apenado entraba a su morada, sonrojando el cielo ante la palidez de su regordeta compañera. Niñas y niños de piel morena y cabello tostado corrían sobre arena tibia, desapareciendo en las entrañas de la selva.

solo las estrellas cubrían al joven Máak, perdido en las huellas del agua bajo sus pies. Deseando llegar hasta el horizonte, y sumergirse hasta llegar al sol en el fondo de estas aguas sin fin. Ahora él era mayor. Y ese día perdería pie derecho y mano izquierda. Esta sería su última cercanía con las aguas. Las aguas a las que una voz lo llamaba.

Niños como él crecían hasta ser hombres de piel gris: quijada, pies y hasta corazón fabricados con nanotubos de níquel-fósforo manteniéndolos con vida. Mas cuando la carne exponía su sangre, morían, como una ofrenda de paz. La condena para estar muriendo, era morir. Eso lo sabía Máak. Ahora tomaba decisiones, y daba ofrendas de paz. Y la fiesta de tres lunas no tardaba en comenzar.

Si a un hombre se le reemplazan todas sus partes, ¿sigue siendo hombre? Máak quería ser real, no un títere parchado. Se había convencido de no escapar, cuando una luz cercana iluminó sus ojos azabache. Podría haber sido la luna apoyando su escape a través del mar; mas un segundo destello, y uno tercero, aparecieron iluminando madera sobre las aguas, y a un hombre de pie en ellas.

Su fama fue llevada por el viento entre los habitantes de la isla. Un día después, el pueblo entero venía a ver al “Hombre del madero”. Entendimos poco su lenguaje, pero como ganado éramos a su voz. Wandakua habitó entre nosotros, y se hizo como uno de nosotros, mostrándonos la verdad a los adultos grises de Ghar.

Estábamos en el taller mayor, donde los Mak, quienes se encargan de sustituir los implantes desgastados por otros más frágiles, poner nuevos, y sus primeros a los nacidos en Ghar. Su carne teñida con plantas y minerales, los convertía en sepulcros blanqueados a la luz del sol. Por eso no salen sino cuando la oscuridad cubre su muerte.

Mak-e era espeluznate. Un ojo, medio cráneo izquierdo, y prácticamente todo su ser, era sintético. Aquella jornada oía junto al pueblo a este “Hombre de las aguas”. Le hubiera quitado ya la vida si hubiera tenido la ocasión. Ese día, la encontró.

—Sígueme, vivirán. Yo me voy, y ustedes morirán aquí —repitió Wandakua.

—No es así, somos hombres fuertes —vociferó Mak-e.

—Si lo fueran, parecerían hombres, imírense! Llenos de humo congelado y mentira. ¡Están muriendo! Pero mírenme. Yo vivo. Vengan conmigo, pueden andar a la luz. Créanme; no morirán.

—¡Todos mueren! ¿Quién te haces a ti mismo?

—Soy lo que les dije desde el principio.

—Ignorante y mentiroso, eso eres. Tienes demonio. Tus engaños hacen perecer a nuestro pueblo. Es mejor que solo de un hombre se derrame sangre.

Máak, con miembros nuevos, también escuchaba, en la cresta de un árbol enano. Atento. Se dejó caer hacia adelante para ver a los mak dirigirse con engarrotadas manos hacia Wandakua.

Dispuestos a matarlo sobre la misma tierra en que decían ellos hallar vida. Entonces el hombre giró la mirada hacia las estrellas, reflejándolas en sus ojos. No, ilo miraba a él!; y el brillo en sus ojos era propio: el fuego de mil estrellas que nunca nadie había visto, el sol mismo sumergido en un mar de pasión; el lugar de donde viene la luz.

Un chasquido, y su rama cayó, dejando al joven tendido sobre su espalda, con insoportable dolor en la muñeca. La tormenta de tensión que acababa de estallar le dio unos segundos para entender con mortal agonía en su alma y con aire crudo en sus pulmones lo que estaba pasando; y lo que acontecería inevitablemente ese día. Vio la sangre suya, delante de la multitud. El fin de los días de Máak. Su respiración se entrecortó y su corazón danzó al ritmo de las voces de ira y deseos de sangre. Su pecho se infló a sentirse levantado por detrás. Esperó las balas. Una: más que suficiente para arrancar la vida de un gris encostrado. Sentía moverse, pero no eran sus piernas las que lo guiaban. Wandakua lo atraía a toda prisa ascendiendo hasta la playa. Máak corrió siguiéndole, adolorido.

—Toma de mi sangre. —El hombre avanzó y tomó madera de su embarcación. Como si hubiese llegado para eso, modeló con ella entre sus dedos algo parecido a una jeringa. Máak lo miró sin comprender, y entonces vio la herida en el costado de aquel.

—En ella llevo la cura a tu enfermedad. Trabaja en base a transformación genética; la tuya comenzará a ser como la mía, hasta que crezcas a mi estatura, cuando serás igual.

El mundo se oscurecía a cada segundo, sumergiendo a Máak en la oscuridad, en muerte que lo abrazaría eternamente; ya el frío cortaba hasta sus huesos y el veneno endurecía su corazón. Y este hombre le daba una urgente esperanza.

—No entiendo. Los implantes. Tú no tienes los que yo necesito.

Moriré de todos modos... Y tú.

—¿No escuchaste, Máak? No morirás. Soy el único completo. Por eso no soy gris. —Entonces Máak recibió sangre de él.

—Está hecho.

Y al instante, ambos cayeron al suelo.

—Máak, despierta. —Wandakua reía delante del brillo del sol en alce, aunque Máak no dudaba que la fuente de tal luz fuera la vida que fluía de este hombre como un río eterno. Vida. Complacencia atravesó sus ojos cristalinos, cuando vio la sorpresa del joven al entender esto. Al creer que él estaba vivo; ambos, verdaderamente vivos, camino hacia la ancho, largo, alto y profundo, de las inmensurables aguas en las que todo había comenzado. Las aguas a las que una voz lo llamaba.

La isla del olvido

Julia Bobco

.....

.....

—Hoy, en esta isla ha ocurrido un milagro —escuché a Alicia decir, mientras observaba las olas del mar tocar mis pies como si estuviesen acariciando un fino terciopelo. Con el dedo índice de mi mano derecha empecé a escribir sobre la arena mojada, presioné tan fuerte que los pequeños granos se incrustaron debajo de mi uña causando que sangrara.

—Los milagros no existen Alicia, no en esta isla del olvido.

—De pie, Gabriel. Debemos celebrar —replicó en tono entusiasta.

Me puse de pie y me dirigí hacia Procter, el árbol donde dormía. Tomé una hoja gigante que había recolectado días atrás y me tumbé sobre ella. Dormir era el único escape que me permitía volver a la realidad. Después de haber explorado este lugar infinidad de veces, descubrí que Alicia no era más que un eco resonante de mi soledad.

Los intensos rayos del sol me despertaron. Tenía la boca seca y el estómago vacío. No sabía por cuánto tiempo había dormido, pero a juzgar por la posición del sol era casi el medio día. Intentado saciar mi sed, tomé uno de los frascos que guardaba debajo de las hojas gigantes, pero estaba vacío. Intenté con el segundo y al igual que en el primero no había ni una gota.

Después de haber caminado por horas, llegué a Joup, una pequeña laguna de agua dulce situada en el corazón de la isla. La encontré por error queriendo poner cara a la melodiosa voz de Alicia. Me acerqué cuidadosamente para no resbalar y lo que

vi a continuación me dejó perplejo. Debajo del agua había un hombre cuyo aspecto era horrible. Tenía la piel similar al bagazo de una uva, el pelo largo y enmarañado en forma de enredadera seca creando una armonía perfecta con su barba flotante como si fuesen una avispa marina, sus ojos estaban abiertos de tal forma que en el azul profundo de su iris se veía reflejado un universo de tristeza. Por más que intenté moverme, mi cuerpo no obedecía a ninguna orden, estaba absorto y petrificado con la imagen que tenía enfrente. Aquel desdichado desapareció lentamente cuando uno de los frascos que llevaba hizo contacto con los finos mantos de la laguna. Finalmente, mis extremidades decidieron moverse y corrí tan rápido como pude alejándome de Joup.

El insomnio se había apoderado de mí y por más de tres noches no pude conciliar el sueño. Tenía la imagen de ese hombre tatuada en las paredes de mis párpados. Cerrar los ojos implicaba verlo y era algo que no quería.

—¿Dónde fuiste Gabriel? —escuché a Alicia gritar—. ¿Estás ahí? —insistía en tono triste.

—Aquí estoy mi querida amiga, aquí estoy —musité.

— ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me abandonaste?

—Al... Alicia, aquí estoy —intenté gritar. Mi cuerpo finalmente cedió al cansancio y caí en un sueño profundo.

Un fuerte estruendo hizo que reaccionara de la fase REM en la que estaba. El sonido era grave similar al de un platillo Gong. Me puse de pie y lentamente me dejé llevar por la lúgubre cadencia que generaba. Al acercarme a la orilla, descubrí que aquel ruido era causado por el vaivén de un trozo de metal que chocaba contra una piedra. Me adentré en el agua intentando descifrar su procedencia y un resplandor hizo que el objeto se convirtiera en una especie de espejo gigante lastimando mis ojos. De repente, un zumbido

invadió mis oídos acompañado de un nudo en la garganta que se extendió hasta mi pecho acortando mi respiración. Los labios me temblaron sin control. Me sentía aturdido y desconcertado. El hombre de la laguna era real, aquel desdichado de piel arrugada era yo.

Salí del agua y me tiré sobre la arena ¿Cuánto tiempo había estado aquí? ¿Por qué no vinieron a rescatarme? ¿Era este mi destino? ¿Morir en una isla del olvido, abandonado por la indiferencia de los que alguna vez amé? Lentamente el cansancio y la conmoción se apoderaron de mi cuerpo haciendo que cayera en un estado de sopor.

Una fría sensación en la frente me despertó. Mis párpados se abrieron como dos persianas revelando el rostro de una joven mujer. Sus facciones era finas y delicadas, sus ojos verdes como dos esmeraldas, sus labios grandes y carnosos desprendieron una sonrisa que me daba paz.

—¿Gabriel, eres tú?

El sonido de aquellas palabras retumbaron dentro de mis tímpanos y una cálida lágrima se dejó ver en la esquina de mi universo azul.

Mi querida Alicia.

Milagro en la isla

Daniel Álvarez

.....

.....

Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro. No se trata de un hombre que camina sobre el mar; tampoco el agua pasando de salada a dulce; mucho menos que algo sin vida, la recuperó. Todo eso sería una locura. El milagro que ha ocurrido es mucho más sencillo. Hoy en esta isla, Bobby, el coco, por fin le respondió a Roberto.

—¡Aja! Lo sabía... ja ja ja... Te lo dije —decía Roberto mientras apuntaba, y miraba, al cielo de sol radiante típico de sus días.

Seguía apuntando hacia arriba, mientras volteaba al piso para ver al coco, a Bobby, que por las semanas que llevaba caído de su palmera, ya estaba deshilachado.

—Él me decía que nunca hablarías... ¡Ja!... pues le demostramos lo contrario ¿No Bobby?... ¿Qué? ¿Calor? Bueno tú y yo somos dos amigos. Solo viene siendo lo que me queda disponible. Porque mira, ni ropa decente me queda.

La camisa con la que había llegado a la isla, se la comió el salitre y el uso diario. Los shorts habían demostrado ser de mejor calidad y todavía le ayudaban con el pudor.

—Bobby... escogiste un buen día para hablar, pues hoy, justamente hoy, nos mudaremos hacia la selva.

»¡Vaya!... ja, ja, ja... Hay gente con suerte, tú eres uno de ellos Bobby ¿Lo sabías?... Quizás yo también, no querría tener esta isla para mí solo, menos mal que decidiste hablar.

Roberto empacaba sus cosas en una de las maletas que recuperó del accidente. No era muy grande, tampoco hacía falta.

—Bueno, sí. Yo sé que ellos andan por allí, tienes razón Bobby. No es para nosotros solos, pero ellos son malos, quieren todas nuestras cosas, les gusta andar de noche y te digo, estaremos mejor sin ellos.

»Bueno si quieres te vas con ellos, allá tú. Mejor así, la casa nueva quedará para mí solo.

Roberto se indignó por la actitud de Bobby, que parecía querer lujos cinco estrellas. No había mucho de donde escoger, si servía para Roberto, tendría que servir para Bobby.

—Hasta luego Bobby, como tú quieras... Suerte con los cangrejos.

Roberto comenzó su camino fuera del pequeño campamento a orillas de la playa. Volteaba de reojo esperando que Bobby recapacitara. Sería imposible, era muy joven, malcriado, acostumbrado a muchos lujos, siempre en el tope de su palmera, ajeno a su propio peso, hasta el día que el destino lo devolvió a la tierra. Mucha compasión era correcta, ser tan duro como el destino, innecesario.

—Está bien, te llevaré conmigo... Ya que insistes. Verás que allá dentro nos va mejor. Hay menos arena, sombra, y una sorpresa que no te diré. No lo haré, porque es un secreto, y no sé si vas a ir a contárselo a ellos... Ok, está bien, te lo diré, pero será entre nosotros. Allá dentro también hay un pequeño caño de agua dulce. Lo encontré el otro día buscando frutas.

»No claro, yo prefiero el pescado, pero es más difícil de capturar que las frutas. Debes prometerme que no le dirás a nadie sobre el agua dulce. No quisiera convertirme en la fruta de ellos... ja,ja,ja... ¿Viste eso?... ja,ja,ja... Hablábamos de los fácil de capturar las frutas, y yo... ja,ja,ja. Tranquilo ja,ja,ja... ya tendremos días para

trabajar en tu sentido del humor.

Bobby que iba en los brazos de Roberto, lo acompañaba selva adentro hacia su nuevo hogar.

—Te va a encantar... ya lo verás... ¿Qué?...¿Por qué?... Entiendo, no bueno para eso esta Lucía. ¿Cómo que quién es Lucía?... ja,ja me sorprendes a veces, Bobby. Lucía es la palmera, la misma en la que viviste desde tus comienzos, la de sombra amable. Que nos ayudó los días más difíciles, sobre todo al principio. Todavía no he logrado que me hable, pero así eras tú al principio. Seguro no tarda en soltar su primeras palabras, aquí el silencio no es novedad. ¿Que casualidad no?... Se llama igual que mi esposa, que chiquito es el mundo.

»Bueno, si se parece en algo a ella, estará muy pendiente de nosotros. Así que entiendo tu preocupación, pero no es necesaria. Si alguien viene a rescatarnos ella le avisará que estamos allá dentro, tranquilo.

La isla de los milagros

Manuel Enderica D.

.....

.....

“Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro”, resonaba en mi cabeza como si se tratase de un eco lejano. En mi mente, mil rostros de todas las formas y colores acompañaban la meditación, como corolario de muy inquietantes sensaciones. Atardecía ya, el hermosísimo espectro que forma el sol en el ocaso, completaba el escenario que sólo vivía en mi imaginación.

Tres años atrás, entre el miedo y la confusión y, con muy poca esperanza, conduje a mi hijo a la pequeña isla, atraído por la fama del lugar, pues contaban de un sinnúmero de sanaciones milagrosas. Con todas las fuerzas de mi alma buscaba la solución a sus problemas.

—Déjalo sobre la roca plana —me indicó el enorme anciano, negro de piel como el carbón.

Obediente, acomodé en una especie de altar lo más suave que pude el cuerpecito desmadejado de mi Samuel.

—Si no tienes fe no funcionará —me increpó el noble hombre observando mi semblante.

—Compréndame, por favor —le dije con un tono de ruego—. Es que de donde yo vengo, todos los médicos lo han desahuciado; ¡usted es mi última esperanza!

—¡Cuidado con lo que dice, uno solamente es instrumento del Ser Supremo! —contestó—

Mi fe se había desvanecido; aunque soy un creyente convencido, lo que viví día a día con mi hijo por más de siete años, me la hizo perder. Sin embargo, no sé si por los ritos que hizo, o por las terapias que el hombre exigió, lo cierto es que mi muchacho lentamente comenzó a recuperarse, ahora corre de aquí para allá como que nada había pasado.

Gruesas gotas de lágrimas resbalaban por mi rostro. Lloraba no de impotencia esta vez, sino de emoción. Samuel, ya de trece, compartía muy alegre con los niños de la isla, ajeno a la conversación de los mayores.

La hora de cumplir con el voto había llegado. La condición con la que me comprometió don Anselmo el negro curandero, era que si mi hijo se recuperaba, yo tendría que introducirme al mar abierto sin nada más que una cantimplora de agua en una pequeña canoa.

Sentenció él: “Si en el lapso de veinticuatro horas no regresas, será señal de que el dios del mar se ha cobrado el precio por la sanidad de tu hijo. Por el contrario, si regresas, Samuel habrá de padecer unos años más por su dolencia”.

Yo era un manojo de nervios. Perdí el recipiente de agua apenas me subí a la canoa. Nadie a parte del viejo y yo estábamos en el lugar, pero era como si cientos de ojos atestiguaran el extraño acontecimiento.

Fueron como mil intentos de vencer a las olas tratando de salir al mar desde la playa. Cada vez que me recuperaba e iba por otro, el hombre se reía agarrándose la barriga, al verme unas veces patas arriba, otras rodando como pelota en la playa, por el efecto de las olas que cada vez eran más violentas.

La verdad es que sentí que entre el mar y la arena me habían dado una horrenda paliza. Tenía raspones por todas partes, por lo menos tres chichones en mi cabeza y mi autoestima por los suelos.

Estaba yo muy humillado.

Cuando pensé que las fuerzas se me habían acabado, pues ya no podía ni pararme; en ese preciso momento cayó una terrible tempestad, que hasta al gran hombre negro asustó. “Es que en época de verano jamás había ocurrido algo semejante”, decían luego los curiosos que al igual que el temporal, de la nada salieron.

Creendo él que yo había hecho algún conjuro, salió corriendo mientras gritaba: “¡Te libero, te libero, pero márchate y no vuelvas por aquí!”.

Cuando se detuvo a unos quinientos metros, se arrodilló y alzando los ojos al cielo con una voz llena de angustia y reverencia clamó:

“Hoy, en esta isla, ha ocurrido un milagro”.

.....

Capítulo 4

El teléfono, la jaula y el sombrero

Enero, 2015

.....

Al final del día

José Torma

.....
<http://cuentoshistoriasyotraslocuras.wordpress.com>
.....

Eutimio cerró el portafolio, “another day, another dollar”, se repetía mientras subía a su Porsche. Miró al indigente que últimamente estaba en el mismo lugar; todos los días pidiendo “para comer”.

Con gran desdén puso unas monedas en su sombrero...

—Gracias, caballero —obtuvo por respuesta—, que tenga un excelente día.

Apenas lo escuchó, era un hombre ocupado y no podía detenerse ni a pensar, “demasiado análisis crea parálisis”, era su mantra. Puso su portafolio en el asiento trasero, mientras encendía el auto. Éste era su jaula de oro, deportivo del año, “rojo pa’ que corra más rápido”, se decía mientras el viento desordenaba sus cabellos.

—¿Comerás hoy con nosotros? —preguntó su esposa Marina, al verlo llegar a casa—. Tony se preguntaba si lo llevarías al club.

—No aceptan niños —contestó fastidiado, sabiendo que mentía—. Ya habrá otra oportunidad de llevarlo a otra parte.

—¡Carajo contigo!, promesas del tiempo que te sobre, ¿eso es lo que le ofreces a tu familia?

—¿Te molesta que trabaje tanto? ¿Acaso te falta algo?

—Tu hijo necesita de tu tiempo, no de tu dinero.

—No lo parece cuando está como idiota con el Xbox —dijo mientras terminaba de cambiarse—. Voy tarde, nos vemos en la noche.

—Ojalá no sea tarde cuando te des cuenta de lo que es importante en la vida.

—Me hartas con tus dramas —gruñó.

Marina guardó silencio, terminando la confrontación. Ya en alguna ocasión le había levantado la mano. Era como si no lo conociera. Todo era más importante que su familia.

Resignada se encerró en su cuarto y tomó el teléfono. Ni el llanto de su hijo lograba sacarla de su depresión. Buscó el odiado número y, con mano temblorosa le marcó a la otra.

Eutimio tiro molesto el celular al asiento del pasajero al no obtener respuesta; distraído, no vio salir al anciano que cruzaba la calle en la esquina, hasta que le golpeó con el auto. Maldiciendo se detuvo para revisar que su auto no hubiera sufrido daño. Con la palma de la mano revisaba buscando alguna abolladura. Escuchó un gemido de dolor y por fin puso atención a la persona que había atropellado.

—¿Está bien? —preguntó molesto—. Tome este dinero y aquí no ha pasado nada —le dijo mientras le dejaba unos billetes en el suelo.

—Gracias caballero, que tenga un excelente día.

Guardando su cartera volvió al auto, maldiciendo otra vez su mala suerte, tendría que ir al taller a que le sacaran el golpe, lo bueno es que no se había despostillado la pintura. El timbre de su celular le hizo cambiar de humor ante la perspectiva del próximo encuentro con su amante.

—¿Eutimio? —se escuchó la voz temblorosa de Leticia—. Eutimio, lo sabe todo, acabo de colgar con ella.

—¿Qué es lo que dices, te llamó? —presionó más fuerte el acelerador—. ¿Qué le has dicho?

—Nada, te lo juro, solamente colgué. Me prometiste que la dejarías...

—¿Y perder la empresa?, no puedo perder el apoyo de su padre, no en estos momentos de expansión.

—Pues ahora lo sabe y me amenazó...

Eutimio colgó el teléfono y tomó la ruta más rápida para regresar a su casa, tenía que lidiar con el problema. ¿Cómo se había enterado?, seguramente fue su padre.

Llegando a casa no se molestó en poner el auto en la cochera, bajó corriendo. Un viejo jardinero intentó quitarse de su camino pero aun así lo arrolló.

—¡Hágase a un lado, por favor! —le gritó mientras lo empujaba.

Entró como vendaval a la estancia.

—¡Marina! —gritó, pero solo el eco de su voz tuvo por respuesta. Buscó infructuosamente por toda la casa. Su auto estaba en la cochera, pero pronto descubrió que su ropa y la de Tony no estaban. Salió al jardín a preguntar al jardinero si los había visto.

—Ay, Eutimio, siempre tan ocupado, lo recuerdo tan bien.

—¿De qué está hablando, me conoce acaso?

—Más de lo que crees —dijo mientras lo miraba a los ojos...

Solo entonces se percató de su intenso color azul, por su mente

pasaron el indigente, el anciano al que había atropellado. ¡Eran él mismo!

—Hoy es el día que nuestra vida se fue al carajo —dijo el anciano con tristeza.

—Está loco, esto no puede estar pasando, yo nunca acabaré así...

—Cuando todo termine, cuando tus pasos sean más cortos intentando no llegar; ¿sentirás remordimientos, buscarás redención o partirás dignamente al infierno?

Los ojos de Eutimio se llenaron de lágrimas, cayó hincado sobre el pasto recién cortado. Tal vez tuviera una oportunidad, tal vez no fuera demasiado tarde... pero sabía que lo era.

El ave que ya no quería volar

Beta Vera

Se sentó frente al lienzo y lo observó, tenso, hasta ponerse de un blanco parecido al susto. Esa sensación de quiebre y vacío mental la había experimentado pocas veces en la vida, y esta desde hace un tiempo que se apodera de él con frecuencia. Próximo al ventanal del superpoblado taller descansan tristes e impacientes los pinceles, junto a algunos vasos con disolventes y pomos de óleo, en la espera interminable de una nueva creación, una nueva obra maestra. Pero ni los colores ni los significados ocultos de esos matices pueden adivinar que hoy no es día para el milagro de la existencia; y es que nadie sospecha que hace días y días atrás sus pensamientos navegan en lagunas mentales, y que sus ánimos se dejan arrastrar hacia hoyos de una apariencia infinita y feroz, permitiendo que frustración consuma hasta la última gota de esa inspiración que ayer habitaba en su espíritu, pasa así robas las fechas de caducidad al atardecer, quien se marcha a dormir tras cruzar el umbral en el lado izquierdo de la habitación.

—Hoy no es un buen día para pintar —dijo al tiempo que estrelló su pincel contra la pared. Se puso de pie, en busca de algún desbloqueo, dejando la brocha manchada de pintura en el piso, a un lado de su enojo sin remedio.

Como si de la promesa de un nuevo comienzo se tratase, se bebió su café a grandes sorbos, tomó su sombrero favorito, y cargó a Margarita en los brazos para luego cerrar la puerta detrás de él. Cada vez que su cerebro, su creatividad y su talento se le enredan con la confusión y las decepciones personales, el sólo pierde la

paciencia y no encuentra entonces, mejor forma de lidiar con esa molesta e incómoda guerra interna, más que saliendo a dar un prolongado paseo por la ciudad de barcos pesqueros y balsas turísticas en la que tanto le gusta vivir.

—Esta ciudad es una de las mejores cosas que tenemos tu y yo, Margarita. Mira la inmensa belleza que se oculta en los rincones y en el aire; escucha el susurro suplicante de aquellas antiguas casonas pidiendo que alguien se pare de admirarlas. Todo es magnífico aquí.

Caminó por largas horas a través de las cuales iba complaciendo a sus ojos con las curvas genuinas de las volteretas graciosas que protagonizaban las nubes en los reflectantes edificios de cristal. A pesar de su saturada memoria guardó detalles de rincones y callejones, que transformó en bellas postales citadinas en su imaginación. Paseó, sin rumbo, llegando como de costumbre, hasta la playa, para sentarse en la arena y tranquilizar su frustración creativa con el suave mecer de las canoas; que a lo lejos parecían manchas de varios colores en lo azul del agua, y que venían avanzando a medida que el atardecer retrocedía.

—¡Mira aquel pintarrajo rojizo, Margarita; mira como resalta entre los manchones más pequeños! ¿Lo ves? —dijo, al tiempo de señalar en lontananza y fingir una sonrisa.

El silencio fue absoluto. Contempló el disperso vaivén de los botes en el agua, flotantes a merced del mar, y las futuras tempestades que nadie puede controlar.

—Estoy preocupado, ¿sabes? No sé qué dirá Rubén sobre los cuadros que le envíe la semana anterior... —sus ojos enfocaron la nada—. Siento que los pinté con tonos demasiado apagados y tristes; con colores muy solitarios y dolidos, Margarita. ¡Ah, Margarita! Y bien sabe él cuanto odio que mi estado de ánimo influya en lo que pinto, y que así permanezcan mis pinturas: sin

decir nada en toda su vida.

El silencio volvió a susurrar en el aire.

—Siento que los colores se me están acabando, y por eso quiero que tú sigas siendo para alguien más los mil colores que nunca fui para nadie. Sé libre y vive tu vida, Margarita mía.

En la lejanía, a kilómetros y a horas caminadas, el teléfono sonó, pero sin alguien para escucharlo. Sonó insistente, hace un par de horas atrás. No obstante, hace un par de horas atrás ya había sido demasiado tarde, su respiración, sus latidos y su perseverante corazón habían muerto.

Vecinos y extraños encontraron al anciano sentado donde siempre. Junto al banco, su sombrero bailaba con la brisa del océano, tomado de las manos con los colores y las pintorescas escenas ciudadinas. Escenas que habían encontrado un escondrijo para escapar de su mente en el momento exacto que un dolor en el pecho lo tomó por sorpresa, logrando así cambiar todos los tonos del atardecer a negro. Y también, junto a él, encontraron a Margarita, quien lo contemplaba todo atentamente, desde su jaula abierta.

El ritual

Javier CH

.....
<http://mundobizarresco.com/>
.....

En la cueva, excavada en lo hondo de unas catacumbas, reinaba la oscuridad excepto por unas pocas antorchas encajadas en los muros. La ondulante luz naranja iluminaba parcialmente el círculo de Acólitos que se encontraba rodeando el altar de sacrificios sobre el que yacía la virgen desnuda dedicada al ritual.

Estos, iban ataviados con túnicas que habían sido conseguidas de lugares extraños. Llevaban brazales forjados en hierro, colgantes con símbolos rúnicos y unas cofias a modo de sombrero con velo que les escondía la cara y garantizaba el anonimato.

Los cánticos profanos, viejos como sol, enmudecían el “plip-plip” constante del goteo de la humedad que se filtraba por la piedra del lugar.

La joven, atada al altar por pies y manos con unas cadenas, apenas podía moverse gracias a una droga que le habían proporcionado.

En un rincón, múltiples objetos habían sido dejados después de su uso; libros, piedras, una jaula con animales muertos y la figura rota de un Santo estaban ahora amontonados.

Los Acólitos elevaban poco a poco la voz de los rezos y, de forma rítmica, una fuerza misteriosa empezaba a sacudir la gruta. Una presencia sobrenatural de otro mundo se filtraba en este gracias a las palabras que no deberían ser pronunciadas, los símbolos que no debieron ser dibujados y otras cosas que tampoco deberían haber ocurrido.

Una neblina violeta se hacía cada vez más densa y visible. Se arremolinaba y formaba tentáculos que se agitaban espasmódicos, centrándose en la chica, acariciando sus curvas y penetrando en ella por nariz, orejas, boca y cualquier otro orificio.

Entonces es cuándo comenzó a agitarse y sacudirse, intentado resistirse a la profanación no solo de cuerpo sino de su alma. Un ser de otro plano estaba tomando posesión de ella conquistando cada célula y pensamiento uno a uno.

Los cánticos subían de volumen, en parte para silenciar el “plim-plim” tan molesto, pero especialmente para fortalecer el conjuro.

Sin aviso, todo cesó. La bruma desapareció completamente dentro de la virgen y la presión en el ambiente desapareció.

El que parecía ser el Maestro de ceremonias, se acercó a la joven, sacó una daga de la manga y le cortó la garganta sin ninguna ceremonia adicional. La sangre manaba como una bota de vino rota, llenando un cáliz de bronce hechizado con extraños símbolos que había sido depositado para recoger la sangre.

—Ahora, Hermanos, beberemos esta sangre y el poder que el gran demonio Harauabaqoshg ha tenido a bien concedernos pasará a nosotros, nos hará seres superiores y seremos capaces de aplastar a nuestros enemigos. ¡Que nuestros enemigos maldigan este día!

Dicho esto, dio un largo sorbo de la sangre aun caliente y se la pasó al Hermano que tenía más cerca.

—Yo, es que... soy vegetariano —dijo, rechazando el cáliz.

—¿Qué?

—Que soy vegetariano. No como ni bebo nada de animal. Huevos tampoco. Bueno, soy un poco vegano y no me sentiría bien bebiendo sangre de persona. Pero no te preocupes, tu sigue que yo

miro y no molesto.

—Bueno, eh... supongo que está bien, no pasa nada. ¿Alguien más es vegetariano o vegano?

Un par levantaron la mano tímidamente

—Bueno, pues vosotros ponerlos ahí y vais barriendo.

—Perdona —dijo otro—, yo no soy vegetariano ni quisiera molestar, pero es que me preocupa un poco las enfermedades. Por cosas así empezó el SIDA y el Ébola. Prefiero pasar si no te importa —dijo y le pasó el cáliz al siguiente.

—Yo es que ya he cenado, pero gracias ¿eh? —se disculpó un tercero.

—Si no te molesta, preferiría mojar un poco con pan, en vez de beber así sin más. Es un poco... ya sabes. Me da .

—Maestro, ya que estamos con cosas, preferiría usar pajita para no beber de dónde estos —dijo otro, con la mano en alto.

—Yo he traído unos cacahuetes para picar —aportó otro.

—Pero se supone que ya sabíais a lo que veníais —dijo el Maestro, confuso—. No entiendo a que viene ahora tanto remilgo.

—Eh, que yo me he traído el pan de casa. Preparado venia —dijo el del pan con la boca llena y escupiendo migas por todas partes.

—Nosotros, es que estamos en esto por lo típico. Las orgías, sociabilizar, ir de antisistema y tal. Pero es que beber sangre, es un poco friki. Pero que no pasa nada, vosotros seguís y nosotros vamos limpiando. ¡Enciende la luz Demetrio, que no veo nada y me voy a dar en el dedo chico!

—Bueno a ver, entonces ¿cuántos estáis aquí en serio? Pues seguimos con lo nuestro. ¡Deja el puto móvil, caramba!

Arrieros somos

Laia Varona

.....

.....

Mejías entró a la sala de reuniones y sujetó la puerta para que Andrade pasara. Los dos se sentaron a la mesa, frente a frente.

—Bueno, cuéntame —dijo Mejías.

Andrade se inclinó sobre la mesa con las manos entrelazadas y lo miró fijamente.

—El puesto de Lejarreta es mío.

Mejías levantó una ceja.

—Que yo sepa, el puesto de Lejarreta es de Lejarreta.

—No por mucho tiempo. Se va a prejubilarse.

—¿Sí?

Andrade se irguió y cruzó los brazos.

—No te hagas el tonto, Mejías. He notado que te comportas de manera distinta desde que empezaron a oírse rumores. Tienes montones de ideas nuevas, intervienes más en las reuniones, y ayer nos invitaste a todos a chocolate con churros. Te has puesto el mundo por sombrero. ¿Creías que no me iba a dar cuenta?

—Por montera.

—¿Qué?

—Que me he puesto el mundo por montera, no por sombrero.

—Sombrero, montera, ¿qué más da? —dijo Andrade, y señaló a Mejías con el dedo—. Llevo años esperando una oportunidad como ésta y no voy a dejar que nadie me la estropee. Inténtalo y haré que tu vida aquí sea un infierno. Y si crees que para librarte de mí sólo tienes que cambiar de trabajo, te equivocas. Puedo hacer que tu única oportunidad laboral sea la hamburguesería de la esquina.

Mejías meneó la cabeza mientras sopesaba la situación, y luego levantó las manos como si se rindiera.

—De acuerdo —dijo por fin—. No voy a seguir compitiendo por el puesto de Lejarreta. Es todo tuyo.

Andrade sonrió, satisfecho, y se repantigó en la silla.

—Me alegra ver que eres un hombre razonable —dijo.

—Entonces, mi vida aquí no va a ser un infierno, ¿verdad? —preguntó Mejías.

—Claro que no. A enemigo que huye, jaula de oro. A no ser que...

—Puente de plata.

—¿Perdón?

—A enemigo que huye, puente de plata.

—Jaula, puente, lo que sea. Deja de interrumpirme, Mejías. Como te iba diciendo, no tienes nada de lo que preocuparte. A no ser —añadió con un tono de voz más suave, pero también más peligroso— que le cuentes a alguien esta conversación que acabamos de tener.

Mejías inclinó la cabeza con curiosidad.

—¿Y si alguien la ha oído ya?

Andrade se inclinó sobre la mesa otra vez. Parecía tranquilo, pero Mejías se fijó en que se le estaba hinchando una vena en la

frente.

—¿Quién va a habernos oído si en esta sala sólo estamos tú y yo?

—Bueno, supongamos que yo llevo un tiempo con la mosca detrás de la oreja porque la productividad de tu departamento está cayendo en picado. Supongamos también que, en el último mes, cuatro personas de ese mismo departamento han sufrido crisis de ansiedad. En una situación así, yo podría empezar a investigar, y podría llegar a la conclusión de que estás amenazando a la gente, como acabas de hacer conmigo.

Andrade empezó a ponerse colorado, y la vena de la frente se le hinchó aún más.

—En ese caso —continuó Mejías—, podría decidir provocarte para ponerte a prueba, y cuando por fin picaras y me trajeras aquí para hablar conmigo, yo podría haber llamado a la jefa de recursos humanos y haberme metido el móvil en el bolsillo, con el altavoz puesto para captar nuestra conversación. —Sacó un móvil del bolsillo y lo puso sobre la mesa—. ¿Tú que crees, Bermúdez? ¿Podría pasar?

—Podría pasar, sí —contestó una voz de mujer al otro lado del teléfono—. Hola, Andrade, ¿qué tal estás?

Andrade miró fijamente a Mejías durante unos instantes. Luego, con un grito feroz y una agilidad sorprendente, saltó sobre la mesa y se abalanzó sobre él. Aquello pilló completamente desprevenido a Mejías, que se tiró al suelo para evitar el golpe. Justo cuando Andrade estaba a punto de saltar sobre él por segunda vez, dos enormes agentes de seguridad vestidos con traje y corbata entraron en la sala e inmovilizaron a Andrade.

—¡Soltadme! —gritó éste mientras forcejeaba con los gigantes trajeados—. ¡Tengo contactos! ¡Haré llamadas! ¡Os arrepentiréis de esto! ¡Sobre todo tú, Mejías! —bramó mientras lo sacaban a rastras

de la sala—. ¡Zapateros somos, y en el camino nos encontraremos!

Mejías se levantó del suelo y se sacudió los pantalones.

—¿Estás bien? —preguntó la voz de Bermúdez desde el altavoz del teléfono.

—Sí, descuida.

—Buen trabajo, Mejías. Y muchas gracias.

—A ti, Bermúdez.

Colgó el teléfono y salió al pasillo. Andrade seguía gritando y amenazando mientras los dos agentes de seguridad lo arrastraban hacia el ascensor sin inmutarse. Los ocupantes de los despachos cercanos, alarmados por el alboroto, estaban saliendo para ver qué pasaba. Tener público hizo que Andrade se enfadara aún más, y todavía estaba mentando a las madres de todos los presentes cuando los agentes lo metieron en el ascensor. Las puertas de acero se cerraron con un golpe rotundo, pero no silenciaron del todo las maldiciones de Andrade, que sólo se desvanecieron cuando el ascensor estuvo unos cuantos pisos más arriba, camino al despacho del director general.

—Arrieros, Andrade —murmuró Mejías con una sonrisa—. Arrieros somos.

Azaleas y Vainilla

K.Marce

.....
<http://karenmarcescorner.wordpress.com/>

<http://karenmarcescorner.blogspot.com/>
.....

Lo recuerdo tan claro como si fuera ayer. Era una mañana brillante; pero me invadía la melancolía de mi soledad. Miraba la calle llena de gente y autos, sobre la Ave. Ámsterdam, desde mi oficina. Me recliné sobre el escritorio, al timbrado de mi teléfono, apreté el cigarrillo entre los dientes antes de contestar.

—MacArthur, Detective Privado.

Una voz aterciopelada caminó como una gata a través de mi oído, consultó si podía recibirla en diez minutos, di la dirección y pedí su nombre: Sra. Ditta VonHausser.

Llegó puntual, su sombra se reflejó en el vidrio ahumado con mi nombre, llamó con suavidad, cual caballero le abrí yo mismo la puerta. Percibí perfume de azaleas, labios rojos, rostro cubierto a medias por el sombrero con velo negro, levantó su mentón y pude perderme en sus ojos verdes. Pero acostumbrado a dominar las emociones, la invité a sentarse, contarme su historia.

Sospechaba que su esposo, inversionista en Wall Street, estuviera involucrado en algo ilícito o que fuera infiel. Escuché cada palabra analizándola. Me pidió fuego para su cigarrillo, cruzó las piernas sacando el alfiler para desprenderse del sombrero, su ondulante y cobriza cabellera era una brillante cascada sobre por la redondez de sus hombros, me recordó a la actriz naciente, Rita Hayworth, pero ella aún más hermosa.

Seamos sinceros, yo no aceptaba casos de infidelidad, nunca terminan bien. Pero me tentaba saber los misterios de su marido. No tenía nada entre manos, pero me ufané de mi apretada agenda, aceptar el caso no sería nada barato. Ella levantó la comisura de sus labios rubí: “El precio es lo de menos, solo quiero la verdad”.

Acordamos empezar esa misma tarde. Me entregó una fotografía y datos del obeso esposo. Ella se marchó, pero olvidó el alfiler de su sombrero en mi escritorio, una azalea amarilla, que emanaba su perfume.

Observé por varios días desde el edificio de enfrente las oficinas del Sr. VonHausser. Lo analizaba: era adicto al café, a morderse las uñas y a gritarle a sus compañeros, mascaba tabaco que terminaba escupiendo en cualquier cesto. Me era desagradable, pero no estaba para juzgarle, sino seguirle los pasos.

Día cuatro, averigüé que él no era popular, las damas lo rechazaban y sus compañeros hacían mofa de él a sus espaldas; pero hasta ahora solo se dedicaba a trabajar. Yo buscaba un teléfono público para llamar a Ditta, puntual a las cuatro para darle detalles, así me exigía, pero esa tarde pidió reunirnos en mi oficina. Me entregó unos recibos de restaurantes, que ella encontró, sospechaba que ese era el lugar de reunión de él y su amante.

Comencé a reunirme con Ditta las siguientes semanas, le daba pormenores, ella me informaba sus sospechas; pero todo parecía indicar que él no era infiel; no era educado, ni con una personalidad atrayente, su aspecto tosco y feo no podría provocar sino únicamente náuseas, no comprendía como ella era su esposa. Toda ella era hermosa, su mirada misteriosa, la sonoridad de su voz, y la naturalidad de su sensualidad evidente.

A él continué vigilándolo en todas partes. Un día rompió su rutina del medio día. Él se balanceaba en las aceras, escupiendo su tabaco a doquier, lo seguía a paso corto, sin perderle y pasando

desapercibido, pero podía sentir el olor a tabaco que él tosía. Fumé dos cigarrillos seguidos, solo para quitarme el mal sabor de mi boca. Se dirigió a un restaurante en la Pequeña Italia. Sacudió la mano, abrazó y besó dos veces a uno conocido como: "Pappa Gio". Un viaje demasiado largo por una pizza y cerveza, algo se estaba tejiendo ahí.

Me reuní puntual con la hermosa en mi oficina. Comunicé mis sospechas: Si él estaba en algo ilícito, quizá involucrado con la mafia italiana, mi conciencia me dictaba dar parte a la policía. Ella me rogó, me suplicó, me pidió esperar al menos corroborar todo, me tentó con una cantidad enorme de dinero, lo rechacé. ¿Cómo negarse a una mujer como ella? no era necesario.

Investigué y seguí al hombre por tres meses, mismo tiempo que me reuní a diario con ella, se confesaba conmigo. Nunca descubrí que fuera infiel, nunca faltó a irse directo a su casa después de su oficina, tampoco era gentil para causar a las mujeres, aún siendo un próspero promotor accionista, preferían evitarlo. Las actitudes hostiles de sus compañeros, eran evidentes por sentirse celosos de sus capacidades en los negocios. Sus misteriosas reuniones con Pappa Gio, eran sino vender acciones como franquicias de su pizzería; pero como buenos italianos, debía convencer a toda la familia, el contrato fue confirmado cuando todos se pusieron al fin de acuerdo. También lo seguí a esos otros restaurantes, hablé con los *maitres* y los meseros; él amaba el buen comer e invitaba a sus accionistas a almuerzos para hablar de negocios. No podía ser un personaje más inverosímil, con una personalidad y físico tan grotesco; pero en su círculo de clientes, era apreciado y hasta admirado.

Pero ya estaba acostumbrado a verla en mi oficina. Esa reunión de todos los días a las cuatro de la tarde. Sentía no ofrecerle lo que ella esperaba, porque comencé a pensar que ella buscaba tener una razón para dejarlo, pero estaba demasiado habituada a su vida

aunque no era feliz y a mis sospechas, me lo confesó al decirme: “Supongo que seguiré casada hasta que la muerte me separe de él. No negaré, él me lo da todo, pero una jaula de oro no es una casa”. Emanó de su boca húmeda, el humo a vainilla que entró a la mía.

Ahora ella ya no vive más en esa jaula de oro, yo la liberé de eso; aunque ahora esté yo mismo rodeado de barrotes y con una condena más allá de las paredes que me encierran. Pero por una mujer como ella, cada segundo a su lado y lo que hice, valió la pena. Espero que un día ella me recuerde, como yo la recuerdo todos los días.

El bromista

Daniela López

Esa mañana, después de mi acostumbrado café con leche, recibí una extraña carta. Sin más distracciones, la transcribiré aquí:

Hola... ¿cómo estás?

¿Qué era lo que iba a decirte? ¡Ah, sí! Feliz cumpleaños, hermosa. Quería enviarte el regalo en este envío...pero sería más divertido si lo hacemos a mi modo ¿no?

Bien, ahora presta atención. No te diré mi nombre todavía, así la cosa se pone más interesante. Irás al bar de la esquina y le dirás al barman de turno que tiene la barba muy larga. Sí, tal y como te lo digo. Todo esto a las 10 de la mañana. Si lo haces antes o después, ya no tendrá efecto lo que digas y te perderás el regalo. Sé puntual, tú nunca me defraudaste con el horario. De ahí en adelante, se te darán las instrucciones pertinentes.

Me despido cordialmente. Tuyo,

Ya verás.

La carta me dejó apabullada. Un bromista, de seguro. Yo no tenía admiradores. Sin embargo, la forma de escribir me incitaba a seguirlo. Y me conocía, ¿pero quién? Nunca permití que ningún hombre me tuviera la suficiente confianza. Como no tenía nada que hacer ese día, decidí entrar en el juego. Además, detrás de todo había un regalo.

Afuera hacía frío. Después de abrigarme, salí a la calle. La

brisa jugueteaba con mi cabello, y mi cabeza con los nombres que residían en mi memoria. Pero nada.

—Bah. Sigamos —pensé.

...

Cuando llegué al bar, eran las 9:45. Tenía quince minutos. Me senté en una mesa que estaba al fondo. Ofrecía un excelente panorama del lugar. Pedí al barman un té flojo.

No había mucha gente. Más bien solía llenarse a la hora del almuerzo. En ese momento sólo había ocho personas, incluyéndome. Una pareja de enamorados que se daban bocadillos a la boca a cada rato. Me estremecí de solo verlo; estaba tan acostumbrada a la soltería, que una sola muestra de cariño me infundía miedo. Un hombre canoso, con un café en la mano, leía el diario mientras se acomodaba el sombrero a cada rato; una chica echaba migas de su factura sobre su notebook. Dos amigos charlaban con ánimo y otro muchacho terminaba su café con leche, mientras miraba por la ventana con aire soñador. Y el último era el barman.

Me defraudé, nadie me era conocido. O eso pensaba yo.

Terminé mi té con la campanada de las diez. Me acerqué al que atendía el lugar.

— ¿Qué se le ofrece? —preguntó con una voz que se acercaba a lo femenino.

—Tiene usted la barba muy larga.

— ¿Qué?

El muchacho con aire soñador tosió con suavidad.

El barman me examinó durante un momento.

— ¿Es usted Cinthia Álvarez?

—Sí.

Se inclinó un momento, buscando algo debajo de la mesa. Y con expresión profesional, me tendió una carta. Otra más para mi colección.

Querida Cinthia:

Vas bien. Eres increíble cuando te lo propones. A dos cuadras de aquí, hay una veterinaria. Al que atiende dile: Eres adorable, tío John. Eso sí, quiero que sonrías. Es lo FUNDAMENTAL.

Nos veremos pronto. Tuyo,

Ya verás.

Y dale con tu «Ya verás». Me estaba quemando los sesos y aún no sabía nada del misterioso bromista. Guardé la carta en un bolsillo de mi saco y salí, no sin antes advertir que el muchacho con aire soñador había desaparecido.

...

La veterinaria estaba llena de jaulas. Pajaritos de todos los tamaños y colores canturreaban a gusto. Siempre me gustaron estos animalitos. De niña, deseaba tener uno de mascota, pero mis padres no me permitieron. Siempre fueron poco permisivos conmigo. Y aquél lugar me traía recuerdos. El bromista me estaba jugando una mala pasada y si daba con él, lo pagaría caro.

La voz del veterinario me sacó de mis malvadas ensoñaciones.

— ¿Qué desea?

—Eres adorable, tío John.

Me miró, confuso.

—No la entiendo querida.

Ay, no. Olvidé la sonrisa.

—Eres adorable, tío John —sonreí.

Él sonrió y levantó su dedo índice. Me acerqué a la jaula que me indicaba. Una cotorrita dormía con tranquilidad, mientras en su patita izquierda guardaba un rollito de papel.

Con cuidado, se lo quité. Lo desenrollé con rabia y leí:

¡Bien, Cinthia!

Has pasado la segunda prueba. Ve esta noche, a las 8, al restaurante «Le Musée». Pide al mozo rubio que te pase el teléfono.

El rosa te queda bien. Tuyo,

Ya verás.

¿Qué estaba haciendo el bromista conmigo? ¿Por qué, después de tanto tiempo, tenía verdaderas ganas de llorar?

...

Con un vestido rosa, entré al restaurante. Fui directo al mostrador y encaré al mozo rubio.

Cuando levanté el teléfono, una voz suave llenó mis oídos.

— ¿Cinthia?

Enmudecí. Esa voz...

— ¿Cinthia, estás ahí?

— ¿Quién eres?

—Date la vuelta, corazón.

Y ahí estaba. El chico de aire soñador, con traje de moño y una sonrisa. El chico que, diez años atrás, me había dado mi primer beso, sujetándome con suavidad. Y después yo había huido, sin

volver a saber nada de él. Hasta ahora.

El solitario señor Legardier

Carlos Rosae

.....
<https://carlosrosae.wordpress.com/>
.....

Si exceptuamos los furtivos avistamientos desde la mirilla de nuestras puertas, es curioso lo poco que conocemos a nuestros vecinos quienes vivimos en un bloque de viviendas.

Aquella mañana de agosto las teclas de la máquina de escribir parecían fundirse bajo las yemas de mis dedos mientras varias gotas de sudor huían del calor de mi frente. Tras un descanso de algo más de media hora, por fin había cogido ritmo para terminar aquella maldita historia que tanto trabajo me estaba dando. Súbitamente, un vendaval entró por la ventana provocando un estruendo cuando algo se estrelló con la mesilla de noche, derribando la lámpara y todas las fotografías. Me levanté como un rayo mientras toda mi concentración volvía a esfumarse por enésima vez.

Detrás de la lámpara asomaban dos patas de piel rugosa. Un loro de plumas grisáceas y de aspecto simpático parecía divertirse picoteando la foto de las vacaciones, que con la caída se había salido del marco. Aquel animal habría aprovechado algún descuido de sus dueños para dejar su jaula y salir a conocer mundo.

Retiré la cortina asomándome al exterior, pero en la calle no había nadie que estuviera lamentándose por la fuga del animalito y eran demasiadas las ventanas abiertas como para adivinar cuál era la de sus dueños. Cerré la ventana de la habitación. El loro parecía feliz haciendo “confetti” con mis recuerdos. Pensé en cogerlo con ayuda de un viejo sombrero pero no sabía donde dejarlo después.

—¿Qué hago yo contigo ahora, amiguito?

Mi esposa había salido a tomar café con una de sus amigas. Por aquel entonces no teníamos teléfono en casa y todavía quedaba mucho tiempo para que los teléfonos móviles fueran algo al alcance del común de los mortales y no una especie de ladrillos tecnológicos reservados a cuatro esnobs que juegan al golf con sus carísimos palos. Quizás algún vecino me dejara utilizar su teléfono. Tenía que llamar a la protectora para que pasaran a recoger al animal, no podía quedármelo.

Salí al rellano de la escalera y, de forma instintiva, llamé al timbre de la puerta de enfrente. Cuando sonó, me percaté de que había llamado a la puerta del vecino más extraño que tenía. El señor Legardier era un hombre mayor, ataviado siempre con un sombrero gris de otro tiempo, una pipa de maíz y un elegante bastón más ornamental que funcional. Por suerte no hubo respuesta, quizás no estaba en casa. Cuando estaba girándome para llamar a otra puerta, escuché el sonido de la llave y del pestillo corredero. Maldición, allí estaba el anciano con su habitual cara de vinagre.

—¿Qué quiere? No me interesa comprar nada, gracias. —Apenas me había mirado a la cara, pero en el último segundo, antes de cerrar la puerta del todo, pareció darse cuenta.—Un momento, usted es el joven vecino de enfrente. ¿Que ocurre?.

—Siento molestarle, pero se trata de una emergencia, ¿Tiene teléfono?

—Sí, pase, pase.

Nunca imaginé que su casa fuera así, quizás me había dejado llevar por las tétricas historias que inventaban los niños del barrio cuando se aburrían. Era una casa muy acogedora, llena de cuadros, fotografías y recuerdos de muchos lugares. Me detuve observando una vieja fotografía, tomada probablemente en algún lugar de África, en la que un joven de aspecto familiar posaba junto a su guapísima esposa. Había otras tantas de los más exóticos lugares

del planeta: la India, Australia, Perú... El carraspeo del anciano indicándome dónde tenía el teléfono me devolvió a la realidad.

El teléfono estaba cubierto por una capa de polvo más que considerable, contrastando con la pulcritud del resto del mobiliario. Cuando le pregunté si funcionaba su semblante dejó de ser de piedra y cabizbajo me confesó que no lo había utilizado en años porque ya nadie le llamaba ni él tenía a quien llamar. Tras consultar el listín, levanté el auricular marcando el número de la protectora. Cuando sonó el segundo tono mis ojos se posaron sobre el objeto situado al otro lado del salón, junto a las cortinas. Era una jaula, con una percha a su lado y parecía llevar vacía mucho tiempo. Colgué el teléfono y salí disparado de vuelta a mi casa, regresando un minuto después con un sombrero entre mis manos. Desconcertado, el anciano me preguntó si estaba bien. Levanté el sombrero dejando al descubierto al animal, que voló hasta la percha que a partir de aquel día sería su hogar durante muchos años.

Fue la primera vez que vi sonreír a Legardier y, gracias a aquel pequeño animal, forjamos una gran amistad hasta el día en que el anciano emprendió el mayor viaje que había realizado nunca, para reunirse con su esposa.

Tsunami en Navidad

Carlos Dauro

.....

.....

Nadie se acordaba de él, ningún regalo, tarjeta de felicitación, ni tan siquiera un whatsapp en Navidad. La televisión encendida iluminaba el pequeño comedor desordenado, repleto de platos con restos de comida y botellas de alcohol vacías esparcidas por todo el suelo.

Dormitando su borrachera sin fin, así se compadecía Juanito de sí mismo, una buena persona al que la vida le arrebató todo lo que más quería.

Atrás quedaban esos días donde su sonrisa y su alegría contagiaban a todo el mundo, donde sus palabras consolaban a amigos desesperados y el dinero para el café y el croissant que daba cada día al primer mendigo con el que se cruzaba.

Su esposa le recriminaba sin acritud que mirara tanto por los demás y tan poco por él. Su matrimonio duró seis años, justo hasta que se cruzó en su camino un conductor borracho y los arrolló. Ya hace un año que enterró a su mujer y a su hijo, tres meses desde que su jefe lo despidió del taller de joyería por su actitud y, otros tantos, olvidado por todos aquellos a los que Juanito ayudó.

Las noticias hablaban de un tsunami en Tailandia, de una devastación sin precedentes en la era moderna por causas naturales. Desperzó los párpados aleteándolos despacio, al tiempo que su cerebro asimilaba lo que decía el televisor.

Las imágenes le recordaban a él: su antes y ahora. La habitación,

tristemente iluminada por las imágenes que acompañaban la noticia, parecía formar parte de ese desastre.

Se incorporó en su sillón y se quedó mirando ensimismado lo que iban transmitiendo. Un hombre apareció cojeando, lleno de barro y rasguños por todo el cuerpo. El periodista se le acercó:

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—¡Estoy vivo! ¿Cómo no voy a estarlo?

Enfocaron su rostro. Juanito se fijó en sus ojos, y leyó en su mirada un infinito agradecimiento, sacudiéndole el corazón.

—¿Qué estoy haciendo conmigo?- se preguntó, absorto en el rostro de ese hombre.

Apagó la tele desde el mando a distancia y pulsó el interruptor de la lámpara de pie que decoraba la esquina del comedor.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Yo también estoy vivo!

Se miró al espejo, estaba irreconocible, parecía un naufrago derrotado y abatido. Se estiraba el pelo, la barba descuidada y sucia, miró sus manos de orfebre que ahora parecían de un cuidador de cerdos. Subió la mirada otra vez al espejo. Y sonrió. Por primera vez en un año no se vio un derrotado sino un superviviente, como Robinson Crusoe. En su mirada amaneció el brillo de la esperanza.

Antes de pensar en nada más se metió en la ducha y estuvo más de media hora recuperando a su cuerpo olvidado, se afeitó y al final se perfumó con la colonia de su hijo.

Adecentó y ordenó el caos de su casa y para cuando hubo terminado, volvió a mirarse al espejo. Ese era el aspecto de Juanito que recordaba.

Se abatió de nuevo, no sabía a dónde ir ni que hacer. ¿Cómo empezar? No recordaba cómo se activaban los pensamientos

positivos.

Abrió la puerta de la habitación de su hijo. Recogió del suelo el sombrero de cowboy que solía llevar puesto cuando jugaban a indios y vaqueros. Ordenó la cama deshecha de sollozos y rabia que lo consoló durante todo este tiempo.

Sacó de la jaula del circo de los playmobil los trozos de periódico que daban cuenta del accidente y liberó al león de plástico de tan ingrata compañía acariciándole el lomo.

Se sintió aliviado, abrió la ventana y el frío de la calle expiró el aire lúgubre de la habitación y notó como un escalofrío le recorría el cuerpo.

Marcó un número de teléfono

—¡Feliz Navidad don José!

—¿Juanito? ¿Eres tú?

—Sí don José. Perdón por todo lo que no hice como en mí era habitual. Estoy en condiciones si usted me necesita.

—Me alegra oírlo. Te tocará trabajar más horas para recuperar los retrasos. Te espero pasado mañana.

—Gracias don José.

Salió a la calle no sin antes comprobar que llevaba algo más que los dos euros de siempre. Hoy era Navidad. Fue hacia el parque que volverá a cruzar cada día para ir a trabajar y buscó a los mendigos que allí solían reunirse. Se acercó a ellos y les dio un sobre.

—¡Feliz Navidad! —les deseó.

—Gracias don Juan, me gustaría poder ser generoso como usted — le contestó uno de ellos.

Cogiéndolo del hombro le dijo:

—La vida está llena de subidas y bajadas. Y, ahora, toca escalar de nuevo.

Casual transmutación

Julieta Ortiz

.....
<http://plumadelmonoalado.blogspot.mx>
.....

Resulta curioso el acontecer de la espera en una habitación; un hombre espera sentado mientras mira a un gato, que a su vez observa a un perico dentro de su jaula, que está viendo un teléfono reflejado en su espejito colgante.

El tiempo avanza representado en sombras sobre la alfombra, por la ventana se inmiscuyen rayos de luz apenas perceptibles entre el humo de los cigarrillos consumidos. Aquellas sombras testigo de la vida en tranquilidad, de pronto son interrumpidas por el foquito rojo del teléfono que al encenderse anuncia un estridente timbrado. Dicha imagen viaja vertiginosamente a través del reflejo en el espejo. a los ojos del perico; a las alargadas pupilas del gato; hasta los verdes ojos del hombre sentado en el sofá, el cual se levanta de un salto y con largos pasos intenta llegar hasta la mesilla junto de la ventana para contestar. Justo entonces se le atraviesa un fuerte viento provocándole cerrar los ojos, tropieza con el cable del teléfono y en la inercia de su caída tira la mesilla, aventando el aparato hasta el otro lado de la habitación. El hombre lo mira sonar en su trayecto hacia el suelo y al tocar el piso, el parlante deja escuchar la dulce voz de una mujer.

—Hola...Raúl, ¿estás ahí?

Mientras, Raúl estira el brazo para alcanzar el teléfono y el cable parece apretarse más, fuertemente ceñido de la pared que lo reclama con abnegados despojos de caliche, haciendo sentir a su presa como atrapado entre algas. Vuelve a usar la mano izquierda

para jalar del cable y entonces habla ella.

_Vaya... Llegué antes... es...

Tan pronto como se va zafando las piernas, cree estar cerca de su objetivo y el punzante tono de la ausencia corta la comunicación.

Los dedos de la mujer colgaron el teléfono al mismo tiempo que el hombre tomo la bocina y aunque solo escuchó el tono de ocupado, por impulso contestó:

—¿Margarita?

Al fin Raúl se libera por completo y acomoda la mesilla con todos sus habitantes. Ligeramente agotado, distraídamente mira por la ventana y se encuentra con una figura que llama su atención:

—¡Pero si es Margarita!

Va tan hermosa ella, caminando en la acera de enfrente. Sin pensarlo más, sale del apartamento azotando la puerta.

Tal estruendo corta la transmutación de miradas una vez más, ahora el perico se da cuenta de no ser mirado por el gato. Entra en preocupación y dando un vistazo a su alrededor, encuentra al osado felino subido en la mesilla, desde donde prepara un salto voraz que aterriza en su jaula, la que al ser derribada emite una aparatosa caída, armonizada por el sonido del espejo rompiéndose contra el suelo y el cacareo del plumífero suplicando por su vida.

La cálida luz del sol que iluminaba la vida en esta habitación ha cambiado por la blancura de la paz nocturna, reflejándose sobre las manecillas del reloj que resuenan presurosas. Clavándose en la sonoridad de los segundos, palpitando sobre los muebles, alargando los suspiros del gato que eriza su lomo de tanto en tanto, entonces cuando más hondo resuena el segundero, es cuando vuelve Raúl. Entra con el sombrero sobre el pecho, en acto de solemnidad y la cara colgada que escurre en dolor por la muerte

de Margarita Cortés. Quién de haber charlado con él, no hubiera cruzado la calle al mismo tiempo en que la pareja de recién casados del 402, se pasó el alto mientras peleaban a bordo de su Volvo a toda velocidad.

Tras el golpe sordo de la puerta al cerrarse, a Raúl termina de rompersele el corazón al encontrar la sala hecha un lío y rompe en llanto mientras caminar entre los restos de la jaula y plumas. Lleva sus manos a la cara y, tras dos pasos, se desmorona frente al sofá, que alberga a su querido mínimo plácidamente echado y ostentando su figura como la de un rey, que tiene por presea el hocico rojo con una pluma aderezado y las largas pupilas resplandeciendo en la oscuridad clavadas fijamente en él.

Decisiones

Gastón Ramírez

.....
<http://vicioenlalectura.blogspot.com.ar/>
.....

El timbre del teléfono lo despertó, devolviéndolo a la sucia cama entre las cuatro paredes de su departamento. No se levantó, con la esperanza de volver a conciliar aquel hermoso sueño en el que la abrazaba. Sabía que era un sueño, que no era real, que ella había partido y que nunca más volvería a su lado.

Él era el responsable de sus propias decisiones y de las de ella. ¿Por qué había pasado eso? ¿En qué momento había tirado todo por la borda, solamente por placer?

Sabía las respuestas, pero no quería aceptarlas.

El teléfono seguía sonando, ayudando a que su cabeza diera aún más vueltas. Se levantó, empujando con su pie una botella a medio llenar, desparramando el líquido por el suelo y empapando las prendas olvidadas la noche anterior. Maldijo, agarró la botella y la tiró al otro lado del departamento. Recogió la camisa y el sombrero con aroma a alcohol, cruzó el cuarto y desconectó el teléfono, devolviendo al entorno su silencio y tranquilidad original.

Quería dormir, acostarse y no despertarse jamás. Su vida no tenía sentido. Sus amigos y su trabajo, todos temas del pasado. Cosas que en ese momento carecían de importancia. Ni siquiera esa noche tenía sentido. ¿Cómo podía ser tan desgraciado? probablemente era un sueño, un horrible sueño del cual se despertaría y vería a su familia desayunando, como tenía que ser, como mandaba la vida. Al carajo esas frases que conocía todo el mundo, “Escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo”. ¿Quién había inventado

eso? Había hecho las tres cosas y su vida era tan desdichada como la de cualquiera.

Nadie lo quería. Bah, su familia lo quería. Eso, lo quería. Pasado. Ellos no lo entendían. No lo aceptaban, nunca lo aceptarían. El no tenía la culpa, su vida no había sido tan afortunada como la de otros. Todo el mundo tiene sus propios defectos y nadie se queja.

Solo se quejan de los de él. Ellos son los culpables de todo.

Sonrió. Ese, prácticamente, fue el mejor de sus pensamientos en toda la noche. Había que brindar.

Caminó hacia un rincón del cuarto, abriendo unas bolsas llenas de bebidas alcohólicas y agarró una. No sabía lo que era, pero su forma lo tranquilizaba. La jaqueca había vuelto, aún más fuerte que antes. No le importaba, lo único que quería era olvidar aquellos viejos recuerdos que asaltaban su mente. Recuerdos del pasado, recuerdos que ya no necesitaba, que quería eliminar.

Abrió la botella y bebió un largo sorbo.

El líquido ardiente se abrió paso por su garganta, despertando sus sentidos y forzándolo a sonreír. Todo lo que necesitaba era eso. Nadie podía quitárselo. El alcohol era la solución a todos sus problemas y no iba a permitir que nadie le dijera lo contrario.

En su locura, agarró un pequeño banco y lo lanzó contra el ventanal del balcón, quebrando y desparramando el cristal por el suelo. Caminó en dirección al balcón, dando tumbos y esquivando los cristales rotos esparcidos sobre el suelo. Se apoyó en la baranda y le dio otro sorbo a la botella.

Pensar que todos lo habían abandonado por esa cualidad. El alcohol lo mantenía feliz, ¿Qué acaso nadie lo entendía?

«La vida es una Jaula», pensó. «La vida de todos es una jaula y nadie tiene la llave, pero yo sí».

Se apoyo en el balcón y lanzó una carcajada al aire y se llevó la botella a la boca, pero estaba vacía. Maldiciendo, se volvió para agarrar otra y sin darse cuenta, pisó los cristales con los pies descalzos.

Lanzo un grito de dolor y retrocedió, chocando contra la baranda del balcón y perdiendo el equilibrio.

Quiso sostenerse de algo pero con la vista nublada por el alcohol no pudo, pasando por encima de la baranda. La botella de alcohol que todavía aferraba en su mano derecha se trabó entre el balcón y la baranda, impidiendo que cayera pero quedando colgado a ocho pisos por encima del suelo.

Estando colgado y mirando detenidamente la botella, sonrió. La única cosa que amaba en ese mundo lo había salvado de una muerte segura. Ahora nadie podía decirle que la deje. Nunca iba a hacerlo.

Pero su único amor lo traicionó.

La botella se rompió en su mano, dejándolo caer sin nada que pudiera salvarlo. Y con su último segundo de vida, dándose cuenta de lo que había hecho, una sola palabra cruzó por su cabeza: «Perdón».

Encerrado en una jaula

Alejandra Foyo

Le dolía todo el cuerpo y lo tenía entumecido. Con pereza, comenzó a mover sus articulaciones y en un torpe intento de levantarse cayó al suelo con un golpe seco. Después de algunas caídas logró levantarse, pero extrañamente no lograba pararse sobre sus piernas ya que sus manos se rehusaban a separarse del suelo y sus brazos a levantarse por mas de algunos segundos, puesto que siempre volvían a caer. Levantó la mirada y se sorprendió al ver que se encontraba encerrado en una vieja y oxidada jaula. El estar encerrado le alteraba, y se inquietó aún mas cuando al tratar de abrirla vio que estaba cerrada con un pesado candado. Observó a su alrededor tratando de descubrir dónde se encontraba y pudo ver la parte trasera de un oscuro y descuidado circo. Sin saber muy bien lo que hacía comenzó a golpear la puerta de la jaula con todo su cuerpo. Cada golpe causaba que el dolor recorriera su sistema nervioso.

No sabía cuantos golpes le había dado ya cuando, con un lento y vacilante chirrido, la puerta de la jaula cedió y cayó al suelo. Por fin estaba en libertad. Salió lentamente, aún no podía levantar los brazos así que lo hizo gateando, todo estaba oscuro, no obstante gracias a la poca luz que la luna le brindaba y la escasa iluminación que llegaba a lo lejos podía distinguir las siluetas de los objetos a su alrededor con claridad.

Bajó de la jaula e inspeccionó todo a su alrededor, no recordaba como había llegado hasta ahí. O como salir.

Caminaba por las demás jaulas, que parecían estar desiertas, cuando sintió una extraña sensación en la nuca haciendo que los vellos de sus brazos se erizaran sin razón alguna y que sudor frío bajara lentamente por su espalda. Sin comprender el extraño comportamiento de su cuerpo se dio la vuelta lentamente y no encontró nada mas que jaulas vacías y basura tirada en el suelo. Estaba a punto de voltear de nuevo hacia adelante y seguir caminando cuando detectó una figura que no había visto antes. Parecía un hombre, alto, con un sombrero de copa alta en la cabeza y con una mano sostenía un largo objeto que parecía llegarle hasta la barbilla que terminaba en una hoja afilada. Era una lanza. Al verla el vello de todo su cuerpo volvió a erizarse, pero ésta vez con brusquedad. Sin pensarlo dos veces salió corriendo en dirección contraria del misterioso hombre con todas las fuerzas que fue capaz de reunir.

No supo cuanto tiempo llevaba corriendo, aún a gatas, pero suponía que era ya lo suficiente como para haber dejado al extraño hombre detrás. Volteó hacia atrás, jadeando por el esfuerzo, y encontró de nuevo la sombra del hombre, justamente a la misma distancia en la que estaba antes.

Aterrado salió corriendo de nuevo, pero cuando llevaba sólo unos pocos metros recorridos tropezó con una viga de madera vieja que se encontraba en el suelo. Cerró los ojos la caer y sintió húmedo bajo sus párpados. Abrió lentamente los ojos y se encontró en el piso, delante de él había un gran charco de agua en el cual se reflejó su rostro. Se espantó al ver su propio reflejo puesto que su negra cabellera se había tornado anaranjada y su rostro en un gigantesco hocico. Delante de él, en el charco, estaba el reflejo de un tigre; un majestuoso animal lastimado y lleno de barro. No tuvo siquiera tiempo para pensar en ello, pues otra figura apareció reflejada junto a él: El hombre del sombrero con su lanza levantada sobre su cabeza con ambas manos. Estaba a punto de gritar cuando vio que el hombre bajaba la lanza hacia su dirección con brusquedad y

rapidez pero un extraño ruido rompió con el silencio de la noche. De repente todo se volvió negro y el sonido fue lo único que quedó.

Se levantó rápidamente de la cama, el sudor había hecho que la delgada playera se le pegara a la espalda. A parecer todo había sido un mal sueño y, de no haber sido por el teléfono no sabía que habría pasado. Estiró el brazo hacia la mesa de noche y encendiendo la luz tomó su celular. Se sorprendió de ver un sombrero de copa alta en la mesa ya que no recordaba tener uno. Colocó el teléfono frente a su rostro y se desconcertó al ver la pantalla. La llamada venía de su propio teléfono, pero eso era imposible. Levantó la cabeza y un grito se quedó atorado en su garganta al ver, frente a él, al sujeto que le había perseguido en el sueño.

La jaula

María Victoria di Gioia

.....
<http://desdemiterrazza.blogspot.com>
.....

Volvió a mirar las hojas en busca de soluciones sin resultado alguno. Tocó repetidas veces las teclas de una de sus varias calculadoras esparcidas sobre el escritorio. Inquieto, prendió otro cigarrillo no sin antes apagar el anterior en el bollo de papel que acababa de hacer con las hojas en blanco que seguían mirándolo expectantes. Miles de palabras le brotaban por su mente pero no podía colocar cualquiera en su expediente. Era un caso judicial y tenía que calcular la cantidad exacta y justa para presentar a la corte y entregar a la justicia. Pronto sería 3 de marzo y mirando al teléfono sabía que en cualquier momento lo recibiría una llamada desde la oficina. “¿Para cuándo la pericia?”. Ser perito contador no le estaba resultando nada agradable.

Nada se parecía esa escena a la de años anteriores más felices. Claro que Rosario vivía con él y las ventanas estaban abiertas de par en par. Se escuchaba el cantar de las aves por la mañana y cuando ella se iba al banco a trabajar, él se quedaba creando las más sorprendentes prosas. Cada tanto las transformaba en versos y los acompañaba con el piano. En verdad tenía mucho talento. Sabía usar bien sus hojas en blanco. Los días eran más felices. O eso le parecía. Empezaron siendo ciertas molestias: que él era un vago y que ella llevaba el pan. Un día Rosario se fue por la puerta. Ese día las aves no cantaron, y ella no volvió más. Solo un pichón quedó abandonado en el felpudo, y atormentado por el portazo. Él lo recogió y con el ave pudo volver a escribir, aunque en un estilo diferente.

El piano se llenó de polvo y lo miraba solitario al hombre que escribía y escribía para ganarse el pan, sentado en una esquina con su escritorio repleto de papeles lleno de números. Al pichón lo encerró en una jaula y lo empezó a mirar cuando necesitó calcular para subsistir. Al crecer, el ave no cantaba; lo miraba y parecía hablarle. Hacía unos ruidos absurdos nada propio de los pájaros y eso le causaba al hombre alguna gracia extraña que usaba para poder entregar sus papeles a tiempo. Así estuvo doce años.

Su trabajo le proporcionaba bastante dinero, pero también mucha responsabilidad y cansancio. No era en verdad lo que él quería ni se sentía feliz. Pero era lo que había conseguido y lo que le haría recuperar el amor de Rosario. Agarraba el teléfono y la llamaba para contarle cómo se había transformado en un hombre nuevo. Ella le dijo que la dejara de llamar, que no lo amaba más, que lo felicitaba por sus nuevos logros pero que ya se había comprometido con otro tipo. Le dijo que rehiciera su vida y que sea feliz. No había cosa más grande en el mundo que él quisiera más que ser feliz, pero lo buscaba de maneras incorrectas.

Ese día se sentía especialmente cansado. Cansado como nunca antes había estado en su vida. En el trabajo le habían acortado el plazo de entrega y para colmo había visto a Rosario en una plaza con su pareja. Estaba radiante, feliz, enamorada y totalmente embarazada.

Aquello terminó de destruirle ese mundo de fantasía que se había armado en el cual esperaba esperando esperanzado por algo que cambiara. Luego de fumarse el sexto cigarrillo, agarró todo lo que se encontraba en su escritorio, lo metió en su portafolio, tomó su sombrero y salió impetuosamente de su casa. De la misma manera que había salido Rosario aquella vez. El piano y las hojas en blanco lo vieron irse y temieron que nunca regresara. Pero cuando lo hizo, volvió radiante, feliz e iluminado. Ya no llevaba puesto su sombrero, ni su portafolio. Se sentó por varias horas

en el escritorio y esta vez las palabras le fluían de la mano cual cascada. Luego se sentó en el piano y comenzó a acompañarlas con varios acordes.

Pronto, dicen que fue cuando los pájaros comenzaron a cantar de nuevo acompañándolo, que alguien lo escuchó y se enamoró no solo de su música. Pronto llevaron su arte por varios lugares y su felicidad fue compartida con el resto del mundo.

De lo que no se dio cuenta quizás fue que el día en que volvió radiante, su pichón, el de aquella vez convertido en ave; rara y madura, se había escapado.

Había podido abrir su propia jaula y salir por la ventana donde lo encontró el mundo, para cantar.

¿Qué es la libertad más que la jaula de ese niño?

Óscar Sinclair

.....
<http://facebook.com/elartenomuerehoy>
.....

El viejo se volvió a sentar en su sillón preferido junto a su amada copa de whisky dejando su viejo sombrero de copa colgado en el perchero. Había salido de su casa pero se rindió al poco tiempo. Él culpaba a su agorafobia y al gentío que había en la plaza llena de músicos cuerdos, monjas esquizofrénicas y suicidas sentados en la terraza del psicólogo.

Su teléfono solo sonaba cuando se caía. Su corazón solo latía para transportar sangre. Su esófago solo tragaba el humo de las cartas de amor que le habían escrito en su juventud para luego repetirse a sí mismo: “Tu y yo éramos el humo para el otro”.

Cada que salía a la calle le atemorizaba la gente que trataba de presentarse. Él siempre repetía que era muy tímido, un antisocial, como excusa para retirarse sin decir una palabra más. El trato con la gente jamás había sido su especialidad aunque todos le dijeran que era un ejemplo a seguir y que habían logrado empatizar tanto con él que ya hasta le conocían.

Esa noche decidió que acompañaría su whisky con un poco de tinta y música instrumental. Quería escribir un nuevo relato acerca de cómo no soportaba las multitudes llenas de borregos disfrazados de lobos que asustaban corderos. A la hora de poner su bolígrafo sobre el papel se petrificó. No sabía que era lo que quería escribir, eso le pasaba en extrañas ocasiones y esa era una.

Se recostó sobre su sofá tratando de canalizar todos sus pensamientos en forma de cuento y no salía nada, estaba en blanco. Pasaron varios minutos y seguía igual por lo que salió a ver como estaba Poe, el cuervo que había logrado capturar años atrás y que ahora servía como objeto de estudio y desahogo.

El cuervo, un ave oscura y carroñera de rostro egoísta y aires de superioridad estaba encerrado en una jaula que le habían impuesto para recordarle que jamás podría ser tan libre como lo deseaba, y para eso sirven las jaulas, para encerrar los sueños de volar.

El cuervo, al verlo, comenzó su aturdidor canto de envidia y enojo por tenerlo ahí encerrado contra su voluntad.

—Oh, querido Poe, creo que al fin sé en que se parece un escritorio a un cuervo, en ambos se producen notas poco interesantes como las tuyas y las mías —dijo mientras le colocaba agua en su jaula—. Tú y yo no somos tan diferentes, ambos somos raros, a los que los demás miran de reojo y con miedo. Somos los locos que no se quieren adaptar aunque la evolución lo pida.

Sonrió para sí mismo. Volvió a pensar en su escrito cuando lo invadió un escalofrío justo antes de entrar a su salón. Regresó con el cuervo con la mirada agachada y los ojos bien abiertos, como quien ha resuelto un misterio que no debía de haber encontrado.

—Oh, querido Poe, no somos tan diferentes, ambos hemos sido confinados de la libertad por alguien más, tu por mí y yo por mis miedos. Ahora comprendo que la libertad no es más que la jaula de ese niño y de éste adulto. Vivo pensando en que tengo la libertad de hacer lo que quiera pero si me decido a no comer moriré de hambre, por lo tanto debo hacerlo. La libertad no es más que una paradoja que nos dice que podemos hacer lo que queramos pero cumpliendo reglas, vaya patraña.

Su voz se fue debilitando mientras hablaba hasta acabar en un

susurro. Miró al pájaro unos segundos y abrió su jaula permitiendo que el cuervo escapara. Hasta ese momento se dio cuenta de que era más libre el cuervo en la jaula que él en su realidad.

Volvió a su salón donde escribió un relato acerca de una chica hermosa, querida por todos pero que nunca llegó a querer a nadie porque creía que todos la buscaban por su belleza. En realidad era una biografía suya en otro cuerpo, todos le querían por empatizar con sus escritos, sin embargo el jamás llegó a querer a nadie porque creía que solo buscaban algo de él.

Tomó su sombrero de copa del perchero y salió de su jaula para no volver jamás.

Diario de una víctima

Ryan Infield Ralkins

.....
<http://secuenciasdeficcion.blogspot.com>
.....

Querido diario: hace meses no escribo nada en tus páginas. Lo sé. Aunque parece ser un descuido mi excusa es que deseaba morir. Si, pensé quitarme la vida y quería dejar solo las páginas que de algún modo relataran mi pasada "felicidad". Es que el viento se lleva las palabras mientras que las páginas aguantan todo lo que se les escribe. ¿Y por qué querría escribir ahora? Aunque odio recordarlo debo escribirlo ya que he cambiado de opinión: quiero vivir.

Todo sucedió en el lugar donde se supone estaría más segura: en casa. Mi madre regresó del trabajo y me encontró tirada en el sofá, con la mirada perdida y la ropa rasgada. Aunque la escuchaba gritar entre lágrimas, zarandeándome desesperada, no respondí pues su voz me parecía lejana.

Los doctores me hicieron pruebas y los policías me hicieron preguntas, pero yo solo quería que me dejaran sola. ¿Es que acaso no entendían? ¿O quizás entendían tan bien que temían lo que pudiera hacer? Como sea, me aislé del mundo. Apenas salía de casa y cuando lo hacía, me cubría por completo. Un pedazo de piel descubierto me hacía sentir desnuda. En mi mesa de noche, antes atiborrada de libros y poemarios, ahora solo había gafas, bufandas y un sombrero. Para colmo no podía dormir. En las noches cualquier sonido me sobresaltaba: el sonar del teléfono, el aleteo de mi cotorra desde su jaula, las bocinas de los autos, entre otros. Tanto así que en las mañanas despertaba temblando, cubierta de un sudor frío.

Pero una mañana me hastié. Tenía deseos de volver a sonreírle a la vida, de sentir la pálida luz del sol calentando mi rostro nuevamente. Mi imagen en el espejo había cambiado: ahora era la de una chica pálida e hinchada, de cabello negro despeinado, cuyos senos y vientre habían crecido un tanto. Se me paralizó el mundo.

¡La regla! Hacía meses que no me llegaba. Ese mismo día, una visita al doctor confirmó mi temor: estaba embarazada. Quince años y embarazada de un monstruo.

No sabía qué hacer. Me recuerdo llorando, diciendo a gritos que no quería tenerlo. Momentos después me derrumbé sintiéndome sucia, más sucia que nunca.

Mi madre dijo que me apoyaría en cualquier decisión que tomara pero me recordó que hablábamos de una vida y que nosotros éramos cristianos. Esas fueron sus palabras, palabras que yo no podía creer. ¿Es que acaso no sabía lo que me había sucedido, lo que me habían hecho? Llorando, le recordé que la víctima era yo. Pero su respuesta me impresionó aun más. Tanto que recuerdo cada palabra y aquí las escribo para nunca olvidarlas: “¿Qué te hace pensar que ese niño no es también una víctima? ¡Él no pidió venir al mundo de esa manera! ¿No tendrá padre y le quitarás también la vida? ¿Acaso podrás devolvérsela?”.

Esas palabras fueron como un puñal en mi pecho. Nunca había sentido tanto dolor. Recordé a las mujeres que cuidaban a sus pequeñines en el hospital, todas con sonrisas en sus rostros. Yo nunca sería igual. Ante esa cruel realidad lloré hasta no tener más lágrimas que derramar. Entonces comprendí que sin importar lo sucedido, no podía matarlo. Al fin y al cabo era mi hijo.

De eso hace un tiempo. Hoy me sentí fuerte como para escribirlo. Aunque el propósito es doble. No sé como podré mirarlo a los ojos sabiendo que es fruto de una violación. Necesito algo que me

refrene, que me ayude a ser fuerte cuando nazca. Quiero sonreírle, alegrarme al tenerlo en mis brazos. Pero no es fácil, aun sabiendo que el monstruo se pudrirá en una cárcel durante el resto de su miserable vida.

No espero que mis próximas páginas sean de alegría; al menos no las que seguirán a esta. Cada vez que vaya a escribir reviviré mi vergüenza leyéndolas, pues solo así podré superarlo. Mi madre tenía razón: no permitiré que mi hijo sea otra víctima. Debo hacerlo porque sin importar lo sucedido, soy y siempre seré su madre.

Tengo miedo

Lester Glavey

Lo último que Larry esperaba aquella tarde al entrar a su dormitorio era ver a un completo extraño con una mirada asesina, un cuchillo ensangrentado y un sombrero antiguo, de los que usaba Frank Sinatra. Del cuchillo caían las gotas lenta y rítmicamente como el regulador de una bolsa de suero. Mientras su corazón galopaba salvajemente un pensamiento se abrió paso a codazos en su mente... Daisy.

Horas antes del asesinato.

—Tengo miedo —confesó Daisy con la voz entrecortada.

—Tonterías —dijo Larry—, tu ex-esposo es un estafador y un mentiroso pero no tiene un pelo de tonto. No te preocupes amor, si él sabe lo que le conviene se mantendrá bien alejado de esta casa.

—Espero que tengas razón —dijo Daisy con voz temblorosa.

—Por supuesto que tengo razón, aparte que no dejaría que nada malo les suceda a mis princesas.

Larry frotó el vientre de su esposa como si fuera la lámpara de los deseos y mientras lo hacía le pareció que Daisy apretaba los labios. En más de una ocasión habían discutido cuando le insinuaba que él nunca sería capaz de pelearse por ella. Larry era una persona más bien pasiva. Desde su infancia había tenido que recurrir a ciertas tácticas de defensa que no involucraran el aspecto físico, en lo cual escaseaba. Para compensar, siempre había tenido una inteligencia fuera de lo común. En sus palabras, “la agresión

sicológica duele y dura más”.

La paz del hogar había sido interrumpida el día anterior cuando al sonar el teléfono le habían informado a Daisy que su ex-esposo Joe acababa de salir de la Jaula. Años antes que Larry y Daisy se conocieran lo habían encarcelado por malversación de fondos de la empresa en la que trabajaba con su, por entonces, esposa Daisy. Siendo ella la causante de que todo el mundo se enterara del asunto.

—¿Y si quiere vengarse?

—Vamos Daisy, esto no es la película de las ocho. Lo último que haría sería venir a buscarte.

Se despidió con un beso en los labios y otro en su vientre. Larry tenía una librería en las afueras del pueblo a la cual viajaba en bicicleta todos los días. Al llegar quitó el rótulo de cerrado y se dispuso a leer un libro mientras esperaba pacientemente a los primeros clientes.

A media mañana sonó el teléfono, apenas pudo reconocer el timbre de voz de su esposa entre susurros.

—Larry, creo que está en el vecindario, tengo miedo.

La comunicación se cortó.

Las palabras de su esposa habían entrado en sus oídos como ráfagas de viento helado que al extenderse por su cuerpo congeló su corazón. Corrió hacia su casa lo más rápido que pudo.

Daisy abrió la puerta y allí estaba Joe. Antes que pudiera evitarlo, él ya estaba adentro.

—Quiero café —demandó Joe como lo hiciera en el pasado.

Hechizada por el miedo se dirigió hacia la cocina y sacó una taza. El brillo de un cuchillo de cocina parpadeó delante de los ojos

de Daisy, estaba a la par del microondas.

Joe empezó a darle vueltas a la habitación como si estuviera realizando una inspección en una fábrica. Levantaba algún objeto y después de darle vueltas en las manos lo volvía a colocar en su lugar sin hacer ningún comentario.

Daisy miraba a cada segundo hacia la puerta, esperaba que Larry hubiese llamado a la policía pero parecía que lo segundos se alimentaban de su miedo y engordaban rápidamente hasta convertirse en minutos. No había ninguna señal de ayuda.

Larry la había abandonado a su suerte.

Joe parecía seguir absorto en su recorrido por la sala, así que decidió acercarse poco a poco hacia el microondas para tomar el cuchillo.

Caminaba de espaldas para no quitarle la mirada a la espalda de Joe. Ya faltaba poco, solo unos metros más.

Dos metros.

Un metro más.

Su espalda sintió el borde del mueble de cocina y se giró para tomar el cuchillo. Ya no estaba allí. Nuevamente captó con su visión periférica el brillo del cuchillo.

Ahora estaba en las manos de Joe. Y ahora ya no pasaba la vista por la habitación. Ahora tenía un blanco fijo en la mirada.

Daisy.

Larry entró de golpe sacando el aire por la boca. Todo parecía en orden. Hasta que vio la taza.

Estaba hecha añicos sobre la alfombra.

«Tengo miedo», sonó la voz de Daisy en su cabeza.

La puerta de su habitación estaba rota.

«Tengo miedo».

El cuchillo más grande de la cocina estaba en el suelo frente a la cama.

«Tengo miedo».

Un ruido se escuchó proveniente del armario y al mismo tiempo la puerta del baño se abrió. Un hombre con sombrero se precipitó para atacarlo. Larry fue más consiente que nunca que el movimiento más violento que había pasado por sus manos era el giro de su muñeca dándole vueltas a las páginas de la Iliada de Homero. Levantó los puños como lo hacían en las películas pero antes de poder hilvanar otro pensamiento recibió un golpe al mentón que lo mandó al suelo.

Daisy salió gritando del armario. Larry vio con horror como Joe cerraba sus manos alrededor del cuello de su esposa.

«Tengo miedo».

Ese fue el detonante. La transformación sucedió.

Larry tomó el cuchillo del suelo y se levantó con el porte del gran Aquiles avanzando hasta su Héctor.

«Tengo miedo», dijo la voz por última vez.

Hundió el cuchillo una y otra vez en un costado de Joe.

Con una mancha roja en la camisa Joe se desplomó y Daisy agarró su garganta tosiendo. Larry aún con el cuchillo goteando sangre levantó el sombrero que segundos antes estaba en la cabeza de Joe. Sin saber el por qué se lo llevó a su cabeza y su mirada se encontró con el espejo del tocador de Daisy. Y sus ojos vieron algo...

Un extraño.

Un extraño que había asesinado a alguien.

Un extraño que había asesinado a alguien por su familia... y eso le gustó.

Lorelei

Sergio Mesa

.....
www.miesquinadelring.com
.....

Me la encontré en el metro unas semanas antes de lo de los túneles.

Me preguntó la hora y luego seguimos hablando de no sé qué. Me dijo que era extranjera, que había llegado con su familia hacía poco, se llamaba Lorelei. Me pareció un nombre precioso. Vivían en la parte baja de la ciudad. Yo le conté que la empresa donde trabaja había sido absorbida por una multinacional y que las oficinas se habían convertido en una jaula de grillos. No entendió la expresión y yo me reí por la cara que puso, arrugando de golpe los labios, la nariz y el entrecejo. Se hizo la ofendida. Le expliqué qué era lo de los grillos y reímos juntos.

No recuerdo el resto de la conversación, sólo a ella. Era una chica menuda, con los rasgos finos y pequeños, más bien pálida. Recuerdo pensar que las orejas debía tenerlas de soplillo, porque le asomaban un poco entre el pelo lacio y negro. Tenía los ojos negros.

Sonó el aviso de mi parada. Ella seguía hasta la siguiente. Me levanté y en un arranque de valentía le pedí su número de teléfono. Respondió que no tenía, pero que seguro que nos encontraríamos otra noche. No me pareció bien replicarle así que sólo sonreí, nos despedimos y caminé a casa pensando en sus adorables orejitas.

No volvimos a coincidir.

A medida que pasaban los días me iba mortificando más y más

por no haber insistido. Volvía a casa siempre en el último viaje del metro, aunque tuviera que esperar. Empecé a quedarme en su parada. Me sentía a la deriva.

Hasta que una noche la oí. Me llamaba. Di un respingo y los otros viajeros me echaron una mirada recelosa. Lorelei no estaba allí, pero la había oído. Empezaba a preguntarme si aquello se me estaba escapando de las manos cuando volví a oír su voz. Me bajé en su parada.

El metro siguió su camino y me quedé sólo en la estación. Estaba a punto de irme cuando la enorme boca del túnel por donde había desaparecido el metro empezó a sonar. El eco chirriante de metal sobre metal fue cambiando. Creció mezclándose con el viento que entraba por el acceso a la calle. Sonaba como una caracola gigante. Y entre los murmullos de las olas surgió la voz de Lorelei. Me llamaba.

Bajé a las vías y me zambullí en la negrura de aquel eco de un mar imposible. No sé el tiempo que estuve caminando, pero al final apareció una luz. Parecía otra estación, pero estaba destrozada. Olía a desperdicios y el suelo estaba cubierto de objetos amontonados sin sentido. Como restos de un naufragio.

Allí estaba ella, esperándome. Llevaba el torso desnudo. Debajo de aquella cara con la que había soñado durante semanas había un cuello delicado y unos hombros finos. Más abajo unos pechos pequeños y firmes y debajo de ellos otro par y otro par más y otro... hasta llegar a la cascada de pelo que nacía en su ombligo y se extendía por el cuerpo abultado y cuadrúpedo que tenía más allá de la cintura. Rematado en una cola larga, prensil y sin pelo.

Creo que intenté gritar pero se acercó, me echó los brazos por los hombros y me dio un largo beso, que disolvió mi voluntad. Al apartarse vi que nos rodeaba su familia. Eran decenas.

Esta es la parte más confusa.

Me miraban con ojos negros, ávidos. Algunas tenían la boca deformada por unas enormes paletas curvas que se proyectaban hacia delante. Otras llevaban prendas como al azar; un sombrero, un anorak, varios pares de gafas. Rescatadas de naufragios anteriores. Me acuerdo del arrullo, de cómo me hacía sentir. Confiado, alegre, ansioso de abrazar a mi nueva familia. Hasta que sonó el tren.

El chirrido metálico resonó en el túnel y durante unos segundos el hechizo desapareció. Las vi tal como eran, en medio de aquella inmundicia y actué por puro instinto. Me lancé a las vías.

Desperté semanas después, en el hospital. El tren que pasaba iba al desguace. Por eso iba más despacio de lo habitual y transitaba a esas horas. Parece que salté contra el costado de la cabina y caí de nuevo al andén. Estuve a punto de morir. Nadie vio nada raro y yo no conté nada. En cuanto pude me fui de la ciudad.

Pero aún sueño con aquel beso y lo que más miedo me da es que no puedo dejar de añorarlo.

El caso de las musas perdidas

Pato menudencio

.....
<http://menudencio.wordpress.com>
.....

¡Mis musas desaparecieron! Se fueron sin dejar rastro y quedé sin saber cómo enfrentar el desafío del taller literario. Necesitaba meter tres putas palabras en un relato y no se me ocurría nada interesante que escribir.

Pensar en ello aún me pone nervioso, debería empezar por el principio. Desaparecieron la noche de año nuevo. Estaba yo sentado en la barra del bar más piojento que podía existir, pensando qué escribir (¿A qué genio se le ocurre poner un taller literario antes de año nuevo?) cuando ellas aparecieron.

Eran bellas. Tanto que las vi un largo rato conversando entre ellas, me tenían loco, y no solo a mí, todos los alcohólicos que estaban esa noche las desnudaban con la mirada.

Ocurrió el milagro. Ambas se acercaron a mi mesa mientras me miraban a los ojos con una sonrisa seductora. “Ésta es la mía”, pensé, si no podía obtener un cuento, por lo menos podría intentar hacer un trío.

“Somos musas desempleadas, no pudimos evitar escuchar tus lamentos. Nos diste tanta lástima que te inspiraremos para hacer una obra medianamente decente y sin cobro alguno”.

Me sentí el hombre más afortunado del planeta, tanto que decidí invitarles la siguiente ronda. Ahí fue mi error. Talía y Calíope hace años fueron musas de Hemingway y Bukowski, por lo que eran igual de borrachas que sus antiguos socios. Fue imposible

seguirles el ritmo: chupaban como orilla de playa y pronto me quedé sin dinero, vomitado e inconsciente en el bar mientras un perro cumplía sus fantasías sexuales con mi pierna izquierda.

A la mañana siguiente, desperté con una resaca nivel dios. “¿Dónde están mis musas?”, gritaba aún borracho. No había señales de ellas.

Sin obtener respuesta, vagué por todos los rincones del lugar, hasta que Don Jacinto —El viejito del aseo—, me dijo que la última vez que las vio, estaban borrachas bailando arriba de las mesas. Un hombre que dijo ser amigo de ellas las subió a una camioneta con vidrios polarizados.

Fui de inmediato a la mesa en la se quedaron dormidas, y entre colillas de cigarro, vino barato y unas bragas usadas (que guardé con fines investigativos, no vayan a pensar mal) encontré un papel arrugado en el que decía “primera palabra. Malas frases” Era mi única pista.

Entré en desesperación: mis musas fueron raptadas y sólo quedaban unos días para entregar mi texto. Recorrí las calles con la esperanza de hallar su paradero, pero sólo me topé con las frases cursis que el grupo “Acción poética” dejaba en las paredes. Ustedes saben, cosas tales como: “Estamos en el mundo para repetir el ciclo”, “En un poco de ti está todo”, “el puerto de las oportunidades a veces te ofrece un barco” y otras pelotudeces de ese estilo. Miré otra vez el papel que dejaron mis musas sin comprender la pista. ¿Qué significará “primera palabra” “malas frases”?.

De pronto, mientras reflexionaba sobre las frases de mierda, pude ver todo más claro. ¿Cómo pude ser tan tonto? La respuesta estuvo frente a mis ojos todo el tiempo. El papel tenía la misma tipografía de las frases en las paredes. Las ordené y obtuve “ESTAMOS- EN- EL PUERTO”.

Al fin pagarían por raptarlas. Cogí mi teléfono y apuré el paso hacia el puerto. Un galpón tenía las luces encendidas pese al abandono que evidenciaba por fuera. Me escabullí en silencio y vi algo horrible por la ventana.

Ahí estaban mis musas en una jaula, sedadas, mientras un batallón de mecanógrafos escribía los textos que ellas les dictaban, vigilados de cerca por un hombre enmascarado.

Irrumpí rompiendo la ventana, provocando una estampida de los escribanos. Sólo el hombre de la máscara fue a mi encuentro.

Fue una dura pelea, apenas podía esquivar sus golpes. Parecía un profesional. La pelea habría sido eterna si no fuera porque sacó un arma y me apuntó con ella.

—Se acabó el juego —me dijo—. No es nada personal, pero nadie debe saber de este negocio. Somos una organización que vende inspiración a personas sin talento a cambio de un porcentaje mensual de las ganancias cuando alcancen la fama. Ahora si es tan amable, prepárese a morir.

Vi pasar mi vida ante mis ojos. Estaba resignado para afrontar mi destino...

Un balazo abatió al hombre enmascarado. No pude contener mi alegría al ver que un detective ingresó al galpón con todo un equipo de fuerzas especiales reduciendo a los delincuentes.

Vuelta a la calma, el jefe de la operación se dirigió hacia mí:

—Soy Conrad Donovan, de la policía literaria. Gracias a usted pudimos desbaratar a esta banda dedicada al tráfico de inspiración. Como puede ver, al tener a las musas drogadas y en condiciones infrahumanas, lo único que podían producir eran libros de autoayuda y mala literatura.

Ellos fueron los culpables del éxito de “Pablo Cohecho” y de

las “cincuenta sombras de Frei”, también de la saga de vampiros que brillan con el sol, ¿a quién se le ocurre una estupidez así? Bram Stoker debe estar revolcándose en su tumba. También incursionaron en la música con “Ricardo Arjana”.

Pero eso no ha sido lo peor. Aún no podemos recuperar las mentes de aquellos que leyeron “Juventud extasiada”, ese libro causó mucho daño. Creó una generación de eyaculadores precoces y mujeres frías. Rehabilitarlos le ha costado al ministerio de salud cifras astronómicas. Es usted un héroe...

—Entonces me venían siguiendo desde antes... ¿Por qué esperaron a que casi me cagara en los pantalones para detenerlos?
—increpé.

—Me pareció gracioso —el detective Donovan encendió un cigarrillo—, ¿acaso no ve la ironía de destruir una banda de mala literatura usando un “deus ex machina”?

Días después de tan intensa aventura mis musas volvieron a casa aún afectadas por lo sucedido. Estaba feliz por verlas libres, pero mi mayor problema ahora era mi participación en literautas.

— Quedan doce horas para entregar el relato y no tengo nada—
les dije.

— ¿Por qué no escribes la historia del secuestro?

Y al final, eso fue lo que hice.

Alas cautivas

Ky Díaz

.....
www.miesquinadelring.com
.....

—¿Dónde está?

—Abajo, señor —dijo una pelirroja y guio al hombre y a su pequeña hija a la zona bajo la enorme casa.

Amplio y oscuro, el salón contenía una enorme jaula y una mesa llena de artefactos puntiagudos. Látigos, esposas y cuerdas del otro lado, colgados.

—¡Te dije que lo quería vivo! —reclamó el viejo con el rostro rojo.

—Y lo está. —La pelirroja mostró indicios de llevar la mano diestra al bolsillo trasero, que era donde guardaba su arma.

—¿Por cuánto tiempo? —dijo inclinándose un poco, y dándole una mirada fulminante—. Trae otro pajarraco para mañana, vendrán a hacerle las pruebas.

—Sí, señor —dijo la pelirroja saliendo.

—No puedes encerrar a alguien que debe ser libre.

—¡Claro que puedo y lo estoy haciendo! —gritó el padre de la niña y luego siguió a la pelirroja fuera de la habitación.

La niña quedó sola, estaba acostumbrada a que su padre la olvidara donde fuera. La luz que pasaba por la rendija le ayudó a la a ver la criaturita. De inmediato su corazón se encogió de ternura y de tristeza por verlo encerrado. Fue hasta la mesa y de ella tomó

un trozo de pan para darle.

—Come pajarito, come. —Con sus manitas tuvo el cuidado de no lastimarle parte del cuello que tenía dañada y el golpe ya verde sobre su pecho.

La niña esperó la media noche para escabullirse a la misma habitación donde el ser se encontraba durmiendo. Le despertó con una suave sacudida sobre su hombro y se dedicaron a conversar por un rato.

—Volveré por ti, pequeño gorrión. —Y la niña le abrió la ventana para que pudiera salir por ella.

Y esa fue la primera vez rescatando, cosa que continuó, sin embargo ningún otro ser le dirigió la palabra. A los diez y seis años, luego de seis liberando a las criaturas de su inmerecido final, Adara se volvió fugitiva de la justicia. Lo que no la detuvo.

—Es que soy un genio, ya te digo, este aparato solucionará todos nuestros problemas —dijo un viejo cojo guiando a la muchacha dentro de su casa y le mostró una caja de metal grande—. Lo nombré "teléfono" y sirve para comunicarnos con otras personas, después pondré líneas al más allá y podré hablar con los muertos —dijo luciendo una sonrisa de lunático.

—Me alegra profesor, pero no vine por eso —dijo aprovechando que por primera vez la dejaba hablar—. Sé que el rey le pidió que construyera el castillo. Vengo por un mapa.

—¿Sigues liberándolos?

—Por favor.

—Son los originales —dijo luego de buscar en una mesa desordenada—. Estúdialos bien antes de cometer una locura. —Y en un acto de despedida, puso su sombrero a la altura del pecho. A la morocha le pareció más un acto de duelo.

Y tomó la palabra del viejo loco al pie de la letra, se preparó toda el día. Tomó cada instrumento que le sería necesario para uno de los mayores golpes que jamás daría. A la noche siguiente entró por un pasadizo secreto y entró en los calabozos.

—No hagan ruido y escóndanse bien antes de salir —les advirtió mientras abría reja tras reja. En las últimas encontró dos criaturas con grandes heridas. Los curó a prisa para luego ayudarlos a salir por una de las ventanas que botó.

Un grupo de guardias entraron y le impidieron la salida. Por dos semanas la torturaron para que les dijera el sitio al que iban las criaturas y cómo llegar, pero no les dijo nada. Aguantó los sufrimientos que le fueron preparados y enviados por el rey, más ninguna palabra salió de su boca.

Las piernas y espalda le sangraron, se burlaron y esperaron que flaqueara, no funcionó. Adara tampoco conocía el paradero de los seres. De hecho, nadie lo sabía más que ellos y no es que fueran muy conversadores.

Días después, una multitud de personas se abarrotaba en la plaza frente al castillo, pedían con gritos y antorchas la muerte de la traidora.

—Este es un día de gloria. —El rey salía por uno de los ventanales enormes, con un megáfono en manos—. Después de casi una década, podremos tener nuestra añorada paz. —Los gritos lo alabaron—. ¡Regocíjense, y que traigan a la traidora!

La chica caminó con el rostro en alto, su espalda erguida, los hombros hacia atrás y con el reflejo de una pálida luna llena en sus ojos. Le dedicó una última mirada de desprecio al anciano rey y se ubicó por sí misma en el madero.

Cuando la guillotina cayó, en el cielo se escuchó un solo canto “Salve Adara, liberadora de ángeles”. Caminó ante la mirada

de admiración de veinte y cuatro sabios, además de ángeles y arcángeles que ya conocía, pues los había liberado. Y justo antes de llegar a la luz final, un ángel la aguardaba.

—Ya es nuestro tiempo pequeño gorrión.

Tomó la mano del primer ángel, aquel que la había hecho comprender su destino y con él recorrió los anchos pasillos de oro. Él le tomó la mano estrechándola con fuerza y le sonrió.

—A partir de hoy, todo será felicidad pequeño gorrión.

.....

Capítulo 5

Microrrelatos (1ª edición)

Febrero, 2015

.....

Cosmogonía

Wolfdux Anathema Chimaera

.....

<http://wolfdux.blogspot.com.es/>

.....

El Big Bang fue un escritor que dio su vida, y su cabeza, cuando ésta estalló liberando a todos y cada uno de los seres que había creado.

Deséame suerte

Merche González

.....

www.casiviernes.es

.....

—Buenos días, cariño —le dijo, mirándola fijamente—. Hoy tengo la reunión de la que te hablé. Es muy importante. Deséame suerte.

La estrechó entre sus brazos, con firmeza y ternura. Tras unos segundos, cerró los ojos y la rozó con un beso, sintiendo el frío en sus labios.

—Hasta luego, mi amor.

Colocó la urna en su lugar junto a su retrato sobre la cómoda y salió de la habitación, despidiéndose de nuevo con la mirada.

Cuasi Consentimiento de Amor

Alonso García-Risso

.....
<http://garcia-risso.blogspot.com.es/>
.....

—Caeré sobre tu cuerpo como una jauría de besos desbocados y hambrientos; si, me lo piden tus ojos...

—Ella, sólo parpadeó.

Inferno

Pepe Illarguia

.....

<http://vientobarrofuego.blogspot.com/>

.....

Cuando tiré la tea encendida en el almacén abandonado, no podía imaginar la insensatez del esfuerzo de vivir.

Latas de pintura vieja, madera, plástico, todo se inflama con una rapidez asombrosa.

Primero se crea una bolsa de aire ardiente, rarificado por las mezclas de cromo y minio; ojos y garganta se invaden de negras llamaradas azules.

Al final la puerta está tan lejana, que cuando los paneles bloquean la salida, piensas que todo está bien.

Mientras la dulce lluvia se desprende de una única nube grisácea, no deja de sorprenderme un pensamiento insidioso: Dios es un perro y ladra.

Inspiración

Ratopin Johnson

.....

.....

Se apuntó a un taller. Se borró enseguida. Steinbeck no tomaba lecciones.

La vida sería su escuela. ¿Qué vida? Lo dejó todo. Su empleo, su familia.

El folio seguía en blanco.

Soñó con Bukowski: el alcohol le ayudaría. Despertó varios días en un banco del parque.

Se le apareció Kesey; probó con la cocaína. Luego el LSD. Destrozó su apartamento.

En una de sus alucinaciones, Burroughs le habló de la heroína. “Gracias, agujas no”.

Amenazó a un vecino, fue detenido y en la celda se manifestó Muñoz Molina, el escritor más tranquilo que conocía. Le dijo: “¿Yo?, no tomo nada”.

Y el reino lloró su pérdida

Fabián Mariño

.....
<https://www.wattpad.com/user/CondeNadie>
.....

El retumbar de cientos de pasos anunciaban la llegada del monarca.

—¡Presentad respetos ante su majestad el rey! —empezó el heraldo levantando la voz—. ¡Artan Delhan, rey de Ertosia y juez de los pantanos del delta del Remm, ha vuelto a casa!

La sala estaba abarrotada de todo tipo de personalidades que, hincando la rodilla, daban la bienvenida al rey y a su séquito; entre ellos se encontraban algunos miembros del consejo real a pie de trono, encabezados por el príncipe.

La melena rizada del soberano se agitaba furiosa a cada paso que daba. Con la cara congestionada y los ojos vidriosos, se acercó al heredero y le propinó una patada en el pecho, derribándolo sobre la alfombra carmesí entre toses y jadeos en busca de aire.

Tanto los asistentes como el cortejo del príncipe se incorporaron, observando cómo éste luchaba por volver a llenar sus pulmones.

—¿Qué habéis hecho?! —gritó Artan con la voz rota de dolor.

Su hijo, con una mano en el pecho, levantó la mirada.

—Era un traidor, padre.

—¡Sentenciasteis a muerte a vuestro hermano!

—El muy cerdo mantuvo un romance con mi mujer. —Jesper se puso en pie con algo de esfuerzo. —Eso es alta traición hacia la

corona.

Artan apretó los dientes y se quitó la corona, mientras cogía a su hijo por el cuello del jubón con la mano libre. La insignia real impactó en el rostro del príncipe, abriendo una brecha en uno de sus pómulos.

—¿Quién porta la corona, Jesper? —preguntó a dos dedos de su cara— ¡¿Quién es el rey?!

—Vos, padre.

—¡Yo soy el rey!. —Los nudillos del soberano palidieron sujetando a su hijo. —¡Yo soy el juez de todo el pantano! ¡Yo decido!

Artan liberó al príncipe con un empujón y se dejó caer derrotado en el trono. Cabizbajo, y con ambas manos cubriendo su rostro, logró retener las lágrimas que las noches anteriores no pudo contener.

—Padre...

—¿Cómo habéis permitido que sucediera esto? —preguntó el rey a sus consejeros, ignorando al príncipe.

—Señoría. —Jinarcdio un paso al frente—. Os ruego comprensión, como me habíais encomendado, estos días no he hecho más que ocuparme de mis menesteres. La capital quedó en manos del templo tribunal. —La mujer dedicó una mirada a Jesper—. Y de su majestad el príncipe.

—¿Caden? —preguntó el rey esperando oír la coartada del monje tribunalario.

—Majestad, no se ha celebrado ningún juicio en el templo de Ertosia... Vuestro hijo, don Trjor, murió en el ducado de Marbo.

El susurro de la nobleza presente llenó la sala.

—Ni tan siquiera le habéis dado un juicio digno... —dijo el rey con los ojos cerrados y una mano en la frente—. Lo asesinasteis en su propio castillo.

—No merecía más.

Jesper se mantuvo impasible ante las miradas de desaprobación y el rumor general que inundaba la sala del trono.

—¿Qué habéis hecho con vuestra mujer? —preguntó el rey esperando lo peor.

—Eskol está encerrada en la torre del homenaje.

Artan pidió silencio a sus nobles con un gesto y dejó el trono. El dolor en su rostro dio paso a la sorpresa.

—¡Liberad a la princesa! —ordenó al capitán de su guardia personal.

—Excelencia. —Tras golpear el peto de la armadura con el puño, el capitán se retiró de la sala.

—¡Eskol ha mancillado mi honor! —protestó el príncipe—. ¡Ha cometido adulterio!

—¿Cómo podéis ser tan imbécil?! —El monarca se acercó a su hijo y volvió a cogerlo por el cuello de jubón—. ¡Vuestro honor me importa una mierda, a mi y al reino entero! Hemos sellado una alianza con el marqués Cienfuegos —continuó mientras lo zarandeaba—. ¡Ahora somos siervos del imperio, Jesper! ¡Es lo único que nos mantiene con vida! —Soltó a su hijo y se llevó las manos a la cabeza—. Nuestra supervivencia depende del coño de esa mujer. Si quiere tirarse a medio reino es libre de hacerlo, hasta yo me la follaría si me buscara en mis aposentos. No se trata de vuestro honor, se trata de evitar una guerra hace mucho tiempo perdida!

El príncipe se mantuvo en silencio, con un hilo de sangre deslizándose por el pómulo inflamado.

—Desahogaros en un burdel y arreglad vuestro matrimonio, de él depende nuestra paz.

El rey ordenó la retirada de todos los allí presentes con un gesto de su mano. Sentía que todos sus esfuerzo por evitar ser arrasados y conquistados por el emperador se desmoronaban.

Esa noche el soberano no pudo dormir. La locura envolvió su mente y el dolor se apoderó de su corazón. El príncipe fue encontrado apuñalado en su propia alcoba.

Una vez serenado, se dirigió a la sala del trono y reclamó la presencia de la princesa.

Artan había clavado la mirada en Eskol, que no paraba de sollozar con un labio partido, el pelo alborotado, y bañada en sangre.

—Lo siento... pero tenía que... Se enfadaba por que solo le daba hijas... las mató a todas —explicó la princesa, sacudida por los espasmos del llanto—. Trjor lograba hacerme olvidar ésta agonía.

El rey se levantó de su trono y se dirigió hacia la mujer que lloraba desconsolada, para rodearla con sus brazos sin decir una palabra.

—Lo siento, señoría, lo siento mucho.

El corazón herido de Artan le exigía lágrimas, pero ya no le quedaban. Lo había perdido todo, primero la guerra y ahora a sus herederos; había fallado como esposo a su difunta reina y como padre.

—Lo sient-

Con un rápido giro, el rey se posicionó detrás de la princesa y la degolló con una pequeña daga oculta en su manga.

«Está todo perdido» reflexionó en el trono, con un lago de sangre a sus pies. «Hasta aquí he llegado.»

Tras reconocer su fracaso como rey, empezó a respirar de forma agitada. Empuñando la daga con ambas manos, sus hombros subían y bajaban al ritmo marcado por su pecho. Mordía su labio hasta que, liberando un alarido, se abrió el vientre.

.....

Capítulo 6

La radio

Marzo, 2015

.....

Confía solo en tu corazón

Demetrio Vert

.....

.....

Muy temprano, el matrimonio había aseado y vestido a su hija. Ya en la furgoneta, la madre, arrancó. El padre miró atrás a la pequeña con ternura.

—Pon la radio —pidió la mujer.

Se oyeron varios melodiosos pitidos y una voz templada de mujer habló a continuación.

Son las siete treinta en punto de la mañana, hora del informativo matinal. Ayer, en el debate sobre el estado de la nación el presidente del gobierno respondió a los reproches de la oposición sobre la ley de dependencia aprobada en esta legislatura. Aseguró que la protección a las personas discapacitadas había sido ampliada en lugar de recortada. La oposición...

—¿Pongo música? —preguntó el marido.

—Espera un poco, a ver qué dicen.

—Seguirán con su rollo. Yo prefiero música

—Aguarda un instante..., a lo mejor sale lo nuestro.

...en otro orden de cosas la plataforma de afectados por las hipotecas acudirá a la calle... rrrrrr... para evitar el desahucio de una familia...

—Cambio. No lo soporto —protestó el marido y echó otro vistazo a su hija. La niña había inclinado la cabeza y con una mueca

extraviada, dormía. «Parece Stephen Hawking», pensó el hombre con amor.

En la radio, una voz dulcemente grave, invitaba.

...madrugadores amigos radioyentes, queremos haceros compañía. Mario, vigilante nocturno, hombre solitario que solo confía en su corazón nos solicita la espléndida, nostálgica pieza, only trust your heart. Y la cálida y potente voz de Diana Krall llenó las ondas acompañada de las notas de un piano.

Recorrieron unos cuantos kilómetros escuchando música con el corazón embargado.

—Ya estamos —dijo ella y paró la furgoneta—. Faltan unos minutos.

Puntual como siempre llegó Antonio, el director de la sucursal. El marido bajó del vehículo.

—Hola Antonio. Tienes un momento. Tengo prisa.

—Hola Rafael, ¿tú por aquí a estas horas? —Y le dio un fuerte abrazo—. Vamos, pasa a mi despacho. ¿Cómo está María? —preguntó.

—Está bien, como siempre —respondió Rafael, contrito.

—¡Menuda desgracia, Rafael! Cuando pienso en tu chiquilla me pongo a llorar.

—Ya nos hemos acostumbrado. La queremos mucho.

—Sí, lo sé. Tu mujer es admirable. Dale un fuerte abrazo de mi parte.

—Se lo daré, Antonio. Se lo daré muy fuerte. Lo necesita.

Rafael tardó quince minutos en salir del banco. Subió al vehículo y apremió a su mujer.

—Arranca, tenemos cinco minutos. Antonio te envía un fuerte abrazo. —A la mujer se le saltaron las lágrimas—. Silvia, no llores. Ahora no —rogó Rafael.

Esta vez el recorrido fue más corto. Llegaron a la parroquia en un cuarto de hora.

—Ya hemos llegado. Juan está ahí —dijo ella, y detuvo la furgoneta.

El padre Juan esperaba impaciente a la puerta de la pequeña iglesia, aterido de frío. Dejó de patear y vino rápido. Saludó a su hermana con un beso.

—Hola Silvia. ¿Cómo está María?

—Se ha dormido —intervino Rafael—. Parece un ángel de los que tienes por ahí dentro —bromeó.

—Andando, que se hace tarde. Procuremos no despertarla —urgió la madre.

Trasladaron a la muchacha a los aposentos de su tío. Con el traqueteo de la silla de ruedas, María se despertó.

—Buenos días hija. Aquí está el tío Juan —dijo la madre. El sacerdote se agachó para darle un fuerte abrazo y un beso conteniendo las lágrimas.

—¡María! ¡María! ¡Mi querida sobrina! —A modo de sonrisa, la niña esbozó una penosa mueca. Sus ojos brillaban contentos.

—Él tío se ocupará de ti, María. Ya te lo expliqué —prosiguió la madre—. Volveremos pronto. Pórtate bien. —Y la abrazó amorosamente ocultando sus ojos.

—Dentro de la maleta están sus ropas y algunos utensilios que vas a necesitar —instruyó Rafael a su cuñado cura.

—¿Seguro que tendréis trabajo?

—Eso nos han prometido. Es una finca rural. Pequeña. Necesitan un matrimonio y nos permiten tener a María. La podremos cuidar y el aire campestre le vendrá bien. En cuanto el trato esté cerrado, vendremos a por ella. Juan, de corazón, te agradezco que te hagas cargo de María.

—¡No digas tonterías! ¿Y esa caja?

—Algunas cosas nuestras. Ya la recogeremos a la vuelta.

Se despidieron con fuertes abrazos y alguna que otra lágrima.

—Tenedme al tanto, no me olvidéis. Dios quiera que todo os salga bien —dijo el párroco.

—Saldrá, Juan. No te preocupes. Gracias hermano —le respondió Silvia abrazándole de nuevo.

Iniciaron otro periplo por carreteras secundarias, ascendiendo entre las curvas de las montañas.

—A ver la radio —pidió ella.

...interrumpimos la programación para dar cuenta de un atraco a un banco. A las ocho de la mañana...

Oyeron el potente pitido del tren. Apareció en la curva a escasos metros del paso a nivel. La campana sonaba insistente, muy aguda. La furgoneta no se movió. Silvia cogió fuerte la mano de Rafael y miró de frente, inmutable, a la enorme máquina.

El padre Juan tenía por costumbre oír las noticias mientras se ataviaba para officiar misa. Faltaban pocos minutos para las nueve de la mañana.

...un hombre ha atracado un banco esta mañana. El director dijo conocerle. Oigan su testimonio... pííít... es un buen hombre,

está desesperado..., sacó una pistola y amenazó con suicidarse allí mismo..., en mi despacho... por favor, no se asusten, no le hagan daño, no es peligroso... su locura es fruto de la desesperación... Acaban de oír ustedes las primeras declaraciones...

El sacerdote abrió inmediatamente la caja. Había dinero, bastante dinero. Ninguna fortuna, pero suficiente para cuidar de María.

...al parecer, en un trágico accidente ferroviario, ha perecido un matrimonio que viajaba en una furgoneta sospechándose que el hombre era el atracador... se encontraba sin empleo... hoy iba a ser desahuciado... se investiga el paradero de su hija tetrapléjica... disminuida mental...

El padre Juan miró a su sobrina. Ella le dedicaba su habitual sonrisa, una grotesca mueca llena de cariño. El padre Juan alzó los ojos a la cruz, a los cielos, y lloró.

—¡Dios mío! ¡Dios misericordioso! ¡Ampárame! —gritó.

El próximo presidente

Román Figueroa (Daroel)

.....

.....

Ha pasado el mediodía sin ninguna novedad, como es costumbre. El anciano se encuentra dentro de su habitación, que debería resultar cómoda para él. Sentado en su sillón, ve a través de la ventana cómo el mundo va ralentizando su paso. Es como si en ese momento del día, ocurriera una pesadez colectiva. Al frente, está una radio que, por su apariencia, podría ser contemporánea con él. Se ha vuelto una fiel compañera; su nueva mejor amiga. Quizás sea la sustituta de su esposa, a la que perdió hace muchos años.

Ángel lleva por nombre el señor mayor de escasa movilidad, pero manos temblorosas. Le hace honor a su carácter, tan dulce; típico de la mayoría de los que están arropados con diez décadas. Es muy querido dentro del gran tormento en el que está sumido ahora; quienes conviven con él lo adoran por su personalidad. Sin embargo, Ángel siente que está dentro de una pesadilla que se ha vuelto infinita. Su radio es la única capaz de sacarlo de allí. Sólo ese viejo equipo al que cuida tanto, y nada más.

A kilómetros de su cuarto, la ciudad se mueve de una manera distinta. Falta poco para las votaciones, y está a punto de dar su discurso un hombre de gran influencia. Su popularidad está acariciando el cielo. Ángel ha sintonizado la emisora que transmitirá las palabras de quien puede ser el próximo dirigente de la nación.

Con fuerza, el pueblo vitorea al hombre. Ha ganado la confianza de mucha gente. El anciano así lo percibe gracias a las pequeñas

cornetas de su equipo. A través de ellas se asoma un ruido, pero los oídos de Ángel se han vuelto incapaces de distinguir entre interferencias y gritos de emoción. Gritos hacia ese candidato que él conoce, y muy bien.

“Votaré por él”, piensa el viejo. A sus años no ha perdido el interés en la política; tal vez sea porque en sus venas se conserva una parte de la época dorada cuando fue parte de ella. Aún respira dentro de él una esperanza de ver a su tierra distinta; todavía quiere ser parte de un mundo con bordes de frontera mejor. Para Ángel, el aspirante a presidente es un hombre sabio; es lo que necesita su nación para augurar un mejor porvenir.

El anciano mira a su alrededor con mucha tristeza. Se siente prisionero. Piensa que se encuentra encerrado en una gran mansión con muchas comodidades, pero llena de jaulas. Sabe que es un lugar de confort, pero no lo ve de esa manera. Sólo desea, con mucho fervor, salir de ese lugar que tanta depresión le genera; escapar de lo que él asemeja con una celda de castigo, aunque no haya cometido delito alguno.

Ángel está cada vez más decaído, y se aferra a la radio que, prácticamente, se ha convertido en su bomba de oxígeno. Las palabras del candidato le dan un poco de vida; son una fábrica de emociones para su alma ya cansada. Se imagina al hombre desde su atril, con una multitud enfrente expresando admiración y proclamando alabanzas. Ve en él su sueño, frustrado cuarenta años atrás.

¡Qué buena época aquella! Rememora cuando, rodeado de gente inteligente e importante, daba discursos que conectaban sentimientos entre él y sus seguidores. Vio el mandato presidencial de cerca, pero su rival no sólo hizo lo mismo, sino que también lo tomó. Hasta allí llegó la etapa de quien ahora vive en un lugar que no le gusta en absoluto. Un sitio que lleva por identificación una palabra que para él, como político, tenía un significado distinto:

asilo.

Termina el discurso del candidato. Un joven que labora en el asilo le informa al anciano que pronto el almuerzo estará listo, y que puede ir al comedor cuando lo desee. Ángel le sonríe, y decide mantener su radio encendida unos minutos para escuchar el hilo musical. Se prepara para levantarse de su sillón y caminar; le cuesta cada vez más hacer estas cosas por sí solo, pero todavía no siente la necesidad de pedir ayuda. Ya no mira la ventana, sino una foto familiar. Aprecia con mucho amor el rostro sonriente de su fallecida esposa. Luego, ve la figura de su hijo, quien lo abandonó en ese geriátrico, aun cuando el anciano se oponía rotundamente.

Ángel no siente odio hacia su descendiente; sigue lleno de amor por él. Por sus venas no corre ni una gota de rencor. Lo ve con el mismo cariño que cuando era pequeño, y le desea el bien. Le encantaría que lo visitara. Quiere volver a escuchar su voz diciéndole “papá” y no cosas de desprecio, como la última vez, hace varios años.

El anciano se alegra de oír palabras envueltas en optimismo por medio de su vieja radio. Ahora desea que su hijo se convierta en el próximo presidente, deseándole un “Dios te bendiga” antes de regresar a otra tarde sin novedad.

Procrastinación

El Dani

.....

.....

22:00

Un escritor joven está sentado en la sala de trabajo, escribiendo un manuscrito sobre sus sueños, al que titula COBB, un proyecto personal en una sala de radio tan desordenada como su cabeza, ya se acerca a la medianoche; el escribe en su manuscrito los sueños de la noche pasada, como parte de su ritual para dormir, aunque como siempre, planea trasnochar viendo películas, es un buen cinéfilo, un joven Don Juan, casanova, bosanova y oyente radial, prefiere la radio a la TV, como si fuese un británico de edad media oye radio, es puntual —como ningún otro latino quizá lo sea— lee novelas irlandesas y nórdicas como de Eoin Colfer o JR Tolkien, escucha música celta, quizás en su vida pasada fue un escocés o inglés amigo de Shakespeare o el mismo Sherlock Holmes.

La cadena radial favorita de Daniel es “la X electrónica”, este joven ha tenido experiencias paranormales en su vida y le gusta desarrollar su obra relacionada con lo onírico, lo fantástico y la anamnesis, todo eso lo retrata en su última obra aún inédita Vwayaj (Viaje en criollo haitiano), es tan bueno para narrar como para procrastinar, trasnochar, ver películas, comer y escuchar radio, está en constante sintonía con su emisora favorita.

22:30

Daniel para de escribir, se toma una aromática de manzanilla y

se acuesta sobre el diván a dibujar fantasías, en una hoja en blanco virtual, logra lo impensable dejar su mente en blanco, sin ningún sonido que altere ese instante.

Se ha quedado dormido.

23:00

Despierta asustado por la soledad y el silencio, prende la radio —su grata compañía— y entra en la hora paranormal, donde hablan desde la física cuántica de los mundos paralelos que existen en la tierra, hasta las razas alienígenas que existen en el planeta tierra, de las cuales más de la mitad son fuerzas oscuras, escucha el tema de los vórtices, puntos energéticos que existen en la tierra, de los cráteres, que dan origen a paisajes místicos.

Tales espectros del planeta tierra, son los que dan pie para las teorías de los 3 días de oscuridad total, tres días que incluso podrían ser 3 meses, al joven autor, le genera curiosidad estos mundos paralelos, de creencia espiritual y parte de su espíritu está ligado con la aventura, anota en su agenda de proyectos un plan de viajes inicialmente a nivel nacional se dirige hacia el eje cafetero —donde tiene una deuda espiritual— y a posteriori a la mesa de los Santos el cual considera que tiene unos puntos energéticos muy interesantes para ser pruebas de estudio.

Cierra los ojos y se plantea que la vida es una ilusión, que en un universo paralelo hay extraterrestres manipulando nuestra realidad y creando su propia ficción, entreteniéndose con el absurdo humano. Es la lectura, más que sus historias inéditas lo que le lleva a Daniel —es un asiduo lector de Mark Twain y autoproclamado Verniano—, a llenarse de ilusión, de pensar en el viaje por el triángulo de las bermudas, comparando con su imaginario, la historia del primer libro que leyó, —porque su abuela se lo regalo—, “Las aventuras de

Tom Sawyer”, sin embargo, dentro de sus investigaciones, confirma que dichas desapariciones no se han dado exactamente en la zona del triángulo de las bermudas, está loco pero no lo suficientemente loco como para hacer de Nostradamus y vaticinar el fin del mundo, sin embargo, sigue realizando trazados con carboncillo y regla por sobre el mapa.

23:30

Dentro de su trabajo de investigación, este autor empieza a anotar las falsas promesas del fin del mundo y dentro de sus hipótesis se da cuenta, de lo que ha sucedido antes y después de estas supuestas fechas, atentados terroristas, catástrofes aéreas, olas suicidas, rara vez huracanes u otro tipo de desastres naturales, siempre accidentes ocasionados por el hombre, que pudieron haber sido evitados; en su labor de consulta nota algo que recién había escuchado en la radio y es que, en primera instancia, los profetas, hoy viven tranquilamente y con el mejor de los lujos, en los emiratos árabes unidos o en Mónaco, conduciendo autos de oro y con mapamundis de oro, hace un estudio de la filmografía de sus directores de cine favoritos y se da cuenta como muchos de ellos retratan una realidad mucho más compleja de lo que incluso puede el comprender y por eso le llaman ficción, una ficción que no es tan alejada de la realidad, como la de Christopher Nolan con su opera prima Memento o El Origen, por ejemplo.

Sin embargo, el puede darse cuenta y prever que honestamente, en el peor de los casos, si llegase a abrirse un vórtice en algún punto del planeta como bien lo dicen los especialistas en la radio y como lo explica la princesa China, significaría el final de la raza humana, pero nosotros ni cuenta nos daríamos, toma un par de libros de Twain y Verne, lee entre líneas, repasa punto por punto y se da cuenta de mensajes encriptados...

23:45

Se detiene un poco en su estudio paranormal, apaga la radio y de pronto le invade una paz enorme, recuerda que él hace parte de una raza alienígena mestiza, que un OVNI antes de su nacimiento, en la meseta de los Santos, de su natal Santander, su madre tuvo un avistamiento OVNI y un ufólogo le dijo a su madre que él sería el elegido, que le amoblaran su cerebro y lo guiaran adecuadamente.

00:00

Daniel despierta, música de fondo, electrónica, se siente muy cansado, se ha visto a él mismo investigando, pero realmente se había desdoblado en el plano astral, ve el cuarto totalmente desordenado, notas hasta en el techo, el mapamundi totalmente rayado por tinta, se ve sus manos y están llenas de tinta, se siente confundido, sin saber si todo ha sido mentira o realidad, siente que puede volar se arrima hacia el balcón de su penthouse y se tira. No hay peor compañía que la soledad.

Ondas de la vida

Mara

.....

.....

«Solo me queda decirte, amiga mía, que no te siento feliz, creo que tu vida tiene que dar un giro. Perdona que me entrometa pero fuiste tú la que me lo contó todo. Tu rosario de preocupaciones, sufrimientos y dolor irreparable. Ese miedo que te acompaña cada noche mientras esperas que él llegue, eso no es normal. Sé que me escuchas cada vez que hablo, sé que conoces mis horarios para que nada se interponga en nuestra comunicación. También sé que a veces te cuesta conectar conmigo, incluso yo diría que te avergüenzas, sin embargo, sigo pensando que tienes que tomar una decisión, eso no es vida querida amiga. Son muchas las noches que pasamos unidas por las palabras, que a veces confortan y otras duelen, no siempre escuchamos lo que queremos, incluso con la facilidad de desconectar con lo que no te gusta, no eres capaz de hacerlo. Hay algo en ti que te obliga al sufrimiento. Debes dejarlo, es la primera vez que digo esto públicamente, quizás no debería decirlo y me estoy excediendo de mi cometido, pero te siento cercana, sin apenas conocerte, déjalo mujer antes de que te mate, porque ya no le queda más que eso, ya has sufrido el desprecio, los insultos, las palizas, las miserias..., y tantas otras vejaciones que ni alcanzo a imaginar. Déjalo, yo querría que desaparecieran las mujeres asesinadas por cometer el pecado de ser mujeres, no sigas con él, no soy nadie para dar consejo desde mi cómodo sillón, pero es la certeza de que quizás quién me escucha al otro lado será la próxima víctima».

Antón le hizo un gesto y Cristina se quitó los auriculares, se

arregló el pelo y miró si llevaba bien colocado el pañuelo del cuello. El trabajo de noche había acabado. Se levantó y salió de la “pecera”.

—¿Qué tal Antón? ¿Ha habido muchas llamadas?

—Sí, varias, algunas ya son conocidas y otras nuevas, la mayoría se trataba de mujeres. Recojo los datos para la tertulia de mañana, ¿te marchas ya?

—Sí —dijo Cristina ajustándose con sumo cuidado el pañuelo en el cuello, se miró de reojo en el reflejo del cristal—. Me voy compañero, estoy cansada, hasta mañana.

—Haces un buen trabajo, ¿lo sabes? Creo que ayudas a muchas mujeres con tu fortaleza, les demuestra cada noche, que otras son felices con sus parejas sin sufrir violencia, tú eres su ejemplo. Nos vemos mañana.

Eran las dos de la madrugada cuando regresaba, Cristina nunca tuvo miedo a caminar por la calle. Al día siguiente la esperaban en la emisora

—Antón, llama a Cristina. Se retrasa y esta noche abrimos el programa con la tertulia. Venga, quiero testimonios de mujeres que han denunciado. También hay que hacer que la experta en violencia de género explique muy bien todo el entramado que se genera después de la denuncia, pero... ¿dónde está Cristina?, ¡localízamela!

—Ya la he llamado, le he mandado whatsapp y no me contesta. Vendrá de camino, no te preocupes, ella nunca falla, ama su trabajo.

Antón se acercó un momento al bar de enfrente a tomarse un café, mientras se apoyaba distraídamente en la barra del bar miraba las noticias sin apenas escucharlas, de repente algo le llamó la atención.

—¡Vaya! —pensó—, otra víctima de violencia de género, y es en

el barrio de Cristina. Quizás esto explique su retraso.

Cuando llegó a la redacción su jefe había cambiado la cara de enfado por la de preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Es Cristina. —Se giró y miró a la pared forrada de madera que tenía a su espalda—. La ha matado su novio, ese tan serio que nunca me gustó.

—Pero eso no puede ser, ella animaba a las mujeres a denunciar a cambiar de vida, ¿cómo le ha pasado esto?

—Al parecer vivía con un maltratador y no era capaz de enfrentarse a él, nadie sabía nada.

—Esto es irreal, no puede ser —dijo Antón algo lloroso.

Ese día el programa de radio comenzaba sin las palabras de aliento que ofrecía a sus oyentes, la tranquila de voz de ella se cambió por un rumor ronco que iniciaba así:

«Cristina encontraba el miedo cada día en su casa. Llevaba años viviendo con un maltratador y no sabía cómo romper esa relación, cada día temblaba más cuando él llegaba, y otras era él quién la esperaba levantado. Esa gran profesional de las ondas, nos ha dejado como muchas otras sufriendo en silencio la violencia de género. Esta noche el programa estará dedicado a ella. Buenas noches».

Oscuridad

Iracunda Smith

.....

.....

Ocho mujeres permanecían en la más absoluta oscuridad, arrodilladas, rezando en un monótono e ininteligible murmullo. La luz, blanca y quirúrgica, lo cubrió todo al dar un viejo reloj de cuco las siete. Casi al mismo tiempo, el mueble de madera frente al que rezaban se encendió y la voz de un hombre salió llena de interferencias por su altavoz.

«En el principio Dios creó al hombre. Perfecto. Invencible. Le dio las herramientas para que dominase a todos los seres sobre la faz de la tierra y eso hizo durante siglos. Pero no seríamos dignos hijos de nuestro Padre si no probásemos nuestra fe, así que envió a esta tierra a Los Otros para permitirnos demostrarle nuestro amor haciendo eso para lo que fuimos creados: Dominar».

El hombre empezó a cantar una oración. Las mujeres se unieron, levantándose y dirigiéndose a un armario de metal. De él sacaron ocho canastos con las telas ignífugas que deberían coser en su jornada.

«Nuestro trabajo estará hecho cuando el Señor nos llame a su encuentro».

—Y correremos hacia su seno llenos de orgullo y con el corazón limpio —repitieron las mujeres al unísono.

La voz del hombre dejó paso a una música de arpa que, como todos los días, sonaría hasta la hora de comer.

Las mujeres se sentaron alrededor de una gran mesa camilla

y comenzaron su labor. Todas iban vestidas con amplias túnicas bermellones que apenas conseguían disimular el avanzado estado de gestación de cuatro de ellas.

—Puntadas cortas y apretadas Sarah —recordó la más mayor.

—Sí, madre —contestó Sarah guiñando un ojo a Lot, la hermana que tenía enfrente.

La madre suspiró y meneó la cabeza. No había sido un mes fácil: las pequeñas estaban alteradas por la inminente Recolecta y las mayores a punto de parir. Y luego estaba Esther. Nunca había sido la más fuerte, pero desde la última Recolecta era simplemente una carcasa vacía que no dejaba de murmurar palabras sin sentido.

—Ya queda menos —dijo María, la hermana mayor, frotándose la tripa.

Lanzó una mirada llena de significado a Sarah, Lot y, especialmente, a Esther para decir:

—Y para vosotras también, pronto será la Recolecta...

El comentario consiguió el efecto deseado, Esther comenzó a gemir, se levantó y se fue a agazapar a un rincón.

—¡Ven aquí puta! ¡No te muevas! ¡Ahora puta, ahora! —gritaba mientras se daba puñetazos en la cabeza.

La madre corrió a consolarla mientras sus hermanas reían la gracia.

—Quizás hoy podamos salir al patio otra vez —dijo Lot intentando calmar los ánimos—. Me gustaría ver a Agnes antes de marcharnos.

—No debéis ser tan egoístas, hemos salido hace tres días y pronto será la Recolecta —reprendió la madre, aunque creyese que sus hijas lo necesitaban para alejar los demonios del aburrimiento

y darle un respiro.

—Y luego volveremos aquí... —murmuró Lot mirando la barriga de sus hermanas.

—De todas formas cada vez es más triste salir al patio —dijo otra de las embarazadas—, ¿habéis visto cómo nos miran las otras mujeres? Dicen que ojalá nuestros hijos sean todos varones, como las otras veces, pero sé que desean todo lo contrario...

—Somos unas afortunadas, sabéis que todas las celdas tienen el mismo tamaño y que no es lo mismo compartirla entre ocho que entre quince —apaciguó la madre.

—Dicen que algunas están... —María se frenó tanteando cómo podría sentarle a su madre lo que iba a decir— Que están “ayudando” a hacer espacio.

Todas permanecieron en tensión y no respondieron al comentario. Era un secreto a voces el que algunas niñas morían antes de cumplir un año y que, casualmente, ocurría en las familias con más miembros.

«Cuando Dios se siente honrado nos lo hace saber: Hoy, una tormenta ácida ha barrido uno de los asentamientos de Los Otros. Agradecemoslo con una oración...».

—Quizá ya quede menos para la Gran Colonización—deseó Lot después del rezo.

—Dios te oiga —dijeron todas a la vez y rieron por su sincronía.

Esther, más tranquila ahora, había vuelto a ocupar su sitio en la mesa y seguía murmurando. El resto de mujeres siguió con su tarea, pero Lot se la quedó mirando. Ella sabía qué murmuraba. La había oído por las noches, en la oscuridad, revolver entre los costureros y acercarse a sus camas para repetir la misma cantinela: «Sería mejor que estuviésemos muertas». Lot no podía dejar de

pensar en si esa noche al fin se atrevería a usar las tijeras y, en lo más profundo de su ser, deseaba que así fuera.

Las memorias tardías de las ondas de una radio

D.I.M.T. El gato azul de la montaña del sur

.....

<https://www.facebook.com/ElMundoDeLasEsferas>

.....

Salpicaduras del mar, sonidos que se pierden, sollozos y lamentos que se mezclan en las profundidades de los abismos, el sutil sonido que solo llega, mientras el “pi, pi, pi” de algo lejano martillea como un recuerdo constante, siempre constante, acompañado de la lejana melodía que proviene de alguna parte que no logro identificar.

Imágenes fugaces que se incorporan ante mí, entre la oscuridad y las luces que se mezclan. Ojos que se abren, sensaciones que regresan pasajeras, melodías dulces para un amanecer que se tarda en regresar. Ansiedad por volver a ser lo que está perdido en el pasado. Confusión. Ojos que inconscientes, y cansados se cierran de nuevo.

Río a carcajadas entre los sonidos que se agitan en un intento por alejar la soledad y el miedo. Olor a alcohol y desinfectantes. Algo que me libera y me atrapa al mismo tiempo.

La emisora de una radio suena lejana pero sus ondas me atraviesan en el alma y me atrapan en la misma melodía punzante, remarcando el deseo por continuar escuchando el sonido del murmullo de una vida distante y lejana. Algo que me ata, sensación nefasta. Vacío incorpóreo, vacío irritante.

El deseo de volar, una canción, melodía para el corazón. La cabeza me da vueltas. Deseos de despertar, de seguir soñando. Más confusión y el sonido de un piano que me arrulla para volver a

dormir en un tranquilo sueño.

Voces y conversaciones que logro entender, pero que olvido con facilidad. En realidad no me importan. Miradas pasajeras a un entorno que desconozco, afecto y esperanza que se inyecta vía intravenosa.

“PI” “PI” “PI” continúa sonando, constante, el mismo ritmo, al son de la música que siempre me acompaña. Las preguntas que se aglomeran en mi mente, me golpean. Sé que alguien está ahí, pero no logro identificarle. ¿De dónde viene aquella dulce melodía?

Silencio inmediato invade la habitación. No hay melodía, no hay más “PI” “PI” “PI”... Mis sentidos se agudizan, incontrolables, insoportables. Sensación a medicina que puedo sentir en todo mí ser. Ahora estoy despierto, eso lo sé. Busco con la mirada el origen de las melodías que aún flotan vagas en mis recuerdos. Alguien llega e interrumpe mi meditación. Sus pasos agudos y fríos penetran hasta mis tímpanos. Insoportable ser que invade mi tranquilidad para torturarme. Ángel diabólico que viste de blanco sin descanso. Se aleja y regresa para repetir su acto malvado una y otra vez.

Las ondas de una radio llegan para calmar mis nervios, mi ansiedad. La misma melodía entra por la puerta a la habitación mientras alguien a mi lado la tararea con calma. El eco se hace lejano, las voces resuenan con más fuerza y nitidez mientras las ondas, como las olas del mar, se hacen más claras y distantes... una tras otra, hasta perderse en el vacío del silencio. El recuerdo de un piano que a lo lejos resuena.

Nuevamente confusión ante un momento que me afecta. La blancura que ante mí se expande entre paredes que me atrapan. Flores blancas y el olor a humedad de la lluvia que llega desde la ventana. Todo se aferra a mí en un intento por escapar de la soledad. Las damas blancas que danzaban diariamente a mí alrededor inyectando esperanza y dolor.

Estoy tarareando la misma canción ahora desde los ventanales de mi habitación, mientras una ligera llovizna cae sobre las calles. Tratando de olvidar las sensaciones grabadas años atrás en aquel hospital, en un intento por respirar el nuevo aire que me rodea con el aroma dulce de los rosales que llegan desde mi jardín, como una sutil caricia de un corazón tranquilo y alegre que anhela vivir.

Recuerdos lejanos de momentos confusos e irritantes regresan, mientras en alguna parte de la calle suenan las memorias tardías de las ondas de una radio, melodía olvidada de un pasado muy lejano que no quisiera recordar.

El lobo vengador

Jhoanna Bolívar Rivero

.....
<http://chicaredactorainspirada.wordpress.com>
.....

Era 9 de noviembre de 1938. La ciudad estaba cubierta de blanco, las calles, los techos de las casas y los árboles día y noche permanecían así. Era todo un azote invernal, como si no fuera suficiente con el azote inhumano al que estábamos sometidos desde 1933 cuando la dictadura nos arrebató nuestras vidas para no devolvérselas jamás.

Mi familia —mis padres, mi hermana Hessy de ocho años y mis hermanos gemelos de cuatro— y yo, teníamos treinta deprimentes días ocultos en el sótano de la casa de unos amigos alemanes de mi padre, donde ni los pequeños rayos de la luz del día alcanzaban a entrar por las ranuras de aquel viejo lugar. A veces soñaba despierto con los hermosos días de sol corriendo por los verdes campos de la hacienda de mi abuelo.

Una noche de aquellas en las que el temor era interminable, una lluvia de balas silbaba de un lado a otro por las calles, como si fuesen a atravesar el techo. Mi padre nos unió en un rincón, con su dedo índice en la boca, nos miró y fue suficiente para entender que hiciéramos silencio. Mi corazón era una locomotora en marcha, creí que por mi culpa nos atraparían.

Me llamo Adler Kessle y tenía diez años cuando esa noche lo perdí todo. Antes de llegar a ese agujero habíamos tenido que salir de nuestro hogar con unas pequeñas maletas sin más nada que humillación en ellas. A mi padre lo querían reclutar para las tropas del Führer pero en una hazaña logró huir y llevarnos con él.

Era la noche de los cristales rotos, algunos momentos antes mi padre había encendido la radio como religiosamente lo hacía, ya que era nuestro medio de conexión con el mundo. Daba un discurso el ministro alemán Joseph Goebbels. A mis padres se les desencajaba el rostro, las lágrimas de mi madre comenzaron a caer sobre sus mejillas, y yo comencé a entender que algo aún más terrible estaba por sucedernos, aunque no tenía ni idea de que podía ser más terrible que nuestra situación actual. Joseph Goebbels daba la orden a las tropas de asalto que destruyeran todo lo de los judíos, desde comercios, iglesias, casas, escuelas, hasta nuestras vidas.

«Esta noche, una vez más, le recuerdo a toda nuestra nación, cuál es nuestro deber. El Führer espera de nosotros que desechemos todo lo que en el pasado nos llevó a las sombras. Nosotros no queremos fallarle. Así como nosotros estamos orgullosos de él, él estará orgulloso de nosotros», aplausos y gritos eufóricos de la gente me aterrorizaban.

Cuando nuestro verdugo culminó de dar la sentencia, fue cuando comenzamos a escuchar las balas. En un instante fuimos descubiertos por los militantes del Führer. Mi padre fue reclutado para trabajar en los campos de fabricación de armas de guerra, y mi madre posiblemente fue violada y asesinada, ya que de ellos jamás volví a saber nada, ni siquiera de sus tumbas. Mientras que nosotros cuatro fuimos llevados a los campos de concentración para los inhumanos experimentos médicos, donde el horror era inimaginable y nosotros no teníamos la menor idea de lo que nos esperaba.

Las dos noches y un día de traslado hacia los campos de concentración tiritábamos de frío y quizás también de miedo, no teníamos ropa adecuada para las bajas temperaturas. Apenas llegamos nos separaron de Hessa, no la volvimos a ver, al menos no con vida. Unos días después mientras nos llevaban a las jaulas de

observación donde esperaban que hicieran efecto las inyecciones y otros medicamentos que nos hacían tomar, volteé a mi izquierda y estaba Hessy, un guardia arrojaba su cuerpo en una fosa con otros cientos de niños muertos. Estaba más delgada pero la reconocí, era su largo cabello cobrizo el cual distinguiría a metros. Sentí que perdía otra parte de mí.

Seguimos caminando hasta la jaula donde nos encerraron. Un guardia que nos vigilaba tenía su radio encendida, fue cuando escuché una noticia que me devastó, pero mi cuerpo ya no albergaba más lágrimas.

«La ciudad de Munich está limpia de judíos», decía el reportero con notable alegría, como si fuéramos una plaga que debía ser eliminada.

Esa noche, agotado, intenté dormir. Estaba en la carpa donde dormíamos todos los niños varones, en el suelo y sin nada con que arroparnos. Tres días antes los gemelos habían desfalecido, sus pequeños cuerpos no resistieron. Algo me picaba por todas partes, comencé a rascarme y a mirar mi piel intentando encontrar el insecto que andaba escurriéndose por mi ropa pero lo que vi fue pelos muy espesos brotándose de la piel. Los experimentos me habían hecho esto. En unos segundos me convertí en lobo. Sentí que no tenía cansancio, ni dolor. Salí con precaución de la carpa y había un guardia de espaldas a mí, no resistí aquel olor que me hacía enfurecer inevitablemente, salte sobre él y lo maté en el acto clavándole mis colmillos en su yugular. El sabor de su carne era asqueroso, pero como no serlo si no era un hombre, era un demonio. Sus gritos alertaron a otros guardias, así que huí al bosque.

Allí estuve hasta 1945 cuando finalizó la segunda guerra mundial. De noche me convertía en lobo y me daba a la tarea de despedazar alemanes con toda la pasión impulsada por la venganza. De día cuando volvía a ser un niño me ocultaba en una cueva subterránea

que yo mismo ideé, así evitaba ser asesinado o devuelto al campo de concentración. Podía convertirme sin que hubiera luna llena, sólo con la llegada de la noche, y al amanecer podía recordar todas mis actividades nocturnas, por lo que podía seguir planeando como acabar con las tropas de Hitler. Todos me temían, dado que los lobos se habían extinguido hacia años en toda Alemania así que creían que yo era un fantasma, pero solo era un niño judío al que se le concedió el regalo de ser el lobo vengador.

Una radio en la selva

Leonardo Ossa

.....

.....

Por acá han cruzado personas con distinto oficio. Una vez fue un misionero, en otra ocasión un naturalista, hace poco una patrulla de la fuerza pública, de vez en cuando dos o tres aserradores, y por años, los mismos indígenas silentes en sus metódicas faenas de cacería.

La mayor parte del tiempo, mi mujer y yo permanecemos solos en la selva. Por lo general ocupo el día consiguiendo leña, algunas frutas, limpiando las eras y cazando. Mi compañera se distrae lavando la ropa, zurciendo, cuidando las gallinas y haciendo de comer. En la noche, colgamos las hamacas en el amplio corredor externo de la casa para recibir la brisa fresca, conversar, pero sobre todo, para escuchar la radio que nos trajo un cacharrero a cambio de billetes que teníamos sin uso.

La radio encendida gran parte de la noche se nos convirtió en algo importante. Allí escuchamos el servicio religioso, la música, los consejos médicos y las noticias, pero aquello, casi a diario me provoca sueño. Es mi mujer la que al otro día mientras desayunamos, me cuenta el argumento de la radionovela como si el enredo fuera de alguna vecina. Entonces, es el aparato el que a nuestros años nos brinda algunos temas para conversar.

En las noches de tormenta eléctrica los truenos se amplifican en la radio sin que sea fácil escuchar esos programas. La veo henchida de angustia pegar su oreja al aparato, en un intento por no perder detalle. Murmura con rabia agitando el índice derecho, dictando

sentencia de condenación si la señal radiofónica se desvanece. ¡Ay como sufre! no me gusta verla así. Recuerdo muy bien la ocasión en que bajé hasta el caserío para traer la sal, el aceite y el arroz, olvidando reclamar las baterías de la radio que me había encargado. Lloró cuando no pudo oír el aparato, a pesar, de que me trasnoché inventando algunos cuentos parecidos a los que ella escucha.

Al siguiente día, el agitar del índice derecho y la sentencia fueron para mí:

—Me voy de este lugar hasta que no aparezca usted con las baterías. —Y se fue temprano hasta una etnia que andaba de convite a medio día de camino.

Desde aquella vez, es ella misma la que baja al caserío por la vitualla, para no correr el riesgo de que se me vuelvan a olvidar las pilas.

Hace poco me contó que oyendo la radio, se enteró de una noticia en la que informaban que por estas tierras se venía presentando un fenómeno de colonización no autorizada, que está arrasando con madera, minerales, y el sosiego indígena. La tranquilicé diciendo que no tenía de qué preocuparse, puesto que la tierra nos ofrece de todo, para todos, y lo hace en abundancia.

Hoy ha hecho una tarde esplendorosa, no se atisban nubes de mal tiempo, lo que garantiza buenas condiciones para oír la radio.

Los nuevos colonos no se han dejado ver, y menos hoy que he jornaleado en las eras más distantes de la casa.

Empieza a oscurecer la tarde y a ella, que se había ido bien temprano al caserío, ya la veo regresar. Se le adivina el mal humor por el cansancio de venir con un costal de yute al hombro. En todo caso, deberé contarle que aparentemente los colonos estuvieron de visita, y que si bien no cargaron con las diez gallinas, su preciada radio ya no está.

Sin embargo, considero prudente dejarla llegar a reposar antes de enterarla de la ausencia.

—Deja que te ayude mujer —grité mientras iba hacia ella. ¿Qué tanto traes?

—Lo de siempre, aunque un tarro más de aceite para cambiarlo por una ristra de pescado cuando pasen los indígenas.

—¡Ah qué bueno! Hace días estoy antojado de un bagre en medallones, con patacón de plátano y queso frito. ¿Y qué hay de nuevo por el caserío?

—Nada. La callecita de siempre con la misma gente. ¡Ah! ¿Pero sabes algo? La capilla estaba cerrada. El señor cura se fue de viaje, así que no pude confesarme ni rezar al Altísimo. Prometí desde el atrio madrugar mañana a escuchar la misa que pasan por la radio.

Sentí un escalofrío en los brazos cuando la escuché. Entonces quise distraerla con otras preguntas mientras ordenaba en mi mente las palabras de la aciaga noticia.

—¿Y no fuiste al correo buscando alguna carta de tu madre? —pregunté justo al ingresar a nuestra casa.

—No. Ya sabes que está vieja y desde hace tiempo solo nos manda razones. Pero, ¿hoy qué te ha pasado que estás más conversador? Casi siempre me recibes las cosas y te vas para la hamaca a dormir mientras caliente la merienda.

—¿Qué te dijera? Quizás me he sentido solo y necesite de una charla.

—Bueno, será después. Tengo oficio por hacer. Con el cansancio que traigo nos acostaremos temprano y, ahí quizás haya tiempo para charlas.

Mientras decía esto, me iba dando empujoncitos para que saliera

de la casa hasta el corredor de las hamacas. Me quedé mirando el monte y escuchando los primeros grillos de la noche sin saber qué hacer. La vi luego hurgar de un lado a otro, escudriñando los corotos, hasta que se vino presurosa hacia mí.

—¿Qué haces mujer? —le pregunté temeroso.

—Buscando la radio que había escondido antes de salir, para que no la birlaran los colonos. Toma, escucha un poco de música que yo terminaré con los quehaceres.

Y le recibí la radio.

Consejos

Lidia Castro Hernando

.....
<http://escritosdemiuniverso.blogspot.com>
.....

Se lo repetían semana tras semana en el grupo de descenso de peso. Lo había leído en decenas de correos electrónicos masivos. Pensó que por fin lo estaba haciendo bien: tomaba sus dos litros y medio de agua todos los días. Comentaba: «Cada vez que entro a la cocina, lleno un vaso con agua de la canilla y lo tomo». Sí o sí, iba a purificar su organismo, liberándolo de la acumulación de grasas y mejorando el funcionamiento de los riñones; debía deshacerse de las toxinas y de tanto medicamento.

Al principio notó que orinaba mucho más que lo habitual, al punto de casi no poder salir de su casa. No le importaba. Los pantalones ahora le cerraban, los zapatos ya no apretaban sus pies antes hinchados y lo más importante... sus manos. Los dedos casi estaban volviendo a ser los de aquel pianista que recorriera el país deslumbrando a los públicos. Ése que había sido hasta que empezó a aumentar de peso, a agitarse al subir escaleras, a hacersele dificultoso extender las manos, siquiera a una octava, por la inflamación que tenían; gordas, para qué me voy a mentir. Estaba contento, casi feliz. El agua me está salvando. Sólo le molestaba un dolor, molestia más bien, en los riñones: los estoy haciendo trabajar mucho a los pobres, y ese gusto a ajo, amargo y permanente en la lengua: estoy largando la nicotina; una fatiga y debilidad que a veces le dificultaba levantarse a la mañana: y claro, bajar quince kilos en un mes no es moco de pavo; mi organismo tiene que acostumbrarse de a poco. Para todo encontraba una explicación. Salvo para el hormigueo constante en las piernas.

En el grupo le aconsejaron, como a otros compañeros que presentaban los mismos síntomas, que visitara al médico. No hizo caso. Volvió a su piano de media cola, desde hacía casi un año y medio cerrado, y esos dedos recordaron de a poco y con agradecimiento los Arabescos y Preludios de Claude Debussy, especialmente La Catedral Sumergida, que le recordaba el agua bienhechora.

Mientras, en la cocina, por la radio siempre encendida de los solitarios, el locutor decía: «Aviso a la comunidad: se ha comprobado que el agua de río que abastece nuestra ciudad está contaminada con arsénico; las curtiembres que se encuentran río arriba han estado derramando sus desechos químicos desde hace meses, sin consideración por la salud de nuestro pueblo. Las autoridades no respondieron nunca a las denuncias de los particulares ni efectuaron los controles y verificaciones que correspondían. Hay sospechas de soborno. Todo salió a la luz cuando la afluencia de adultos y especialmente de niños con síntomas de envenenamiento comenzó a superar el promedio, en el hospital y las clínicas locales. Se recomienda a la población abstenerse de beber agua corriente y consumir sólo agua embotellada, proveniente de manantial. Repetimos, se recomienda...».

Él no escuchaba otra cosa sino las cascadas de corcheas y semicorcheas; ahora sí absolutamente radiante.

Dos litros y medio de agua por día, durante veinticinco días. Había seguido el consejo. Tocó apasionadamente durante tres horas. Con lentitud se le fue cerrando la garganta en un nudo. Angustia... pensó. Empezó a ver nublado: me está bajando de golpe la presión, mejor me recuesto un rato.

Se desvaneció con una sonrisa sobre el teclado.

La radio de mis recuerdos

Lobita

.....

.....

Por fin había llegado el viernes. La hora tan ansiada para mí como todas las semanas para escuchar la radionovela infantil que pasaba por la XEZ a las ocho de la noche, un tiempo en el que mi familia se reunía alrededor de la radio encendida para adentrarnos en ese mundo de aventuras que a mis dos hermanitos y a mí nos encantaba.

Mamá se ponía a hacer la merienda a eso de las siete y nosotros le ayudábamos en lo que podíamos para poder disfrutar del espectáculo que ocurriría en la sala de nuestra casa, eran los únicos momentos en que nos permitía merendar ahí.

—Vamos niños, no sean tan impacientes —nos decía de manera cariñosa y sonriente.

—Pero si ya va a comenzar, cuando llegemos ya habrá comenzado —decía desesperada mi hermana pequeña, típico de una niña de seis años.

—Es cierto, mamá, por favor de prisa —mi hermano y yo nos uníamos al clamor.

El evento se volvía todo un acontecimiento lleno de actividad y alegría, sacábamos los platos, mamá calentaba la leche, cortábamos en pedacitos lindos los sándwiches con formas diversas de animales o de objetos.

Íbamos a la sala y colocábamos una mesa en el centro de la sala, de manera curiosa nosotros siempre hacíamos un desorden en el

comedor a la hora de la comida, pero era sigue sorprendiendo que mantuviéramos la calma cuando escuchábamos nuestro programa favorito.

La radio era de color café oscuro, de forma semiovalada, que a mis nueve años me parecía gigante. Contaba con dos botones en la base de cada lado, dos en medio y arriba de estos una aguja que indicaba en donde estaban las estaciones detrás de un pequeño vidrio. Mi papá lo había conseguido a un buen precio en una tienda donde empeñaban cosas, y como el dueño no había regresado por él, lo habían puesto a la venta.

La radionovela se llamaba “Las Aventuras de Pepín, el tlacuache”, historia que se desarrollaba en México y donde este animal a través de la historia enseñaba a los niños que había valores universales como el amor, la tolerancia, la empatía, la ayuda al prójimo, además de representar a una cultura tan diversa y rica.

El capítulo que más pronto viene a mi memoria fue aquel en donde el protagonista debía llevar a cabo una misión en las montañas cercanas al Valle de México, donde un jaguar policía le había encargado a la agencia de detectives de Pepín que investigara acerca del contrabando de huevos que era llevado a cabo por unos ladrones mofetas, se mostraba que sin violencia y utilizando la inteligencia podrían obtenerse resultados, las mofetas recibían un castigo pero en proporción a su delito, el tlacuache salía airoso y mostraba una moraleja en la aventura.

Mis hermanos y yo jugábamos a ser parte de la agencia de investigación e inventábamos un sinfín de correrías en las que éramos compañeros de ese animalito inteligente, valiente y fuerte, lo cual nos ayudaría para sobrevivir en el futuro.

Tan hermosos recuerdos que yo seguiré atesorando mientras tenga vida, llenos de luz, alegría y felicidad.

Mi papá solía acompañarnos en aquellas veladas que se transformaban en tertulias familiares en donde podíamos discutir acerca de la radionovela cuando pasaban los comerciales y además comentar a grandes rasgos como nos había ido en la semana.

En una de mis vueltas del baño en el que había un anuncio importante que había interrumpido el programa, recuerdo de manera muy vívida lo que comentaron mis padres al respecto de la guerra que se anunciaba por el aparato.

—Se avecinan tiempos difíciles —comentaba mi mamá

—Tienes razón, Clara. Sin embargo, eso también le muestra a nuestros hijos que hay cosas buenas y malas coexistiendo al mismo tiempo en este mundo —dijo solemne mi padre con una taza de aromático café que estaba bebiendo.

Charlaban de estos asuntos entre ellos porque mis hermanos estaban jugando en ese momento y no les prestaban atención. Con el tiempo, al volverme adulto, entendería el significado de aquellas importantes palabras, porque mi padre fallecería posteriormente dejando a una familia en una situación precaria. Sin embargo, mi madre consiguió un trabajo en una fábrica lo cual fue muy duro para ella, y con esta acción nos mostró lo valioso que es luchar por lo que queremos.

A Pepín y a mi madre siempre los veo en una gran aventura por la vida.

Café en París

Caterine Pereira

Estaba en un café de París. Mi padre me había mandado allí para que cerrara personalmente unos negocios por él. Sinceramente, no quería ser empresario, nunca lo hubiera deseado. Quería ser escritor, pero según mi padre: “Mucho se imagina y poco se tiene”. No es el hecho de ganar dinero lo que me inspiraba a ser escritor, sino el hecho de poder escribir historias, crear lugares, darle vida a personajes, relatar hechos y escenas, pero nada de eso de dio, entonces aquí estoy, sentado en un café de París, observando la belleza que me rodeaba. Mañana debía presentarme en la oficina de el señor Harrison y hablar sobre un montón de cosas que, personalmente, me disgustaba. Desearía que mi padre no me hubiera obligado a estudiar esto.

—Disculpe, ¿va a ordenar algo? —me pregunta una dulce voz. Levanto la vista y me encuentro con dos hermosos ojos canela, un sedoso cabello castaño y una piel blanca, sedosa y ruborizada.

—No sé ¿Qué me recomendaría...

—Juliet, Juliet Willson —dice ella sonriéndome con esos hermosos labios, aún ruborizada.

—Juliet en París, muy romántico. Soy Thomas Vangers —le digo. Mientras que la veo sonrojarse, en el fondo suena una canción de amor, perfecta escena de película.

—Le recomendaría un café —dice ella sonriéndome a mí, solo a mí.

—Pues eso será, Juliet en París —le digo sonriéndole y observando su hermoso sonrojo.

Ella se fue a prepararlo y volteo a mirarme, cuando se dio cuenta que aún la observaba apartó la vista sonrojada, era tan hermosa que incluso un amargado e inconformista antisocial como yo no podía apartar la vista.

Unos minutos después, volvió sonrojada y evitando mirarme, dejó el café en mi mesa y me preguntó:

—¿Desea algo más? —su voz era tímida, dulce y perfecta.

—Sí... a ti.

Y la radio junto a mí cambió de canción.

Un cliente diferente

Caminante en la sombra

.....

<http://caminanteenlasombra.blogspot.com.es>

.....

María entró y caminó por el interior de la tienda hasta llegar al mostrador. Fue poco a poco encendiendo las luces. Un nuevo día comenzaba. Y con él, una nueva jornada de trabajo en la sastrería. María era una mujer de unos cincuenta años. Bajita, de pelo negro, ya marcado por la edad con las canas. Caminaba siempre despacio, inclinada, como si nunca tuviera ninguna prisa en adelantar lo que tenía que hacer. Su vida era sencilla, se limitaba a abrir su pequeño negocio de telas cada mañana y a descansar en su casa de los días libres.

Ella era feliz con esa vida. Había entablado amistad con la mayoría de sus clientes y clientas. A menudo mujeres jóvenes y guapas que buscaban un nuevo vestido que lucir en sus fiestas.

Cuando lo tuvo todo preparado, se acercó al mostrador y encendió la radio. Tenía por costumbre trabajar todo el día con la radio puesta, le gustaba escuchar todas las noticias que iban relatando a lo largo del día y sentirse informada. De otro modo, la radio también le hacía un poco de compañía.

Se sentó tras el mostrador y esperó, hasta que llegase el primer cliente del día.

Éste no tardó en llegar. Se trataba de un hombre moreno de pelo lacio, cuyo aspecto era desgarbado, harapiento y sucio. Con sólo verlo, María supo que había venido a buscar allí ese hombre: estaba claro que necesitaba ropa nueva.

—Buenos días señor, ¿en que puedo ayudarle? —le preguntó mientras se levantaba de su asiento y salía de detrás del mostrador.

El hombre la miró, ceñudo, y se detuvo en mitad de la tienda.

—Necesito....ropa nueva —balbuceó.

María asintió levemente con la cabeza.

—Oh claro, por supuesto. Siéntese en este sillón, por favor.

El hombre obedeció apresuradamente.

—Dígame, ¿qué tipo de ropa desea?

—Me da igual, la más sencilla posible. No tengo más de trescientas pesetas.

Mientras decía esto, echaba rápidas miradas al exterior.

María entrelazó los dedos de sus manos.

—Con trescientas pesetas será suficiente.

Se metió en el almacén y sacó varias cajas con telas para mostrárselas. Pero él eligió la primera que le enseñó con desgana, parecía tener prisa por terminar aquello.

Mientras tanto, la radio encendida, relataba los hechos que habían sucedido en los últimos días: un hombre había matado a su mujer, unos niños habían sido atropellados.....

Elegida la tela, María se inclinó sobre el hombre, y comenzó a hacerle medidas. Su cliente, cada vez más serio, rechistó. Estaba empezando a perder los nervios.

—¿Esto va a tardar mucho? —preguntó con fastidio.

—Me temo que tardaré al menos una hora. Pero no se preocupe, mientras hablemos un poco, ¿como se llama?

—Víctor —respondió con sequedad, mientras levantaba un brazo y dejaba que la mujer le colocara el metro.

—Así que Víctor eh. No se preocupe que enseguida le coso su ropa.

Él asintió, sin dejar de mirar al exterior.

María sacó su maquina de coser y empezó la tarea. Entonces el silencio inundó la sala, solo interrumpida por el sonido de la radio, que seguía relatando las desgracias que sucedían a diario.

Una hora y media después, María detuvo la máquina de coser y mostró una sonrisa.

—Ya he terminado, Víctor —anunció exultante.

Como empujado por un resorte, el hombre se levantó de un salto, agarró la ropa nueva y se sumergió en el interior del vestidor. A los dos minutos, salió ya vestido. Soltó las trescientas pesetas sobre el mostrador sin decir nada y comenzó a caminar hacia el exterior.

—Muchas gracias Víctor, hasta pronto —se despidió María con amabilidad.

Víctor se detuvo ante la puerta de la calle. Se dio la vuelta y respondió.

—Gracias a usted, señora —respondió con una amplia sonrisa. Y se fue.

María abrió la boca, asombrada. Era la primera vez en todo el tiempo que estuvo en la tienda que le había sonreído. Pero lo que le había sorprendido no era eso, sino un diente de oro que brillaba reluciente en su dentadura.

Suspiró, había sido un cliente muy inusual. Comenzó a recoger las cajas y a guardarlas. Mientras la radio emitió un comunicado

oficial: “Se avisa a la población de que se ha escapado esta madrugada un preso de la cárcel. Es un hombre joven, de pelo lacio. Si lo ven, llamen enseguida a las autoridades. Lo reconocerán al instante por su diente de oro”.

El vuelo

M.T. Andrade

.....
<http://un-nuevo-peregrino.blogspot.com>
.....

Milton era un vago. Sea por la causa que fuere, porque era el mayor de muchos hermanos de una familia pobre, porque su padrastro se ocupaba solo de sus propios hijos, y su madre, aunque hacía lo que podía, no daba abasto para atenderlos, o sea porque finalmente, terminó de criarse con unos tíos ancianos, la cuestión es que no había adquirido hábitos de trabajo.

El estudio tampoco era lo suyo. Alguna cosa temporal, pero que no fuera exigente, algo entre el futbol y la murga, nada que obligara, nada que le exigiera demasiado.

Finalmente reconocido como inútil, en el único lugar en que lo aceptaron, comenzó a trabajar.

Ayudante en la base aérea. Ahí le fueron asignadas diversas tareas, desde pelar papas hasta ayudar en la limpieza y hacer guardias, horas eternas, parado.

“¡Ufa! Como me duelen las piernas, que sueño, ya me arrestaron dos veces por encontrarme dormido, añoro el río, cuando termine el turno me voy directo, que baño”.

El comienzo de su jornada se perpetuaba en el barrido y limpieza.

Charlatán, locuaz, cantor y medio músico, tuvo que pasear su mirada siempre por el piso. Poco a poco aprendió el rigor del orden y la disciplina, le sobraron fines de semana bajo arresto.

De manera rápida, y aprovechando de su desfachatez, se fue

acercando a los talleres y aprendiendo algo de fierros.

—Cabo, puedo ayudarlo a desarmar y lavar estas piezas.

Sin embargo, siempre hubo momentos en que miró hacia arriba, al escuchar el sonido de los ruidosos y antiguos aviones de combate, que usaban los pilotos para acumular horas.

“Que precioso debe verse el río desde lo alto”, pensó.

“Cerrar los ojos y echarse a volar”, tarareó

Siempre en tierra, sobre la pista, se había sentado, tantas veces, algunos minutos, frente a los controles de los aviones que ya creía entender como pilotarlos.

Un día, al encender la radio, se enteró de que había llegado, para tareas de entrenamiento, un enorme aeroplano, con cuatro turborreactores. ¡Cuánto le apetecía poder subir al avión!

Durante dos días vio cómo se elevaba pesadamente pero con majestuosidad, yendo y viniendo, era muchísimo más grande que los pequeños aviones que veía a diario.

Al tercer día vio una oportunidad, la partida del avión estaba retrasada, había pasado la hora de despegue porque se esperaba la llegada de un piloto. Subió las escaleras y miró desde el borde, hacia adentro, no había nadie en el pasillo, todos los ocupantes estaban sentados conversando entre ellos, se oían voces altas y risas.

Se sentó en el primer asiento libre que encontró. Se acurrucó contra la ventanilla, tratando de llamar la atención lo menos posible y miró hacia afuera a sus compañeros de fajina, bajos, pequeños y alejados. Ya se sentía en el aire.

—Este vuelo es solo para el personal superior —escuchó la voz del capitán que acababa de subir, mientras le señalaba la puerta,

aún abierta.

Otra vez, se había quedado en tierra, sin despegar.

Rezongando e insultando al mundo entero se unió con sus compañeros, a observar desde abajo, como siempre.

Unos minutos después el avión carreteó lentamente, como lo había hecho los días anteriores, fue acelerando y se elevó sobre el final de la pista. Los primeros metros, voló casi sobre los árboles y subió rápidamente. Lo vio desaparecer siguiendo la línea de la costa, como veía siempre los aviones de combate alejarse. Lo observó volver, poco tiempo después, con los movimientos propios de un avión más pequeño.

“Éstos están locos”, pensó.

El avión se acercó peligrosamente al suelo, voló por unos metros al ras del piso y terminó en una terrible explosión que hizo temblar la pared y los vidrios de la sala que estaba detrás de él. Las llamaradas fueron enormes.

La sorpresa y angustia se apoderaron inmediatamente de él y de todos los que estaban allí y de los que desde lejos habían contemplado el vuelo.

Al día siguiente, terminada la inspección y obedeciendo la orden impartida, bajaron él y sus compañeros del camión que los había llevado al lugar del desastre y vio lo que quedaba de la aeronave, pedazos de lata negra, dobladas, chatarra aun humeante. Incomprensiblemente algunos asientos estaban casi intactos. Pronto emprendieron la tarea de embolsar los cadáveres. No lo olvidaría por el resto de su vida. En cada bolsa fueron poniendo lo que pudieron, la mano de uno, el brazo de otro, una bota con un pie dentro. Miraron lo menos posible, pero no olvidarían fácilmente la visión de esa carnicería, afortunadamente no había rostros reconocibles.

Tiró y tiró de una mano, no podía moverla, estaba milagrosamente unida a un cuerpo quemado, pero casi entero, tomó el brazo y tiró más fuerte, logró mover el cuerpo. ¿Cómo haría para ponerlo en la bolsa? Se preguntó mientras trataba de arrastrarlo. Gritó a sus compañeros.

—Ayúdenme que éste pesa mucho.

Y volvió a gritar más fuerte

—¡Está vivo! Pero lamentablemente no era así, había sido solo un deseo, o quizá su propia realidad.

Al día siguiente recorrió las calles, acongojaba ver la cantidad de cortejos fúnebres.

Siguió, siguió caminando. En un vuelo esperanzador, subió los seis escalones de la entrada al liceo, se dirigió al bedel y le dijo:

—Vengo a anotarme para continuar estudiando.

Y agregó:

—No se en que año estaré. Creo que en cuarto.

—Milton, dejaste en primero.

—Bien, tendré que comenzar a enseñar antes. Un poco de humor no está demás —agregó—. He leído bastante espero que no me sea difícil salvar esos cursos, de pronto doy algún examen libre, solo es un tiempo más. Hasta me resulta agradable este lugar. Voy a estudiar para mecánico. Te aseguro, que de ser otra mi historia, si yo hubiera pilotado, no hubiera habido accidente.

—Dale, adelante, que he visto a varios arrancar como tú y volar alto —le respondió el viejo bedel.

Kobe 17/01/1995

Cesar A. Martín

.....

.....

Se le rompió la voz, ya no podía gritar más. Se resistía a conectar la radio porque no sabía cuánto tiempo pasaría allí y no quería quedarse solo, pero estaba desesperado. «Un minuto más», pensó. «Hasta que me tranquilice».

«...se han registrado temblores de magnitud 7.3 en la escala de Richter. Los primeros datos oficiales hablan de quinientos cincuenta y tres fallecidos y más de tres mil desaparecidos, aunque las autoridades advierten que son estimaciones, que el alcance real de la catástrofe todavía se está evaluando y que se irán facilitando los partes a medida que se confirmen. Los expertos aconsejan que nadie se acerque a las zonas más afectadas, puesto que las réplicas podrían provocar nuevas sacudidas...».

Tenía que hacer algo, nadie iba a venir a ayudarle y cada vez se sentía más débil.

—Una, dos y tres —se estiró intentando zafarse de los escombros que lo aplastaban. Las heridas se le abrieron más y los huesos estallaron de dolor—. Ahhhhhg —se le escapó entre los dientes.

No pudo evitarlo y rompió a llorar, lágrimas de sangre y barro le resbalaban hasta la boca arrancándole violentas arcadas. Todo su cuerpo sufría y con tal intensidad que creía que iba a enloquecer. A veces el dolor le daba un respiro, le dejaba descansar. Entonces sus pensamientos, buscando algún consuelo, corrían rápidos hacia Naoko. El beso tibio que le regalaba por las mañanas, el frescor casi infantil que despedía su piel recién duchada o el codazo disimulado

que le daba cuando algo le hacía gracia. La radio seguía sonando y se inmiscuyó en sus recuerdos pero lejos de espantarlos les trajo otros por asociación:

—Espera un minuto —le dijo Naoko antes de desaparecer en el centro comercial. Cuando regresó, después de una larga hora, cargaba cientos de bolsas y sonreía culpable.

—Perdona cariño, pero había mucha gente en las tiendas —se disculpó tímida—. Toma, un regalo para que la próxima vez no te aburras —dijo ofreciéndole un paquetito con un enorme lazo. Era la radio. Desde entonces siempre la llevaba encima.

Acarició el aparato como si fuera ella.

«...la rapidez de los rescates es crucial, tras las primeras doce horas las posibilidades de supervivencia se reducen a la mitad, no obstante hay que ser optimista, la naturaleza humana ha demostrado que...».

Giró la rueda del volumen hasta que la lucecita roja se apagó. Ahora su empeño por dosificar la radio le parecía ridículo, pero no le apetecía escuchar la crónica de su muerte. Derrotado cerró los ojos. Un cálido sopor le iba envolviendo y le invitaba a escaparse, a dejar de padecer.

Cuando ya se creía libre un terrible pensamiento lo arrastró de vuelta a aquel agujero; Naoko podía estar como él... o peor.

—No, no, no por favor —suplicó. Intentó liberarse de la prisión de hierro y cemento, ignorando la agonía, sobreponiéndose al tormento. Su suerte ya no le importaba, la impotencia dolía más que cualquier tortura. La veía atrapada, enterrada, malherida... «No, nada de eso —pensó— ella está por encima de todo esto». Se convenció. Recordó el accidente de tráfico que sufrió Naoko, como salió sin un sólo rasguño a pesar de que el coche quedó destrozado o el mal trago que tuvieron que pasar cuando le diagnosticaron

un cáncer de mama que, por supuesto, fue una falsa alarma. Eran problemas demasiados mundanos para Naoko y el terremoto no sería más que otro trastorno en su vida, estaba muy lejos de poder hacerle daño.

Le asomó una sonrisa, buscó el transistor y sintonizó una emisora musical. Quería dedicarle sus últimos pensamientos. Apareció Elvis, suave y acogedor, entonando “You were always on my mind”; no podía haber mejor despedida.

Primero vio sus ojos que le sonreían y le anhelaban, luego sujetó su cintura para atraerla hasta pegar sus cuerpos. Olió su pelo con una profunda inspiración, reteniendo su aroma, una fragancia que sólo Naoko desprendía. Rozaron sus labios, divertidos y cómplices. La música los mecía. El dolor se iba y dejaba paso a una maravillosa calma, una paz que lo llenaba todo.

Golpeaba con la barra de hierro y si tenía solidez daba el paso. Se movía con mucho cuidado, no olvidaba que aquellas ruinas podían ser la tumba de cientos de personas y se tenía que concentrar con todas sus fuerzas para que aquello no le afectase. Escuchó algo que parecía una melodía. Se quedó quieto pero los escombros se asentaban y no le dejaban oír. La volvió a escuchar. Tiró la barra de hierro y corrió hacia la música lo más rápido que pudo, ahora todas las precauciones le daban igual.

—Tranquilo, estamos aquí, aguanta —gritaba—. ¡Ayuda! ¡Socorro! Venid rápido —avisaba a los otros voluntarios.

Localizó de donde parecía salir la música y empezó a apartar obstáculos. Lanzaba los cascotes por los aires, frenético, con rabia, lo más lejos que podía.

—Aguanta, aguanta, que ya llevo —se repetía. Abrió un hueco y metió la cabeza, la melodía cada vez le llegaba más nítida, tenía que

estar cerca. Por fin distinguió la lucecita roja del transistor y lo que parecían un par de dedos rodeándolo.

—¡Ayuda! ¡Deprisa! —gritó de nuevo. Volvió a entrar la cabeza—. Hola, soy Haruki. ¿Tú cómo te llamas? Tranquilo, ya te sacamos, ¿Estas bien?, bueno da igual, ya estás a salvo, no te muevas por si acaso. Menos mal que has dejado la radio encendida. Ha sido una gran idea, si no la hubiera escuchado... —no paraba de hablar, no quería descubrir que hablaba solo.

Voces

Grace05

.....
<http://palabrasypensamientosenlibertad.blogspot.com.ar>
.....

Como todos los domingos, Roberto desayunaba junto a Elena, su mujer, en la cocina de la casa. Durante la semana, los diferentes horarios de trabajo y los chicos hacían imposible el encuentro. Su charla variaba entre los pormenores semanales y los comentarios que surgían a propósito de la información y noticias que emitía la radio encendida.

Roberto era un hombre de mediana edad, abogado penalista. Descendía de familia de letrados, por lo tanto no le había sido difícil ingresar en tribunales y compartir un estudio jurídico cuando apenas se recibió. La experiencia y el tiempo hicieron que optara por quedarse solo con el estudio jurídico, en el cual fue adquiriendo prestigio y notoriedad.

Había formado, junto a Elena, una linda familia y logrado no solo un muy buen pasar económico, sino también una vida social relacionada con el mundo político y del espectáculo.

«Estamos en comunicación con la Dra. Magda Alvarez, especialista en familia y minoridad», anunciaba la periodista, «y actual diputada de la Nación por el partido RAI».

La sorpresa y los recuerdos acudieron a Roberto. Un leve temblor en su mano provocó que apoyara la taza de café antes que Elena percibiera su desconcierto

«La diputada Alvarez es autora de la ley sobre violación y aborto», seguía informando la reportera, «que se debatirá próximamente

en la Cámara».

—Una ley interesante para los tiempos que corren —dijo Elena, que hojeaba el matutino sin prestar atención a su esposo.

«Diputada, cuáles son los fundamentos que avalan esta ley?», preguntó la voz en la radio.

«En principio, el embarazo de una mujer por violación, es un hecho traumático», respondía Magda. «La alteración emocional, en muchos casos, puede derivar en suicidio».

Roberto sintió una fuerte punzada en la boca del estómago, que le provocó una mueca más de espanto que de dolor. Se incorporó rápidamente temiendo que Elena hubiera notado su turbación.

Magda seguía dando explicaciones: «Personalmente he sufrido una experiencia similar».

Por unos segundos no se escuchó nada más, asombro y estupefacción. Silencio de radio.

—Vamos a despertar a los chicos —Roberto oyó su propia voz un tanto vacilante.

—Nunca los despertamos, sabés que llegan a la madrugada y se levantan casi al mediodía —dijo Elena mirándolo—. ¿Te sentís mal?

Atemorizado Roberto escuchó: «Nos puede aclarar algo más?». Se abalanzó sobre la radio para apagarla y así terminar con la sensación de pavor que le invadía todo el cuerpo.

—No apagues —oyó decir a Elena—. ¿Qué te pasa? Estas un poco raro esta mañana. Creo que necesitás... ¿Qué dice esa mujer? ¡Te nombró a vos!

—¡No... No sabes lo que decís! —la voz le temblaba. Miró la cara de Elena, pálida, desencajada, los ojos abiertos llenos de espanto

y preguntas.

—¡Dijo que la violaste en la universidad! —el grito entre sollozos de su mujer fue lo último que escuchó cuando cerró la puerta.

Salió a la calle como un sonámbulo, la cabeza era un torbellino de imágenes. Tantos años habían pasado, lo había olvidado. Su razón lo ocultó a sus recuerdos... y esta mañana aparecía ella, haciendo una declaración devastadora... Su familia, sus socios, su prestigio, su nombre, todo, todo se hundía...

Su vida misma, la que había delineado palmo a palmo con estrategias de jugador de ajedrez, en un instante se hacía trizas, dejándolo en la oscuridad más profunda.

— ¡Roberto!, ¡Roberto!, ¡Roberto! —Su nombre repiqueteaba en labios de Elena. Le martillaba la cabeza, cerró los ojos, se sintió sudoroso y cansado, cuando los abrió una luz le lastimó las pupilas.

—Roberto, ya son más de las 9 de la mañana, ¿no pensás levantarte hoy? —la voz de Elena lo trajo a la realidad.

Toda la angustia y desesperación condensadas en una pesadilla, sueños que pusieron luz a su conciencia. Realidad que acalló las voces del pasado.

Se vistió y fue a la cocina. Elena ya servía el desayuno. Apagó la radio.

La noche

Tilly

.....

.....

El ritmo de los ronquidos acompaña el sonido de mi angustia.

Duerme y ronca, relajado a mi lado en posición fetal, yo no puedo. Enciendo la radio, ni se inmuta, solo hablan de deportes, algo es algo, por lo menos oigo voces.

Doblo las rodillas lentamente, primero la izquierda y luego la derecha, al segundo las extiendo y percibo el tacto fresco del algodón bajo las piernas. ¿Dónde estará? ¿Por qué no llama?

Enciendo el móvil y miro la hora, las dos, no es tan tarde, se habrá quedado con algún amigo para la última copa.

Los ojos se cierran despacio, necesitan oscuridad y silencio, los músculos palpebrales no lo permiten del todo, intento relajar las manos y los brazos y me quedo inmóvil aunque la postura forzada no me ayuda.

Desde la calle sube el ruido de la gente borracha, llega directamente hasta el centro del cerebro, aparta cualquier sensación positiva y me inunda de tristeza.

No ha llamado, cuando pasa esto es que se siente en dificultad, es una huida hacia adelante, hacia el abismo del despropósito.

Él se da la vuelta, su boca se acerca a mi oído, le pego una patada, ni se entera, para un segundo, y vuelve a la carga. En la radio hablan de fenómenos paranormales, tendría que haberme tomado un tranquilizante. De jóvenes hacíamos lo mismo, ¿de qué

me quejo?

No logro acostumbrarme a estas esperas. ¿Y si le han robado?

Seguro que está en un portal o en la calle con una paliza encima. He visto demasiadas películas, mejor me levanto a beber un poco de agua y así pasa el tiempo. Leí una vez que hay que aprovechar y andar a oscuras para protegerse del Alzheimer, lo hago, tropiezo con la banqueta y me caigo al suelo. Aquí me quedo un rato largo.

¡Qué envidia!, el otro sigue sin despertarse a pesar del ruido. Necesito que alguien me levante y me ayude, necesito cariño y protección, volver a los brazos de mi madre.

La autocompasión no me sienta bien, tengo arcadas, decido levantarme, ya soy mayor, basta de tonterías, voy a la cocina a beber agua. Me siento y miro el reloj, las tres. ¿Qué hago? No puedo concentrarme, leer, encender el ordenador. Vuelvo a la cama y me tumbo. Recupero la misma postura.

La vecina de arriba acaba de volver, noto las patas de su perrito y los tacones, ¿es tan difícil poner un trozo de moqueta? Por Dios, ¡cuándo acabará esta tortura!

Por fin él se despierta, bendita próstata.

—¿No duermes? ¿Ha llegado?

—No, ni llama ni viene.

—Quédate tranquila, si pasa algo malo lo sabremos.

—Ya, es que no quiero que pase nada malo.

La psicóloga dijo que hay que pensar en positivo, parece fácil cuando no es tu problema.

Cojo otra almohada y me incorporo, seguramente podré respirar mejor, me concentro en la melodía que están transmitiendo, dejo

que penetre en mi cerebro.

No podré dormir, sí controlar mis miedos. El dolor es luchador, te noquea, te busca por todas partes, si lo dejas un segundo abandonado, reclama en seguida tu atención. La angustia no te deja, se pega como un caramelo en el paladar, un caramelo amargo.

Son las cinco, me siento pesada, no quiero luchar, que pase lo que tenga que pasar, solo quiero descansar, noto que me estoy durmiendo.

Lullaby (o El bloqueo creativo)

Diego Perales Aledo

.....

.....

“The spiderman is having you for dinner tonight...”.

Las gotas de lluvia chocan con fuerza contra la carrocería del coche, un viejo Seat que atraviesa en nocturna soledad la autovía. El conductor, un joven escritor de treinta y pocos, mantiene la mirada fija en la carretera sin observarla realmente, conduciendo como un autómatas. Mientras, la voz de Robert Smith sigue susurrándole desde la radio que el hombre araña viene a por él, sobre una tranquila melodía que evoca a las canciones de cuna con las que, cuando era niño, conciliaba el sueño. El joven conduce al ritmo de la canción: Lullaby. No tiene prisa; en realidad, ni siquiera sabe a dónde va. El vehículo está vacío, su única compañía es el manuscrito que descansa sobre el asiento del copiloto, que de vez en cuando mira de reojo. Piensa en una telaraña mientras el humo de su cigarrillo asciende, ocupando casi la totalidad del automóvil al tiempo que describe formas imposibles en el aire. De repente, el tema acaba entre susurros, y la programación de la radio cambia por completo.

El programa musical que escuchaba da paso a uno de entrevistas culturales, ese tipo de espacio intelectual que solo ponen de madrugada. Hoy, dice el presentador, entrevistaran a un gran novelista; aunque no dicen su nombre. La voz del locutor le resulta increíblemente familiar; tanto, que se siente ridículo al no recordar por qué. Entonces, el conductor del show lanza su primera pregunta al aire: “¿Como lo ha hecho para acabar con ese bloqueo literario que llevaba años persiguiéndole?”. El joven escritor chirría los

dientes y deja caer su cigarrillo. La voz que contesta pone el mundo patas arriba: es la suya.

—Bueno, supongo que de igual forma que las musas desaparecen, al final, siempre acaban volviendo. Es parte del proceso creativo — responde el impostor. La respuesta es tan cobarde como manida.

“¿Que demonios ha sido eso?”, se pregunta desconcertado. “Debe tratarse de una coincidencia, tengo una voz muy común...”, concluye para sí. Pero el programa continúa:

—Según tengo entendido ese bloqueo llegó a obsesionarle, ¿no es así?

—Sí, eso es cierto. Pero no diría que ello haya sido necesariamente malo: las mejores obras artísticas nacen de la obsesión. —El tono del farsante denota una chulería que resulta insoportable.

—Usted ha cultivado, sobre todo, la novela negra, consiguiendo un gran éxito a nivel internacional —prosigue el presentador—. Esto lo ha logrado, mayormente, con su último trabajo, que tiene una gran fuerza emocional. Dígame, señor Castillo ¿Es posible que hayan influido sus circunstancias personales en esta última obra?

El pie del conductor pisa a fondo el acelerador. Ya no cabe duda, el hombre que habla desde la radio es él mismo: Ricardo Castillo. Pero... ¿cómo?. Evidentemente, aquello debe ser una broma pesada, no hay otra explicación. Algún perturbado le había grabado y construido aquel montaje.

—¿¡Quien demonios anda ahí!? ¡No tiene gracia! —grita mirando en cada esquina de su viejo automóvil; deben estar observándole—. ¿¡Qué circunstancias!? ¿A qué te refieres?

—A la muerte de su mejor amigo, claro, el también escritor y dramaturgo Roberto Vallés —contesta el presentador desde la radio.

Los ojos de Ricardo se abren como platos, sus músculos se tensan y la expresión de su rostro imprime una sensación de completo horror. Castillo clava el pie derecho aún más en la palanca, el coche ya supera con creces cualquier límite de velocidad. Instintivamente vuelve la cabeza a un lado y a otro como lo haría un loco, buscando desesperadamente alguna cámara de vigilancia que dé respuesta a semejante sinsentido. La alternativa, medita, es todavía más perturbadora. “Es imposible que alguien sepa de la muerte de Roberto”; aquello había ocurrido hacía apenas unas horas, solo él lo sabía. Solo él y Roberto...

—¿Cómo... cómo sabes eso? —Alterado y confuso, habla directamente a la radio, aceptando el macabro juego—. ¡Contesta!

La replica no se hace esperar. Una risa amarga resuena por todo el automóvil, y Castillo comienza a pensar que hay algún pasajero inesperado en el interior de su vehículo. Sin dejar de prestar atención a la radio, hecha una ojeada al asiento trasero que, como cabía esperar, permanece vacío.

—¿¡Quien eres y porque haces esto!?! —Las manos de Ricardo se aferran con violencia al volante; su paciencia se ha agotado.

—¿Hacerte que? —responde el presentador desafiante—. No te estoy haciendo ni la mitad de lo que me has hecho tú a mí. No todavía, al menos...

—Eres tú... —De repente sus peores miedos se confirman, y se siente idiota por no haberse dado cuenta antes. Era tan evidente... como una mala historia de terror—. Lo he hecho por mi carrera, Roberto. Yo... llevo años sin escribir ni una puta palabra. Y ese trabajo tuyo, es tan bueno... parecía perfecto para mí, me relanzaría. Perdóname, amigo mío —Las lágrimas del conductor corren por sus mejillas como las gotas de lluvia por la luna de su coche, pero algo en él sabe que deberían haber llegado antes.

—No puedes decirme eso mientras llevas mi cadáver en el maletero, “amigo mío”. Las cosas no funcionan así.

Como las lágrimas, el frenazo llega a destiempo. Llevaba mucho rato sin mirar a la carretera; demasiado abstraído y asustado para conducir. Sus pensamientos no podían apartarse de aquella miserable radio, y ve la pronunciada curva cuando ya no puede hacer nada. El brutal sonido de los neumáticos contra el asfalto se ahoga cuando las ruedas patinan sobre el agua. El coche sale despedido de la carretera y vuela. Para Ricardo la caída se hace eterna.

.....

Capítulo 7

La maldición

Abril, 2015

.....

Boabdil

Saray Pérez

.....
www.quelocuentera.com
.....

No es por el aire que baña mis pulmones por lo que respiro, ni por los rayos de este sol inoportuno por lo que consigo ver las formas del mundo, no es por mis músculos ni por mis huesos por lo que deambulo por los mármoles de la Alhambra. No es por nada de eso. Es por tu presencia inmortal, Granada, raíz perenne en mi pensamiento, por lo que supongo me mantengo vivo.

Hoy, mientras el cortejo triste y misterioso me asiste por los caminos de la sierra que han de ver mi final, no me atrevo a mirar hacia atrás por temor a que alguno de ellos observe mi aspecto y vea que su Rey ya no tiene trono, tan solo la vergüenza de sentir esta maldición mía, que no es más que la de ser testigo rabioso de la pérdida de lo que más amo. Esta tierra fértil, amena y preñada de los tesoros más valiosos ahora me es arrebatada por ejércitos cruzados sin que pueda hacerles frente. Quizás fue por una debilidad de espíritu o quizás fue por los presagios malditos de la sibila que auguró nuestro fin al reconocer el paso de un cometa en la negrura de la noche. Astros que hablaron de un turbante manchado y hecho jirones por la cruz de los cristianos. Mi ánimo me abandona y mi destino queda escrito en arcanas hojas lejanas a toda voluntad. Me maldigo por estar ya maldito. Y aun así, sigo pensando en ti como un viento que me persigue y me devora, sin aliento ni descanso, prohibiendo que mi alma descanse. Granada, Granada, Granada.

Atrás dejo todo. Mi dulce Moraima que tan fiel se entregó a mí en fastuosas nupcias, reina mora bendecida entre banquetes, celosías de oro y suelos de mármol. Recuerdo como cada día me

dejaba enroscar en su pelo negro y me sumergía en su pecho sobre en el que veía caer pétalos de tempranas mimosas. Ahora la dejo arrebatada en su locura de verme humillado y sin carácter. ¿Dónde, amada mía, quedó escondido nuestro antiguo placer y albedrío que ahora ya no hay cítara que ni con aflicción lo recree?

Asciendo digno por los senderos de roca que conducen a Las Alpujarras, sintiendo en mi piel el rocío de los arroyos que bordean las laderas buscando mejores caudales. Me sorprendo por conservar aun la capacidad de mis sentidos, incluso con mayor poder que antes. No lo sé a ciencia cierta, pero es como si una daga de hierro candente rasgara mi cuerpo para hacerme aun más consciente de este momento. No quiero pensar que esta maldición y la ausencia de fuerzas sea un castigo por mi perversidad y la total alevosía con que espiaba, agazapado yo entre los naranjos, a las doncellas desnudas sentadas al borde de las fuentes. Mi madre, Aixa, me lo advertía entonces:

Malos presagios auguran tristes días, Boabdil. Sin descanso recito sunnas del Corán para incitarte, sultán, a que cojas las armas y nos defiendas del impío. Pero te veo, hijo mío, ya sentenciado por una condena recóndita que los cielos nos mandan; careces de brío y de vigor. Ya no te reconozco, Rey de Granada, ya no veo tu grandeza ni tu majestad, y escuchándote es como si escuchara el lamento de un pobre moro...

El día avanza con el sol en el cenit y mi comitiva sigue avanzando con paso lento y pesado. Apenas hay palabras porque no hay consuelo. Solo los escasos avisos de mis escoltas me salvaguardan de extraños peligros que preceden a la cumbre.

Y así llego a la cima de la serranía desde donde admiro la ciudad en toda su plenitud de verdes, cúpulas doradas, mezquitas y granados. Allí me arrodillo y cubro mi rostro. Las lágrimas acuden de nuevo a mi auxilio y se esconden de un viento hiriente que azota las piedras y me susurra una atormentada elegía.

Rey Boabdil de Granada, prisionero de lo ancestral, de las estrellas del cielo, de los adivinos y de las profecías. Hombre de las más bellas poesías de Oriente, pero también de las más terribles desventuras y melancolías. Haz entrega de las llaves de la ciudad que amas y que amarás siempre. Por los siglos de los siglos te perseguirán sus perfiles y sus infinitos olores, para jamás abandonarte.

Ya la oigo. La esencia de la maldición que no me descubrieron a tiempo las sibilas. El castigo inmerecido del último Rey de Granada. El último suspiro del moro.

La maldición

Anxi

.....
<https://lareinadelabutaca.wordpress.com/>
.....

La maldición la tenemos todos al nacer, o eso dicen en el pueblo en el que me crié, como si con eso quisieran decir que todos los fallos que vayamos a cometer fueran causados por esa misma maldición de la que hablan. Mi abuelo solía decir que hay un equilibrio, un equilibrio entre el bien y el mal, y que todas y cada una de las personas nos inclinamos hacia un lado o hacia otro. De ahí la maldición, ninguno somos puramente buenos.

—Somos humanos —le dije una vez a mi abuelo—. Se supone que somos imperfectos y por eso cometemos errores.

—Hay errores y errores —contestó expulsando el humo de la pipa que le regaló mi abuela—. Está en ti elegir qué grado de error vas a cometer. Tú eliges tu propio destino.

Nunca me supuso un problema elegir el lado por el que quería que fuera mi vida. Quería ayudar a los demás, convertirme en médico y salvar vidas. Eso es lo que quería, pero una cosa es lo que quieres y otra muy distinta es en la que te acabas convirtiendo. Si mi abuelo tenía razón y cada paso que das te lleva a un camino distinto, a un camino que tú has forjado. Entonces... ¿Cómo había llegado yo allí?

El sótano apestaba a mugre (si la mugre puede tener olor). Las ventanas estaban cerradas y parecía que llevaban así mucho tiempo. El suelo estaba arenoso y frío, o eso me gustaba pensar. Tan frío que pudiese cortar la respiración, que helara cada una de las partes que entraran en contacto con él.

En las películas todo parece más sencillo, diferente de cómo es en realidad. Por ejemplo, el peso de un arma. Me había imaginado que pesaba menos, quizás fuera por el protagonista que apunta sin titubeos y acomete la sentencia que equilibrará la balanza hacia el lado contrario que debería. ¿Eso estoy haciendo yo?

Antes era una buena persona, envidiada, alegre... ¿Tanto había cambiado? La vida... ¿Cómo es, verdad? Un día estas arriba y otro, en un sótano apuntando a un desconocido a la cabeza.

Le oigo suplicar por su vida, cómo si tuviese esa opción. Se atreve a rogarme que le perdone, que él no quería hacerlo. Debió de pensarlo antes. Antes de entrar en mi casa, donde me críe y donde vivía mi hermana. Mi hermana de larga cabellera, con sonrisa amable y vida humilde. Ella que no tenía nada más que así misma, ella que no había hecho nada, ella que mantenía la balanza siempre en el lado correcto. Mi abuelo debió avisarme, debió decirme que daba igual qué hicieras, daba igual lo mucho que te esforzaras por ser una buena persona, porque las cartas que te tocan no siempre son las que te mereces. Mi hermana no se lo merecía. Las personas buenas no se merecen morir a manos de un ladrón que eligió convertirse en un asesino.

¿Cuántos años pagará su crimen? ¿Cuántos años por una vida humana? ¿Y luego qué? ¿Tengo que comportarme como una buena ciudadana? ¿Saludarle al verle en el vecindario? No. Esta vez decido que la balanza se incline hacia otro lado, que la maldición humana sea mi bandera.

—¡Piedad! —gime cuando cargo el arma—. No tengo dinero para alimentar a mi familia. Por favor, no quise matarla, ella forcejeó y... Y... ¡No me mates! ¡Soy padre!

—Padre... —repito con desprecio—. ¿Eso te excusa? ¿Significa que mi hermana merecía morir porque no era madre? ¿Por qué no tenía hijos? ¿¡Quién eres tú para decidir tal cosa!?

—Tú estás decidiendo mi muerte.

—No. Estoy decidiendo mi futuro.

Sus ojos se quedan abiertos y los míos se cierran. Todo ha acabado.

La maldición del azar

Elena Ferrándiz

.....

.....

«No quiero que Gonzalo caiga en la misma maldición», aquellas palabras de hace 20 años de mi madre hacia mi padre resonaban ahora en mi cabeza. Sin embargo, mi cuerpo no parecía hacerse eco de ellas, mis piernas seguían su camino, no podía parar, no podía dejarlo ahora; a pesar de que aún recordaba aquellas noches en las que mi padre llegaba de madrugada y mi madre lo esperaba a oscuras en el salón.

Unas veces llegaba y simplemente dejaba unas monedas sobre la mesa, dejando entrever lo buena que podía a ver sido la noche. Otras, sin embargo, improvisaba alguna excusa entre bocanadas de alcohol sin ni siquiera dirigir la mirada a mi madre. Pero fuera como fuera aquella escena siempre acababa de igual forma, con ella tras él alzando la voz por el pasillo, hasta que los gritos se ahogaban poco a poco en el interior de su habitación.

Con ocho años nunca curioseé de donde podría venir, vivía con aquello, era mi día a día y como cualquier niño, mi padre era mi héroe. Ajeno a todo aquello yo soñaba con ser el héroe que era mi padre para mí. Pero una tarde en casa de un compañero de clase, este sacó una baraja de cartas. Sabía lo que era, mi padre me enseñó a jugar pero no recordaba ver ninguna baraja en casa. Busqué en cada armario y cajón, pero ni rastro. Mi madre curiosa terminó por preguntar que buscaba.

—Unas cartas.

—¿Y para que quieres unas? —preguntó con una voz más aguda

de lo normal y con innegable cara de preocupación—. Sabes que en casa no tenemos esa clase de juegos pero puedes jugar con la pelota en el patio trasero.

“Esa clase de juegos”, era difícil para un niño que le prohibieran jugar a “esa clase de juegos” sin apenas saber a lo que se referían. Fue diez años más tarde cuando recordé aquella delicada escena con mi madre y me convencí de que a mi no me pasaría lo mismo. Vi como cada noche mi familia se derrumbaba un poco más para al final no quedar nada de ella. Ese día hice la promesa de no caer en el juego, por mi madre, por mi pero sobretodo por la familia que formaría en un futuro.

Y por fin llegó la hora de marcharme a la universidad. Se acabaron las noches de música con excesivo volumen para no escuchar sus peleas, se acabó no poder disfrutar de algo porque habían demasiadas deudas que pagar. Pondría fin a esa vida y comenzaría la mía.

Elegí una universidad lejana, llevaba años esforzándome con las notas para que el dinero no fuera un problema a mi huida. Y no huía solo, Maica me acompañaba, una admirable muñeca, morena de piel y ojos color miel que hacían juego con su sonrisa. Al conocerla supe que un día llegaría a casarme con ella. No imaginaba la vida sin aquella mujer.

Pasaban los años y ella no cambio pero yo que pensaba que sabía de la vida, que parecía conocer lo bueno y lo malo fui cambiando sin recordar el pasado. Cada vez eran más usuales las noches que acababan con los compañeros de universidad jugando a “esa clase de juegos”. Lo que empezó como algo para evadirnos de las interminables horas de estudio finalizó truncando mi camino para ser un héroe. Un día la mesa del café se quedó pequeña y las mesas del casino parecían rellenar su hueco con esmero. Y al póker le siguieron las mentiras.

Me casé rodeado de farsas, de modo que la noche que nacieron mis hijos mellizos yo ganaba para luego excusarme con una cena de negocios.

Adicción decían, pero yo no era un enfermo, sabía lo que hacía. Jugaba y lo hacía bien, ¿por qué no seguir con ello? Ahora me acercaba al casino sacando del bolsillo lo que era una carta entre varios billetes.

Sabía que con aquella carta me jugaba mi familia, el amor de mis hijos y lo que siempre había soñado. Pero esa era mi maldición.

Su nombre es libertad

Conxita Casamitjana

.....
<http://enrededandoconlasletras.blogspot.com.es/>
.....

Dichosa, así se veía en ese instante. Era la culminación en su vida, para lo que una se preparaba casi sin darse cuenta. “Era como debía ser”. Esos largos meses los había dedicado a imaginar cómo sería su existencia a partir de ese momento. ¿Cambiaría su vida? No había ninguna duda. Lo haría.

Le preocupaba el desenlace. Un poco o quizá un mucho, no quería pensar ya que la asustaba. Sabía que en función de lo que pasara, su vida sería mejor o peor, pero no quería elucubrar sobre eso. ¡Aún no! En sus oídos, sin escucharlas, seguían las voces y rezos arraigados en años de uso de su madre, la abuela y quizás también las de su suegra.

Vivía en una sociedad moderna aunque para ellos nada hubiera cambiado. Se sabía conservadora, amaba a los suyos y no quería decepcionarlos. Pero, muchas de sus creencias no las comprendía e incluso había algunas de las que dudaba o rechazaba, pero nada decía. Intentaba llevarse lo mejor posible con el allí y el aquí, no quería ambivalencias que los hicieran sufrir ni a ella ni a los suyos, odiaba las desavenencias que no llevaban a nada, le desagradaban las rivalidades y desafíos sobre cosas que no sabía. A ella le gustaba tender puentes y unir espacios, no añadir lejanía. En su rostro, el anhelo de quien lo único que busca es la felicidad y la paz a su alrededor.

Se veía bien.

A pesar de los pesares y de no poder escoger, había escogido. Su

pareja era alguien a quien amaba, de su mismo mundo y del cual creía que poseía un juicio y sensibilidad muy semejante a los suyos. No hablaban de según qué cosas, en especial de las espinosas como sus creencias y educación. Sensibles, conocían su mundo y lo que en nombre del radicalismo en él se hacía. Querían ser distintos y vivir en un mundo sin miedos. Se amaban, era fácil quererlo a él, era fácil amarla a ella. Dos seres puros que se habían rebelado en silencio, creando su propio oasis.

Ahora, el próximo desenlace los llenaba de ilusión. Sabían que los fantasmas revivían y se hallaban en máxima alerta. Sus familias no daban opciones expresando muy claramente cuál había de ser el resultado si quería que la consideraran una buena mujer. Ella apretaba los labios y nada decía, no quería emponzoñarse ni sentir angustia por el próximo desenlace. Lo esperaba feliz.

Y por fin había llegado. Su cuerpo preparado, la presión en su abdomen endurecido la avisaba de cada nueva contracción. Respiraba pausada no queriendo perder la calma.

Sin ninguna duda, era el momento. Su cara llena de dolor, espléndida y apasionada. El tiempo se reducía entre gemidos agudos, cada vez más cerca y más próximo. A su alrededor se afanaban las féminas de su familia. Iba a dar a luz en casa. Los hospitales eran lugares, demasiado modernos, que no iban con ellos; plantearlo hubiera significado una discusión. Oía sus voces cuando la ayudaban a empujar, como reían alborozadas al ver la coronilla y por fin, como se abalanzaban para sacar el cuerpo de su hijo.

Y sintió, intensa, la decepción inmediata que se extendió por la habitación.

Dolía.

Sabía el significado de ese silencio helado a pesar de los lloros de

su hija. Se la dieron de cualquier manera, ya no tenía valor. La miró, los ojitos de la bebita fijos en ella, esas pequeñas manitas asiendo su dedo casi con miedo. Las acarició dulce, mientras una rabia inmensa le subía desde muy profundo, no podía pararla. Oprimía los labios, pero quería acallar esas odiosas voces que susurraban sobre maldiciones y niñas.

¿Maldición?

—Silencio —su grito apagó las conversaciones—. No hay nada malo en mi hija, no es ni un ser inferior ni de segunda clase. Es preciosa. La quiero, vivirá como un ser libre, con derechos y obligaciones y nadie, la denigrará ni desprezará. ¡Nadie!

Las miradas desafiantes no la asustaban, sabía lo que quería y como la defendería. Su marido entró, avanzando muy despacio y calmado, las besó dulcemente envolviéndolas en un abrazo interminable.

La maldición

Olaya Pérez

.....
<http://senderosdeletras.wordpress.com>
.....

Mi querida y adorada Madeleine:

Desde que nuestros caminos se volvieron a cruzar en la cena-homenaje de mi buen amigo Benedict, no he podido dejar de pensar en tus orejas. Probablemente me llames loco, pero tu pabellón auditivo es una bendición tan singular y fuera de lo común, que hasta el hombre más recto se deleitaría con sus perfectas líneas.

Tus lóbulos son de un aspecto aterciopelado, similar a la envoltura de los más jugosos melocotones. Mirar a ambos lados de tu rostro es un ejercicio de reflexión que me ha llevado a encontrar mi misión en la vida: despojarte de alhajas y adornos innecesarios que pudieran estropear la consecución de los más estrictos cánones de belleza.

Por eso no entiendo el por qué de tus gritos cuando te arranqué la pasada noche esos inmundos pendientes que se balanceaban pretenciosos, desfigurando lo mejor de tí. ¿No veías, amor mío, que tan solo deseaba liberarte de los artificios y baratijas que te ensombrecen? ¿Acaso tus progenitores no te advirtieron de la maravilla que los genes te habían tenido a bien regalar?

Sí, hinqué muelas y caninos en tu tierna carne. Su aspecto afrutado podría haber sido engañoso, aunque la dulzura de tu sangre constató que no había estado tan equivocado.

Te escribo hoy desde aquí, con el corazón en la mano. Los médicos dicen que mi locura ha provocado que los cirujanos

tengan trabajo contigo durante una larga temporada. Te ruego, mi pequeña rebelde, que me envíes fotos del resultado a este sanatorio. Ardo en deseos de comprobar lo que la restauración quirúrgica ha sido capaz de hacer.

Mientras tanto, quiero que sepas que me estoy entreteniendo con un nuevo pasatiempo. La enfermera que me proporciona la medicación tiene unos labios de lo más apetitosos. Pronto me apoderaré también de ellos.

Tuyo siempre.

Charles

La maldición

Leosinprisa

Lo había observado desde hacía muchos siglos, y conocía de primera mano por experiencia propia el significado de esa cavilación, nadie hablaba de donde procedía. Nadie se arriesgaba en pronunciar su lugar de origen, como si con ello disminuyera su presencia y lograsen exorcizarlo, alejarlo de su alrededor para siempre. Un recelo singular, primigenio, en callar y recordar esa zona del mundo, pues se consideraba signo de mal presagio, mencionar o expresarla de forma alguna que condujese a enunciarlo. Un nombre maldecido, como ella.

La mujer de larga cabellera pelirroja, rizada como las caracolas del mar y piel muy blanca, con sus ojos azul claro perdidos en el ocaso, frunció su ceño en señal de desagrado. Era donde empezó su caminar en la primera vida y nadie parecía apreciar ese pedazo de mundo que una vez, fue el primero que recibió el nombre de hogar. Era el recuerdo más hondo que poseía y merecía perdurar en sus vivencias, y solo el propio curso de su devenir, de su prolongado perdurar sin fin, las había hecho desvanecerse, diluirse en su memoria, las añejas líneas claras que ahora se perfilaban borrosas, confusas a la hora de esforzarse en recordar cómo era en dicho pasado y aquello le dolía, más que cualquier herida que pudiera producirle un enemigo cualquiera.

Un dolor que sabía esconder y sus amigas más próximas, reconocían cuando sufría por ello, esforzándose en amenizar por medio de las acciones o palabras, por la eficaz labor de bromas inesperadas, la promesa que ellas le brindaban para hacerla olvidar.

En fin, la ayudaban a diluir su peligrosa melancolía con hechos que engañasen su maquinal capacidad de reflexión.

Así se veía obligada a recordarla solo en su memoria y no hacer mención alguna, de palabra o de obra, de su primera casa bajo el sol. Pues para su supervivencia, el olvido de su origen sería el principio de su propio fin. Y aquello era duro, muy duro para alguien como ella.

Habían pasado muchos soles, muchos amaneceres que no había podido ver por su maldición, pues en su ser conllevaba esa misma lacra, ese mismo mal que le culpaban a su hogar y esa formaba, su segunda vida. Su reino era la noche, en ella vivía, si a ello se le llamaba vivir. Privada del placer de apreciar la caricia de la luz solar sobre su persona, arrojada a la noche, a su oscuridad, a esa imperecedera penumbra que la envolvía y solo la luz de velas y candelas consolaba. Un penoso bálsamo que se resignaba en asumir.

Había aprendido a dominar su mal y a vivir a su lado, a sobrellevar los arrullos de la sangre en los demás cuerpos vivos y a saciar su hambre, de una forma civilizada.

Sus amigas le proporcionaban lo que ella llamaba, no sin una declarada ironía, su reparador manjar. Grandes cuencos de sangre fresca de vacas, cerdos, incluso gallinas si era necesario. Mucho más agradable que la de los inmundos roedores de las cloacas, adonde se vio abocada a seguir siendo algo que nunca quiso, lejos del impulso de arrojarse sobre una vida sin mancha, sobre quien no albergaba razón alguna para perecer por su causa. La de un hambre que nunca cesaba.

Se había hecho una promesa a sí misma, una promesa que no debía violar, de ninguna manera ni por ningún suceso. No probaría la sangre de humanos, ni de enanos, ni elfos, ni de cualquiera de inocencia declarada. No obrarían sus manos el crimen de un deceso

que no merecieran. Aunque la inclinación de su ser la obligara, por la llamada de la sangre, a consumarlo.

Los criminales, los asesinos, aquellos de corazón oscuro como su propia noche, ellos no lograrían ese mismo perdón. Proclamada una luchadora de la luz, una luz que no apreciaba desde hacía milenios, era juez y verdugo de esa misma ralea de individuos. Y el mundo era un lugar propicio para ellos, campaban a miles, decenas de miles e incluso osaría decir, millones. Aquellos que derramaron sangre y nadie más, merecían su peculiar vigilancia.

Pero su mayor odio, un odio rencoroso que exhibía en pocas ocasiones, era hacia aquellos quienes proclamaban ser más cercanos a su propia condición. Aquellos servidores de la oscuridad declarados, que no conservaban su evolucionada conformidad con su sino. Se expresaban como fieras salvajes, sin venerar vida alguna y expandiendo su mal sin un recelo confirmado, pues habían perdido lo que en ella era su mejor columna donde apoyarse, su único eslabón para seguir siendo humana, la propia humanidad.

Suponía con escasas dudas, hallaría más de esos indeseados enemigos que los que hubiera deseado en su camino, aunque sabían esconderse bien, de ella y de sus singulares amigas. Del grupo que formaban una maga rabiosa, que escondía la inseguridad de dominar su inabarcable poder con la furia en sus palabras; una elfa con demasiados enigmas, cuyas palabras siempre callaban sobre sus desconocidos planes y una descomunal mujer, clérigo de una Orden ya desaparecida, siendo su más inseparable amiga, una colosal masa de carne con un corazón enorme, pleno de una bondad que muchos nunca conocerían.

El sol no se rezagaría en salir de nuevo. Lo apreciaba en su pálida piel, la maldición de su origen, allende en los mares. Una breve sonrisa, con sus largos colmillos blancos y afilados hacia sus compañeras, un breve saludo y de nuevo, al refugio de una oscura caja, donde fingiría dormir en el nuevo día. En espera de la renacida

noche, plena de oscuridad, sin su amado y no correspondido, deseo de un cálido sol.

La maldición

Rosalía Navarro Morente

.....
[http://solomartina1.blogspot.com/es/](http://solomartina1.blogspot.com.es/)
.....

Era algo intangible lo que se percibía en aquel lugar donde el viento mecía las copas de los pinos negros famélicos. La ausencia de otras vidas cercanas hacía del paraje un lugar mudo, silencioso y siniestro. El acantilado de Euxuku tenía muchos rincones mágicos y bellos. Allí creció una variedad de orquídea negra muy poco común que estaba extinguida por culpa de un gran incendio; un desastre que calcinó la vasta extensión que ocupaba el parque natural.

No era algo tangible lo que me hacía sentir cierta inquietud que parecía injustificada; era lo que quedaba ciego ante mis ojos. Quizá la maldad se sentía así; silenciosa, huidiza e inexplorable. Me pareció ver algo por el rabillo de mi ojo derecho, una sombra fugaz e inquieta. ¿Se trataba de Claudia? Contuve el aliento y me convencí de que era absurdo tener miedo de la inexistencia.

No me hallaba allí por casualidad. Claudia, mi mejor amiga, había desaparecido en el acantilado. Hacía casi un año que la buscaba y no había ninguna pista sobre su paradero. Como inspectora de policía me sentía impotente. Recordé algo que Claudia me confesó, una travesura de adolescente que acabó en una tragedia para el entorno natural del acantilado. Un incendio provocado por un grupo de adolescentes borrachos, entre los que se hallaba mi amiga, acabó por extinguir la flora autóctona. La zona fue repoblada pero aún se estaba reforestando el terreno. Desde aquel incidente, Claudia se transformó en una ferviente ecologista guardiana de la naturaleza. A menudo me burlaba de ella por su obsesión naturista, aunque sabía que todo lo hacía para enmendar su error de juventud.

El viento dejó de acariciar mi cabello para espantarlo. Las rachas eran frecuentes en el acantilado de Euxuku y la ausencia de ellas me hubiese extrañado. De súbito, la quietud repentina se adueñó del paraje. La ausencia de sonido natural me inquietó. Los pinos dejaron de bailar junto a la flora adusta de la zona rocosa. Me sentí como si estuviera visionando una película muda en la que la imagen se hubiese quedado congelada en el tiempo. Intenté serenarme y lo logré por unos breves instantes, hasta que vi como las olas del mar azulón hibernaban, esperando una señal para continuar su movimiento natural. Me pregunté qué hacía allí, en aquel lugar maldito en el que había desaparecido mi mejor amiga en extrañas circunstancias.

Giré sobre mi misma y dirigí la mirada hacia la tropa de pinos negros que custodiaba el acantilado. La imagen era escalofriante ante la ausencia de sonido y movimiento. El mar era una masa de agua inactiva y las gaviotas tan solo unas manchas blancuzcas inmóviles en el cielo. El letargo antinatural presagiaba la presencia de fuerzas malignas, aunque no descarté que su procedencia fuera divina. La cuestión era que mi amiga tenía razón; el acantilado de Euxuku estaba maldito y algo sobrenatural pululaba por la zona. Las preguntas se agolpaban en mi mente: ¿qué sucedía en el acantilado? ¿Cuánto tiempo duraría la hibernación?

Consulté la hora en mi reloj de pulsera. Solo hacía un minuto que nada se movía, que todo permanecía inerte. En esos instantes de irrealidad yo era el elemento discordante. Me asusté y lancé una pregunta a gritos hacia el cielo: ¿Dónde estás? Y como si la naturaleza retorcida y vengativa me hubiese escuchado, el firmamento soltó un grito ensordecedor. Las nubes se preñaron para ponerse de parto. Y lloraron con tal intensidad que se formaron torrentes de agua en el terreno accidentado. Corrí hacia el sendero que me conduciría al aparcamiento del acantilado pero mis botas resbalaron sobre el fango. Me caí de rodillas sobre unas piedras puntiagudas y el dolor se hizo presente en mi cuerpo. La lluvia no me dejaba ver lo

que tenía delante y cuando creí que nunca saldría de aquel maldito lugar, la naturaleza vengativa me devolvió a Claudia.

De un río formado por la tormenta, el esqueleto de mi amiga surgió del enmarañado bosque reforestado. Los pinos negros alargaron sus brazos furiosos contra mí. La imagen de Claudia era una grotesca caricatura y supe que era ella porque aún llevaba en su mano esquelética su pulsera preferida; aquella que le regalé en su último cumpleaños. El acantilado de Euxuku me había devuelto a mi mejor amiga, o mejor dicho; la había vomitado como si fuera algo nauseabundo que ya no deseaba alojar en sus entrañas.

La maldición

Bruno Molina Espinoza

.....
http://sttorybox.com/users/bruno_molina_espinoza
.....

Lo cierto es que nunca me importó Fiorella. Es decir, me gustaba verla caminar por mi lado presurosa, sonriente, linda como ella misma en ese uniforme blanco y absurdo que yo también usaba, pero que en ella se veía tan bien; y caminaba con ese enorme queso que casi lograba hacerle perder el equilibrio, o con ese enorme jamón... La veía, claro que la veía, y mi corazón palpitaba a mil por hora al hacerlo; pero eso no significaba que ella me importase. Lo cierto, lo sincero... era que ella me importaba un comino. ¿O quizás no? ¡No, sí, sí era así!

Me gustaba verla porque era linda. Me gustaba que sonriera, porque tenía una linda sonrisa. Me gustaba que me viera, a veces, cuando de casualidad yo también la veía; me gustaba eso, claro, porque entonces podía pensar, ¡qué digo pensar!, ¡SOÑAR! Soñar con sus labios mojados, pegados a los míos... Sí, eso me gustaba. Me gustaba soñar y ella era un sueño. Me importaba el sueño, mas no ella. “El queso sí, el jamón no”.

Bueno, en fin, como les decía: nunca me importó Fiorela. Es por eso mismo que a veces escribía su nombre con doble “l”, o sea con “ll”, y otras simplemente con un solo palito. Y ya que hablamos de palitos, pues... ella era como uno cuando me la presentó mi jefe. Era como un “palito”, de eso hablo. ¿O como un fideito? Bueno, ila cosa es que era flaca la bonita! Tan flaca, que si mi amiga Josselyn, que juega “Quidditch” mientras vuela en su escoba, la hubiese visto por aquellos días, aparte de atrapar por fin una “snitch”, se hubiera muerto de la envidia tantas veces, que del infierno o del paraíso la

hubiesen botado igual de veces, por el berrinche que hiciera por esos lares su alma traviesa.

No me importaba ella, pero sí los pasos que daba o las huellas que dejaba. Era como una maldición todo aquello que se empavonaba a este hecho de ella y yo, mi desinterés, su sonrisa y el queso que la hacía perder el equilibrio, a veces. Sí, como una maldición. Una maldición como la que sufrió “Platero”, el borrico más lindo que conocí, de pequeño, en palabras que cobraron forma: forma de “Platero”, claro, y de acero, y de borrico por supuesto. Atravesé con él mil parques y columpios, un montón de carpetas, un montón... de paseos por la iglesia. Pero cuando al fin pensé pasarlo todo con mi amigo inseparable..., mi amigo inseparable se separó de mí. Murió. Lo vi morir y “El Principito” también lo vio; muriendo él también, de pena. ¡Pobre Platero! ¡Pobre Principito! ¡Pobre de mí llorando por mi borrico! ¡Pobre rosa hermosa llorando a su príncipe!

En un país muy, muy pequeño dejaría mis temores, mis tonterías que saben a jamón y queso. No, Fiorella nunca me importó. No me importó antes porque me lograba poner muy nervioso; ni me importó, antes también, porque soñaba con sus labios húmedos junto a los míos.

Como sea, hoy comeré fideos. Me dijeron que los italianos son delgados porque comen solo eso... y bueno, yo estoy algo gordinflón. Fiorella como un palito y yo como miles de globos inflados con helio, volando por entre las nubes, sin rumbo fijo... Fiorella sube en mi canastilla, usando ese uniforme blanco y absurdo que yo también usaba; sube con “Platero” que devora un enorme jamón y un enorme queso que encontró tirado por ahí... “¡Accio escoba!”, se oye fuertemente desde lo alto de mí, que vuelo por los cielos, llevando a una mujer y un borrico... De pronto, desde el sitio que está debajo de las nubes aparece una escoba voladora. Un niño suicida con apariencia de príncipe salta desde el globo más lejano y se logra asir a dicha escoba. Es mi amigo “El Principito”. Me fijo en

su bolsillo y veo que no anda solo: la rosa más hermosa del mundo lo acompaña. A mí me acompaña Fiorela, o Fiorella... Claro, me acompaña a mí, porque ya no la pueden acompañar ni el queso ni el jamón.

¡Bueno! Lo cierto es que ella nunca me importó, o me importó lo equivalente a un comino... Lo cierto también es que mi amiga Josselyn era muy mala como “buscadora” y por eso la sacaron de su equipo... ¿Lo cierto? Lo cierto es que te dedico este cuento como regalo... Lo cierto es que es solo un cuento y yo, yo te amo.

La maldición sin T

Tecnorot

.....
<http://letraxmundanas.blogspot.com/>
.....

Empiezo a creer que el Diablo me odia. Saber que voy a morir en la misma casa donde murió Juliana y no poder hacer nada para impedirlo es un rumbo demasiado cruel, incluso para mí. ¿Ya ni siquiera poder salir de noche?

Fíjese, niña... para alguien como yo, que vivió en un sinfín de lugares y épocas, y que conoció paisajes jamás presenciados por los ojos de ningún hombre, la peor de las condenas es permanecer encerrado aquí por la perennidad.

Recuerdo que esa noche la ceremonia fue la misma de siempre: Juliana se aseguró de apagar cada una de las luces de su morada, de cerrar las correderas, ponerle doble seguro a la alcoba y lanzarse en la cama, como siempre lo hacía. En mi caso, subí al primer piso apenas cayó el sol.

Como solía hacerlo, apoyé su cabeza sobre mis brazos y le clavé los colmillos, de manera delicadas en su cuello. Ella nunca se movió cuando me saciaba con su sangre. Pero esa noche, por alguna razón no pude parar. Solo recuerdo sus enormes ojos afligidos que imploraban compasión. Me excedí. Y por esa mala elección Lucifer me condenó a permanecer encerrado aquí esperando que llegue mi final.

Cuando empezaron a salir los primeros rayos de sol y vi el cadáver yacer sobre la cama, la peor de las esquizofrenias se apoderó de mí. A pesar de que su cuerpo ya se había empezado a descomponer, por alguna oscura razón podía percibir su presencia, y no me

refiero a ninguna especie de añoranza o algo parecido. Sin poder explicarlo, sabía que ella seguía en la alcoba, y la omnipresencia de su alma me empezaba a paralizar. Fue ahí cuando comprobé los rumores que por décadas se cernieron sobre Juliana: que era una bruja diabólica, y al igual que yo había presenciado el deceso de varias generaciones de amigos y conocidos.

Sin embargo, los rumores no acababan allí. Esa pavorosa verdad indicaba algo mucho más perverso: había asesinado a una de las hijas de Belcebú y su rencor caería sobre mí con la fuerza del Infierno. Quienes asesinan a una bruja diabólica en su morada quedan condenados a permanecer encerrados en ese lugar de por vida.

Desde aquel día, no he podido salir de aquella alcoba. Por eso para sobrevivir, como las arañas, he aprendido a devorar los seres que se acercan y sucumben en mi red.

—¡Glup!, ¡glup!, immm! ¿Aún me escucha, niña?

La maldición

Darío Lana

.....

.....

Se oyó un portazo seguido de unos pasos cortos y rápidos. La cara de mi hermana asomó por la puerta del salón. Me miró de arriba abajo con desdén y volvió la vista a su teléfono móvil.

—¿Has vuelto a engañar a mamá con lo del resfriado? —dijo mientras tecleaba en su móvil a toda velocidad.

—¿Tienes envidia? —fue mi respuesta sin apenas separar la mirada de la videoconsola. Hizo una mueca de burla y desapareció por el pasillo.

Me concentré de nuevo en el videojuego que tantas horas me había consumido en los últimos tres días.

No habían pasado ni quince minutos cuando volvió al salón y se sentó en el sofá junto a mí. Rebuscó entre los cojines y cuando encontró el mando a distancia, apagó el televisor. Yo intenté decir algo pero ella colocó la palma de su mano frente a mi cara y comenzó a hablar casi sin respirar:

—No te imaginas lo que me ha pasado hoy: resulta que en la clase de ciencias me ha tocado presentar mi trabajo sobre peces de río, y justo cuando he leído el título, Keiko se ha puesto a gritarme como si estuviese loca. Decía que ese trabajo era el suyo, que yo le había copiado y cosas por el estilo. Imagínate mi cara...

—Para, para —la interrumpí—. ¿Pero era copiado o no?

Entrecerró los ojos y con voz grave añadió:

–Eso es lo de menos, ¿me dejas seguir?

Respiré hondo y con una mano hice un gesto para que continuase. Conocía demasiado bien a mi hermana para saber que era inútil llevarle la contraria.

–El caso es que justo después de acusarme, me señala con un dedo y dice: “ojalá...ojalá....te conviertas en...” –se detuvo unos segundos, tomo aire y añadió–: “ojalá te conviertas en pez, por mentirosa”.

La miré sorprendido, eso no me lo esperaba.

–Desde que tiene ese novio nuevo está un poco rara, ¿no? –dije intentando contener una carcajada–. ¿Y no tienes miedo?

–¡Claro que no! Vaya tontería, miedo yo. Además si copié su trabajo fue porque era el mejor. Debería sentirse orgullosa... – Intentaba sonar segura pero pude notar un punto de amargura en su voz.

–Ya se le pasará.

Encendí el televisor, que me devolvió la imagen del juego donde se había detenido. Mi hermana se quedó sentada junto a mí y durante unos minutos estuvo atenta a los movimientos de mi personaje en la pantalla, pero de pronto empezó a rascarse frenéticamente el cuello y la cara.

–Deja de moverte, que me pones nervioso. ¿No puedes estar quieta cinco minutos?

–Es que me pica mucho el cuello. ¿Tengo algo? –Aquella tarde no me iba a dejar tranquilo, lo veía venir.

Nos acercamos a la luz y casi me desmayo al comprobar que su cuello estaba cubierto de escamas que brillaban con un tono azulado. Ella, que me vio la cara, corrió hasta un espejo y soltó un

alarido que hizo temblar la casa.

En pocos minutos su cabeza se había transformado por completo. Sus ojos saltones, branquias en el cuello y unos bigotitos bastante graciosos a los lados de la boca, sin duda eran de pez. No podía hablar, y sólo abría y cerraba la boca de una forma estúpida.

Ahora había entrado en un estado de pánico y se movía con torpeza por el salón, haciendo añicos todo lo que tocaba a su paso. Tras perseguirla por la habitación conseguí calmarla y en un intento de comunicarme con ella, le acerqué un papel y un bolígrafo, pero como tenía los ojos en los laterales de la cabeza era incapaz de ver qué escribía así que lo único que obtuve fue un papel arrugado lleno de garabatos ilegibles.

De pronto su cuerpo empezó a contorsionarse mientras se agarraba el cuello con ambas manos. No tardé en comprender que se estaba asfixiando. Por primera vez sentí miedo y actué con rapidez.

—A la piscina —grité a la vez que abría las puertas que comunicaban con el jardín.

Ella se lanzó al agua con elegancia y su cuerpo se fue relajando poco a poco mientras nadaba ágilmente por el fondo.

Verla allí buceando me angustió un poco. Tenía que pensar en algo para deshacer aquella maldición o en vez de hermana tendría una mascota. «Hablaré con Keiko, ella sabrá cómo arreglar este desastre».

Por suerte vivía en nuestro vecindario así que en un par de minutos estaba frente a su puerta. Me peiné un poco y me arreglé la camiseta antes de tocar al timbre.

—Hola, ¿está su hija? Necesito hablar con ella, es urgente. — Intentaba sonreír con naturalidad, con poco éxito.

—Hola, Daisuke. Lo siento mucho, pero no está en casa. Este fin de semana está con su padre. Por lo visto van de pesca al río.

«Precisamente hoy no hace falta irse muy lejos para pescar», pensé, o tal vez dije en voz alta. Me despedí y salí de allí con prisa.

Estaba abatido, no sabía qué hacer y no me atrevía a presentarme ante mi hermana sin una solución. Me encaminé a la pajarería del viejo Takeshi, seguro que él me vendería un poco de comida para peces.

La maldición

Jada Beaumont

Nunca había visto nada igual ni nada parecido siquiera. Es algo tan extraño que nadie se lo pudiera haber imaginado antes. Hemos pasado tanto miedo...

De esto ya hace unos cuantos años, cuando mi hermana Diana y yo fuimos a vivir solas a una casa grande que nos acabábamos de comprar en la ciudad de al lado. Nos mudamos porque ya entrábamos en la universidad al mismo año, ya que somos gemelas. Durante casi toda nuestra vida hemos vivido juntas o, más bien, solas. Cuando teníamos seis años, nuestra niñera nos dijo un día que nuestros padres se habían ido de viaje durante un largo tiempo. A nosotras, como inocentes que éramos, nos pareció bien que se alejaran unas semanas del puesto de trabajo, ya que se estresaban mucho. Y llegó un día en que esas semanas se nos hicieron largas, demasiado largas. Nos dimos cuenta que había pasado un mes y una semana gracias al calendario que teníamos colgado de la pared de la cocina porque nuestros padres tachaban los días pasados con un rotulador rojo. No preguntamos por ellos antes porque mi hermana y yo éramos muy independientes por la poca edad que teníamos, pero aquel mismo día en el que descubrimos el tiempo que había pasado ya, le preguntamos a la niñera cuando volverían. Se nos quedó mirando sin mover un dedo y, de golpe, se puso a llorar. Seguidamente, nos explicó que habían tenido un accidente con el coche al volver hacia casa y que se fueron para siempre. Diana y yo pasamos las peores semanas de nuestras vidas, no teníamos ganas de hacer nada, sólo de llorar y llorar con desolación.

Hasta que llegó un día en que no supimos nada más de la niñera. Desapareció por completo de nuestras vidas sin saber cómo, pero estábamos contentas de ello, ya que no nos gustaba ni por su forma de ser ni por su aspecto físico porque tenía unas cuantas cicatrices en la cara y nos daba un aire de miedo.

Al cabo de unos años, nos encontramos en esta nueva casa donde nos hemos alojado Diana y yo. Es inmenso y por eso nos extraña tanto que nos haya salido tan barata. Además, tiene un jardín igual al de la casa de nuestros padres. Nos trae tantos buenos recuerdos de cuando estaban con nosotras...

Hasta aquí todo muy bonito pero últimamente hemos notado cosas muy extrañas que están sucediendo en nuestra casa, cosas fuera de lo normal. De momento sólo hemos estado dos semanas viviendo aquí y estamos las dos repletas de miedo. Ahora dormimos en la misma cama con tres mantas de más puestas encima porque pasamos mucho frío, con la lámpara de la mesita puesta y con la luz del pasillo y la puerta de la habitación abiertas.

Pero esta noche ha pasado algo inimaginable cuando estábamos en la cama y oímos unos pasos de diversas personas pero que eran ligeros a la vez. Como es normal, estábamos observando la puerta de nuestra habitación para ver si pasaba alguien por el pasillo. No supimos si alegrarnos o asustarnos aún más cuando paramos de escuchar esos pasos tan irritables. Pensamos que pudo ser fruto de nuestra imaginación por vivir solas en una casa tan grande, así que intentamos relajarnos y coger el sueño. Pero entonces Diana me cogió el brazo y me lo apretó con tanta fuerza que le grité del daño que me hacía. Con su otra mano me estaba señalando el techo mientras que sus ojos estaban clavados en el mismo sitio. Y miré hacia arriba. Eran nuestros padres poseídos por demonios. Estaban enganchados al techo utilizando sus cuatro extremidades, tenían los ojos totalmente negros y babeaban a chorros. Por si fuera poco, al lado de ellos estaba nuestra antigua niñera, también

poseída. Sólo pude observarlos durante dos segundos porque justo entonces se nos tiraron encima.

A partir de ahí ya no recuerdo nada más de mi antigua vida como una humana más en el mundo. Ahora, Diana y yo somos dos más de ellos. Vagamos en esta casa esperando a que alguien vuelva a poner un pie, esperando a que alguna familia feliz y numerosa se instale.

La maldición

Andrea

.....

.....

Los parajillos volaban por las primeras brisas de la mañana sobre el palacio de Milam y en una de sus frías salas, una mujer, Clarys —reina del imperio— acababa de dar a luz a su segundo hijo. Frágil como un papel yacía empapado de sangre como un pequeño demonio rojizo.

Apenas lo cogió en brazos dio un chillido desgarrador, pues era su segundo hijo que salía con el labio fisurado, ciego y sordo.

—¡Alejad esa cosa de mi vista, alejadla! —dijo con alaridos.

Una criada se apresuró a recoger al bebé de su regazo que sacudía sus gordos brazos muy alegre y reía con una horrible mueca.

—¡Sacadlo y arrojadlo al río! que el rey nunca llegue a saber que he parido otra alimaña, decidle que su hijo ha fallecido cuando le di a luz.

Las criadas desaparecieron con el bebé y Clarys conmocionaba respiraba muy oscilante.

La reina lloró sin descanso, sus sollozos resonaban en las paredes de su alcoba, donde la ausencia de Elias era apreciable.

—¡Condenada sangre, condenada! —susurraba sin descanso, cegada por sus lágrimas de aquella maldición surcando por sus venas.

Al paso de un mes y en una noche, Clarys yacía en brazos de su

marido y le revelo un deseo.

—Vamos, amor, dadme otro hijo, ¿sí? Uno que llegue a ser un poderoso rey —acarició con dulzura su vientre.

Elias la alejo sin querer parecer grosero.

—Basta, mujer. Sabéis que saldrá idéntico a nuestros dos hijos.

—Solo uno más querido —dijo Clarys, alzó su cara y lo besó en los labios.

Elias frunció el ceño y su mujer se montó encima de él, con furia la empujo echándola a un lado de la cama.

—Dos alimañas... ¡Dos alimañas habéis parido! —voceó enfadado—. Y son las precisas para saber que posees en tus venas la sangre maldita. —Lanzo una dura mirada a su mujer—. ¿Sabéis lo que el pueblo rumorea de su rey?

Clarys bajo su mirada y sus rizos cayeron acariciando su rostro, se quedó callada e inmóvil como una estatua con la resolución en sus labios. Sabía que un gran rumor en la ciudad manchaba su nombre y la maldecían y la juzgaban por eso. “El rey Elias yace bajo el hechizo de la bruja Clarys disfrazada de reina, cual solo alimañas engendra de su relación”, decía el pueblo.

La depresión de Clarys fue creciendo, hasta que su cabeza no pudo más y colapso en mil pedazos como un vaso de vidrio al chocar contra el suelo. Con lágrimas en los ojos se lanzó del piso más elevado del palacio y halló una muerte atroz al impactar con el suelo.

Después de unos meses del suicidio de Clarys, Elias llegó a casarse de nuevo con una noble del pueblo. Cuando la mujer dio a luz a su primer hijo y Elias lo cogió en brazos, sus ojos se inflaron como balones y su respiración se paró, casi arrojó a su pobre hijo al suelo.

—Condenada sangre, condenada —susurró tan débil que nadie llegó a escucharlo.

El bebé salió con el labio fisurado, sus pupilas blancas de la ceguera y no reaccionaba a los sonidos. Solo así el rey comprendió que la sangre condenada recorría por sus venas.

La maldición

Marla O'Hara

Se acurrucó en un rincón de su habitación, con solo un instante para recobrar la compostura del temblor que recorría lentamente su cuerpo que se preparaba, como cada tarde, a convulsionar en modo de un silencioso mar de lágrimas que recorría sus mejillas dejando caminos de agua y surcos invisibles en su piel marmórea por la que caían kilos de culpabilidad, errores y sueños rotos.

Se abrazó a sí misma mientras dejaba escurrir su tristeza como cada día; monótonamente, lentamente y con la respiración entrecortada, bajo la luz del fluorescente que iluminaba la amplia estancia.

Se abrazó a sí misma, como si tratara de recomponerse, de juntar todas las piezas de una botella de cerveza rota en mitad de una cuneta, como si tratara de convencerse a sí misma de que alguien la quería.

Naturalmente, aquello no funcionó, nunca funcionaba.

De todas maneras siguió abrazándose, con fuerza, mientras buscaba amor en un mundo de cristal y reflejos. De todas maneras, siguió llorando hasta quedar seca, sin lágrimas, pero sin salir de ese estado invariablemente agónico.

Retorciendo sus manos entrelazadas, apretándoselas tan fuerte como la permitían sus huesudos dedos, como dándose ánimos.

Sola, siempre sola.

Tampoco deseaba compañía, o por lo menos eso se repetía, tan frecuentemente que ya casi se había convertido en un mantra.

Se encorvó un poco más, y dejó que su frente quedara apoyada en sus rodillas mientras su enmarañado cabello recientemente teñido de pelirrojo, caía cubriéndola como un manto, protegiéndola de las curiosas miradas de las sombras.

Se preguntó qué habría hecho mal, como siempre, no halló la respuesta.

Sola, siempre sola. Esa era su vida.

Y poco a poco, abandono su posición, intentando desaparecer ante la atenta mirada de la luna y sus ríos de plata. Poco a poco, desembarazándose de la jaula humana que ella misma había creado.

Cayendo, como un saco de arena, al suelo, golpeándose con dureza las costillas al chocar contra la fría superficie de madera barnizada. Aquello dejaría marca.

Lentamente, como reptando, se acercó a la botella de alcohol que tenía al lado de la silla de su escritorio junto con su pequeño reproductor de música. Necesitaba ruido para no pensar. Necesitaba alcohol para no derrumbarse otra vez más, en su ridícula rutina.

Con calma, se incorporó, y se apoyó contra la pared para poder sostener su peso.

Con calma, dio un trago de vodka.

Con calma, pulsó el botón del *play*.

Con calma, sintió como al oír la canción, su canción, su interior era desgarrado violentamente y aplastado por algo demoledor que hizo que sangrara hasta solo ver rojo.

Con calma, se levantó y le chilló al techo amarillo mientras esta

vez lloraba de verdad, como nunca antes había hecho, en uno de esos estallidos que desde que él se había ido no habían sucedido.

Y le chilló al cielo, y gritó al infierno y se volvió en contra del mundo al fin, estrellando la botella contra la pared, dejando que su maquillaje se corriera y que gruesas líneas negras dejaran rastro en sus hundidas mejillas, dejando por fin, su ira volar y su resentimiento contra el mundo y contra ese dios en el que había creído años, muchos años atrás, en una época de infancias olvidadas, en una época de océanos de papel, de ojos de tinta y de alas blancas.

Sola, siempre sola, recordaría aquella noche como la maldición del desengaño y la inercia de la vida: un tirón repentino de las entrañas.

Terminó su inesperado ataque de nervios cuando los últimos acordes de la canción sonaron y aun cuando quedaba una última estrofa se desplomó, sin sentido.

And I find it kind of funny

I find it kind of sad

The dreams in which I'm dying are the best I've ever had

I find it hard to tell you,

I find it hard to take

When people run in circles it's a very, very

Mad world, mad world, enlarging your world, mad world.

La maldición

Ismael Tomás Pérez

.....
<http://gigantedealgodon.blogspot.com.es>
.....

Esta historia empezó en aquella sala, llena de objetos muy valiosos, paredes con grandes cuadros, algunos de ellos reproduciendo retratos de familia, recordando personajes de más de seis generaciones. Allí mismo, en el centro, se hallaba una gran mesa, de roble, oscurecido por el tiempo, con una sólida base y bordeada por unos llamativos grabados dorados, y sobre la que se hallaba aquel pequeño y viejo cofre, de madera labrada, cerrado con un candado muy antiguo a la vez que espectacular.

Nadie sabía lo que había en el fondo del mismo, aunque corría el rumor de que allí permanecían guardadas las arras de cuando Don Luis, el dueño de la casa, de carácter fuerte, escritor de grandes novelas, se casó. Antaño había publicado muchos libros, la mayoría de ellos novelas de enigmas, era un hombre que gozaba escribiendo sobre hechicerías, agoreros y fábulas de pavor. Muy desconfiado y, quizá por ello, había guardado esas trece monedas a buen recaudo. Las arras que se dieron su esposa y él en la ceremonia de boda, como señal de que cada uno ofrecía a su cónyuge sus bienes, siendo el símbolo de que compartirían lo que cada uno poseía con el otro.

Sobre aquel cofre recaía una maléfica leyenda. Tras haber fallecido la esposa del escritor, en un trágico accidente, aún hoy no aclarado totalmente, con dicho cofre en las manos, Don Luis maldijo para siempre lo que había en él y nadie se atrevió a abrirlo jamás.

Dicha leyenda ayudaba a que la sala poseyera un ambiente

macabro. Nadie osaba nunca limpiar la estancia, ni siquiera airearla, Los que habían entrado en ella decían que se podían percibir unas sensaciones muy raras, como escalofríos, a continuación mucho calor y siempre la sensación de que se estaba siendo observado. Se creía que el alma de D. Luis, que había fallecido hacia muy poco, vagaba por la pieza para salvaguardar su pequeña joya. Allí sólo se atrevía a entrar alguna vez Rosario, el ama de llaves, persona de confianza de la familia durante toda su vida en esa casa.

Aqué maléfico día, viernes trece, y debido a un golpe de mala suerte, Rosario, al rozar con sus ropas el cofre, lo arrojó al suelo, rompiéndose la tapa, y los trozos quedaron esparcidos y mezclados por el suelo con las monedas que, efectivamente, permanecían allí, tal y como creían los dos hijos del matrimonio y, que a lo largo de muchos años se hallaron guardadas con un celo desmesurado.

Esa mujer ya nunca pudo vivir tranquila, cada viernes que el calendario marcaba un viernes trece, el alma de D. Luis saludaba e increpaba al ama de llaves por las noches. La llamaba imbécil y descuidada, la acusaba de haber destrozado el único recuerdo que tenía de su boda, hasta que Rosario rompía a llorar implorando perdón, y entonces él se esfumaba.

Las apariciones hicieron que el ama de llaves fuese cada vez más insegura, nefasta y agorera, decía que D. Luis le había transmitido todas las fatalidades que escribía en sus libros. Se negaba siempre a pasar por debajo de cualquier escalera, a seguir andando si en su camino había cruzado un gato negro, nunca sumaba más de doce cosas, ni permitía que nadie le acercara el café y mucho menos que le añadiera el azúcar y lo removiera. Se hallaba envuelta en un sinfín de manías que, según las supercherías, eran indicios de mal fario. Pensaba que estaba poseída por un diablo de mala suerte y que todas las calamidades le pasarían en breve.

Ya no quiso nunca asomarse a aquella sala, procuraba eludir, a ser posible, pasar cerca de la misma y de ninguna manera por

delante de la puerta. Al año escaso de aquel suceso dejó de trabajar en aquella casa y se encerró en la suya propia, sin volver a salir jamás.

Su vida cada vez era un suplicio mayor, se volvió desconfiada en exceso y dejó de recibir los apoyos de sus familiares y amigos, lo que hizo que se agriara su forma de ser, volviéndose huraña, despreciable y excesivamente pesimista en su visión de la vida. Era viuda desde hacía mas de diez años y vivía sola en una pequeña casa a las afueras de la ciudad, circunstancia que ayudó a encerrarse en si misma creyendo que todo el mundo quería hacerle el mal.

Dice la leyenda que enloqueció, y que en el interior de su casa se oían gritos y ruidos muy extraños hasta que apareció cadáver a los pocos meses de haberse encerrado, en una noche infernal de un viernes trece que dejó sin dormir y sin aliento a la mayoría de los vecinos, sin saber nadie como había sucedido.

La maldición

R. Andrés Navarro

Era un ángel caído, una escoria repudiada por su propio Padre. ¿Su pecado? Desempeñar el papel que Él le había inculcado. Desde su omnisciencia, el Padre lo había organizado de modo que el universo lo rechazara desde el principio.

Su rol en el mundo era encarnar el odio, el dolor, el mal, la ira. El Padre le había dicho: «Hijo mío, sólo uno es capaz de abarcar aquello que nadie quiere, sólo el mejor de mis hijos. Aquel que posee el mayor amor». Y con un ademán de despedida le lanzó con su divino poder a las más profundas mazmorras de la realidad, creadas por lo feo, lo inmundo, lo indeseado.

La sociedad del paraíso, los humanos y cualquier alma que pudiera razonar lo condenó, haciéndole guardián de las caras escondidas que los definían y avergonzaban del mismo modo. Aquella fue su recompensa, su maldición: el desprecio.

Enfurecido, arrugó el endurecido y lacerado ceño. Ya no le dolía el fuego del infierno, ya no le desquiciaban las escenas de horror y redención que le rodeaban, ya no era capaz de dejar fluir la pena por las almas condenadas. Los miles de años le habían arrancado el brillo a la fuerza. Pero nunca más. El Ángel de la Luz, repudiado y apaleado, ya había cumplido con creces con Él. Ya no sufriría más por su querida Creación.

Uno de sus diablillos, siervos forjados por el Padre para ayudarle en su calvario, le sonrió con sus ojillos refulgiendo por la luz de las llamas.

—Amo, las hordas de microbios siguen sin ser capaces de enseñar a los humanos el miedo a morir. Siguen empeñados en asesinarse, odiarse, robarse el agua y la comida y violarse. ¿Qué podemos hacer? ¿Una erupción volcánica? ¿Una ola colosal de nuevo? ¿Un pedazo de la bóveda del cielo quizás?

—No, fiel vasallo. No servirá. Mi misión es recoger y abrazar aquello que los demás rechazan. No hemos dejado de buscar el fin del odio y la violencia desde el origen del mundo, pero ya puede conmigo el cansancio. —Inspiró el abrasador hedor de su cárcel sin oír siquiera los gemidos de dolor de sus pecadores vecinos—. Después de los inacabables siglos lo sé. Ni Dios ni los Ángeles podrán erradicar la negrura del mundo, es necesaria para que se pueda ver la luz. El Padre me confinó en el infierno, sabiendo que calcinaría mi alma y mi esencia, sin pedirme más que simbolizar el miedo y la maldad. Quiso un diablo al que poder confiar aquello que nadie ama. —Acarició casi con cariño la calva de uno de sus deformes seguidores, que infligía el mismo dolor que en vida había sembrado un asesino—. Será miles de años después cuando yo, Lucifer, pierda cualquier rasgo del ángel que una vez fui. Y hoy por fin, leal lacayo, dejaré que sea la Humanidad la que equilibre el horror que su propia esencia no cesa de generar. Será hoy cuando deje de embalsar el Mal en mi propio cuerpo, en mi propia carne y conceda a sus verdaderos dueños el placer de convivir con él. —Sus propias palabras consiguieron encender su ira. Sus pasos resonaron con fuerza en las cavernas plagadas de almas—. Yo, Lucifer, volveré al Cielo, a mi hogar por derecho y cuna, y haré que la verdad del universo salga a la luz. —Sonrió, clavando una rodilla en el árido suelo del infierno para mirar a los ojos al confundido ser—. Pequeño diablillo, hoy podrás ver al ángel que en su día fui abrazar al Padre y exigirle lo que me fue jurado al nacer. Él dijo: «Cuando conozcas la esencia de la Realidad, serás uno con el Padre, como la Divina Paloma». Yo, Lucifer, he conocido la oscuridad de la Creación y he podido comprobar el inabarcable río de maldad

que la Humanidad y los Ángeles prefieren no ver. Yo, su Hijo, he comprendido así la complejidad de la Creación y he cumplido con Su palabra. Así que hoy el Padre, la Paloma y el Hijo serán Uno y Dios del mundo.

Al escuchar un aullido de dolor en una de las salas del infierno, Lucifer se apiadó del humano que, como él, sufría por seguir los mandados de la Providencia. Pedía en alaridos que Dios curara a su único hijo, que era incapaz de fecundar a su mujer y que supondría el fin de su familia, la única que quedaba con la sangre del gran rey.

—¿Cuál es el nombre de aquel alma? ¿Y cuál su pecado? —murmuró a su siervo.

—Jacob, un humilde labrador de madera. Se dice que descende del mismísimo rey David. Su pecado fue robar con asiduidad a sus vecinos para comer. Al final fue a la horca como un paria sin nombre para que José, su progenie, pudiera criar una descendencia sin la lacra del pecado. Y el hombre es yermo.

Lucifer derramó una lágrima por aquel desgraciado. La salada agua ni siquiera consiguió alcanzar el suelo sin evaporarse. Exhaló el aire desde sus resecos labios sin poder acallar la voz de su conciencia.

—Seré Jesús, hijo de José y de Dios, Salvador de la Humanidad. —Lucifer decidió conceder aquel sacrificio final como despedida por la Humanidad. Su amor por ellos hacía siglos que se había podrido, pero las ascuas de aquello que en su día ardió más que el mismo infierno ablandaron su encallecido corazón—. Naceré por ellos, viviré por ellos, sufriré por ellos y al final moriré por ellos. Es lo único que me queda por hacer. Nada más y nada menos que mi propia vida les regalaré. Ellos serán los que deban hallar su camino en el los años venideros. Su porvenir no lo decidiré yo nunca más.

El diablillo comprendió. Su señor se marchaba al mundo

humano para cumplir con su misión y luego el Creador lo libraría de su condena.

—Alabado sea, amo. Gloria a mi señor, salvador del mundo.

La maldición

Thelma López Lara

Han pasado dos décadas, y hoy me paseo por las calles de París. Soy africano, mi ocupación es en bienes raíces. Mis padres no biológicos, me hallaron dormido en una parada de buses en mi país de origen. Para esa época era un niño de nueve años, había escapado de las garras de un viejo cruel, que hacía que sus esclavos no descansáramos, ni de día ni de noche en los campos de cosecha. Mis verdaderos padres murieron en manos de aquel hombre y mis cinco hermanos lograron escapar. Los he buscado, pero no dan señales de vida, no descansaré, sé que algún día nos reuniremos y seremos felices.

Esa noche que escapé, fue después de escuchar a una madre desesperada que llegó a la casona de aquel hombre, reclamándole que él era el único culpable de que su hijo de cinco años muriera en aquel barranco. Él había mandado a perder al niño en plena noche, decía que ese chiquillo no servía, que sólo problemas ocasionaba. Recuerdo que esa mujer le decía:

—A los campos les caerá una maldición, sólo así serán pagadas las crueldades que has hecho. Esa maldición cesará cuando los campos pasen a manos de un hombre bueno.

Aquel hombre le respondió:

—Calla, calla mujer, eres una loca, ninguna maldición caerá aquí.

Y poniéndose de pie ordenó:

—Guardias, guardias, saquen a la loca y no la quiero ver más por aquí.

Los guardias la sacaron de forma brusca y ella con su alma desgarrada, desde afuera no se cansaba de decirle:

—La maldición vendrá, la maldición se acerca y se quedará rondando. Los campos morirán, así como murió mi pequeño hijo.

Poco a poco esas voces iban decayendo, al final solo se escuchaban sus gemidos de dolor.

Recuerdo que al oír aquellas palabras y gemidos, mi pequeño cuerpo se llenó de miedo y a la vez de fuerzas para escapar de ese lugar. Sabía que podía salir de ahí, yo conocía muy bien esos caminos, los recorría llevándoles pedazos de pan a los esclavos. Ese pedazo de pan que cada esclavo recibía, era la única comida del día. Muchos de ellos murieron en pleno sol, de hambre y sed. ¡Qué ironía! y en la casona de aquel hombre cruel, sobraban las comidas y las bebidas, más en las reuniones sociales que él hacía con sus amigos.

La maldición cada año se iba cumpliendo, las cosechas iban mermando y llegó el día en que los campos murieron. El viejo cruel se quedó sin riquezas, ahora vive en una casucha y lleno de enfermedades. Su familia y amigos lo abandonaron.

Hoy he recibido un comunicado. Un compañero y amigo me ha pedido que negocie esos campos, que a él se le ha hecho difícil venderlos, nadie los quiere adquirir, sus compradores exponen que esos sembrados no sirven.

Es verdad nadie las adquirirá, pero yo Alejandro Albuquerque, que conozco la maldición, seré el único dueño de ellos.

La maldición

Dan D'Ors

La niebla envuelve unas figuras embozadas que se esconden a la sombra de la iglesia. Ni siquiera un edificio prerrománico como ese, en un valle alejado de cualquier lugar civilizado, ayuda a disimular la sensación de irrealidad de dicha escena. Los densos jirones de nubes parecen querer agarrarles y derribarles.

Un espejismo de reposo rodea a ambos, que desaparece al reparar en que, en verdad, ambas figuras se desplazan muy despacio. Siguen una coreografía de una época ya pasada, dejando siempre diez pasos de separación.

El sonido de unas alas rompe el incómodo silencio, alejándose. Después se oye una voz, ronca y cascada, que procede de la figura más pequeña:

—Disculpe señora, no he podido comprenderla. ¿Me buscaba a mí? ¿Por qué? —dice a la par que se aleja unos pasos.

—Claro, querido. He venido a comprobar algo que leí en un pergamino —responde una voz chillona, de esas que provocan dolor en el oído.

—¿Un pergamino? ¿Y eso en qué me concierne? —vuelve a inquirir la figura achaparrada.

—Bueno, eso es más complicado... Sería necesario que permaneciéramos aquí dos horas y ninguno disponemos de ese margen —responde una voz que ahora suena más juvenil.

—¿Podríamos resumirlo? —Al volver a desplazarse, la figura choca con el muro que rodea la zona ajardinada.

Parece que su camino acaba ahí. No hay ningún lugar al que ir, ha quedado arrinconado sin remedio. Mira hacia su perseguidora y logra ver algo en el fondo de la capucha. Son los rasgos de una niña, pero eso no concuerda con la despiadada sonrisa que parece esconder un saber arcano.

—Bueno, podría narrar la versión breve —dice la joven, riéndose al ver que su presa no va a escapar—. Yo era una persona educada, mucho mayor de lo que ahora parezco —dice bajando la capucha, descubriendo sus facciones.

Sin dejar de mirar al hombre, prosigue con la narración.

—Mi marido sufrió una maldición de una vieja romaní que fue salpicada por su calesa un día de lluvia. Al principio nos reímos, pero poco a poco los cambios comenzaron a hacerse visibles. Bajó de peso y su piel perdió las arrugas. Desaparecieron las canas de su barba y se redujo su volumen. Un año después del malhadado día, acabó siendo un bebé en mis brazos... —la niña hizo como si acunase a alguien, con la mirada perdida en la densa niebla.

—Señora, discúlpeme la osadía, pero...

—¿No querías saber por qué he venido? Paciencia... ¡Has de aprender lo que es la paciencia, es la única forma de no perder la cabeza! —exclama y golpea el suelo con rabia. Un segundo después parece calmarse—. Como iba diciendo, a lo largo de ese año leímos cualquier libro, pergamino o papiro que pudiese revelarnos cómo solucionar el problema de Joseph, mi marido. Probamos mil y un remedios y ninguno funcionó. Vinieron curanderos renombrados. Fracasaron, sin excepción. Al acercarse ya el final, Joseph quiso suicidarse, pero la maldición se lo impedía, debía sufrirla de cabo a rabo. Yo, viendo su desesperación, al final no pude sino ayudarle

a descansar en paz...

Su mirada se pierde de nuevo, con lágrimas surcándole las mejillas. Sin embargo, su voz no desfallece, sino que parece recuperar fuerza y prosigue:

—Uno de los pergaminos decía la verdad. Las maldiciones deben cumplirse, así que adivina quién heredó su maldición...

—Bueno, supongo...

—No he acabado —dice la joven—. Fallecido mi esposo sólo me quedó una opción, no perder la esperanza que me quedaba. Debía localizar a alguien cuya maldición anulase la mía —hace una pausa—. ¿Cómo sabéis que yo envejezco más rápido de lo normal?

—He de decir que has sido difícil de localizar. Esquivo, no has dejado ni un nombre en el recuerdo. Ahora, por fin, ha llegado la hora —se agranda su cruel sonrisa angelical y saca un cuchillo.

El hombre alza los brazos, desvalido. La joven se acerca amenazadora, blandiendo el cuchillo hacia su corazón. En los escasos segundos de que dispone, las manos del hombre se disparan hacia el cuello de ella, que muere con una mirada de sorpresa en sus ojos.

—Qué pena que nunca vaya a poder agradecerle la información, ni la nueva vida que me ha dado. No envejecer, no rejuvenecer, no morir nunca. Será mejor que vuelva a casa y salde las deudas que me quedan. Empecemos por la bruja que me hechizó. Quizá la empale...

Vlad se fundió en las sombras, dando comienzo a la leyenda.

La maldición

Paulatreides

.....

.....

No creo en la astrología, ni en el esoterismo, ni en nada de eso. Es más, esos temas me dan bastante risa. Pero la hija de puta de mi compañera de trabajo se pasa todo el santo día hablando de lo mismo: que si el karma, el tarot, las líneas de la mano y de otras cosas por el estilo. Día tras día, una y otra vez, siempre acaba hablando de lo mismo. “¿Tu eras géminis, verdad?”, me pregunta todas las mañanas ¡Como si no lo supiera ya! Llevo dos años, tres meses y seis días respondiendo lo mismo. Hoy me viene con una estampita de San Antonio. “¡A ver si te sale novio! que desde hace año y medio no te conozco pareja”, me dispara la frase con esa cara de rancia. ¿Por qué le importará tanto mi vida sexual? Y lo que no es sexual, que se quiere enterar de todo. No para de acribillarme a preguntas.

Así que, al salir del trabajo y de camino a casa, detuve el coche al ver una de esas tiendas... el Rincón Esotérico creo recordar que se llamaba. “A ver si le encuentro algo para gastarle una bromita y me deja tranquila de una puñetera vez”, pensé.

Valiente lugar más cutre. Espantoso, daba vergüenza entrar. Lleno de gilipolleces: piedras, colgantes, hierbas, ¡hasta friegasuelos! Eso sí, todo era mágico; desde las piedras, hasta los friegasuelos.

Aparece la dependienta. Alta, delgada, con una túnica blanca bordada en hilo de plata y con una gran cantidad de collares largos de cuentas de diversos colores alrededor del cuello. Tenía el pelo

largo, ondulado, pero con la misma cara de Carmen, mi compañera, igual de apagada, demacrada y amargada.

—Veo tu aura un poco oscura —me habla, con una voz lánguida y pausada.

—Sí, bueno, es que llevo algunos días en los que parece que algo me oprime, no se... algo extraño. —No sabía que coño inventarme.

—Tienes que ahuyentar las tinieblas que hay sobre ti. Para estos casos yo te recomendaría que hicieras el ritual de las velas negras —me dice mientras se gira dejándome a solas y con la palabra en la boca, caminando y perdiéndose en un pequeño almacén contiguo.

—Como la bruja Lola —dije en voz baja y en tono jocoso.

—¡No, como esa no! Esa es una farsante que denigra nuestra profesión —grita mientras asoma su cabeza entre la cortina de hilos de cristales multicolores que separa la trastienda.

“Joder con la brujita”, pensé.

—Pensar tampoco vale —me aclara al ponerse de nuevo en el mostrador frente a mí, sigilosa y rápida como una alimaña. Me quedé sin palabras, muda. Me miró y arqueó su boca en una extraña mueca, sonriendo de oreja a oreja. Nunca antes había visto una sonrisa así.

—Dentro de esta caja tienes todo lo necesario para tu propósito —comentó mientras dejaba caer una pequeña caja sobre el cristal del mostrador—. Además, llevas una piedra de cuarzo hiliano mágico para reactivar la energía interna que brota de tu corazón. Sólo funciona si es regalado. Así que éste, no te lo cobro.

Rebusqué en el bolso y saqué la tarjeta de crédito. Ni pregunté cuanto era, seguía sin poder articular palabra y sólo pensaba en abandonar ese lugar. Firmé rápido.

Salí de la tienda y entré rápidamente en el coche, que vergüenza si alguien me viera salir de aquel local.

—¡Ciento doce euros! —grité. Me quedé unos segundos pensativa, arranqué y continué el trayecto a casa.

Nada mas llegar, abrí la caja. Todo bien envuelto, con sus plastiquitos de burbujitas para entretenerme después. Saqué el contenido e hice el recuento de lo había y conocer en qué había malgastado mi dinero: dos velones negros (velón ponía en el listado, yo diría más bien “velita”), un pequeño frasco de quince mililitros de aceite de sándalo, una bolsita de veinticinco gramos de sal amarilla, y un manual de sesenta y ocho páginas. Ya tenía un plan cojonudo para la noche; era eso o Sálvame Deluxe (no sé qué es peor). Lo dejé todo sobre la mesa, cené algo rápido en la cocina, programé la alarma veinte minutos antes que de costumbre y me tumbé en la cama a leer el librito.

Me desperté con el libro sobre el vientre y me levanté rápido para ir al trabajo para prepararlo todo. Ya en el curro y con el manual abierto porque no recordaba nada de lo poco que había leído, comencé el ritual. Con el aceite realicé cuatro marcas a cada vela; agua, fuego, aire y tierra en una; norte, sur, este y oeste en la otra. Puse las velas dentro de dos cubiletes para que nadie las viera, el cristal de cuarzo lo guardé dentro del cajón de mi mesa de trabajo. Vertí la sal alrededor de los cubiletes, encendí las velas y recité el conjuro. Ya solo quedaba esperar unos minutos. Me la imagino y me da la risa.

Son ya las ocho menos veinte, y esta que no viene. La corta espera se hace eterna. Ahora me entran remordimientos. No se si debería preocuparme.

Aparece Ramón, el securata, el joío es mas lindo. Pero eso sí, algo le falta. Además de la prensa nos trae el café, los bocatas y casi todo lo que le pidamos.

—A Carmen se la han llevado a la mutua —me dice mientras me deja la prensa sobre el teclado y muerde el bocata de chorizo.

—¿Coño? ¿Qué ha pasado?

—Al aparcar, uno que le ha dado por detrás, pero está bien, parece que no es nada grave, aunque le han puesto un collarín —prosigue, hablando y masticando, así que aparto la mirada. La visión del chorizo entre sus dientes no es muy agradable.

“Será culpa mía. No se que pensar, voy a leer mi horóscopo por si me aclara algo”.

GEMINIS: Olvida los problemas, deja atrás toda sensación de malestar emocional y sal a divertirte con tus amigos. Es pasado es ayer, hoy debes afrontar tu vida con una nueva actitud positiva.

La maldición

Sara de Roa

.....
<http://unahabitacinpropia.blogspot.com.es/>
.....

Uno siempre llega jadeando al final de ese endemoniado camino entre montañas. Los pies protestan cansados de esquivar pedruscos y zarzas, pareciera que están allí con el único fin de vencer la voluntad del visitante y mantener intacta la soledad de aquel paraje.

En la cima se encuentra la aldea y el sendero se torna calle, pero sólo te ofrece silencio pues hace décadas que fue abandonada. Me gusta subir a pasear entre esas casas vacías, aciagas, a punto de morir ahogadas entre el musgo, amigo íntimo de la niebla que acuna los montes. Los tejados saludan hundidos y con las vigas derrumbadas. Tampoco te sonrío la losa de las paredes que se quebró cuando paró el tiempo y se fue la vida. Aldea maldita por siempre.

Frente a un bosque brujo, se encuentra la antigua casona de mis bisabuelos. Suelo sentarme en la escalera de pizarra de la entrada, tan raída por el tiempo como los recuerdos que se filtran entre las ventanas. Noto como una caricia en la mejilla y un escalofrío pero sigo hipnotizado por las formas fantasmagóricas de los castaños y el silbar de sus ramas al contacto con el viento. En mi cabeza se ha instalado la nostalgia y no pretende pagar el alquiler.

* * * * *

Cada vez que viene a pasear por la aldea y se sienta en la escalera de mi casa, me siento junto a él. Sólo le acaricio el rostro porque no puedo abrazarle, ni siquiera puede verme. Parece triste. Me

gustaría decirle que, donde él sólo ve abandono, aún habitamos nosotros. Él observa el bosque y yo le observo a él ¡Se parece tanto a su bisabuelo cuando era joven!

A esta hora estoy sola en casa, ya han salido todos a perderse entre el jolgorio de la calle, vestidos de domingo. Hoy hay feria y las casas están engalanadas. La gente se agolpa en la plaza, los tratantes de ganado cierran eufóricos sus contratos junto a los humeantes calderos de pulpo. Los músicos afinan sus instrumentos para dar comienzo al baile y las campanas tañen alegres para anunciar la fiesta a todo el valle.

Pero él sólo observa el bosque y yo sólo le observo a él. Quisiera poder coger su mano ¡Se parece tanto a su bisabuelo cuando nos casamos!

Sombra de la sombra

Jesús Bravo

.....
www.jbravo.es
.....

Siempre supe que había sido un hijo muy querido y ansiado cuando mis padres decidieron tenerme. No había un solo día en que nadie dejara de recordármelo, llegando incluso en alguna ocasión a hacerme sentir mal por ello, por el dolor que les había causado todo el tiempo de mi existencia. A todo esto le seguía una faz, la mía, que no sabía disimular su malestar ante aquello, y entonces surgían las palabras de misericordia hacia mi persona, lo cual agradecía y detestaba a partes iguales.

Tampoco me había hecho falta ser el mejor actor del mundo, pues mi carga era bien visible y demasiado pesada para cualquiera. Desde mi nacimiento algo me acompañaba allá donde fuese. Pero he aquí que no era una persona, o al menos no logró serlo en ningún momento para los demás, pero sí para mí. Detrás de mi cabeza otro rostro había surgido de la nada, consiguiendo que mi vida dejara de serlo desde el primer instante.

Cuando alcancé el sentido común imploré que me la arrancaran por cualquier medio, pero nadie se atrevió. Tuve la firme impresión de que ningún ser humano habría tenido suficientes agallas para ello. Si hubiese tenido los conocimientos necesarios lo habría hecho con mis propias manos.

Ese rostro no comía, pero reía cada vez que yo penaba. No hablaba, pero me susurraba una serie de mensajes indescifrables por mi mente atormentada, ya que desconocía el lenguaje en el que lo expresaba todo. Esos sonidos con la pretensión de formar

palabras parecían surgir del mismo infierno. Le escuchaba incluso hablarme por la noche, cuando apoyaba la cabeza sobre la almohada. Pensé en que si pasaba toda la noche mirando hacia el techo de la habitación acabaría por asfixiarse o lo que fuese que pudiera ocurrirle para dejarme en paz definitivamente, pero nunca ocurrió.

En alguna ocasión incluso llegué a realizar un atisbo de agradecimiento por el tiempo en el que me había tocado malvivir. El siglo XIX era misericordioso conmigo, pero a cambio de no prenderme fuego maniatado a un madero o separarme la cabeza del resto del cuerpo, debía sufrir no solo mi mal particular, sino además las burlas, los menosprecios y los ataques físicos que alguna que otra vez sufrí de pequeño.

Pensé que quizá en tiempos venideros mi vida habría sido totalmente diferente, pero aprendí a medio conformarme con lo que tenía y de lo que disponía.

Una noche en una reunión en casa, arropado por varios familiares y amigos, decidí ir a tomar aire al balcón de mi habitación. A la sombra de mi sombra me seguía un buen amigo de la facultad, a la que había decidido ir años atrás, pero que finalmente tuve que abandonar.

— No soporto que me mire esa cosa —me decía de vez en cuando.

— Deberías ir siempre delante —le aclaraba siempre.

Nos apoyamos en la barandilla esperando una pizca de brisa veraniega. Algo que me hiciera recordar mi alma, si es que alguna vez la había tenido libre de oscuridad impuesta.

Al momento, abrió su chaqueta y sacó un frasco de cristal. A continuación atravesó la oscuridad de la sala y lo depositó sobre el escritorio. Me acerqué hasta él y le abracé.

— Esperaré en el pasillo unos minutos —me susurró.

Se marchó de la habitación sin mirar atrás.

Caminé unos pasos hasta la mesa, cogí el bote y lo destapé.

—A tu salud, semblante del demonio —dije antes de beber de un trago todo el brebaje.

Pensando que el efecto tardaría más en aparecer tuve que inclinarme por el dolor, apoyándome en una silla. El estómago me ardía y me entraban ganas de gritar hasta perder por completo la voz, pero no podía dar opción a mi salvación. Había aguantado demasiado a lo largo de mi vida y creo que merecía un descanso, el más largo de todos.

Mis últimas voluntades reposaban sobre la cama, en un sobre. Y mis últimos instantes me sostenían a duras penas, dejándome caer sobre el firme de la habitación. Al menos no había caído sobre el frío suelo, sino encima de una alfombra suave y comfortable. Me lo había ganado.

En los últimos pestañeos dejé de distinguir formas y empecé a ver únicamente sombras. Sin embargo, contra todo pronóstico el oído se había afinado, haciendo que distinguiera las únicas palabras de la voz que me había seguido durante toda mi vida, desde el primer momento hasta estos fatídicos pero liberadores segundos.

—Te he acompañado en vida, ¿qué te ha hecho pensar que no te seguiré más allá?

.....

Capítulo 8

Los tambores

Mayo, 2015

.....

A las puertas

Bea

.....

.....

El enemigo se hallaba a las puertas del reino. Los más poderosos y valientes caballeros de la ciudad ya estaban discutiendo sobre sofisticados y rudos planes con los que intentar hacer retroceder al enemigo. Todo aquello era demasiado. No el hecho de haber descubierto hace escasas semanas que era la legítima y perdida heredera del trono de Baelhiria, sino el hecho de que todas aquellas personas estuvieran dispuestas a dar la vida por ella, quisieran o no.

La histeria cundía como el fuego fuera de los muros del castillo, los atemorizados campesinos corrían de un lado a otro buscando entre todas las calles de la ciudad un lugar, un recoveco dentro del que guarecerse de todo el caos que presentían se avecinaba.

En la sala del castillo se hizo el silencio. Caras y más caras expectantes la miraban pendientes del más mínimo gesto que les diera la orden para intentar destrozarse al enemigo. En aquel instante recordó las palabras del hombre que durante tantos años había pensado que era su padre; «No es el temor lo que impulsa al hombre Cara sino el amor. El amor hacia su gente, su familia, su pueblo es el sentimiento que impulsa a un hombre cuerdo a cometer las mayores locuras». En aquel momento intentó sin mucho éxito digerir el nudo que se le había adherido en la boca del estómago, tenía un plan y estaba decidida a llevarlo a cabo y a salvar a todos aquellos aterrados ciudadanos de la que de ahora en adelante tendría que aprender a llamar su casa.

Comenzaron por guarecer a las mujeres y los niños en las mazmorras del castillo. Los hombres por el contrario, fueron los encargados de reunir y crear todo aquel tambor u objeto que pudiera causar el menor ruido y colocarlo en cada rincón de la ciudad. Lo siguiente fue sentarse a esperar.

Todo lo invadía la calma. El silencio más sepulcral había irrumpido en la ciudad de forma ensordecedora haciendo que todo adquiriera un matiz sombrío y desagradable. Lo único que quebró el silencio fueron los cascos de los caballos del enemigo golpeando los adoquines de la entrada principal a la ciudad. Adentrándose en la ciudad y explorando sus calles, tiendas, casas, callejones, bares. Hasta el último rincón de la ciudad fue tocada con la mano de aquellos mercaderes, ladrones, asesinos y forajidos que el rey más allá del mar rubí había podido lograr y que ahora se hacían llamar soldados.

Todos aquellos seres miserables estaban saqueando su reino con el único propósito de encontrarlos a ella y su gente y asesinarlos, pensó. Hoy no sería ese día. Esperó hasta que el vigía apostado en lo alto de la torre de vigilancia les diera la señal. La señal que les diría si se encontraban en el punto exacto para dar la orden que los llevaría a la victoria y fin de toda aquella locura.

En aquel momento salió de sus pensamientos al oír el canto de un ruiseñor, el vigía les estaba hablando, era la hora. Respiró hondo y dio la orden. En ese preciso instante los tambores comenzaron a sonar.

Saqueadores

(El sonido de los tambores)

M. H. Heels

.....
<http://mhheels.wordpress.com>
.....

Los tambores comenzaron a sonar.

—Saqueadores —gritó el vigía de la torre sur.

Caleb saltó de la cama y corrió hacia la estación eléctrica. Debía ayudar.

Los Saqueadores ya eran más animales que humanos. Se movían de asentamiento en asentamiento arrasando todo a su paso. Cogían lo que querían, torturaban hasta la muerte a todo aquel que se encontrasen y, cuando ya no quedaba nada, se marchaban incinerando todo tras de si. Se decía que incluso habían afilado sus dientes para poder comerse a sus víctimas. Los Saqueadores siempre tocaban tambores antes de atacar. El sonido de esos tambores, hechos con piel humana, paralizaba hasta al más valiente.

Su asentamiento estaba en el fondo de un cañón, lo que les proporcionaba una gran defensa natural. La única forma de acceder al asentamiento era caminando varios kilómetros por aquel estrecho cañón en medio del desierto. El acceso era tan complicado que eran pocos los que se atrevían a llegar hasta allí. El muro norte era firme y estaba bien construido. Los herreros revisaban a diario las enormes planchas de hierro, remache a remache, comprobando que era seguro. Nadie había conseguido acceder por allí. El muro sur aún no era tan infranqueable como el norte pero, gracias al

sistema eléctrico de defensa, ningún Saqueador había conseguido entrar hasta entonces.

Cuando Caleb llegó al muro con las dos baterías al hombro, los demás electricistas ya habían conectado las suyas.

Los tambores comenzaron a sonar. Todos se quedaron paralizados, mirando hacia el vigía.

—Otro grupo —gritó el vigía— de unos cien.

Caleb conectó las baterías al sistema de defensa y el muro chisporroteó. Ningún saqueador se acercaría. Un estallido eléctrico tronó al otro lado y todos contuvieron la respiración.

— ¿Qué es eso? —preguntó Caleb al vigía.

—Están lanzando cosas contra el muro. Creo que buscan una brecha.

— ¿Qué tipo de cosas?

Al vigía no le dio tiempo a responder antes de que algo cayera entre las baterías.

—Es Daniella, una recolectora —dijo Marcus, que se encontraba al lado.

— ¿Cómo que es Daniella?

—Es Daniella —repitió, sujetando una cabeza sanguinolenta por el pelo.

Dos cabezas más cayeron cerca de la primera.

—No puede ser, esto no puede estar pasando —dijo alguien a su espalda.

Caleb estaba paralizado. Sentía como si estuviese en un mal sueño, como si lo estuviera viendo todo desde otro punto. Alguien

le zarandéo mientras gritaba su nombre. Él lo escuchaba todo a lo lejos. Parpadeó varias veces y enfocó la cara de Marcus. Recordó el jardín de peonías que había plantado Marcus en la parte trasera de su casa y se preguntó de dónde había sacado las semillas.

— ¡Caleb, reacciona!

Un golpe seco le devolvió a un mundo ruidoso y sumido en el caos. La mandíbula le palpitaba y tenía un zumbido sordo en el oído izquierdo.

—Son las baterías, están fallando —le gritó Marcus a un palmo de su cara.

Los tambores comenzaron a sonar.

—Saqueadores —gritó de nuevo el vigía. En su voz se apreciaba el pánico—. Otro grupo y mucho más numeroso. Son cientos.

—Las baterías... —murmuró Caleb sintiendo ese mismo pánico en la boca del estómago — ¿Qué les pasa a las baterías?

—La... Lo que les ha caído encima ha estropeado los bornes de tres de ellas. He hecho un puente para que las demás sigan enviando electricidad, pero se están descargando demasiado rápido. O bajamos la potencia o no creo que la carga aguante hasta la noche.

— ¿Y qué podemos hacer?

—Esperaba que tú me lo dijeras, eres el único electricista que queda.

Caleb estuvo a punto de preguntar por el resto de electricistas, pero entonces miró a su alrededor. No había nadie más que ellos dos a los pies del muro.

—Huyeron —respondió Marcus, leyendo su pensamiento—. No sé dónde. Estarán escondidos en sus casas o intentando escapar

escalando por la pared del cañón. Todos tememos a los saqueadores.

—La única forma de sobrevivir es defendiendo el muro.

Una lluvia de brazos y piernas ensangrentadas cayeron desde el otro lado del muro a menos de diez metros de donde ellos estaban. Uno de ellos cayó sobre otra de las baterías, haciendo saltar chispas. El circuito se apagó y el zumbido eléctrico dejó paso a un silencio aterrador. Al otro lado del muro se escucharon gritos de victoria.

—El otro muro aún es seguro, quizá podamos escondernos en las torres —dijo Marcus.

Desde el otro lado les llegó el ruido inconfundible de un percutor.

Los tambores comenzaron a sonar.

Camping

Darkkristal

.....
<http://recogiendo frutos.blogspot.com>
.....

¿Sabes? hoy ha sido un día emocionante, te aseguro que nunca he estado bajo tantas emociones en tan pocas horas. Esto es como un juego, todos se ocultan, yo me oculto.

Seguramente ya han descalificado a algunos y no tengo ganas de ser uno de ellos. Los gritos de la gente retumban en mi cabeza, no se oyen muy felices, yo no lo estoy.

Odio sentirme acorralado.

Hay participantes atrasados, tardaron mucho en llegar. Maldita policía, ¿por qué tardaron tanto en llegar? Esto no es un juego divertido, pero sin duda es emocionante. Es decir, llevo horas corriendo y ocultándome.

El tipo allá afuera está disparando contra todo lo que se mueva. Puedo oír a la gente fuera del alcance de las balas. Gritan y reclaman que alguien haga algo, sin siquiera atreverse a asomar la cara.

¿Que reclaman?

¿Están asustados?

¡Yo debería estar asustado!

Pero en realidad, siento un poco de envidia.

No de los que están a salvo, si no del tipo que dispara. Es decir, cualquiera ha pensado en matar a alguien, pero yo tengo que pensar en no matar a alguien.

¡Hop! Hora de cambiar de lugar.

Corriendo sigilosamente, puedo oír las balas casi rozar contra mi cabeza. Los rebotes de cada disparo contra los objetos del lugar causan multitudes de escombros hiriendo a más personas.

Una pared con una ventana grande me sirve de refugio y de un perfecto lugar para seguir observando al compañero aventurero que se ha puesto a jugar tiro al blanco o al negro o al mulato o mestizo o a mí.

¡Maldito! ¡Odio ser la víctima!

Alguna vez he pensado en como quisiera que sea mi funeral. Creo que me gustaría que sea un momento feliz, porque yo fui feliz. Me gustaría que cuando mi féretro baje, una orquesta con tambores toque una música alegre para calmar los dolidos corazones de quienes estén allí.

Lo sé, no soy un ciego emocional, la gente sufre cuando sus conocidos, familiares y allegados mueren y mi muerte no será diferente. Solo los quiero calmarlos un poco.

Frente a mi hay una pequeña bodega, espero que haya algo útil para escapar.

Ente un montón de cosas de limpieza, encuentro un machete recién afilado. Creo que es del conserje y creo que no me reclamará si lo uso, después de todo, fue el primero en perder el juego.

Otra vez la balacera amenaza mi refugio y comienzo a moverme lo más discreto que puedo. Ya no sé si estoy escapando o solo postergando mi muerte, este tipo parece estar armado con municiones infinitas, ¡¡Es un maldito hacker, eso es trampa!!

Para colmo campea el muy desgraciado, odio que en este juego solo se tenga una vida. Si no fuera así, ya me lo hubiese cargado.

La balacera me ha forzado a huir al segundo piso, vuelvo a buscar una ventana para observar el panorama lo más seguro posible.

Allá se encuentra tirada mi amiga, la pobre se ve herida pero se hace la muerta. ¡Bien jugado!, espero que este loco no se dé cuenta...

El resto de personas que yacen cerca de ella no han tenido la misma suerte, de hecho, uno de ellos cubre a mi amiga, ha muerto defendiéndola, ¡Tengo que hacer algo para que al menos ella se salve!

Puedo oír en mi cabeza a la gente llorando por todos estos que han caído. Odio verlos sufrir, nadie merece morir.

No soy ni quiero ser un psicópata, pero este tipo pide que lo maten. El machete en mis manos solo consigue emocionarme más.

¿Que se sentirá cercenar la cabeza de alguien?

¿Existirá alguna forma de hacerlo sin sufrir consecuencias?

La oportunidad de responder mis preguntas esta agachada bajo mi ventana. El tipo se ve exhausto, el uso de armas es agotador.

Parece un blanco perfecto, un héroe sería genial en este momento, pero esos no existen, nadie es tan estúpido como para lanzarse a una muerte segura. Ni la policía entra a pesar de sus chalecos antibalas.

Sigo oyendo voces clamando por un héroe, ya dije que eso no existe, ¡Cierren la boca!

No hay nadie en mejor lugar para interceptarlo que yo. Esta tan cansado que ahora él es un blanco perfecto.

La perspectiva me emociona, creo que es hora de jugar con mis reglas.

Asomándome por una saliente de la ventana, preparo el machete y me preparo para lanzarme contra el tipo. De aquí solo saldré yo, como psicópata o como héroe y mientras caigo, los tambores comenzaron a sonar.

The pirate's bride

Aurora Losa

.....
<http://ladesdichadesersalmon.wordpress.com>
.....

Esperaba que los paisanos se mostraran reticentes a tener contacto con él, así que no digamos a mantener una conversación; ya se lo habían advertido en la ciudad, pero de ahí a que le ignoraran cuando entró en la única taberna del pueblo mediaba un abismo.

Se sentó al fondo de la barra y pidió una jarra de cerveza que el tabernero le sirvió con calma y una sonrisa enigmática en los labios.

—Si preguntas, viajero, por esa mujer que vaga por la playa, no dirán una palabra. Está maldita y aquí nadie la menciona. Es lo que pasa cuando se toman malas decisiones y se sigue al corazón; yo se lo tengo dicho a mis hijas, que me hagan caso y no se fíen de los amores que llegan en primavera como el olor de las margaritas, porque más pronto que tarde se han de marchitar.

—¿Entonces está allí por recoger margaritas? —preguntó el forastero sin terminar de comprender el acento cerrado de la zona.

—No, hombre —rió de buena gana—, por recogerlas no, más bien por deshojarlas. —El extranjero siguió sin comprender—. Verá usted, ¿ha estado alguna vez enamorado? Pero enamorado de verdad, de esas veces en que falta el aliento y el sol no brilla tanto como la luna que nos arrulla mientras soñamos con aquella a la que amamos. —El hombre negó con la cabeza—. Entonces quizá no entienda por qué la María vaga por la playa; ella sí conoció esa clase de amor y, como la buena hoguera que tanto calienta, le prendió hasta el alma. Aquel fuego tenía nombre y apellido: Martín

Escribano; un zagal bien parecido, hijo de un cabrero, que dejó a su padre colgado en el monte para enrolarse como pirata.

El forastero se acomodó en el taburete, dispuesto a escuchar una historia apasionante.

—No me malinterprete, no seré yo quien juzgue al muchacho. Aquí muchos buscaron riquezas, o al menos pan para llevarse a la boca, en barcos de esa calaña. Mi propio abuelo probó suerte en esos menesteres y no salió muy mal parado. Esta taberna — Señaló a su alrededor— es fruto de aquellas aventuras y, ya ve, tres generaciones regentándola. Mi padre era harina de otro costal; según mi abuela, la madre de mi madre, un cagado. Pero supo mantener el negocio a flote, aunque flotar, lo que se dice flotar, mi padre flotaba poco, ni a las rocas se asomaba, le fuera a salpicar la espuma de una ola.

Esperó a que el chiste calara en la audiencia y, al ver que el extranjero seguía esperando a que continuara, suspiró y relató durante un buen rato la vida, obra y milagros de sus ascendientes hasta la cuarta generación sin que el hombre que tenía sentado enfrente hiciera un solo gesto de impaciencia o comprensión, impertérrito ante las desventuras familiares.

—Le decía, amigo, que yo no le conocí, yo era niño cuando todo esto pasó, pero mi madre me contó que la María y ella eran amigas de la infancia. Una muchacha hermosa como pocas en el pueblo. Hubiera podido casarse con cualquiera, hasta con mi padre. Pero en un baile de mayo sus ojos se encontraron con los del tal Martín y nada se pudo hacer. —El oyente sonrió imaginando la escena—. Incluso se prometieron, fíjese. Justo antes de la boda, él se embarcó. Ella calló sus temores y le esperó paciente durante cinco largos años. Muchas cosas cambiaron por entonces, empezando por la llegada de unos enviados del rey que se unieron a la espera sin que la pobre María se percatara siquiera de su presencia. Ella juraba que daría el oro de tres navíos ingleses por volverle a ver; de

su boca no salía una palabra y su mirada no se posaba en otra cosa que no fuera el mar, ya lloviera o hubiese temporal.

—Cinco años son mucho tiempo —se atrevió a interrumpir, dispuesto a hacer notar lo atento que estaba ahora al relato—. No creo que mi mujer fuera capaz de esperarme tanto.

—Ni la mía. Pero le decía: el día que el barco de su amado regresó, los soldados apresaron a la tripulación y enseguida les condenaron a ser colgados del cuello hasta morir. Ella nunca vio ejecutada la sentencia.

—¿El Martín escapó? —cortó el forastero con la esperanza prendida en la interrogación.

—Qué va; en el momento en que su adorado Martín pendía de la soga, la María estaba en la playa mirando al horizonte, como cada día de aquellos cinco años, y dispuesta a esperar otros cien si era necesario, marchitando definitivamente su juventud como si no fuera su prometido el que se escondía bajo el saco que les ponen a los condenados a la horca.

Estaba conmovido, pues la mujer que él había visto fácilmente había superado los setenta años.

—Dicen los que les conocieron que la María perdió la cabeza del todo en el mismo momento en que los tambores comenzaron a sonar.

Renata y su mundo maravilloso

Juan Augusto C.

.....

.....

Cuando la niña escuchó el sonido de los tambores, tuvo la certeza de que su mundo no acabaría ese día. Era un mundo maravilloso, lleno de sueños y fantasías, que Renata con apenas diez años de edad, había empezado a construir, en el mismo momento en que sus padres le informaron que la llevarían a la ciudad de Nueva York para que viera el espectacular desfile que la tienda Macy's organiza cada año para el día de Acción de Gracias.

—Vas a vivir una de las experiencias más maravillosa de tu vida —le dijo su padre Alejandro.

—Y nunca la olvidará —le aseguró Minerva, su madre.

La noticia generó en el interior de la niña un torbellino de emociones incontrolables que la hicieron saltar de alegría por toda la casa. Ya se imaginaba a sus héroes favoritos convertidos en globos gigantes que marchaban con todo sus coloridos al son de los tambores que hacían resonar las bandas de música.

En el colegio, Renata solo hablaba de su viaje.

—Mis padres me van a llevar a Nueva York para ver el desfile de Macy's —le repetía Renata a todas sus amiguitas.

Lo decía con tanta emoción, que todas quedaron contagiadas, y llegaban a sus casas pidiéndoles a sus padres, que también a ellas las llevaran a Nueva York para ver el desfile de Macy's. Hasta su maestra quedó envuelta en la euforia que Renata había logrado desatar, y le pidió que al regresar, escribiera una historia sobre la

experiencia que viviría en la ciudad de Nueva York, para leerla a toda la clase.

—Así lo haré —le dijo Renata.

La familia llegó el martes 25 de noviembre, dos días antes del desfile, y se alojaron en un hotel que Alejandro había reservado con un año de anticipación, el cual estaba situado frente al Museo de Historia Natural, a solo media cuadra del punto de partida del desfile. Hacia un frío que penetraba hasta los tuétanos, y los pronósticos del tiempo para el resto de la semana no eran agradables.

—Parece que hemos venido en un mal tiempo —le dijo preocupada Minerva a Alejandro.

—No quiero ni pensar que la niña no pueda disfrutar del desfile en todo su esplendor, después de haberse hecho tanta ilusión —se lamentó Emilio.

Tal como decían los pronósticos, el jueves amaneció muy frío y con una llovizna que no daba señales de parar. A pesar de ello, desde la cinco de la mañana la gente empezó a llegar, para obtener un buen lugar a lo largo de la ruta del desfile. Lo mismo hicieron también, Alejandro, Minerva y Renata. De repente, la llovizna se tornó en un torrencial aguacero, y todo el mundo salió huyendo, buscando donde refugiarse de lo que parecía era una repetición de aquel diluvio universal, que según relatan los libros sagrados, acabó destruyendo el mundo en una época antigua. En ese momento, era el mundo maravilloso que con muchos sueños y fantasías Renata había logrado edificar, el que ahora, por culpa de la lluvia, estaba por acabar.

Tristes y desalentados regresaron a su cuarto en el hotel. Todos estaban en silencio, con sus ojos fijos en los reportes noticiosos que se daban por la televisión, cuando de repente vieron un rayo de

esperanza que les iluminó su ilusión. Los organizadores del desfile aseguraron que el mismo no se cancelaría, aunque sí se pospondría para empezar a las doce del mediodía. Los ojos de todos nuevamente brillaron de alegría, y en las alturas, parece que alguien se estaba fijando en Renata, y se encargó de cerrar las compuertas de los cielos, lo cual hizo que poco a poco la lluvia dejara de caer.

Terminado “el diluvio”, la gente empezó a salir de sus guaridas y volvieron a tomar su posición, y las bandas de música, los globos inflados y las coloridas carrozas empezaron a ocupar sus lugares asignados. Cuando llegó la hora acordada, los tambores empezaron a sonar. Era la señal inconfundible de que el mundo de Renata había sobrevivido el cataclismo local. Renata estaba extasiada, los ojos saliéndoseles de su lugar, mientras veía pasar por su mundo real, los globos gigantes de los personajes que tanto admiraba, como *HelloKitty*, *Spongebob*, *Kermit the Frog* y otros. Estaba experimentando una sensación tan deleitable, que tal como le había dicho su madre, estaba segura de que nunca la iba a olvidar.

Al final del día, ya en su cuarto en el hotel, mientras Alejandro y Minerva veían un show por la televisión, Renata, todavía vibrante de emoción, empezó a escribir la historia que su maestra le pidió, a la cual le puso por título: “Los tambores comenzaron a sonar”.

Lo dejé todo por Él

Guiomar de Zahara

.....

.....

Vestida de blanco y con un ligero velo tapándome la cara, caminaba lentamente por el crucero central de la catedral, pensando en mi vida y el giro que iba a dar esta en el reloj de mi existencia.

Mi infancia ¿Fue feliz? Imagino que sí: nunca me faltó nada, porque lo que no conoces, no lo puedes desear.

Crecí junto a mis padres en una caravana, como el resto de la gente con la que convivíamos. Yo era hija única, y también la única niña en aquella gran familia circense.

Durante toda mi vida, desde que tengo recuerdos, conocí a los payasos más cariñosos y divertidos; a los magos más asombrosos, a los enanos más inteligentes; a malabaristas, domadores... pero sobre todo a perros, patos, leones, loros y cacatúas y, a otros animales, que era con los que podía jugar libremente, mientras los artistas ensayaban.

Cuando no había trabajo, o íbamos de una ciudad a otra, tenía que estudiar.

Más que los libros, lo que a mí me gustaba era lo que hacían mis padres: volar. Ellos eran los mejores trapevistas: “La bella Margarita y el atlético Hércules”. Con sus mallas doradas mis padres parecían extraños pájaros luchando contra la fuerza de la gravedad: subían, bajaban, se cruzaban, daban volteretas. El final era lo más emocionante, ya que la supresión de la red protectora lo hacía aún más peligroso. A todos se nos encogía el corazón: mi

padre en lo más alto de la lona, mi madre en el balancín frente a él. Primero un silencio absoluto, después el redoble de percusión: era la señal.

Margarita se lanzaba, después de dar tres volteretas en el aire, hacia los brazos de Hércules que la recogía, fundiéndose los dos en un abrazo y deslizándose lentamente por un columpio de flores hacia la pista central. Mientras, la tensión disminuía, y los aplausos arreciaban con más fuerza.

Pasó el tiempo y por fin pude comenzar los entrenamientos para ser la tercera equilibrista, nos titularíamos: “El trío dorado”.

Después de muchos meses de entrenamiento y esfuerzo, en un inolvidable mes de julio llegó mi iniciación en una ciudad costera del Mediterráneo.

Antes de llegar, ya se habían pegado los carteles anunciando el circo y el debut de la joven y gran acróbata “La linda Marilyn”.

Había ensayado más de un millón de veces, pero lo más emocionante era el final con el tamborileo. Esa música me inundaba el corazón de una especial alegría. Con mis dieciocho años recién cumplidos, ese verano, fue uno de los más felices de mi vida. Mi fama de temple, de equilibrio y de volatinera increíble, añadida a la esplendida belleza y juventud que todos decían que poseía, llenó los periódicos y llegó hasta el mundo del cine.

Terminada la temporada, me contrataron para participar en una película. Empecé a disfrutar una vida que yo ignoraba y no había imaginado hasta entonces. No me perdía ni una fiesta. Mis padres, sutilmente, intentaron persuadirme de que me alejara de esa vida. Fue la primera y única vez que les alcé la voz, diciéndoles que era mayor de edad y que podía hacer con mi vida lo que quisiera. Abandoné a mis padres y al circo.

Comencé a salir con toda clase de hombres ricos y apuestos

que me gustaban. Tenía vestidos, joyas, una gran casa y todos los caprichos que quería. Disfrutaba alegremente de esa ociosa vida... hasta que en la boda de unos amigos, le conocí a Él.

Fue algo imprevisible. Descubrí el Amor. Era un verdadero sentimiento, algo que no había experimentado nunca. Me entregué con toda mi alma y dentro de unos momentos nos uniríamos para siempre.

Estaba tan emocionada como el día de mi debut como trapeicista.

Ahora no vestía mallas, iba de blanco con un velo de tul tapándome el rostro y caminaba hacia el altar en una catedral donde le conocí y me enamoré. Nunca me había sentido tan feliz. Allí estaban mis progenitores y todos mis amigos de la infancia. Aquellos a los que yo les había dado la espalda. Aquellas personas que habían cuidado de mis padres cuando por un accidente el circo se incendió; que habían pagado las facturas del hospital de las costosas operaciones de las quemaduras y de la larga rehabilitación que tuvieron que soportar. Cuando me enteré, ya había pasado todo. Al abrazarles, ni un solo reproche salió de sus labios. Lo mismo ocurrió con el resto de mi familia de saltimbanquis. Estaban alegres y participaban conmigo de mi alegría.

Llegué hasta el altar. Allí me estaban esperando. Al hacerme las preguntas del ritual, se hizo un solemne y profundo silencio.

Cuando contesté:

Sí. Quiero entrar como sierva de Dios, haciendo voto de pobreza, castidad y obediencia, en mi corazón, los tambores comenzaron a sonar.

La postura del misionero

Pablo Yebes

.....

.....

Cuando despertó creyó que ya había muerto y que estaba en el infierno. Pero el dolor que le impedía moverse, la sequedad de boca y, sobre todo, ese ruido horrible le recordó que lo peor estaba por llegar. Con la puesta de sol empezaría el auto de fe en el que iba a ser el protagonista principal. Comprendió que esos sonidos provenían del montaje del tinglado y el tensado de los tambores. Juanito, el intérprete cuarterón, seguía sin entender por qué le castigaban, por qué iba a morir en la hoguera si siempre había sido obediente y respetuoso con los misioneros y los hombres del gobernador.

Lo malo empezó cuando una expedición que había estado remontando el río Guarico informó del avistamiento de una tribu desconocida y de apariencia pacífica. La noticia no tenía nada de extraordinario, pero había afectado el ánimo de uno de los dominicos.

Fray Martín de Horce llevaba muchos años en las Indias. Llegó a Caracas con Juan de Pimentel cuando la ciudad era un poblado de no más de trescientas almas. Nunca se había atrevido a internarse en la selva con los exploradores; prefería controlar las encomiendas para que no se volvieran a repetir las cosas que había desvelado el hermano Bartolomé en sus escritos. Pero, en los últimos tiempos, su poca osadía le mortificaba; por eso, cuando se enteró del descubrimiento de la nueva tribu, pidió a sus superiores dirigir un grupo de evangelización.

No era el mejor momento. La lucha con los caribes y otros

indígenas refractarios al poder de la Corona aconsejaban aplazar el proyecto; pero el fraile insistió tanto que le concedieron una embarcación para el viaje de ida y un intérprete.

Los días previos a la partida fray Martín y Juanito pasaron mucho tiempo juntos preparando el viaje. El fraile le pedía sobre todo literalidad en sus traducciones, puesto que serían los mensajeros que iban a llevar la palabra de Dios, por primera vez, a esos buenos salvajes.

Tardaron casi dos días en remontar el río hasta el lugar indicado. Cuando pisaron tierra, la embarcación volvió a la ciudad.

Al momento se sintieron observados. Intentando ocultar su angustia continuaron internándose en la selva. El calor era cada vez más pegajoso; costaba respirar y avanzar resultaba difícil, sobre todo para el fraile por su edad y sus ropajes.

Sin saber cómo, en un pequeño claro, se vieron rodeados por los indios. Hombres, mujeres y niños los miraban con curiosidad y actitud amistosa. Juanito intentó comunicarse con ellos en distintas lenguas hasta que descubrió que hablaban un dialecto apure.

Desde que llegaron al poblado, fray Martín, siempre acompañado de Juanito, aprovechaba cualquier momento para cumplir con su labor evangelizadora. Había decidido resumir su apostolado en mensajes sencillos para que fueran más fáciles de entender: sólo hay un Dios, con tres personas; sólo Dios merece adoración, aunque también se puede adorar a la Virgen y a los santos; Dios envió a su hijo Jesús para salvarnos con su muerte en la cruz; Jesús dijo “el que come mi carne y bebe mi sangre conseguirá la vida eterna”.

Un día las mujeres insistieron en que Juanito les acompañara a recoger pitahayas; cuando unas horas más tarde volvió cargado de frutos se encontró al misionero atado con unas lianas a una especie de cruz. Había recibido un fuerte golpe en el cuello, pero aún vivía.

Intentó bajarle pero, sonrientes, los indígenas se lo impidieron: iba a morir por ellos, pero antes le desangrarían para beber su sangre y, tres días después, cuando se ablandara, comerían su carne para conseguir la vida eterna.

Esa noche Juanito envolvió en un retal del hábito las sandalias, el anillo y la Biblia del fraile y huyó río abajo. Dos días después, muy cerca de las puertas de Caracas, se desmayó exhausto. Lo encontraron los miembros de una patrulla de vigilancia. Cuando vieron el contenido de su hatillo le detuvieron y lo llevaron al Tribunal de la Inquisición. Contó lo sucedido pero no le creyeron; después de torturarlo acabó confesando lo que querían, que había matado al fraile para robarle.

No. Aún no estaba muerto, pero pronto iba a estarlo porque empezaba a anochecer, habían encendido las antorchas y los tambores comenzaron a sonar.

Hoja de doble filo

Eduardo Tapia

.....

<http://keningar.wix.com/keningar>

.....

Con un último tirón, mi doncella Claudia culminó su conspiración para privarme del placer de respirar. El arma ejecutora era un refinado corsé, gracias al cual el espejo reflejaba una bella dama ataviada con pliegues y bordados de brillante satén azul y plata. Los ojos aguamarina y los dorados tirabuzones mostraban un ser encantador, angelical. El maquillaje remarcaba mi apariencia de niñez, que a tantos les impedía sospechar siquiera mi verdadera edad.

Lo que más me molestaba del atuendo eran aquellos pesados pendientes, aquel lastre dejaba en una tensa posición mis orejas, pero debía ser así, mis orejas de semielfa eran demasiado expresivas para el mundo de los humanos. Los necios comparan los movimientos de estas al de los animales, que las alzan cuando están contentos y decaen cuando están tristes. ¡Pero mis orejas no se parecen en nada a las de un perro! No estéticamente, pues no distan del aspecto humano salvo por su forma alargada.

Noporloquevayanaopinarlosmentecatossobremisactosreflejos era la razón de disimularlos, sino porque son extremadamente reveladores ante un ojo crítico. Entre la aristocracia no puedes permitirte mostrar tus verdaderas emociones, la ingenuidad es cada vez más nociva en los tiempos que corren, por ello debo escudarme en una máscara de prendas brillantes y cosméticos, aún cuando añoro mi sencilla y cómoda ropa de aventurera.

Hoy me juego mucho en esta fiesta de la que soy anfitriona, debo

conseguir fondos para una empresa de importancia capital, pero sobre todo, respaldo de las grandes casas, para no ser olvidada en la capital mientras yo permanezco a mares de distancia. Por ello, hoy me veré con dos príncipes en la fiesta, uno patrio y amigo de toda la vida; el otro, foráneo, una arriesgada intriga en la que subí la apuesta para ganarme un nuevo favor. Hoy es casi la única oportunidad de volverme amiga suya, ha venido de muy lejos a conocerme y tengo que darlo todo. Lujo, música, belleza, todo debía estar de mi parte.

Temblando impaciente, busqué alcanzar un frasquito con cuentagotas, pero la aparición de mi ama de llaves me interrumpió:

—Señorita Agnese, han traído una carta para usted, ison noticias del señorito Gilletto! —Tomé impetuosamente la carta al escucharla y las doncellas metódicamente me sujetaron el vestido para sentarme sin arrugarlo.

En efecto era de mi querido Gilletto, me admiró el periplo realizado por aquella carta para llegar hasta mí, pero eso era secundario, rápidamente desplegué la hoja.

«Mi siempre maravillosa Agnese.

Como acordamos, he permanecido junto al caudillo Braghen estos meses, sirviéndole lo mejor que he podido. Los acuerdos que afianzaste se mantienen firmes, pero hay batallas en el horizonte.

Los trasgos se han movilizado a miles desde las colinas y su objetivo es la tribu de los lobos del mar.

Braghen reúne a sus sureños, están en inferioridad numérica, pero muy brutal tendrá que ser ese caudillo trasgo para someter la ferocidad de estos hombres.

Me preocupa que Braghen muriese en batalla, eso lo cambiaría todo, velaré porque no ocurra Agnese. También me preocupa si

esta campaña diezmará a la tribu de los lobos de mar. Ya sabes que sus rivales llevan tiempo preparándose, difícilmente dejaran escapar una buena oportunidad.

Me gustaría haber reservado tiempo para tratar temas más personales que contarte en esta carta, pero no pensé que encontrase la forma de hacértela llegar. Voy a pagar una pequeña fortuna para que la lleven a su destino, pero ni siquiera sé si llegará o por qué manos indiscretas pasará.

Aquí, absorto en dudas cada vez que te recuerdo, termino esta carta mientras me armo para la primera batalla. Por nuestro proyecto, en tu nombre lucharé, mi señora.

El barón Gilletto Tyron, vuestro leal servidor».

Exhalé un suspiro preocupado. Gilletto estaba en peligro, otra razón que me determinaba a hacer lo que fuera necesario por mi parte.

Tomé el colirio de antes, lo miré no sin cierta aprensión, era belladona, un veneno, pero correctamente diluido y aplicado en los ojos sirve para dilatar las pupilas, lo cual te da un aspecto radiante y hace creer que sientes un gran afecto por tus interlocutores. Aunque la mezcla turbará mi visión durante horas, no dudé en aplicarlo, necesitaba todas las armas. Claudia me secó veloz las lágrimas mientras se formaban, para no estropear el maquillaje.

Al terminar, otra doncella vino alborotada.

—El príncipe Hernando llega, mi señora.

«¡Demasiado pronto!», pensé. Debía apresurarme. En el salón, los tambores comenzaron a sonar.

La niñez de Jok

Marcelo Kisi

.....
<http://contarelcuento.wordpress.com>
.....

El soldado árabe volvió a apuntar contra Jok, pero esta vez no tuvo miedo. Sencillamente volvió rápido al refugio debajo del armario y esperó a poder salir otra vez y jugar con él a la pelota. Seguramente le tendría preparado alguna papa, algún melón.

Su papá, un orgulloso soldado Dinka, había cavado durante días en la punta de la casita para que todos pudieran refugiarse llegada la hora. Pero un día se fue con las milicias libertadoras, y hace meses que no lo veían ni tenían noticias. Cuando llegaron los árabes, mamá alcanzó a ordenarle a Jok que entrara al refugio. Mamá cerró el armario, a pesar de que Ayén, su hermana mayor, no había vuelto aún de pastorear. Jok escuchó cómo llegaba y lloraba con mamá, justo cuando entraban los soldados árabes. Escuchó gritos, golpes, rasgaduras de ropa, jadeos. Luego los gritos de hombres y mujeres, sus mujeres queridas, se fueron alejando.

Jok recordaba de memoria las instrucciones de papá cuando terminó de cavar.

—Pase lo que pase —había dicho papá terminante—, desde el momento en que entramos aquí, no hablamos, no hacemos ruido, apenas respiramos. Y esperamos dos días enteros. Sólo después salimos a ver qué sucede.

—¿Y si tengo pis, papi?

—Acá hay un balde. Hacemos acá y nos aguantamos el olor.

Ahora, solo, Jok calculó como pudo dos días, en especial por

los ruidos de los animales en la noche y en la mañana, que conocía bien. Entonces salió, pero no pudo reconocer su casa, porque los árabes habían roto todo. Recorrió los escombros y encontró su pelota debajo de un colchón, un cochecito de juguete, una foto de papá con uniforme.

Salió a la calle y caminó despacio. Entre maderas y ladrillos amontonados, vio los cuerpos de la gente envueltos en sus ropas floreadas cubiertas de barro y sangre. No tenía hambre, pero lo tendría pronto si no hallaba algo para comer. Después debería volver al refugio y sacar el balde para vaciarlo.

Encontró una cesta de frutas debajo de una manta en una casa llena de cadáveres y moscas. La agarró y emprendió el regreso. Cuando estaba por llegar a su casa, escuchó el ruido de un arma cuando alguien la carga. Un soldado árabe lo apuntaba directamente desde una montaña de escombros. Como un reflejo soltó la cesta, corrió a su casa y se metió en el armario. Abrió la tapa en el piso y bajó al refugio. Esperó otro día.

No había alcanzado a sacar el balde, y había perdido las frutas, así que la nueva estadía pronto se hizo insoportable. A la madrugada siguiente, junto con el canto de los cuervos, volvió a salir.

Para su sorpresa, había dos frutas y un pedazo de pan en medio de la calle. Se acercó, atrapó el tesoro y miró en todas direcciones. Allí, haciendo guardia sentado, el soldado árabe oteaba el horizonte. Al verlo, le apuntó con el rifle, y Jok volvió a correr. Un día más, pero ahora tenía pan y fruta.

El rito se repitió por varios días, Jok ya tenía claro que el soldado le estaba dejando comida y que no tenía intenciones reales de matarlo. Una mañana decidió hacer una prueba, y llevó la pelota. Al verlo con ella, el soldado árabe no se apuró a apuntarle. En cambio le sonrió y se acercó diciéndole cosas incomprensibles, invitándolo a jugar. Jok pateó la pelota en su dirección, y empezaron a los pases.

Un rato después, el muchacho árabe levantó su rifle y le apuntó. Jok se asustó, pensó que había sido una trampa para matarlo y corrió al refugio. Desde allí escuchó las voces de otros soldados árabes que pasaban por allí, hacían sus cosas y luego se alejaban. El miliciano lo estaba advirtiendo, lo estaba salvando. Se llamaba Salim.

Pasaron así muchos soles y lunas. Una mañana, al salir con el balde, escuchó voces y ruidos de vehículos, y no esperó a la señal de Salim. Entró de nuevo al refugio y esperó. Escuchó tiros y gritos. Otra vez, pensó. Pero las voces hablaban su idioma. Por un megáfono escuchó a un hombre que decía que era de la Cruz Roja y preguntaba si había gente Dinka aquí. Jok salió y se sintió mirado por muchos soldados y enfermeros, que vinieron a abrazarlo. Todo había terminado.

Con la vista buscó a Salim. A poco lo vio tirado muerto entre unas tablas. Se subió a la ambulancia y viajó mirando atrás, a su amigo y salvador, hasta que ya no lo vio más.

Una de las carpas en el campo de refugiados había sido habilitada como escuela y allí conoció a otros niños húerfanos como él, provenientes de muchas aldeas y tribus. Algunos de ellos habían sido obligados a luchar con los árabes y a hacer cosas horribles. En los recreos contaban algunas y fanfarroneaban un poco, pero otras las callaban y se quedaban como tristes mirando el suelo y pateando piedritas. Jok los miraba con tristeza. Había tenido mucha suerte en tener un papá que cavara un refugio bajo el armario.

—Queridos niños —anunció un día el maestro, con solemnidad—, después de la guerra viene la paz, y nuestro pueblo es bienaventurado, pues ha logrado su independencia. Mañana habrá un gran desfile y nosotros también marcharemos. Estén orgullosos.

Al día siguiente, Jok se encontró a sí mismo en medio de una gran multitud, parado en varias filas con sus compañeros, todos

con enormes tambores colgados del cuello. No había alegría en sus miradas. Como un acto reflejo, como cuando era más chico en la aldea, miró a la multitud buscando a su mamá y a su papá, que siempre venían a verlo actuar. No los vio, y se acordó de todo lo que había pasado. Como un volcán que hubiera esperado siglos hacer erupción, Jok se permitió llorar.

Su maestro dio una señal. Una voz en los altoparlantes decretó:

—Sudán del Sur ha nacido. ¡Viva Sudán del Sur!

Los tambores comenzaron a sonar.

Enamorados

Conchi Moreno

La maleta abierta encima de la cama hace sonreír a Laura, por fin tendrá unas vacaciones. El tiempo no acompaña, el repiqueteo del sonido de lluvia atrae su atención corriendo enérgicamente las cortinas y con cierta admiración observa el espectáculo que forman las gotas de agua deslizándose por el cristal, deja correr su imaginación acentuando su sueño viendo en cada gota la mirada de Álex, absorta en sus pensamientos vigila el trayecto de cada una de ellas. En su mente resuenan las palabras ensalzando la belleza que envuelve su persona. Palabras a las que no está acostumbrada y que tanto la incomodan sintiéndose extraña. Un insulto lo aceptaría mejor siente que no es digna de tanto alago. Duda ser merecedora de ese cariño que le procesa y esas palabras que se esfuerza por adaptar a su ser, son un vestido de talla grande donde se pierde dentro de ellas. Por su interior brota un manantial de aguas cristalinas recorriendo su cuerpo sin poder pensar en otra cosa que en él, su nombre mágico le hace flotar como un globo a la deriva sin obstáculos. Una sonrisa inconsciente y la mirada fija en el cristal deteniéndose en una gota que se desliza con rapidez introduciéndose en otra que se engorda a la vez que se expande recogiendo otras cercanas precipitándose al borde de la ventana.

Respira profundamente dejándose caer en la cama, con las manos entrelazadas sujeta la nuca relajando la cabeza sobre ellas, cierra los ojos dibujando una sonrisa la paz que respira la inquieta, abre los ojos frunce el ceño dejando caer su mirada en la puerta, por un momento cree escuchar la violenta voz que con insultos la

despiertan en la madrugada en sobresalto, con la mirada fija en el pomo espera ver moverse golpeando la puerta contra la pared, pasan unos segundos y el silencio, la paz las ilusiones que la envuelven la atemorizan, cree vivir en un mundo que no es el suyo echa de menos los golpes, los insultos del hombre con el que ha gastado su juventud y que tan dependiente sigue de él a la vez que saborea una libertad desconocida pero segura al saber que nunca mas volverá a verlo. Mira su reloj, no puede creerlo el tiempo pasa muy deprisa, recuerda que tiene que hacer alguna compra solo quedan dos días para su viaje comienzan las fiestas de Semana Santa y toda actividad comercial quedará paralizada.

Según se aproxima la fecha sus emociones se desbordan donde una amalgama de contradicciones le hacen desear y rechazar, anhela con toda su alma ese viaje a la vez que una voz autoritaria muy dentro de ella censura sin piedad su deseo por ser un hombre casado. Álex es droga desconocida que le quita la vida si se aleja de él, le falta el aire en su ausencia, la mirada fija en ninguna parte descansa en vacío a través del cristal de la ventana. Lo necesita para seguir viviendo pero es fruta prohibida que al alargar su mano hacia ella siente el dolor ajeno y el deber de evitarlo, no conoció el derecho solo el deber fue su amo.

Dos grandes gigantes luchan dentro de ella zarandeando su alma que repleta de dolor hasta las lágrimas que podrían servirle de consuelo dañan su ser. Embelesada no percibe el caminar de las manecillas del reloj, intuitivamente sospecha que todo el mundo duerme, la luz de la luna atraviesa el cristal de su ventana colándose de forma descarada en su habitación. Ha escampado y necesita respirar el aire que él respira. Se viste deprisa toma su teléfono y sale de forma apresurada encaminándose al barrio donde vive él, necesita pisar los ladrillos de acera que él ha pisado tocar la puerta que él ha tocado respirar el aire que él respira, necesita un poco de la droga que pueda relajarla, solo así podrá irse a la cama.

La suave melodía de su teléfono rompe el silencio de la noche apresurándose a responder con el temor y gozo en su corazón, sabe que es él, con cierto nerviosismo responde en tono bajo a su llamada.

—Hola... —la voz de Álex es la heroína que llena de aire sus pulmones haciendo temblar todo su cuerpo.

—Siento llamarte a esta hora ¿Te he despertado? ... Pero necesito escuchar tu voz

—¡Cariño! ... No, no duermo

—¿Sabes? Ahora mi mujer dice que quiere venirse conmigo, cada día la comprendo menos jamás ha querido acompañarme.

—Ah. Pues... Está muy bien, tu matrimonio se fortalecerá

—¡Es un fastidio si se viene! He soñado mucho con este viaje

—No importa... Es bueno que hagáis cosas juntos, no fuerces nada lo que tenga que pasar es lo que debe pasar.

—Escúchame quiero salir temprano, antes que empiecen a sonar los tambores de la procesión de madrugada, si se arrepiente a última hora iré por ti, quiero que estés preparada.

—Estaré esperándote.

Apenas duerme esa noche, la maleta preparada a los pies de la cama, ataviada al amanecer espera el sonido melodioso del móvil anunciando el momento de partida. Sentada junto a la maleta acaricia el dorso de forma inconsciente, mira constantemente su reloj... Hasta escuchar como los tambores comienzan a sonar.

Lucía

Wanda V. Reyes Medina

.....

.....

El calor era sofocante aquella mañana, pero Lucía no podía animarse a abrir los ojos ese día. Cansada todavía por la preparación de la comida para la venta la noche anterior, sentía que los años se colgaban de sus huesos y se balanceaban en su andar. Suspiró resignada y se sentó a la orilla de la cama todavía reusándose a abrir los ojos. Abrió apenas uno para buscar sus sandalias y levantarse tambaleante de la cama. Entró al baño y se paró frente el espejo, recordó a su abuela cuando en sus últimos días se le daba un espejo y decía, “esa no soy yo”, Lucía se miró fijamente y sonrió, comprendió lo que sentía su abuela a lo que se dijo casi en un susurro, “esa no soy yo”.

Se arregló rápidamente y salió a la cocina, que quedaba a unos pasos del cuarto. En ella había un viejo fogón bajo un techo sombrío, una mesa y una sola silla. Con trabajo encendió el fogón y miró a Sasha, su perro, que se estiraba y andaba cada vez más lento debido a su edad.

—Mira Sasha ahora lo hago más rápido! —Partió un pan y se la dio a esta que contenta y agradecida comía mientras movía la cola.

Puso el café a calentar y empezó a empacar las cosas que llevaría esa tarde a vender a la feria del pueblo. Era una época buena para Lucía, pues el pueblo se convertía en una explosión de colores y de personajes llamativos que buscaban captar la atención de los turistas. Aquel lugar olvidado la mayor parte del año, hoy significaba una gran oportunidad para la subsistencia de mucha

familias, además de regalarle a Lucía una ruptura en su monótona rutina, que gravitaba en animarse cada día a levantarse de su cama, encender el fogón, caminar por aquella desolada casa en la que las risas y las voces de sus seres queridos habían pasado a ser susurros atrapados en las paredes, recuerdos fantasmas de una mejor época.

Tomó su café y se sentó en su vieja silla, contemplo el jardín. Cerró sus ojos y sintió el aroma de los jazmines que su difunto esposo había plantado para ella, este, antes de morir le pidió que todas las mañanas cuando tomara su café y sintiera el perfume del jazmín, imaginara que estaba ahí sentado junto a ella. Se resistió por un momento, pero finalmente miró hacia donde su esposo solía estar, sus ojos se llenaron de lágrimas porque cada vez era más difícil imaginar aquello y ahora aun más, porque la silla de este ya no estaba, hacía tiempo ya la había usado como leña para encender el fogón. La vida de Lucía se volvió cada vez más dura cuando tuvo que hacerse cargo de la casa y de su subsistencia luego de que su esposo muriera y de que sus hijos partieran en busca de mejores oportunidades.

Se secó las lagrimas, ya no había más tiempo para llorar, recordar, reprochar el porqué la habían dejado sola, así que guardo su tristeza muy en el fondo de su ser, como lo hacia todos los días, tomo sus canastas, llamo a Sasha a lo que esta respondió con paso lento.

—“Hoy será un buen día, lo presiento”, dijo mientras se arreglaba la blusa. Salió, cerró la puerta y se dirigió hacia el camino de tierra que llevaba hacia el pueblo, con dificultad apresuro el paso, pues el bullicio de la gente ya se escuchaba a lo lejos, quería ser de las primeras en llegar y conseguir un buen lugar en la plaza del pueblo, y así vender sus dulces artesanales. La brisa repentina soplabla fuerte y traía la fragancia del campo, su pelo largo y gris flotaba en el viento, su rostro se iluminaba con el cálido sol de la mañana, respiró profundo llenándose de esperanza y alegría, ya estaba cerca

y todo estaba a punto de iniciar, pues los tambores comenzaron a sonar anunciando el inicio de la feria, y la emoción llenó su solitaria alma.

Furia

Furia

Los tambores de lata de doscientos litros marca la vida de la “Desarmadora González” En un largo patio se encuentran amontonados, en aparente orden, todo tipo de repuestos de autos usados: parabrisas, puertas, focos, motores y al final neumáticos, que es la zona de juegos preferida por los hermanos y su amigo. El padre con un fierro golpea los tambores marcando el final del juego, deben correr inmediatamente a la casa o un cinturón de cuero marcará la espalda del rezagado.

No hay muchos clientes en la desarmadora, el padre por su carácter violento ahuyenta a los compradores. La madre sonríe solo cuando ve jugar a sus hijos al final del patio. Pero cuando suena el tambor ella tiembla, sabe que uno de ellos va a ser golpeado.

La mirada del hijo mayor es de furia contenida, Francisco siempre está como gato engrifado listo a explotar en una ira roja, golpeará a su víctima hasta que vea sangre, sus dos hermanos y su amigo clamarán una piedad que no llega.

Ese día lunes los juegos eran más violentos, Francisco, el líder, estaba enojado con su amigo Luis, quien no tiene padre y es menor que él, habían jugado a las escondidas bajo los túneles oscuros de neumáticos, Luis fue pillado por Francisco quien lo agarro por el cuello y lo apretaba mientras decía ¡grita! ¡grita! Sus hermanos lo tiraron para que soltara a un Luis rojo y sofocado.

Hoy el juego es diferente, tenían que subir un montón de neumáticos y el que llegaba primero abajo ganaba, Luis fue el

primero en llegar y Francisco el último, estaba furioso, no aceptaba que otro fuera mejor. Sus hermanos al mirarlo se dieron cuenta que algo muy malo iba a pasar, corrieron a buscar al padre, el único capaz de contener su ira.

Luis arrancó saltando sobre los repuestos de autos, Francisco lo atrapó en el montón de puertas, le tiro encima una y empezó a aplastar, Luis suplicaba, una lata le había herido una pierna, Francisco no escuchaba solo quería venganza y a su amigo muerto, busco más puertas y se las tiro encima, cuando colocó unos fierros pesados escucho el llanto de Luis que repetía: ¡Ayúdame! ¡ayúdame!

Al colocar el último fierro todo quedo en silencio, solo se escucho con urgencia como los tambores empezaban a sonar.

Exangüe

Michelle Chalico

.....
<https://www.facebook.com/Las-buenas-nuevas-en-Tezonco-radio-638391416262440/>
.....

La luz, que antes veía lejana, comienza a acercarse al rostro de Erick quien alcanza a percibir a un hombre que porta un traje de gamuza café y que le extiende la mano mientras lo invita a seguirlo a quién sabe dónde.

El sujeto que le habla a Erick tiene sólo tres dientes en la mandíbula inferior y usa un bastón negro. Antes de pedirle que lo acompañara, le habló de unos tambores y aquello resultó extraño; en especial por haber sucedido unos segundos después de que un camión que transportaba tubos de metal arrollara a Erick y de que una luz se hiciera presente y Erick no sólo la notara sino que pensara en aquello que le dijo su abuela una vez: los viejos sabios del pueblo dicen que cuando uno se va a morir ve una luz.

—Esa es la luz de la muerte —dijo Erick cuando la vio y esta era apenas un punto. La voz con la que él se expresaba era poco audible, las piernas ya no le respondían y un hilo de sangre brotó de su boca.

—¿De qué estás hablando, muchacho? No me digas que te has creído eso de que cuando uno se va a morir ve una luz. Eso es falso, si la muerte tiene una señal es otra —mencionó el viejo cuando se apareció por primera vez.

—¿Cuál? —volteó a verlo y notó que le ofrecía su mano.

—Los latidos del corazón son tambores y cuando empiezan a

sonar muy fuerte uno se va del mundo.

—Odio los tambores.

—Yo los amo. ¿Vienes conmigo?

Esa fue la conversación que tuvieron hace unos instantes; en este momento, ambos se están mirando y Erick ha decidido hacerle caso al hombre.

Mientras sujeta su mano, siente como si una roca grande y pesada le hubiera caído en el pecho. Le falta el aire. Intenta respirar por la boca y se traga un chorro de linfa. Nota que en el pavimento hay un charco enorme hecho con su plasma. Y ahora, para Erick, los tambores comenzaron a sonar.

El niño que alzó el vuelo

diaspora

.....

.....

En la gradería más alta del circo, no por ser la más cómoda sino la más barata, un niño se aferra con sus manos a la rústica tabla donde está sentado tratando de controlar la ansiedad. Ha visto al presentador del circo correr al centro de la pista y soltar su retumbante voz: “Damas y caballeros, niños y niñas, ahora ante sus ojos el espectáculo más increíble...los hombrees voladorees”.

Fascinado ante el escalofriante escenario, Gabriel ancla su mirada allá en lo alto, donde dos actores empiezan a columpiarse rítmicamente en sus típicas hamacas como preparación para el triple salto mortal. Al igual que los demás espectadores, su cabeza oscila siguiendo el movimiento sincronizado de los trapecistas. Cuando el redoble de tambores anuncia la arriesgada maniobra su mundo interior entra en estado de alerta.

Este era un momento mágico para Gabriel, al grado tal que en su estremecimiento emotivo sostenía la respiración hasta que el acróbata en su vuelo magistral aseguraba sus brazos en el compañero receptor. ¡Que un hombre pudiera volar! Esto era combustible para su fantasía.

Todos los años esperaba ansioso la llegada del circo al pueblo. Su alma podía prescindir de muchas ofertas, pero jamás perder la oportunidad de asegurarse un lugar en el tablado el primer día del espectáculo. No obstante, satisfacer este anhelo incluía vencer algunos inconvenientes, que a su corta edad eran montañas. Como parte de una familia pobre la prioridad de los padres era traer hasta

la mesa el alimento del día, lo demás, y esto incluía la diversión, se consideraba un lujo. Dadas estas circunstancias Gabriel tenía todo un año para echar a andar sus estrategias y así procurarse honradamente el dinero para comprar el tiquete para asistir al circo.

Durante su niñez este era un ciclo que se repetía igual que el invierno y el verano. Cuando el circo abandonaba el pueblo se llevaba la mitad de su corazón, pero a la vez le dejaba en su mente la imagen del trapecista en su vuelo magistral. Esto explica por qué Gabriel creció acompañado de la firme creencia de que los sucesos cumbres y trascendentes de la vida, son precedidos por el redoble de tambores.

En su febril imaginación de niño se fue anidando el deseo de experimentar en su cuerpo la sensación de sentirse en el aire, aunque solo fuera por unos instantes. Pero, ¿trabajar en un circo?, eso estaba en la cola de un venado, según palabras de su madre. Aceptó esta limitante, pero se abrieron otras alternativas que paulatinamente fueron dándole cuerpo a su ideal de poder volar.

Pensó en el río y aquel acantilado que servía de trampolín a muchos de sus amigos de infancia. Razónó que por algo se ha de empezar. Así fue como escogió la tarde de un feliz día para sentir el aire rozar con fuerza su cara, cuando desde el borde más elevado del río volaría hacia la profunda poza. Ya en el sitio, se detuvo por un momento, escuchó en su corazón el redoble de tambores, miró hacia el fondo y saltó. Mientras en el aire su cuerpo describía una parábola, lo atravesó de pies a cabeza una jubilosa sensación de libertad que lo encadenó a otra inquietud: “¿Por qué al humano se le ha negado el disfrute de poder volar?”. Cuántas veces practicaba su salto la misma idea le hacía cosquillas a sus neuronas cerebrales.

Empezó por mirar con más atención su cuerpo buscando la posibilidad de alguna adaptación mecánica que lo asemejara a las aves, pero siempre se le atravesaba en el camino la fuerza de la

gravedad, y sus cálculos se atrofiaban. Para mitigar sus fracasos, cuando tenía la oportunidad se dejaba embriagar atisbando los gavilanes elevarse con asombrosa pericia, y luego como una flecha embestir sobre la descuidada presa.

Estas observaciones sirvieron de señuelo para interesarse en la física del vuelo. La biblioteca de la escuela colmó su apetito por nuevos conocimientos. Estudió desde la leyenda de Ícaro, los dibujos de Leonardo Da Vinci, los hermanos Wright, hasta la aviación moderna, pero todo era en vano, sus pies seguían en el suelo como más dudas que respuestas. Era mejor dejarle el trabajo a los creadores de los superhéroes del cine y la televisión.

La ciencia no había resuelto sus sueños de volar. Recordó el primer desengaño cuando su madre le advirtió que ser trapecista estaba en la cola de un venado, pero a pesar de todo buscó y encontró alternativas para ese entonces.

Igualmente, este segundo tropiezo en lugar de cegarle el camino, le iluminó la razón a un grado superlativo. Su quimera había subido la montaña y regresaba con la sabiduría práctica en su regazo. El escenario estaba dispuesto para trascender sus limitaciones, y fue así como aceptó esta conclusión: “Dios le dio alas a las aves para superar las distancias, pero al hombre le dio pensamiento para ir más allá”.

Ante esta sólida verdad, se inclinó transfigurado para preguntarse devotamente: ¿Es necesario abandonar el suelo para tener esa sensación de libertad que ofrece el vuelo? ¿No son las ideas, los sueños y las esperanzas del hombre criaturas aladas sin más fronteras que el profundo infinito? Gabriel ahora se columpiaba en el umbral del salto supremo. Los tambores comenzaron a sonar.

El conocido

Ichabod Kag

.....

<http://beyond-kag.blogspot.mx/>

.....

Supé de su existencia gracias a un amigo, pero jamás lo había tenido ante mi presencia. Y aun así, sé que es la persona por la que he aguardado tantos años.

Obviamente, no me quedé solo con los datos que, a través de mi amigo, pudieran llegarme de este conocido. Eventualmente conseguí tanto su correo electrónico como su teléfono. También obtuve la ubicación de su hogar, aunque esto de poco me resultaba útil dado que este hombre vivía en otro país.

Así una mañana de viernes, tras pasar toda la semana dándome ánimos, marqué por primera vez su número. Al oír el primer tono, colgué. Me levanté, fui al baño y volví a marcar. En esta ocasión me obligué a esperar que se levantara la bocina al otro. Los tambores de mi corazón no dejaban de hacer ruido.

“Por el momento, no me encuentro en casa. Por favor, deje su mensaje”.

Era la contestadora, grabada con su voz. Ah, esa dulce voz. Aunque era monótona y fría, dirigida a nadie en particular, jamás podré olvidar aquél sonido. No dejé ningún mensaje, pero llamé dos veces más sólo para oír de nuevo el mensaje. Después de ese día, no marqué más.

Sin embargo, mandaba correo constantemente a su cuenta desde distintas direcciones que no eran la mía. Le informaba de mis desvelos durante los cuales escuchaba su voz acariciarme desde

dentro y de los días en que no apartaba su rostro de mi mente. Unos días, era una persona gordita, con barba y hermosos ojos negros y tiernos; al siguiente, era un apuesto hombre, alto y atlético de ojos verdes. Nunca era la misma persona y eso me gustaba de él. Siempre activaba los tambores dentro de mí, llenándome de un ruido retumbante y delicioso.

Curiosamente, jamás me respondió.

“Puedo pasarte una foto suya si tanto quieres conocerlo” se ofreció mi amigo en cuanto supo de mi mal de amores.

“No, por favor” respondí lleno de horror y al borde de las lágrimas. No me imaginaba encontrarme con un rostro que no correspondiera con aquella voz.

“Está bien. Como gustes, loco. Pero, por si cambias de opinión, te diré que vendrá al país la próxima semana”.

No podía creerlo. Estuve tres días atrapado en el estupor. Cuando al fin desperté, me planteé una cuestión de suma importancia: ¿me atrevería a verlo de frente, en vez de en fotografía? Durante los días restantes los diversos rostros que me imaginaba no dejaron de acudir a mi mente; incluso me impedían dormir adecuadamente.

El día del encuentro, seguí furtivamente a mi amigo al aeropuerto. Y me senté en una sala de espera sin perderlo de vista. Cuando anunciaron la llegada del vuelo procedente de España, mi amigo se levantó y supe que el momento había llegado. Yo también me puse en pie y aguardé paciente, escrutando los rostros de los viajeros esperando hallar uno parecido a los que me imaginaba. Yo estaba listo y mis tambores del corazón también.

Finalmente, un hombre se acercó a mi amigo. Era él. Siempre supe que sólo tenía dos opciones cuando lo viera: correr a besarlo o estrangularlo con mis manos. Me decidí por una y me acerqué a ellos con paciencia, muy lentamente. No había ninguna prisa.

El bosque de los mil años

Judith García

.....
<http://deunmarletras.blogspot.com>
.....

—Ven, agárrame fuerte de la mano.

Atalia hizo caso a Kavín. Le dolían los dedos de tan fuerte que le agarraba de la mano. Su larga cabellera pelirroja no dejaba de engancharse en las estúpidas ramas de los estúpidos árboles, que no dejaban de susurrarse sus historias.

A Kavín le costaba respirar. Nunca fue un chico con grandes capacidades pulmonares. Estaba nervioso. Amaba a Atalia desde hace ¿años? Sí, quizás fueran años. Quería llevarla al Bosque de los Mil Años. Miró un momento hacia atrás, para ver cómo avanzaba su dama pero, cuando volvió a mirar al frente, una rama le golpeó en la cara.

—¡Eh! Mira a ver dónde pones tus ramas, patán —gritó al árbol armándose de valor.

Todos los árboles dejaron de susurrar. Atalia se juntó a Kavín, temerosa. Kavín se arrepintió de sus palabras. El árbol al que Kavín gritó se sacudió violentamente, dejando caer sus hojas sobre la rubia cabellera del muchacho.

Atalia suspiró, aliviada.

—No vuelvas a hacer eso o la próxima vez podríamos toparnos con un árbol con peores humos.

—S-sí... Vale, sigamos.

Atalia sacudió la cabeza, en parte preocupada y en parte divertida. Kavín siempre había sido un muchacho algo despistado y soñador. A Atalia le encantaba pasar las tardes junto a él, pues no hacían más que vivir locas aventuras.

No sabía hacia dónde le conducía su amigo, pero estaba dispuesta a seguirle. Le seguiría allá dónde fuera él.

Llegaron a un puente de piedra que atravesaba un riachuelo de aguas cristalinas. En el fondo, las hadas del río iban de un lado a otro; salían a la superficie con un salto y regresaban de nuevo al agua, pues era dónde podían respirar. Algunas cogían agua con la boca y la escupían a la pareja para hacer reír a las otras haditas y quedar bien delante de ellas.

«Presumidas», opinó Kavín para sí mismo. Mientras cruzaban el río, el joven notó cómo Atalia le soltaba la mano. Se dio la vuelta para ver qué ocurría y vio a su amada asomada al puente, observando a las criaturas. Entonces, un hada híbrida de tierra y agua, voló hacia Atalia. La chica, entusiasmada, alargó un dedo e intentó tocar al hada. Ésta, sin embargo, se ofendió ante tal acto. Enfurecida, empezó a tirar del cabello de Atalia. Empezó a chillar, asustada. Kavín corrió a socorrerla. Cogió al hada por una de sus verdes halas y la tiró al río. La pareja se fue del lugar apresuradamente.

—Son unas egocéntricas orgullosas —explicó Kavín—, creen que ningún ser inferior a ellas tiene derecho a tocarlas y las muy tontas creen que nosotros los humanos somos inferiores a ellas.

Atalia asintió con la cabeza, todavía un poco afectada. Miró al cielo, buscando algo que le indicara qué hora era.

—Pronto empezará a atardecer, Kavín. ¿No era al anochecer el suceso que querías mostrarme?

—Sí, cierto. Venga, démonos prisa.

Volvieron a agarrarse de la mano y siguieron corriendo hacia el Bosque. El calor hacía que los rostros de los dos muchachos enrojecieran y que sus lenguas se secaran. Al fin, Kavín vio la entrada al bosque.

Dicha entrada no era más que un simple túnel adornado con flores y hojas. Atalia y Kavín pararon frente al túnel y se miraron fijamente el uno al otro.

«Qué ojos más bonitos tiene», pensó Atalia.

«Cuánto la amo...», pensó Kavín.

Se sonrieron y, juntos, atravesaron el túnel.

Los pájaros volaban de un lado a otro, las ninfas cantaban y el viento silbaba. Pero eso no era lo mejor, pues lo mejor estaba por venir.

Kavín y Atalia decidieron sentarse en una roca y ver cómo caía el sol.

—¿Cuándo empezará? —preguntó Atalia, intrigada.

—De un momento a otro, ya los oirás...

Y, entonces, los tambores comenzaron a sonar.

El Alma del Clan

Beba Pihen de González

.....
<http://horayodigo.blogspot.com>
.....

I- Josiri- bure (valiente y libre, significa este nombre), de catorce años, había corrido por la sabana durante varias jornadas; vencería los desafíos iniciáticos que le permitirían considerarse hombre, cazar, armar una familia. Durante toda la carrera escuchaba, a lo lejos, los tambores de la tribu, y se sentía tan seguro como el niño que dejaría de ser, y el hombre que sería.

«Los tambores... El Candomblé» pensaba jadeante.« Hablan mis antepasados y toda mi gente».

De pronto, la red de los negreros le cayó encima; intuyó su destino y luchó por escapar; pero los mosquetes y los palos lo vencieron. Lo habían atrapado y lastimaron su alma.

Durante meses sobrevivió en la bodega inmunda de un viejo galeón, encadenado a la pared, espalda con espalda con otro prisionero. Allí había mucha gente; pero no había tambores; faltaba la voz de Olorun, El Alma del Clan, el poder unificador que invitaba a cantar y bailar la vida.

Asustados, perdidos, estaban como muertos; nunca se miraban ni hablaban. Era como si no escucharan los llantos ni los gemidos; como si no percibieran el chasquido de los cuerpos que eran arrojados al mar.

A veces los sacaban a cubierta: unas bocanadas de aire puro... un baldazo de agua salada sobre la mugre de los cuerpos...una galleta seca...

Cuando volvía a su lugar, Josiri-buré lloraba mucho, tanto por su gente y sus sueños, como por el cielo y el aire de África que había perdido. Y porque sentía, sobre todo, la soledad sin tambores.

Pero un día, Josiri-buré comenzó a sentir al mar que repicaba contra la pared; una vez, otra vez; y ese tambor del agua lo llamaba; le tocaba el corazón.

Preguntó canturreando:

—¿Olorun?, ¿Yemanyá? Y empezó a escuchar que otras voces cantaban su mismo rezo.

Una dulce y maravillosa revelación lo deslumbró: «¡Era Olorun, El Alma del Clan!».

En sordina, Josiri-buré comenzó a golpear las manos sobre los muslos; sintió tamborilear sus pies encadenados...

—Aquí estás, Olorun; no estamos solos; despierten, hermanos, el candomblé está aquí— cuchicheaba, susurraba, decía, en creciente exaltación.

Sus voces y palmadas aleteaban en la bodega; invitaban a reencontrarse en el candomblé.

Ahora brillaban algunas sonrisas en la oscuridad de la bodega.

El sonido del mar era enérgico y dulce a la vez; despertaba la conciencia de hermandad en medio de la degradación: no estaban abandonados; había un horizonte, aunque no podían verlo.

—Aquí estoy, Olorun, para que te vean y te oigan.

—¡A callar o habrá látigo! —gritaron desde la cubierta.

¡Qué importaba! Sabía que ahora era el emisario del clan, un “orixá”; el responsable de mantener el tambor en repiqueteo, aunque tuviera miedo de los guardias.

II- El 6 de enero de 1812, los guardias bajaron del barco a los esclavos, sucios, encadenados y hambrientos. El ambiente del puerto estaba estremecido de tambores cercanos y canciones. Latía el “candombe” de San Baltazar, el Rey Mago Negro.

Josiri-bure, escuchaba cantos y repiques y aunque no entendía las palabras estaba como arrebatado por la emoción.

—Aquí estás, Candomblé; te estoy oyendo.

Y comenzó la subasta. Los gritos. Los chasquidos. Las “carimbas” ardientes que algunos compradores aplicaban, todavía, a sus nuevos esclavos.

—Aunque estás aquí, Olorun, tengo miedo. Ayúdanos.

III- Lo compró un gallego cuarentón al que acompañaba su esposa, apenas adolescente, que sollozaba, horrorizada por el espectáculo.

—¡Anda, mujer! Son sólo esclavos... Bien que alivian las tareas y ayudan a vender los dulces... ¡No sé qué haríamos sin ellos! ¡Vamos, sube!

Llegaron al atardecer en la carroza familiar; desde el patio, un aroma de jazmines colmaba toda la casa; blanca de cal, negra de maderas relucientes. Todavía sonaban tambores en el patio de los esclavos.

«Olorún» susurró para sí. «También estás aquí». Maravillado caminó con los amos hasta el aljibe.

—Dame agua, Micaela —ordenó el amo a la esposa—. Hay que bautizarlo y limpiarlo.

Volcó el agua sobre las greñas mugrientas y murmuró:

—Baltazar, yo te bautizo...

—Hay que llevarlo a la Iglesia —susurró ella, espantada—. No es un chico moribundo.

—No seas majadera. ¿Gastar en un bautizo por un esclavo? Ya se ocupará Fray Pedro cuando pase de limosna por aquí. —Le hizo una caricia apurada—. Encárgaselo a Casiana para que lo limpie y lo “desburre”. Estoy muy atrasado hoy.

IV- Chancleteando desde la cocina apareció una negra rolliza de cabellos casi blancos.

—Ven, orixá Baltazar —susurró estremecida.

Llena de fe, lo llevó al patio de los esclavos:

—Es el enviado de Orixá —cantó solemnemente en la vieja lengua natal.

—Que nunca se calle tu tambor —corearon los demás.

Y Josirí Baltazar tomó el de uno de ellos, y arrancó a repicar y bailar y cantar, como si estuviera otra vez con su familia.

En el salón sonaba un clave. Nadie en la casa parecía sorprendido. Los amos hacían su vida, y los esclavos la suya.

V- —Aprende pronto y no metas bulla —aconsejaban los otros esclavos.

—Aquí somos familia. Agradece que no fuiste a parar a alguna plantación.

Mientras lo descubría todo, con asombro de niño, Baltazar Josirí- buré se hacía hombre, como había deseado.

Lo reconocían:

—Canta, baila, candombea; eres un “orixá”.

—¡Hermano Josiri!... ¡Hermano Baltazar!...

—¡Qué hermoso, mi Baltazar! —suspiraban las nietas de Casiana mientras lavaban la ropa o cebaban mates.

—Buen hombre, este negro: trabajador, honrado, alegre —decían el amo y las damas.

—Es devoto en la misa y en el candombe —reconocía el cura.

VI- Se sacudían los cuerpos ansiosos. Revoloteaban pollerones coloridos. Estallaban a gritos las coplas chispeantes y procaces. Se mezclaban los cantos al Santo Patrono con alabanzas paganas:

“Festejan el seis de enero / la fiesta ‘e San Baltazar/, el santo más candombero/ que se puede imaginar”.

Era el 6 de enero de 1813; Baltazar Josiri- buré encabezaba el candombe de su cofradía.

No había perdido a África; África estaba creciendo con él, en el Río de la Plata. No sabía que muy pronto sería libre.

Repicaron las campanas. Los tambores comenzaron a sonar.

El círculo

Tim Galano

.....

.....

—¿Quién hay? —preguntó mientras acercaba su cara a la mirilla.

—Mustafi.

Era el único que faltaba por llegar y también había sido el último en apuntarse. Abrió y le indicó el camino con el brazo, le siguió hasta que llegaron a la habitación donde estaban ya los otros cuatro que cerraban el círculo. Mustafi entró sin saludar, “para matar o morir los modales cuentan poco”, pensó. Ocupó la silla libre y notó una gota fría resbalando por su nariz lentamente hasta que se precipitó sobre la mesa que ocupaba el centro de aquella habitación. La pulcritud le llamó la atención, como si aquellas paredes nunca antes hubieran contemplado la escena macabra que ahora reflejaban. Eran un espejo blanco que devolvía a cada uno una imagen delirante de sí mismos. Miró a los ojos al resto mientras escuchaban las normas: “cada uno tenéis delante un revólver y una bala, meted la bala, girad el tambor, poned el cañón sobre la sien del que tenéis a la derecha, y disparad cuando yo diga. Así hasta que alguno dispare su bala”. Aquellas palabras estrujaron el corazón de Mustafi. Respiró el aire mortecino que acariciaba las paredes. Tembló. Preparó su pistola como le habían indicado haciendo sonar el tambor al igual que el resto de matarifes, la colocó sobre la cabeza del que estaba a su derecha y esperó. La empuñadura húmeda destiló el sudor de su mano y notó el frío intenso del cañón del revólver que se apoyaba en su cabeza. Comenzó a sonar el Réquiem de Mozart y se apagó la luz.

—Tres, dos, uno...¡ahora!

Al encender la luz, la cabeza de Mustafi apareció esparcida por el estuco blanco de la pared. Su cuerpo serpenteaba en una posición inverosímil entre la silla y la mesa. Aún mantenía la pistola en la mano y había dejado de sudar. Era su primera vez. El resto se debatía entre el sosiego de mantenerse intactos y las náuseas por el olor incipiente a muerte y sangre. El mediador repartió las ganancias a cada uno de los supervivientes del duelo, recogieron su parte y se fueron sin cruzar una sola palabra con él —ni entre ellos—.

Abrió el cubículo que tocaba de la morgue y sacó el cuerpo arrastrándolo en una camilla. Lo miró de arriba abajo, era lo habitual, descubrirlo completamente y hacer un examen previo mirando con cierta distancia, medio metro. No le incomodaba el olor rancio de los cadáveres que tenía que examinar, su pituitaria se había acostumbrado en los tiempos de universidad y su estómago mucho antes. Hincó el bisturí a la altura del esternón y lo deslizó con precisión hasta la pelvis evitando el ombligo, solía darle problemas. Manipuló con su destreza habitual el interior del cadáver apartando con delicadeza las vísceras de aquel viejo muerto. Cuando hubo colocado todo en su lugar, se dirigió a su maletín, extrajo un antebrazo envuelto en hielo y una funda isoterma e inodora y nuevamente se acercó al fiambre de la camilla. Introdujo el brazo inerte en las entrañas de aquel hombre y comenzó a coser. Se deshacía del último pedazo que le quedaba de Mustafi, el resto ya lo repartió en otros que ya habían sido incinerados. Terminó el costurón sobre el vientre de aquel viejo y tomó perspectiva para verlo, “otro trabajo perfecto”, se dijo.

Tomó la camilla por un extremo para devolverlo a su hueco en la pared con forma de panal metálico. Cuando abrió la puerta para dejar al muerto en su sitio escuchó un tono del teléfono que

indicaba la llegada de un mensaje de texto. Terminó de colocarlo en su sitio, metódico y con pausa. Se deshizo de los guantes de látex, colocó el cartel de “examinado” y leyó el aviso del móvil, “eres carne de mortaja”, decía. Recompuso el gesto perdido por un instante por la sorpresa e intentó obtener algún recuerdo de aquel número de teléfono. Nada. Pulsó sobre la pantalla para llamar. Tras unos segundos alguien descolgó. Esperó paciente alguna voz conocida y el Réquiem retumbó en sus oídos. “Gira el tambor”, la voz imperativa se alzó sobre su pieza favorita de Mozart, un segundo después escuchó como los tambores comenzaron a sonar.

El rincón del cielo

Man Legal

.....
<https://labahiadelasgoletas.wordpress.com/>
.....

Sucedió al principio de su relación con Jairo Chucho, cuando un sábado, al finalizar la primera sesión de la tarde en el cine Los Laureles, ya en la calle, caminando por una de las aceras de la carrera La Paz ocupada en gran parte por las chazas de baratijas chinas y naranjas de Sitionuevo, esquivando las poncheras de los vendedores de mangos verdes y huevos de iguana; Yovirna le preguntó a Jairo Chucho, mientras se escuchaban los estridentes sonos de tres papayeras que se dirigían al Paseo de la Libertad para recibir al Señor Presidente en su gira por la ciudad: “¿Y ahora qué hacemos?”. “Vayamos a hacer cositas”, contestó Jairo Chucho con su habitual desparpajo, desprovisto de cualquier malicia retorcida, pero dejando, como aquel que dice, caer la breva verde del árbol para ver si maduraba por el camino. Sin hacer ningún comentario Yovirna preguntó: “¿Dónde?”. La sorpresa de Jairo Chucho quedó mitigada por la obligación inmediata de encontrar una respuesta adecuada a ese “dónde”, que había salido cantarín y desafiante de la boca de Yovirna, y tuvo que concentrarse para dar cumplida respuesta a tan grato desafío. Su mente se trasladó, retrocediendo un par de años, a un hotelito bien cuidado, que no quedaba tan lejos y que había conocido en compañía de una antigua amiga de universidad, con más agallas que una iguana, una noche en que la libido de ambos se desbordó a borbotones después de unas cervezas, y cinco horas de estudio. “Ya lo tengo..., creo que por aquí hay uno”, dijo, como si por la más ingenua casualidad, lograra acordarse de haber visto un hotel por esos lados de la ciudad en algún distraído momento de su vida. Y ambos encaminaron sus pasos hacia el

mencionado hotelito de la calle del Progreso, reconocido por su halo de hotel digno y respetable, pues era sabido que el dueño del mismo, un santandereano, dueño también de unos graneros en el mercado, no dejaba entrar en sus habitaciones sino a quien acreditara un excelente comportamiento y un nivel social y cultural respetable, acorde con lo que él y su mujer entendían como gente de bien, siempre dejando claro por medio de un enorme letrero, que: “se reservaba el derecho de admisión y que sería puesto de patitas en la calle todo aquel, o aquella, que alterara en lo más mínimo la tranquilidad y el buen nombre del establecimiento.” Hotel Rincón del cielo. “Mi hotelito es un nido de amor, no un antro de putas”, decía con mirada firme a las parejas que se acercaban a la recepción solicitando una habitación para pasar un par de horas. “Entren y ámense, pero no formen escándalo”, y sus palabras quedaban reforzadas con otro letrero escrito a mano por su mujer, con preciosa letra gótica y tinta violeta, que pegado a la pared con cuatro pedazos de celo decía: “No se admiten cacorros”.

Fue una experiencia intrascendente para Yovirna que no estaba, en realidad, preparada para un lance de amor; y como aquel que dice no hubo nada, al menos para ella, que se pasó el rato jugueteando con la trole de Jairo. “Mira qué bonita, mira qué linda, mira qué gordita, mira que cachetona y rosadita, es un amor”; jugando a la rica inocencia, tirándole besitos con la punta de los dedos y dibujándole tréboles de la suerte con un bolígrafo azul, mientras, estirada en la cama, apretaba las piernas, reía con gracia de ruiseñor casquivano y sorteaba con cabriolas de circo los escarceos de Jairo Chucho; y éste supo, pasada una hora larga, que poseerla en aquellos momentos era una misión complicada, por no decir imposible, y más le valía unirse a sus juegos y veleidades que dedicarse a forzarla con argumentos de camionero, que lo que tendría que ser sería y se dedicó a contemplarla mientras ella exhibía sus dotes de gimnasta rusa y lo retaba a hacer el pino, la lagartija con una sola mano, la cruz en la puerta del baño y la

flexión inversa a ciento ochenta grados sobre el borde de la cama, y Jairo Chucho tan emprendedor y decidido, desorientado por los inesperados recursos de Yovirna, decidió que una buena paja acabaría con todas sus tensiones y lo pondría en paz con las fuerzas de la vida, y en ese preciso instante llegaron a sus oídos, desde el cercano Paseo de la Libertad, las palabras del Señor Presidente que pedía austeridad y contención, mientras las tubas y los tambores de las tres papayeras comenzaron a sonar.

El joven correcto

El misántropo autor

.....

<http://elamantedelapluma.blogspot.com>

.....

Más o menos al cumplir dieciséis, dejaron de importarme cosas que siempre me dibujaron como ejes de una vida próspera: asearme, comer a la hora que hay que comer, limpiar mi habitación y, como no, dormir temprano. Por alguna razón mi madre se me antojaba una persona insuficiente en esta vida, incapaz de ver realizadas sus fantasiosas metas y deseos. Por alguna otra razón esa frustración se traducían en impunidad a la hora de poner peso sobre mi vida de adolescente agresivo y despreocupado; vamos, como son todos los jóvenes...

Considerando esto último, creo que mi pronta recurrencia a las drogas está justificada ¿o no?, es decir, mi sed de rebeldía por la falta de respuestas o precariedad de las mismas, me llevaron de la mano hasta un camino bastante oscuro. Un camino del que apenas veía atisbo de esperanza en un futuro poco amistoso. Fueron unos cuantos cigarrillos mentolados los que despidieron la virginidad de mi sistema nervioso para, insatisfecho, probar más tarde el tabaco en pasta, alucinógenos y plantas coloridas sobre las que se hacían cultos de adoración entre carcajadas automáticas.

En mi hogar todo era un caos, o al menos cuando me hallaba lúcido. Si no era mi madre recriminando mi postura “antídoto”, mientras buscaba la correa más gruesa para asestarme disciplina, era mi *alter ego* susurrándome con insistencia de testigo de Jehová que tenía dos opciones: fugarme o cometer una barbaridad.

Se refería a un suicidio, primeramente. Esto lo confieso porque

en el interrogatorio que me hicieron poco después en la comisaría, los agentes se posaron como zamuros, esperando... lanzando preguntas si no retóricas, sí molestas. ¿Qué les importaba saber a qué se refería mi yo interior? No se lo comentaba ni a las modelos de las Playboy que escondía en un cajón. Y sin embargo yo me incliné por tergiversar y hacerlo todo a mi manera.

Si no estoy senil, era 21 de agosto por la noche. No me esforzaba por ocultar mis adicciones ni ser otra persona de cara a nadie. Alrededor de las 9:30 o 10:00 salí de mi casa; vivía en el sector 3, frente a la avenida principal por la que se bajaba a la ciudad. Doblé en la esquina barrio adentro y recorrí la hilera de casas mostaza, pasando mis dedos por paredes y ventanas de barrotes blancos. Me dirigía a la jaula de zinc de un camello cincuentón.

Ese pana es el padre que siempre quise. Barbudo, flaco, voz ronca y tez mugrienta, con sentido del humor explosivo (tragicómico a veces y otras solo cómico, cuando nos dopábamos juntos). Llamé a su puerta como solo yo hacía; al quinto estruendo abrió de golpe con mala cara:

—¿Pero tú eres marico, *brother*?

—Deja la gafedad, Mario. Necesito chocolate.

—No, no, váyase a su casa que su mamá lo tiene a monte, ¿oyó?

—Ah pues, mamagüevo loco, saca ahí que quiero comprar.

—No vale carajito tostao —dijo con movimientos de negación mientras cerraba la puerta—, qué comprar mariqueras, anda a estudiar es la vaina. Chao, chao.

Me cerró la puerta en la cara el desgraciado, no podía creerlo. Lo maldije y le rompí una ventana con una piedra, pero el perro no se asomó. Frustrado, di media vuelta cabizbajo. Algo me decía que una vieja bruja, incapaz de ver realizadas sus fantasiosas metas y

deseos, me esperaba en casa con la correa más gruesa.

Llego y consigo todo apagado, solo un par de lámparas en la sala irradian tenuemente. Me voy directo a mi habitación sin voltear a los lados, sin mirar de reojo ni sospechar. Me encierro; realmente no me importaba nada. Estaba contrariado. De repente escucho esos pasos. Esos pasos que de niño me alegraban, ahora me causaban malestar. Más y más cerca, como una ventisca, siento el roce de su mano con la puerta, buscando la perilla. Los tambores comenzaron a sonar...

El trato

José M. Quintero

.....

.....

—¡Vamos, corre, o nos alcanzarán! —gritó el Prof Rubén Ramírez a su ayudante, la Dra Navarro, sin mirar atrás.

Llevaban corriendo por horas, y aunque estaban en una gran selva, no habían logrado perderlos. Aún escuchaban el sonido de los tambores tocados por el líder de la tribu, mientras que los guerreros lo seguían con armas de cualquier tipo en las manos.

No sabían donde estaban. Habían perdido la brújula en el camino, por lo que ignoraban si estaban saliendo o si se internaban aún más en la selva. Su fiel ayudante, la doctora Miranda Navarro lo seguía, corriendo con todas sus fuerzas.

El profesor sabía que esta no había sido buena idea. Pero no había tiempo para sentir arrepentimiento en ese momento. En realidad no se arrepentía. “He obtenido lo que tanto buscaba”, pensó para sus adentros mientras veía en su mano la ansiada escultura parecida a una mujer.

Recordó cuando les habló de ésta y de la tribu a sus estudiantes.

—Se han tejido muchas especulaciones alrededor de esta tribu. Una de ellas es que son salvajes, carnívoros. Y sí, hasta caníbales —les había dicho, mientras todos lo escuchaban en silencio—. Se dice que hace muchos años la reina cayó muy enferma, a punto de morir, y cómo agradecimiento los guerreros y artesanos de la tribu construyeron una figura que la representara.

—Luego de la muerte de su reina —continuó—, la tribu tuvo

varias problemas de organización y estuvo a punto de desintegrarse. Pero llegó un nuevo líder y pudo levantarla. Esa figura de la que les hablaba aún está en manos de la tribu. Lleva cientos de años con ellos, y aunque muchos arqueólogos la han buscado ninguno ha tenido éxito.

—Eso hasta hoy. Porque yo mismo buscaré esa escultura, y la traeré para exhibirla en el museo donde trabajo —finalizó altanero, bajo el asombro de todos en el salón de clases. Sin importarle si estuvieran de acuerdo con él o no.

Y ahí estaba, dos semanas después, corriendo por su vida y con la escultura en la mano.

—Deberíamos entregársela —sugirió su ayudante.

—¡Estás loca! —gritó, sin mirar atrás.

—Estoy cansada —mencionó sobresaltada. Él la ignoró.

—Ya llegamos hasta aquí, ya tenemos la escultura, no podemos detenernos ahora —le dijo, sin dejar de correr.

Corrieron varios minutos más, hasta que el sonido del tambor dejó de escucharse. Por un momento, pensó que se habían rendido y que había ganado él, hasta que sintió un fuerte golpe detrás de su cabeza.

Se sentía desorientado cuando despertó. No sabía donde estaba, ni qué hora era. Le tomó un par de minutos poner su cabeza en orden y darse cuenta que estaba amarrado a un gran árbol. Intentó desatarse, pero fue inútil. Cayó en cuenta de que la escultura ya no estaba en sus manos. Miró a su alrededor, con la esperanza de encontrarla en el suelo, pero no vio nada.

—Al fin despiertas —escuchó decir a su ayudante. Ella estaba a un lado de él, la figura estaba en su mano.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué estoy amarrado? —preguntó inmediatamente—. ¡Ayúdame! —ordenó, señalando las ataduras con un gesto de la cabeza.

—No puedo. Es mi parte del trato.

—¿Qué trato? ¿Con quien? —no entendía nada, estaba totalmente confundido.

—Con ellos —fue la respuesta de ella, mientras señalaba hacía el interior de la selva. Él lo comprendió.

—¿Cómo...? —esta vez estaba más sorprendido que confundido.

—Conozco la historia de esta tribu. Sabía que no íbamos a escapar. También te conozco, y estaba segura de que no te íbas a dar por vencido, así que... lo hice. Anoche, mientras dormías, tuve un encuentro con el líder de la tribu y le advertí de tus planes.

—¡Me traicionaste! —sentenció.

—Solamente salve mi pellejo.

—Pero... ¿por qué?

—Te lo dije. Sabía que serías tan estúpido para luchar hasta el final, que no te íbas a dar por vencido. Tu arrogancia no te lo permitiría. Así que íbamos a morir. Y en realidad, no quiero morir.

En ese momento él estaba sin palabras, cansado.

—Pensé que eramos compañeros —dijo entre dientes.

—Yo también lo pensé, al comienzo. Pero... tú nunca me viste como tal. Para ti solo era la ayudante. Y aunque arriesgaba la vida en las excursiones, tú siempre te llevabas todo el crédito. Eres arrogante, vas por ahí jugando a ser Indiana Jones y sin pensar en las demás personas. Ni siquiera te diste cuenta que no todos estaban de tu lado.

Estaba confundido, decepcionado y por primera vez en su vida, completamente asustado.

—Lo siento —dijo, con un tono casi inaudible.

—Ya es muy tarde para eso.

Lo era, porque a lo lejos los tambores comenzaron a sonar.

Al final del túnel

Alma Rural

.....
<http://alma-rural.blogspot.com.es/>
.....

Muy pocas veces en mi vida he sentido una felicidad igual. Mira que han pasado años; treinta para ser exactos. Y cuántas cosas se sucedieron en mi vida: mi boda con Luisa; el nacimiento de Vanesa; y, sin embargo, no he vuelto a sentir lo que sentí aquella tarde. Sería la inocencia de mis cinco años; sería mi descubrimiento de un nuevo mundo lleno de magia, colores, música... no lo sé. Fuera lo que fuese, fue algo único.

Yo iba andando de la mano de mi madre cuando entramos en aquel túnel oscuro. Recuerdo que me puse muy nervioso. A mí no me gustaba nada la oscuridad cuando era pequeño. Incluso hoy en día siguen sin gustarme los sitios con poca luz. Luisa dice que soy un poco maniático. Yo creo que es que tengo un poco de claustrofobia.

Pero aquella tarde iba de la mano de mi madre y eso me daba la confianza suficiente como para enfrentarme a lo que fuera. Al final del túnel se podía ver una luz. Era amarillenta como si fuera un sol al atardecer. También se oía un griterío. Las voces de otros niños llegaban a mí con nitidez. No me podía explicar qué estaría pasando allí para que hubiera tantas niñas y niños gritando.

A cada paso que daba por el túnel me entraba más miedo. Llegué a pensar que igual no había sido buena idea haberle hecho caso a mi madre. Ella me había prometido que aquello me iba a gustar, pero yo, en aquel momento, ya no estaba tan seguro.

Cinco pasos más y el túnel se habría acabado. En ese instante cerré los ojos y agarré con fuerza la mano de mi madre. Entonces

mi madre se paró y yo a su lado. Tardé unos segundos en tener el valor suficiente para abrir los ojos de nuevo y ver lo que allí había. Era como si un arco iris se hubiera metido en aquel enorme espacio. Rojos, amarillos, verdes, dorados... estaban por todas partes.

Mi madre y yo buscamos nuestros asientos. Nos había tocado en una fila que era de color azul. Enfrente de nosotros había un gran círculo repleto de arena. Detrás de él había una gran cortina roja y dorada.

De repente todo se quedó a oscuras. Tan sólo un punto de luz iluminaba el centro de la gran cortina. Era como si una luna llena hubiera bajado del cielo para ponerse allí. Todas las niñas y niños nos habíamos quedado mudos a la espera de lo que pudiera suceder.

En aquel momento la roja cortina se abrió por la mitad y salió andando un hombre vestido con un traje azul y un sombrero muy alto. Se encaminó hacia la mitad del círculo de arena donde nos hizo a todos una reverencia a modo de saludo:

“Buenas tardes a todas las niñas y niños, a todas las mamás y papás, a todas las abuelas y abuelos, que han venido esta tarde a ver el espectáculo del Circo Magic. Sean bienvenidos”.

Todos empezamos a aplaudir a rabiar, a sonreír. Me sentía pletórico, feliz. Estaba deseando ver a los payasos, a los equilibristas, a los leones... Y entonces fue cuando los tambores comenzaron a sonar.

La invitación de la prima Angelika

Roger/NHICAP

.....

.....

Soy alemán, tengo ochenta años y regreso a Dresden en compañía de mi prima Angelika. A pesar del tiempo transcurrido, en mi cabeza todavía se agolpan recuerdos muy dolorosos de la infancia, pero estoy contento de volver a mi bella ciudad, a las orillas del Elba.

Esta mañana, comenzamos la visita por la reconstruida Semperoper. En su escenario, ensayaba como percusionista de tambores y timbales con la orquesta juvenil de la Dresdner Philharmonie. Mis padres me educaron en un ambiente desbordante de arte y cultura que despertó mis sentidos. Así nacieron mis amores tempranos con la música y la pintura de los antiguos maestros. Fueron unos años fascinantes de conciertos por las ciudades de Sajonia.

Sin embargo, también existe un lado trágico: los dramáticos episodios que me hicieron renegar de esta ciudad. Juré marcharme de aquí y no volver nunca después de sufrir los brutales bombardeos de febrero de 1945 que arrasaron la ciudad y redujeron a escombros su monumental centro histórico. Dos años más tarde, abandoné Dresden con 15 años, una pierna amputada, y un grave trastorno neurológico: odiaba el sonido del tambor.

Angelika, que en estos últimos años nunca dejó de cuidarme, siempre pretendió que yo olvidase aquel juramento y, al fin, logró su deseo. Ella trabaja en una galería de arte en Berlín y me propuso

acompañarla, hoy 7 de junio de 2012, a la presentación de la muestra conmemorativa del quinto centenario de La Madonna Sixtina que se exhibe en la Galerie Alte Meister de Dresden. Conocedora de mi ferviente admiración por el maravilloso lienzo, una de las obras maestras de Rafael, el gran pintor renacentista, pensó que la visita a la exposición era la excusa que yo necesitaba para arrinconar los amargos recuerdos de la guerra: los lejanos días de lágrimas, dolor y sufrimiento.

Y efectivamente, retorno con la intención de romper la vieja renuncia y con la esperanza de enterrar el trastorno de misofonía que perdura desde aquella horrorosa época.

Al mediodía, entramos en la pinacoteca y nos dirigimos a contemplar el magnífico cuadro en el que Rafael nos presenta a la Virgen con la cara más dulce y bella jamás pintada. Flotando entre nubes baja al mundo real y muestra al espectador el Niño que lleva en brazos ¡Lloro extasiado ante la Madonna! La ternura que transmite esta pintura disminuye mis defensas emocionales y provoca que los episodios del 14 de febrero de 1945 desfilen, una vez más, ante mi:

.....

»A las dos de la madrugada suenan las alarmas. Bajamos a la calle cubriéndonos con una prenda de abrigo y llevando las bolsas de subsistencia como único recurso. Nos dirigimos al sótano de tía Gretchen, porque el refugio del barrio siempre está abarrotado. Las explosiones retumban en la calle y la defensa antiaérea ilumina un cielo cubierto por la humareda de numerosos edificios en llamas.

»Corro por el centro de la calle con mi madre agarrada de la mano mientras mi padre acude en ayuda de una anciana que se desangra en la acera; tiene que protegerse en un portal para evitar los cascotes que caen por doquier. Segundos más tarde, una maldita bomba destruye aquel edificio. ¡Y a mi padre! La onda expansiva

me lanza por el aire hacia un lado de la calle. El golpe es fuerte, me incorporo con dificultad y soy consciente de que he perdido a mi madre.

»Mi instinto me impulsa a retroceder, quiero encontrarla. El escenario es aterrador: las bombas pulverizan edificios y las fachadas se derrumban con un estruendo descomunal. Las alarmas aúllan estridentes, sin descanso, como réplica a los escalofriantes lamentos de la gente sepultada bajo los escombros. La angustia me rompe el alma. “¡Madre!” Grito con fuerza, histérico.

»Nunca volví a ver a mis padres que ampliaron la lista de muertos esa madrugada. De entonces viene mi aversión a ciertos ruidos y sonidos.

»Camino desorientado y escucho el gemido de una mujer bajo un montón de piedras. Al verme, levanta una mano mientras con la otra aprieta al bebé contra su cara. Me acerco, tiene el cuerpo aplastado. Exhausta por el dolor, me entrega al bebé y escucho las palabras que recita sin cesar, con una voz muy tenue: “¡Protege a Angelika!”...¡Cuidala! Derramó dos lágrimas, me miró entristecida, cerró los ojos..., y murió. Sin dejar de mirarla, me levanto desolado, tabaleándome, y me pongo a correr con el bebé en mis brazos.

»Cerca del sótano de tía Gretchen noto como trozos de metralla perforan mi muslo; siento una fuerte quemazón y un dolor intenso en toda la pierna...y pierdo el conocimiento».

.....

Dos horas más tarde, con los ojos todavía humedecidos y la mirada hacia el suelo, abandono renqueante la exposición; en silencio, del brazo de Angelika. Paseamos sin prisa por las calles y plazas de la parte antigua de Dresden disfrutando la belleza barroca de sus emblemáticos edificios, fielmente reconstruidos.

Al atardecer, nos acercamos hasta la casa donde Angelika vivió

con mi tía Gretchen, que la había adoptado, criado y educado como a la hija que nunca tuvo. Yo conviví allí con ellas durante dos años, mientras me reponía de la amputación por gangrena de mi pierna. La pequeña Angelika me ayudó, con sus cálidas sonrisas y abrazos, a mantener mi ánimo vigilante para lograr ser inmune a depresiones.

Ahora, sentado en la habitación del hotel, aprovecho para reorganizar los estantes de mi memoria y guardo las escenas de este maravilloso día, junto a las últimas imágenes con tía Gretchen y la pequeña Angelika.

Me siento feliz porque la perenne tristeza acomodada en mis ojos durante años, ya pertenece al pasado. Y, además, se está difuminando el trastorno que me hace odiar el ruido; una prueba de ello es que no apagué la televisión cuando los tambores comenzaron a sonar.

La importancia de llamarse Uriel

Miranda (Adela Paramio Miranda)

.....
<https://mycatapultaliteraria.wordpress.com/>
.....

—¿Qué significa esto? —Úrsula levantó la vista del papel, con una expresión de perplejidad absoluta—. Acababa de abrir el sobre de la parroquia que su madre le había entregado.

—Es el certificado de bautismo, que pediste para tu boda, ¿no? Me lo entregó el padre José después de misa —contestó su madre—, que siguió tejiendo sin levantar la vista de la labor.

—Pero.... ¡esto no es mío!, coinciden los apellidos y la fecha pero no el nombre

A Úrsula el papel le temblaba en las manos. Su corazón latía a toda velocidad, y un bombardeo de imágenes e ideas se mezclaban en su cabeza, dándole una sensación de vértigo.

Doña Pura, esta vez sí, levantó la vista. Se había quedado lívida.

—¡Déjame verlo! —contestó inquieta—. Con gesto rápido lo cogió de manos de su hija, mientras se maldecía por no haberlo revisado antes. ¿Cómo no había pensado que podía pasar?

Aquel certificado estaba expedido a nombre de Uriel Castro de la Vega. Tenía que pensar algo rápido para tranquilizar a Úrsula .

—Tranquila cariño —Doña Pura trató de transmitir calma, aunque su palidez la delataba—. Está claro que es un error. Hablaré con don José y te traeré el certificado correcto mañana. Piensa que en aquella época se hacían bautizos múltiples, y el párroco era ya muy mayor. Seguro que se lió con las anotaciones

—Y entre todos los nombres con los que se podía confundir, tenía que hacerlo precisamente con ese. ¡Un error demasiado curioso! Me confunde con un chico y además se llama Uriel, que no es precisamente un nombre corriente.

Solo había conocido a un Uriel en su vida, que por supuesto no se apellidaba exactamente igual, aunque también era un sagitario y tenían un apellido común, fue su primer y gran amor.

Cuando se conocieron Uriel estaba en la sección de chicos del colegio en el que la internaron en la capital, cuando quiso ampliar sus estudios al acabar la escuela. Enseguida hicieron buenas migas. Era como su alma gemela. Se entendían y sentían una conexión tan especial que parecían haberse conocido en otra vida.

Todo había ido bien, incluso cuando terminó el curso y volvieron a sus respectivos pueblos.

Habían descubierto que vivían a unos veinte kilómetros, una distancia que les permitía visitarse viajando en bicicleta y encontrarse a medio camino, sin que apenas nadie lo supiera. Fue la época más feliz de sus vidas.

Todo cambió a partir de un pequeño accidente de bicicleta. Ella se cayó y como estaban cerca del pueblo de Uriel, este no dudó un momento en ir a buscar a sus padres para que la atendieran y pudieran llevarla a su casa en coche. La herida no era grave, pero hacía difícil que ella pudiera volver en bicicleta.

A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitaron. Tanto la reacción de los padres de Uriel como la de su propia madre al verlos juntos, parecía absolutamente desproporcionada. Se negaron a permitir que se siguieran viendo, se les notaba nerviosos y alterados. Era evidente que la causa no era la caída.

Cuando su herida estuvo curada e intentó visitarlo descubrió con asombro que sus padres lo habían llevado a un colegio de verano en otra ciudad. Poco tiempo después sus padres también abandonaron el pueblo y los vecinos murmuraban que se habían ido a Barcelona, llevándose con ellos.

A Úrsula todo aquello, le había parecido siempre muy raro. Decidió esperar a que en septiembre empezara el curso en el colegio donde se conocieron. Estaba segura de que él encontraría la forma de ponerse en contacto, y allí nadie les había creado problemas nunca.

Pronto comprobó que estaba en lo cierto. A los pocos días de iniciarse el curso recibió una carta y retomaron el contacto, ambos comentaron lo extraño de la reacción de sus padres, pero ninguno de ellos consiguió saber la causa. Un mes después Uriel le comunicaba su intención de escaparse para huir juntos. Eso fue lo último que supo de él. Nunca llegó a la cita ni volvió a tener noticias, y de todo eso hacia más de 10 años.

Y ahora, que proyectaba casarse, la confundían con alguien que se llamaba Uriel, además tenía sus apellidos y había nacido en la misma fecha.

Todo se revolvía en su interior. Entre todas las ideas que se le venían a la mente, una se abría paso en su cabeza, con más fuerza. Una idea que daría sentido a todo.

¿Y si Uriel era su hermano gemelo, pero había sido adoptado? ¿Por qué coincidían solo en el primer apellido?

Ella jamás conoció a su padre. ¿Qué historia se escondía detrás de todo aquello?. ¿Qué pudo pasarle a Uriel para no reunirse con ella y escapar? ¿Por qué no había vuelto a ponerse en contacto con ella en ese tiempo, si él sabía donde encontrarla?

Cuanto más lo pensaba menos lo entendía. Qué fueran hermanos no era un motivo para desaparecer, se querían, si acaso podía ser un motivo para cambiar de relación. ¿Dónde estaba Uriel?

¡Quería respuestas!

—¡Deme el sobre madre! Yo iré a hablar con don José. —Úrsula extendió la mano, con un gesto firme y una mirada retadora—. Pero.... creo que antes debería contarme alguna cosa.

La expresión de su madre, ya era de por si, esclarecedora. Sujetando el papel con fuerza, dejó caer la labor sobre su regazo y

alzó la vista hacia su hija.

De pronto, poniendo banda sonora a la tensa situación en un susurro que iba in crescendo, a lo lejos, los tambores comenzaron a sonar,

Mientras, en otro lugar cercano, desde la cama de un hospital Uriel comenzaba a salir del coma. Entre la bruma de su semi-consciencia imágenes perturbadoras y sangrientas atormentaban su mente. Pero sobre todas ellas, aparecía con nitidez una que le aportaba calma: la imagen de una hermosa mujer en bicicleta sonriéndole.

En ese momento, alertadas por los pitidos de las maquinas, varias personas uniformadas entraron en la habitación.

NOTA: *este texto forma parte de una novela corta de la que podéis obtener más información en el blog de la autora, cuya dirección encontraréis junto al título del relato.*

En el ruido encontrarás la paz

Chari Escudero Carratalá

.....
<http://rinconrevuelto.blogspot.com>
.....

Era el primer año que acudía solo a la gran feria medieval de Villanueva del Ciprés. Normalmente me acompañaban mi hermano Pablo y Clara, mi mujer. Pero dos meses antes de la feria decidieron abandonarme. Juntos.

El tintineo de los pendientes colganderos de un puesto de bisutería me dió la bienvenida. Miré todas esas artesanías fabricadas con alambre y piedras y recordé lo mucho que le atraían a mi mujer aquellas baratijas. Corrijo: a mi exmujer.

Siempre me pedía que le regalase algo así por sorpresa y resoplaba cuando yo le respondía que prefería que los eligiera ella misma. Al final fue ella quien me dió la sorpresa.

Más allá de los puestos de bisutería, el intenso aroma del queso curado invadió mi olfato y mis recuerdos; vi con total claridad a Pablo en mi cocina devorando con avidez el queso que compramos el año pasado.

Mi hermano se pirraba por la comida y su metabolismo era envidiado por todos sus semejantes. Por si la naturaleza no había sido lo suficientemente generosa con él, unos ojos claros y un cabello que obviaba el paso del tiempo hacían el resto. Pablo, el soltero de oro de la familia.

El soltero de oro que se comió la mitad de mi queso y también el chorizo que Clara compró, un chorizo de un cerdo que no lo sería tanto como ellos dos.

Basta. Yo he venido aquí a distraerme.

A mí no me fascinaba la artesanía ni la comida, (aunque la barriga que comenzaba a asomar por encima del cinturón dijera lo contrario), lo que de verdad me atraía eran los espectáculos que montaban en la plaza empedrada que había justo al lado de la feria: faquires, fuego, batucadas...

En un mundo tan industrializado como el nuestro, el poder de atracción de algo tan primario como el sonido o el fuego, me parecía mágico. Mientras todos les contemplábamos en silencio nos sentíamos sorprendidos y felices. En esos momentos era como si volviéramos a ser niños.

Absorto en mis pensamientos, me sobresalté cuando alguien me cortó el paso. Una mujer cuyos cabellos rojos sobresalían de un pañuelo morado lleno de estrellas, me agarró el brazo:

—¿Quiere que le lea la mano —me preguntó con los ojos muy abiertos.

—No, gracias —respondí intentando parecer educado.

Aun así, cogió mi mano y recorrió una de las líneas con el filo de su larga uña índice:

—Viene aquí a encontrar la paz. En el ruido la encontrará.

Bien. Me encantan las galletitas de la suerte. Gracias por su haiku, señora del pañuelo morado.

Muy hábil por su parte decirle eso a un hombre que acudía solo a una feria. Una feria en la que el hombre de la tómbola instaba a los viandantes a probar suerte, un niño pedía a gritos un perrito que se movía como si estuviera poseído y las canciones de los puestos se mezclaban unas con otras. Muy hábil, mi querida adivina.

Le miré con escepticismo y coloqué un euro en la mano que aún

tenía abierta.

Me ató una pulsera en la muñeca sin pedir permiso. De ella colgaba una piedrecita que, según la adivina, me daría suerte. Pues vale.

No pude evitar ser masoca e irónico a partes iguales: compré queso en el mismo puesto de siempre. Observé con pena a un burro cuyos lomos tenían que soportar la carga de dos escandalosos niños. El polvo de un puesto lleno de libros de segunda mano me hizo estornudar, pero aún así me detuve para regalarme una antigua edición de *Grandes Esperanzas* de Dickens.

Miré de reojo los puestos que ofrecían los restos de unos arbustos aromatizados en pequeños cuencos de mimbre. Los cartelitos que acompañaban aseguraban que eran útiles para el mal de amores y los dolores si se tomaba en infusión o se hacían emplastos con ellos. Me reí con disimulo. Sólo creía que esos efectos fueran reales si la gente se las fumaba.

Habían muchas personas allí paradas observando con interés, yo decidí recurrir a algo más tradicional y efectivo para subir mi ánimo: me detuve ante un puesto de algodón de azúcar y pedí uno.

Un hombre, que supuse que llevaba allí tantos años que sería algo así como el chef de los algodones de azúcar, se dispuso a enrollar la masa rosa sobre el palito, cuando, una mujer que parecía su hija, le apartó con delicadeza. El cascabel que descansaba entre sus clavículas tintineaba mientras movía todo aquel azúcar. Encima de su blanca sonrisa, un aro le brillaba en la nariz. Un puñado de rastas descansaban sobre su vestimenta, entre hippy y medieval.

—Apuesto a que es la primera vez que una mujer le regala flores —dijo con una sonrisa traviesa mientras me tendía un algodón de azúcar con una forma nada habitual.

Yo le devolví la sonrisa y le di las gracias mientras ella me seguía

mirando a los ojos.

Era guapa. Pero bastante más joven que yo. Y seguro que aquella broma se la hacía a todos los hombres.

Seguí caminando un largo rato sin mirar hacia ningún lado, mientras me pringaba los dedos y pensaba en aquella mujer tan peculiar. La alegría que transmitía parecía haberse pegado en aquella masa hipercalórica, y, para mi sorpresa, yo la engullía en cada bocado.

Cuando acabé mi dulce, vi que en la plaza ya se agolpaba el gentío y me acerqué al grupo heterogéneo que se había formado.

A Pablo le encantaban este tipo de espectáculos. Sin embargo, Clara los odiaba y siempre se quedaba rezagada en algún puesto mientras nosotros disfrutábamos de la energía y ritmo de aquellos chavales.

Demasiado ruido, decía...

Un grupo de jóvenes se colocaron en el centro de la plaza. La batucada estaba a punto de comenzar. Unos ojos me miraron fijamente y después rieron al mirar mi mano derecha: el palito desnudo del algodón todavía estaba allí. Me guiñó un ojo y por primera vez en mucho tiempo fui capaz de sonreír con la mirada. Entonces, los tambores comenzaron a sonar.

Los tambores de Solima

Fernando J. Caporal

El reino había quedado casi en ruinas. La última batalla contra los gigantes de Misaria había sido devastadora, y los valientes y temerarios soldados de las tropas del Rey pelearon hasta derramar las últimas gotas de su sangre, en el campo de batalla en la entrada de la fortaleza de Solima, al este de Bustrania. A fuerza de hierro y fuego se fue forjando la lucha más cruel y desigual en la historia de la legendaria Solima, e injustamente, las tierras protegidas por años por la dinastía columita, descendientes del Rey Columo El Grande, les fueron arrebatadas; la historia contaba que las tierras debían pertenecer a los columitas por el derecho ganado de haber vivido en ellas, haberlas trabajado y convertido en una tierra próspera durante muchos años; ahora ese pueblo se había transformado en leyenda, una leyenda que jamás quedaría olvidada en el tiempo.

Los gigantes misarinos habían declarado la guerra al Rey solimano a principios del invierno del este, siendo ésta época propicia para ellos, ya que su piel estaba revestida por una gruesa capa de grasa que los protegía de los fríos intensos del invierno oriental, en cambio los solimanos, que eran de sangre caliente, con la fría temperatura reinante, carecían de reservas de energía y de fortaleza para enfrentarlos. Los gigantes, literalmente, los aplastaron.

Los pocos sobrevivientes de la desdichada tierra huyeron en dirección al norte, llevando con ellos los caballos y algunas pocas provisiones que pudieron tomar en medio de un escape furtivo. Luego de varias semanas de andar por los caminos montañosos

para cruzar la frontera norteña, llegaron a un vasto territorio en el que abundaba la vegetación donde los árboles daban sombra y protección contra los vientos invernales del este, que provenían desde el mar no muy lejos de aquí, y las montañas detenían el avance de las fuertes tormentas del centro del país. Los pocos solimanos que lograron sobrevivir, encontraron una nueva tierra próspera donde establecerse.

Los gigantes luego de la victoria no encontraron ser vivo en éstas tierras, así supieron que habían cumplido con lo planeado por siglos, habían vengado la muerte del gigante Rey, degollado a manos de los soldados del primer monarca columita, quien había dado la libertad al reino, y que desde entonces se mantenía independiente de la dominación misarina, hacía aproximadamente unos 300 años atrás. Durante 3 siglos, se habían enfrentado ambos pueblos con resultados favorables para los columitas solimanos, legendarios y conocidos por ritualizar sus victorias haciendo sonar un centenar de tambores fabricados por ellos mismos, que tenían un sonido especial, metálico, hecho con las pieles de los gigantes que morían en la batalla. Al llegar el invierno, habían llevado a cabo la tan esperada invasión que se conoció como la “Gran Epopeya Misarina” entre los gigantes ancianos que recordaron la batalla por años.

Los sobrevivientes que lograron huir, pudieron establecerse en la nueva y benévola tierra, que les proporcionaba prosperidad y protección, ya que los gigantes no conocían nada que existiera más allá de las montañas.

A finales del invierno, los recién casados esperaban la llegada del primogénito, el primer niño varón que nacería luego del éxodo, y que sería enaltecido con un cetro de mando. Con el primer rayo de Sol que asomara por el horizonte de la primavera, el primer hijo varón que naciera sería coronado como Rey de las nuevas tierras del norte.

Esa noche, Kamaila, la joven esposa de Jobiel, hijo de un agricultor descendiente de los solimanos guerreros que pelearon con el Rey Columo El Grande, se despertó sobresaltada, y su grito despertó también a su marido. Kamaila tenía dolores fuertes debido a que las contracciones habían comenzado a ser más frecuentes.

—Arimateo, Gran Dios de todos los hombres, por favor, ayúdame, no permitas que mi hijo desgarre mis entrañas antes del amanecer - la joven solimana rezaba a su Dios para que pudiera llegar al mundo con el primer rayo de sol de la primavera.

Los dolores eran casi insoportables, mientras que el niño pujaba para nacer.

—Jobiel, debes ayudarme —suplicaba Kamaila—, debes colocar un paño frío sobre la panza para que nuestro hijo retrase solo unas horas más su nacimiento.

—Kamaila, tu madre siempre dijo que eso era una vieja superstición que nunca funcionó, y que podía perjudicar al bebé.

—Por favor, al menos intentémoslo.

Jobiel aunque sin estar de acuerdo oyó la súplica de su esposa y colocó entonces un paño frío sobre su panza. El bebé cedió instantáneamente el esfuerzo por nacer, y Kamaila, bañada en transpiración, sonrió feliz a su marido. Una hora más tarde, la luz detrás del horizonte emergió, entonces la joven futura mamá quitó el paño de su panza.

—Seas ahora bienvenido, hijo mío, el nuevo Rey —dijo, pero el bebé no empujaba.

—Kamaila, el bebé ha subido, no está en posición de nacer —dijo Jobiel al ver la forma de la panza de su esposa.

Ambos padres, sabiendo que esto podía provocar la muerte del niño y de la madre, mientras que la luz del alba era cada vez

más intensa, comenzaron a empujar; Jobiel ayudaba a su esposa presionando desde arriba hacia abajo, mientras que Kamaila hacía fuerza para provocar que el bebé naciera. Los esfuerzos de ambos y la resistencia del bebé fueron contrarios durante unos minutos que parecieron interminables, hasta que el niño finalmente se acomodó para nacer; el parto comenzó con un grito de la madre que sentía sus entrañas desgarrarse, y al escuchar el llanto de su bebé naciendo, por encima de su cabeza apareció el primer rayo del sol del primer amanecer de la primavera. Felices, Kamaila y Jobiel sonrieron y lloraron agradeciendo a Arimiteo, el Dios de todos los hombres.

Esa mañana todos se reunieron alrededor de los padres del nuevo Rey de las tierras del norte, la nueva Solima; los caballos relincharon, los hombres festejaron, y una vieja tradición de victoria se hizo presente otra vez... Los tambores comenzaron a sonar.

Los amantes del tiempo

Mayca Nasan

.....

.....

Llegamos a la ciudad de los vientos a media tarde. El viaje en taxi desde Marrakech había puesto a prueba nuestra templanza, gracias a las disparatadas maniobras de un conductor temerario.

Nuestro desasosiego se esfumó nada más poner los pies en tierra, ya que inmediatamente nos sentimos embriagados por la belleza de aquel lugar que confundía y fascinaba a partes iguales. Ante nuestros ojos, apareció de repente una imponente playa coronada por un cielo añil que se extendía hacia el infinito. Más allá, en contraste, se alzaban los muros ocres de antiguas fortificaciones y las bellas casas de adobe blancas adornadas con sus característicos pórticos de luminoso azul celeste.

Olía a mar, a pescado y menta.

Desde el cielo, decenas de gaviotas graznaban vigilando nuestro deambular hacia el corazón de la ciudad vieja, mientras un rumor lejano de reggae, percusiones y acento árabe llegaba a nuestro oídos.

A cada paso, en cada rincón, se intuía un ambiente cultural propio y genuino, y a la vez, muy mestizo, de una ciudad en la que residían desde hacía décadas, artistas llegados de todos los rincones del mundo. Se respiraba arte por todas partes, y por eso estábamos allí, en Esauira, dispuestos a empaparnos de todo lo bueno que aquel lugar podía ofrecernos.

Llevábamos una semana recorriendo el país, y habíamos acudido

a la bella metrópoli marroquí atraídos por su conocido festival de música Gnaoua. El evento suponía un perfecto punto de encuentro y fusión entre la tradición, encarnada en sus músicos locales, los Maâlem, y la música contemporánea de artistas internacionales del jazz, blues, rock, pop, o reggae. Los tres días de festival generaban una potente explosión de ritmos hipnóticos bajo un ambiente festivo que impregnaba toda la ciudad, y no deseábamos perdérselo.

Fue fascinante atravesar la muralla y descubrir una medina llena de vida. Toda ella se hallaba vertebrada de estrechos pasajes, callejones y fachadas encaladas. Nos dejamos llevar, sin rumbo, extasiados por el bullicio y la variedad de mercancías en venta en sus múltiples tiendas de artesanía, encontrando a nuestro paso desde las típicas alfombras, hasta la exquisita joyería bereber, pasando por los artículos de cuero y madera, la cestería, los aceites de Argán, pescados variados, especias... Era un caleidoscopio de colores, olores, sabores y sonidos que estremecía los sentidos.

De pronto, supe que quizás, había encontrado mi sitio, y que era una de esas raras ocasiones en las que sentía que me hallaba justo donde quería estar... hasta que llegó el momento en que nos percatamos de que estábamos perdidos en el laberinto de callejas, y la magia del instante se esfumó.

Volvimos a ser sólo dos jóvenes mochileros inexpertos, impacientes y desorientados. Unos idiotas, vaya.

Jorge comenzó a ponerse nervioso, no soportaba perder el control bajo ninguna circunstancia y ambos comenzamos a discutir acaloradamente subiendo el tono de voz. La gente que pasaba a nuestro alrededor nos miraba sin disimulo.

De pronto, un hombre, casi anciano, de rostro amable y risueño que sentado junto a la puerta de una tienda fumaba una pipa de kif, comenzó a agitar uno de sus brazos llamando nuestra atención.

Parecía dirigirse a nosotros, y sorprendidos, decidimos acercarnos a él.

—*Salam aleikum* —saludó, llevando una mano al corazón, en un gesto de respeto que me pareció conmovedor—. ¿Españoles? ¿Sí?

—Eh, sí, hola —dijo Jorge, apartándome sin disimulo hacia atrás—. *Aleikum salam...* ¿me entiende? —La expresión corporal tensa de mi amigo evidenciaba desconfianza.

—Claro. Yo conozco España, ¡visca el Barça! —se rió a carcajadas de su propia ocurrencia—. Yo ayudo, ¿qué pasa?

—Íbamos de camino al *riad* donde nos vamos a alojar, y nos hemos perdido, se nos está echando el tiempo encima y no vamos a llegar para...

—Ah, calma, *siñora* —me interrumpió con un dulce tono de voz que revelaba mucha paciencia. Estaba claro quién dominaba la situación—, no problema, *amegos*. ¡Bienvenidos! Soy Amir. Yo ayudo, luego, ¿sí? No prisas. Antes yo invito té a mi casa. *Inch'Allah...*

—No tenemos tiempo —respondió Jorge cortante. Su abierta hostilidad estaba resultando embarazosa —. Venga Esther, nos vamos. No te dejes liar.

—*Amegeo*, acepta té —insistió Amir —. Ofrezco lo que tengo.

A continuación, apartó su sonrisa, y adoptando un aire solemne y en perfecto castellano, nos regaló una de esas frases que se interiorizan hasta el fin de los días, y son lección de vida:

—En Occidente vosotros tenéis el reloj, pero nosotros tenemos el tiempo.

Amir fue el primero, pero en los días siguientes, otros hombres, mujeres y niños, a través de sus actos y generosidad nos enfrentaron

con nuestros ridículos prejuicios y nos enseñaron sobre el buen vivir.

Entre otras cosas, aprendimos a valorar los pequeños detalles y a disfrutar del placer de pasar el tiempo, sin más. Y sobre todo, junto a ellos descubrimos que era preferible ser que tener, y que hasta entonces, nuestras acomodadas vidas habían estado plagadas de banalidades que nada nos aportaban, más allá de lo meramente superficial.

Fue a partir de ahí que comenzamos a ser verdaderamente libres: es curioso como una frase puede cambiar toda una vida.

Volviendo a aquel momento, sobraron las palabras. Ambos comprendimos el mensaje del hombre, y bastó un rápido cruce de miradas para aceptar su hospitalidad. Caminamos junto a él, mientras de fondo ya se adivinaba el comienzo del festival. A lo lejos, los tambores comenzaron a sonar.

.....

Capítulo 9

Microrrelatos (2^a edición)

Junio, 2015

.....

Pasado dormido

Superandoloimposible

.....

<http://superandoloimposible.blogspot.es>

.....

Cuando Tom despertó, aquel juguete, que había sido en su ayer el más famoso, ya no existía.

Abandonado

Pepe Sanchis

.....

.....

Todo lo que tenía sentido para mí se ha venido abajo. La mujer amada, con quien soñaba pasar el resto de mi vida, acaba de rechazarme. Ayer me dijo que sintiéndolo mucho no puede salir conmigo, que ha encontrado a otro más guapo y con una casa más grande. Con un jardín fabuloso y una piscina maravillosa para pasar el verano.

Lo peor es que el próximo sábado será mi cumpleaños. Había preparado una gran fiesta para nuestros amigos. Esperaba recibir muchos juguetes y al final de todo declararle mi amor eterno, aprovechando que ya tendría nueve años.

Estaré a tu lado... hasta el fin

Jennifer Montero

.....

.....

Entre las capas de polvo y las desagradables telarañas, Emily logra encontrar una cajita de madera. La abre con manos temblorosas, al borde del llanto.

En su interior hay un juguete... el juguete favorito de su hermana.

—No me puedo creer que te perdiese ayer —confiesa entre lágrimas, apretando contra su pecho la vieja muñeca.

—Nunca me perderás, hermanita.

El juguete del abuelo

Tinin

.....

.....

El abuelo Valentín, me confió uno de los muchos secretos que celosamente guardaba.

—Hijo, tengo pendiente un gran viaje con un amigo, al que por prudencia no me gusta nombrar. Aún no tengo fecha decidida pero el día que marche te regalaré mi mejor juguete porque ahora solo tú eres “ideal”, me dijo al oído con gran misterio.

—¡Qué bien! Vete pronto —le pedía con el fin de no tardar mucho en hacerme con el regalo.

—Todo a su tiempo hijo, todo a su tiempo —me contestó.

Él también fue ideal por conocer la forma en la que todo podía transformarse en un juego, por utilizar polvo mágico de hadas para desaparecer los momentos más difíciles del día, por la facilidad con que dispensaba cariño a los pequeños, por como castigaba sin piedad utilizando sus más mortíferas armas, el abrazo, la sonrisa, el beso... por abrir la puerta a los obstáculos de la vida, sumirles en una interminable espera y otorgándoles atención ninguna.

Cierro los ojos y comienzo a revivir su final.

Él sabía que le quedaba poco tiempo y no pedía más que unas pocas horas para finalizar el encargo que demandaba su alma. Presagiar el inminente final le era fácil, pues había tratado con La Parca tantas veces que conocía su manera de acercarse y como utilizaba la guadaña. No retrasaba su encuentro, pues sabía que su camino había llegado a término, pero quedaba pendiente un

compromiso del ayer y sin tardanza había de ser consumado, ya que el señor que pasa las páginas de la historia nunca paraba su mano.

Apenas podía tenerse en pie pero pidió a Dios fuerzas para interpretar esta última escena. Como pudo borró las facciones de dolor que tenía su rostro, asomó la cabeza por la puerta del salón y cuando su mirada encontró a Víctor, mi hijo, le guiño un ojo y ambos comenzaron a reír.

Con verdadera extrañeza preguntó a todos:

—¿Habéis visto mi bólido?

El abuelo siempre llamaba así a un pequeño coche de madera que construyó él mismo con sus manos. Era algo más que su amuleto. Nunca salía sin él, porque cuando en la casi olvidada guerra civil huían hacia los refugios subterráneos, soñaba que lograba salvar a la familia de los interminables asedios de la aviación. Al observar el miedo en el rostro de sus padres se abrazaba a ellos con fuerza y mientras se mezclaban los rugidos de las aeronaves con las del imaginario motor del cochecito, simulaba salir volando sorteando las bombas y la metralla de la Legión Cóndor.

—¡Yo no sé donde está! —contestó Víctor mientras se encogía de hombros a la vez que los dos seguían con sus risitas de complicidad.

—¡Bueno pues el que lo encuentre, que se lo quede!, terminó diciendo el abuelo.

Al retirarse para dormir se despidió por última vez.

Se acercó a la carita de su nieto y mientras se deleitaba pellizcando los suaves mofletes, le iba transmitiendo alguna secreta misión con un ininteligible cuchienco en los oídos. Cuando finalizó, Víctor dio un salto y con una cómica marcialidad respondió.

—¡A sus ordenes mi General!

Besó en la frente a mi mujer y a mí me estrujó entre sus brazos.

—¿Es ideal, verdad? —preguntó refiriéndose a Víctor con la mirada.

—Sí —contesté.

Al día siguiente lo encontré frío, sin aliento, sin vida.

Preparó su partida en la noche y marchó sin hacer ruido, tan callando que aún hoy queda rastro de un silencio sosegado, calmo, que invita a escuchar esta ausencia de ruido.

Cuando busqué en la habitación su coche volador se me hizo raro no encontrarlo en su mesilla. Tampoco se hallaba entre sus prendas, ni olvidado en el baño, como a veces acostumbraba a hacer.

Es extraño, pero a pesar que sé que no le volveré a ver, no siento su pérdida. El aire, sus ropas, sus cosas, todo lo que esta casa contiene parece retener una parte de él. Lo encuentro tan próximo...

Yo diría que ni tan siquiera marchó y que es aquí en el calor del hogar donde sigo percibiendo su presencia. Me cuesta decirlo, pero intuyo claramente que se haya aquí y puedo escuchar su voz como un lejano eco que se alza por encima de esta calma que colma cada estancia, puedo percibir el olor de su colonia en cada rincón de esta casa y creo ver su sombra en las noches de luna pasearse por los claros de luz o notar como su mano se posa sobre mí a cada instante, acompañándome.

Ahora incluso puedo apreciar con claridad el insistente ruido del motor de su juguete preferido. Es tan nítido el vibrar de sus hélices que mis piernas me empujan hacia el salón de donde sale este sonido que tan bien conozco.

Cuando abro la puerta encuentro a Víctor ensimismado en

sus juegos y por unos instantes no se percata de mi presencia. Fascinado por tanta belleza me deleito contemplando la perfección de la escena.

Sí, sin duda se haya aquí y me tranquiliza percibir su espíritu cuando veo jugar a mi hijo con aquel trocito de madera en su mano, mientras hace giros imposibles en el aire.

—¡Mira papi lo encontré bajo mi almohada!

—Si cariño —le conteste mientras las lagrimas surcaban mi cara.

—¡Papi, es un bólido tan rápido que hasta puede volar!

Es ahora cuando me doy cuenta por qué me dijo aquello, por qué de nuevo no se equivocó, del por qué mi hijo tiene hoy este juguete, pues veo en sus ojos la magia que impulsa a los ideales, a creer en lo imposible, a tener intacta la inocencia a todas esas cosas que son patrimonio de los niños y de unos pocos afortunados mas entre los que yo no me encuentro...

Anhelo

Vespasiano

.....

.....

Corría el año 1950. Ayer, como quien dice. Un día aciago del mes de Septiembre lloró desconsoladamente por la muerte de su padre. Algunos meses después lloraría tristemente cuando supiera que los Reyes Magos, sin dinero, no le traerían ningún juguete. Él esperaba ansioso recibir una humilde pelota de goma que le daría la potestad de jugar con sus amigos.

Nuevamente se quedaría fuera del equipo. ¡Como siempre! A lo sumo, si era persistente, lo dejarían jugar de portero en el tiempo de descuento...

Inspiración fallida

Rosario Pozzerle

.....

.....

Ayer tuve un impulso tremendo de escribir. De escribir como antes, con lápiz y papel. Me senté cómoda y compuse un microrrelato, como lo exige el taller. Quise enviarlo, pero no me atreví. “Mañana”, pensé.

Hoy vinieron mis nietas, anduvieron jugando por toda la casa y al final se entretuvieron en el lavabo del baño. Las vi divertirse con algunos juguetes. ¡Cómo les encantaba jugar con el agua! Era su pasatiempo favorito. Siempre me sucede lo mismo con ellas, al comienzo, es muy agradable atenderlas, pero luego... «Felizmente, las recogieron cuando ya no soportaba tenerlas».

Por la noche, voy al encuentro de mis hojas, pero es inútil, ¡no están! Las busco y no las puedo encontrar. Estoy al borde de la desesperación. ¿Deberé escribir de nuevo el microrrelato? Empiezo a componer la historia perdida, pero no... no me gusta, arranco una hoja y luego otra, las arrugo. No hay inspiración.

¿Dónde estará mi primigenio relato? De pronto, me asalta una idea terrible:

!!!Los barquitos de papel!!!

Laura

Montse

.....
<http://montsegp.blogspot.com.es/>
.....

Laura se perdía en la inmensidad del océano —a aquellas horas— bien avanzada la tarde. Había adquirido aquella costumbre desde que tiempo atrás decidieron mudarse del pequeño piso en Barcelona, a aquel otro, que si bien no era más amplio, sí le permitía observar de cerca el mar; siempre había ejercido un poder casi mágico en su espíritu.

Desde el balcón, vislumbraba la incomparable vista. Esta no siempre se mostraba con el mismo ánimo o del mismo color. Aquel día, alrededor de las veinte horas, el mar presentaba una tonalidad azul marino, muy oscura, en contraste con el azul más vivo del cielo, en el que las máquinas voladoras creadas por la mano del hombre dejaban unas rayas blancas formando caprichosas figuras. Algunas aves negras, quizás estorninos, completaban el conjunto. Había llegado la hora de darse el festín y, a su reclamo, iban apareciendo más y más aves que revoloteaban de acá para allá sin aparente sentido.

Seducida por la visión, acudía el recuerdo de ayer. Decidió calzarse unas chanclas de goma, coger el libro de poemas que siempre leía, bajar e impregnarse de sal y olor de mar; dejarse arrastrar por aquellos recuerdos que pujaban por salir a flote. Lo necesitaba, era alimento indispensable para su esencia.

Bajó las escaleras a buen ritmo, pero sin correr como hacía tiempo atrás. Una vez en la calle, atravesó las vías del tren y se situó en unas rocas cercanas. Se quedó allí, a solas; donde el mar

y el cielo y ella, iniciaban una conversación sin palabras. La luna, que había tenido la diligencia de acudir a la cita —no siempre le era posible—, completaba aquel curioso grupo. Nadie más estaba invitado.

Laura dejó volar su imaginación. Viajando a un pasado lejano ya. En aquel pasado se alzaba, con soberbia y atrevimiento, una imagen y una voz. Había una serie de personas que acompañaban los recuerdos, pero estas no tenían ningún protagonismo, tan solo formaban parte del cuadro; igual que un bosque difuminado adorna el fondo de aquello importante que captó el artista con su pincel.

No abrió su libro, pocas veces lo hacía a aquellas horas ante el mar, quedaba sobre su regazo como un juguete precioso. Los poemas, tan conocidos, estaban grabados a fuego en su memoria. En aquellos momentos, la voz creadora los recitaba para ella acariciándola con el terciopelo suave de su eco.

Gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. La vista perdida en el horizonte. La llamada nuevamente se quedó sin respuesta y las preguntas se volvían a amontonar en su cabeza, a sabiendas de que en la vida todo tiene un principio y un fin. Consciente de su elección y su deber, lo único que le quedaba era alimentar algo que sólo en aquel entorno podía hallar.

Pasó, casi una hora en un nivel de seminconsciencia. Cuando recobró su estado natural, pensó en los suyos. La estarían esperando. Nunca le decían nada. Ellos sabían que ella tenía otra vida, además. Los amaba, pero amaba sobre todas las cosas, su pasado. Lo que era ella ahora, se lo debía en gran medida a aquella figura, a aquella voz querida y admirada y sobre todo, añorada.

Un buen día, llegó a sus oídos que había partido para no volver jamás. Cuando pudo, no le dio las gracias...

Ayer no más

Clara Argibay

.....

.....

El día en que nació, su tío, veinte años mayor, dijo a su padre: «Esta la reservas para mí».

Al cumplir los doce, su madre le habló: «Conoces a tu tío. Será tu marido. Obedece y calla».

Salía él a sus negocios y ella sacaba el cajón de juguetes para vestir muñecas. Enterada la madre, ante el primer embarazo, se lo escondió. Veintitrés hijos parió. Solo cinco se malograron. A los cincuenta años, la cabeza perdida, Ana preguntaba: «¿Quién me ha quitado mi cajón de juguetes?».

Ayer no más, a principios del siglo XIX, en la Gran Aldea.

El hombre de la estación

Mirando al sur

.....

.....

Mi nariz empañando el cristal, la vidriera de aquella tienda abarrotada de juguetes, y en medio, resplandeciendo, la maqueta de trenes.

Yo era un niño pobre, tan solo podía pasarme horas imaginando escenas al compás de los vagones, que arrancaban y se detenían. Han pasado cuarenta años, pero lo recuerdo como si fuera ayer.

Por eso me encanta venir a las estaciones, llenas de gente, planear historias, y algunas veces, convertirlas en realidad.

Ahí viene el de las siete y media... a ver... el hombre de la camisa a cuadros... la rubia del bolso marrón... no sé... a quién empujar a la vía.

Épica de los literautas

A. Pantaleón

.....

.....

Reverso de las dimensiones conocidas¹, los nuevos juguetes² y la pareja Red³ que con ellos fue posible urdir supusieron la entronización definitiva de Ya⁴ a la cúspide de los indiferentes altares.

Atrapados en ese instantáneo laberinto de laberintos, contenedor de todo en la nada⁵, preservadores del culto a Ayer⁶, hacedora de la Memoria facilitadora de la Sabiduría fertilizadora de las Culturas almas del espacio y del tiempo, para luchar en contra de lo que presienten como infame amenaza de implosión universal⁷, constituyeron la secta de los literautas ajenos a la conciencia de forjar otra recurrente y estéril paradoja.

1 Entiéndase largo, alto, ancho y tiempo.

2 También conocidos como nuevas tecnologías.

3 Internet.

4 En la mitología contemporánea, diosa cuyos acólitos suman legión.

5 Entiéndase, la Red.

6 Deidad menor en la ya señalada mitología contemporánea.

7 El Universo comprimido en un punto, en una simple e insignificante Aldea Global.

Mariposas nocturnas

Rayen

.....

.....

Al amparo de un farol, esperaban retocándose el maquillaje; los autos se detenían, hasta que ella quedó sola, sintió que la noche se hizo más oscura, más angustiada; caía sobre sus hombros el furor de su hombre codiciando el dinero.

De pronto en un arranque libertario se quitó la peluca y junto con un amuleto, recuerdo de un ayer con muchos menos años, los lanzó contra suelo y abandonó el lugar.

Era la madrugada cuando los pasos de su hombre se detuvieron para recoger un pequeño talismán; talismán que reconoció enseguida... Lo tomó y lo apretó en su puño, los músculos de la cara se contrajeron, su mirada se endureció y en una explosión de ira pisoteó la peluca.

Se devolvió sobre sus pasos, buscando en el fondo de sus bolsillos algún billete olvidado, para comprar una botella de vino.

Mientras caminaba en dirección al río Mapocho, su cuerpo se iba desfigurando, el otrora cafique de renombre, orgulloso de la pinta de cuero, sobre una moto street de 125 cc; con más de seis putas que lo mantenían.

Cuando llegó a la costanera del río encontró un grupo de muchachos, cantando rancheras y rap, acompañados de guitarra, a medida que la caja se iba desocupando, el desparpajo iba aumentando, hasta que se integró con su voz al grupo. De pronto el canto se convirtió en llanto, se fue y mientras se alejaba los raperos

le gritan: «¿Tienes hambre abuelo?».

—Maldita, mal agradecida, murmuraba mientras se empinaba la botella de vino.

Desesperado de hambre, buscó en el ropero algo que vender y encontró las pulseras y anillos de oro; los zapatos blancos y la casaca de cuero, metió todo en una bolsa y salió a visitar a sus conocidos.

Cuando ya no quedaba nada que vender, entonces decidió pedir limosna en una esquina, pero nada resultaba.

—Qué difícil es ganarse la vida, sin una puta, dijo rascándose la cabeza llena de piojos.

Ahora no sabía como vivir, unos pasos más allá, estaba la respuesta, un ciego, con un tarro lleno de monedas. Entonces, él comenzaba a caminar de manera errante, con unos lentes oscuros y un tarro... esa era la forma.

Una noche se sentó en la vereda a contar las monedas, cuando le pareció escuchar una risa conocida, levantó la cabeza y lo primero que vio fueron unas piernas que caminaban, con un tatuaje que nunca podría olvidar, quiso ponerse de pie y hablarle, pero venía del brazo de un hombre muy elegante, cuando estuvieron cerca, ella metió la mano en su cartera y le dejó en el tarro un puñado de monedas.

Los juguetes de hoy

Féli Eguizábal Fernández

.....

<http://felieguizabal.blogspot.com>

.....

Fuera, ha nevado. Las temperaturas son bajas, y el viento aumenta la sensación de frío, pero Jesús, esperanzado, continúa asomado al ventanuco, aguantando las inclemencias que a través del plástico deteriorado se van colando en la casa.

María, al amor de cocina de leña, prepara la exigua cena mientras su marido trabaja en el establo. Se avecina una ventisca y los relámpagos seguidos de truenos alarman a la mujer.

—¡José! ¿Has visto ese destello? José, esta noche se está desencadenando una gran tormenta, tenemos que resguardar a los animales de la ventisca ¡José! ¿Dónde estás?

—Mamá escucha, no es una tormenta como la de ayer, solo se ve centellear una luz en la oscuridad de la noche, no hay ruido de truenos, vamos a mirar por la ventana a ver qué pasa —comenta Jesús, que entusiasmado no oía el estruendo de la velocidad de la luz.

Los vanos están tapados con plásticos, no son transparentes como los cristales y no se distingue nada, María sigue la corriente a su hijo.

—¿Dónde está tu padre?

—María, tranquilízate. Hoy ha ocurrido algo extraordinario.— interviene José—. Los reyes magos han pasado por esta casa, he salido para darles algo de comer, y puedan seguir su camino.

—¿Los Reyes Magos?, ¿Dónde están? Quiero verlos, ison el gran sueño de mi vida!

—Verás hijo, son Magos y saben que eres un niño muy bueno, por eso han pasado por aquí para dejarte los juguetes que les pediste. No puedes verlos porque perderían su magia y no podrían traerte más presentes.

—¡Pero papá, tengo que verlos! De lo contrario ¡Nunca sabré como son!

—Tienes que imaginártelos y guardar esa ilusión en tu corazón, de esa manera siempre los conocerás.

—Mira papá, que paquete tan bonito me han dejado ¡Pero no hay turrón!

—No, ellos son sabios, saben que has cenado una buena sopa caliente con una garrita de pollo, por eso te han dejado ese obsequio, y el turrón se lo han llevado a otro niño que no tenia qué cenar.

—¡Claro papá! ¿Puedo abrir el paquete?

—Consévalo así hijo, guárdalo con tu sueño.

María contemplaba la escena un tanto apenada. La tormenta había destrozado el ventanuco y gastaron sus ahorros en repararlo. Una vez más, tuvieron que sacrificar regalos de reyes.

Jesús, manteniendo su alegría delante de sus padres, recogió el paquete y con lágrimas en sus ojos, lo guardó bajo su cama, con la esperanza puesta en el próximo año.

Muñeca de trapo

Sajoraleirbag

.....

<http://wattpad.com/user/Sajoraleirbag>

.....

Mila, al igual que todos los días, se levantó de un salto para correr hasta el pasillo donde estaban sus muñecas. Para ella, no había mejor modo de despertar.

Acunaba a uno de sus juguetes favoritos cuando reparó en que Minny, su muñeca de trapo no estaba sobre la mesa. Cruzó sus brazos regordetes en torno a su pecho y gruñó llena de tristeza.

¿Dónde estaba Minny? ¿Quién se la había llevado? Caminó lentamente hasta el cuarto de su madre con sus ojos fijos en el suelo de madera. La niña de cinco años sentía que había perdido una parte de ella.

—Mamá —gritó en medio de un sollozo cuando abrió la puerta de la habitación del cuarto de Lucinda—. Mi muñe... —La niña se detuvo al observar que encima del escaparate de su madre reposaba su juguete.

La madre, al percatarse de la intención de su hija, colocó sus manos en torno a sus caderas y le dedicó a la niña una mirada de reproche.

—Ayer jugaste con ella en el patio y le manchaste el vestido —la regañó la mujer—. Es por eso que la he guardado para que no la dañes.

Mila se llevó una mano al pecho con una mueca de horror como si le hubiesen clavado un puñal. Su madre no parecía dispuesta a entregarle su más preciado tesoro así que optó por salir corriendo

hacia su cuarto.

Las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos negros, se sentía perdida. Parecía que su madre no entendía el significado de la palabra juguete. Milagros entendía por Juguete un objeto que está destinado para jugar, alejarla de ella, apartar a Minny de ella era un castigo, uno imperdonable.

—La odio —susurró juntando sus manos y apretándolas con fuerza.

Lo que su madre no sabía era que el juego no había acabado. Cuando se fuera al trabajo, rescataría a Minny de las garras del dragón que custodiaba la torre y llevaría a su pequeña al patio a jugar con las flores.

Sólo debía esperar, la paciencia era un don, o eso era lo que decía Lucinda cuando no quería comprarle un juguete.

Secuestro malintencionado

Libertad Zaid

.....

.....

Ayer, unos hombres armados le obligaron a dejar su vida. No tuvo ni tiempo de terminar las compras; le cubrieron la cabeza y un auto se lo llevo. Aun aturdido, fue abandonado en una pieza inmundada, enjaulado, como las bestias. Él no sabía por qué.

Todo el mundo le entregaba su odio de alguna manera. Los de azul, en insultos; los de naranja no paraban de agredirle y los de traje le eran indiferentes. Mas, los peores eran los invisibles dentro de su cabeza que jamás tomaban descanso.

Tal vez fuera que en su interior sentía algo roto; tal vez o simplemente, era estar frente al hombre del martillo. El hecho era que las lágrimas salieron prófugas.

—¡Señor!, yo no he sido. Ellas... las voces, ise han burlado de mí!, isoy su juguete, su víctima!

Pero ya era tarde, el martillo ya había caído.

Será nuestro secreto

Cryssta

.....

.....

No quiso ir al entierro para evitarle ver a los inocentes hijos la alegría que sentía por la muerte de su padre. Pensó que se había librado de él, mas el destino cruel la enfrentó esa mañana con el juguete que le había regalado años atrás como pago por su silencio. Revivió el ayer una vez más.

Cogió un martillo y descargó años de furia contenida sobre la muñeca de porcelana haciéndola mil añicos. “Polvo eres y en polvo te convertirás”, pensó con amargura.

Mañana hablaría con la mujer del finado y cerraría el círculo.

Aventuras sobre un colchón

El Ciervo Alado

.....

.....

Deslicé mi dedo sobre su piel perfumada y suave y posé mis labios en su cuello. Él rió como si abrazara uno de sus simpáticos juguetes y entonces lo tomé de la cintura. Hice que se apoyara en mi pecho y comenzamos a revolcarnos en la cama. Con esos movimientos el colchón crujió y luego la enfermera irrumpió en la sala para vacunar al bebé.

El ayer había quedado en el olvido... hoy repetía los mismos movimientos.

Te vi ayer

Valeria

.....

.....

Ella lo observaba constantemente. No es que fuese acosadora pero era inevitable fijarse en él cuando pasaba con una hermosa sonrisa adornándole el rostro. O cuando caminaba rodeado de amigos, contándoles historias que ella pagaría por escuchar.

Sin embargo, siempre existirían momentos de desdicha en que debía observarlo en pareja con el único consuelo de la imaginación. Y sin importar lo acostumbrada que estuviese a su indiferencia, algo dentro de ella aún seguía rompiéndose.

Estaba destinada a ser invisible a sus ojos, solo un juguete más entre una colección. Pero seguía observándolo a pesar de todo porque no hacerlo la entristecería aún más.

Ya no esperaba una conversación, un breve “te vi ayer” era suficiente.

El tiempo no borró su herida

Gladys Ruibal

.....

.....

Despertó al oír que la llamaba. Lo buscó en su habitación, pero no lo encontró.

A simple vista parecía que todo estaba en orden. Los juguetes, sus libros de cuentos y hasta su gorra estaba allí. Sintió alivio.

Había días en los que no recordaba lo sucedido.

El hoy, el ayer y el mañana no tenían ningún sentido para ella.

Todos le decían que lo iba a superar, que el tiempo lo cura todo.

Pero estaban equivocados. Su vida se fue con él aquel día del accidente y el tiempo no pudo aliviar su dolor.

Hecha con tus manos

Ciudadano de Mastia

.....

.....

Ayer, volaba la cometa de papel de seda; rojo a contraluz el cielo te devuelve. Trenza de doncella que se mece al viento. Alegría en la cara y sonrisas al aire; planea tu juguete.

Cordón umbilical que sujeta la obra hecha con tus manos, orgulloso del portento: cañas, papel, cola...; crearon tu juego. ¡Corre, que sube más alta! Campo y sol vestidos de primavera y, a ti, de felicidad lleno.

Hoy, ya tarde, ese viento mueve el escaso pelo gris del jugador, que no puede levantar la cabeza para mirar al cielo. Y otro niño juega: plástico, nailon, fibras..., vuelan con el viento.

¿Realidad virtual?

María José Triguero

.....

.....

Después de cinco años, hoy me encontré con María. Llevaba a un niño de la mano. Era un niño rubio, de unos cuatro años, de aspecto saludable, como los que aparecen en las típicas películas de familias felices. Me incliné para recogerle su juguete que se había caído en la acera, creo que una jirafa de trapo. Cuando mi mirada se cruzó con sus ojos de un azul intenso, irreal, una puñalada me atravesó el corazón. Entonces volví a recordar aquellos días en que nuestros pasos —los de María y los míos—, caminaban a la par y nuestros sueños se orientaban hacia el mismo proyecto vital.

Éramos más jóvenes, más ingenuos, teníamos ilusión por bebernos el día hasta el fondo, queríamos arreglar el mundo a golpe de amor, creíamos que el amor era algo fuerte, sólido, algo en lo que valía la pena asentar nuestra vida, nos sentíamos afortunados, estábamos dispuestos a luchar, a superar las adversidades, a no dejarnos intimidar por el fantasma del paro, la pobreza y las dificultades. Creíamos en nosotros y en nuestro amor. Todo era perfecto bajo el sol.

Recuerdo nuestra vida en común desde el primer día en que nos conocimos en la fila de la facultad de periodismo para hacer la matrícula. No sé por qué, pero empezamos a hablar de física cuántica, a ambos nos apasionaba ese tema, sentíamos verdadera obsesión por comprender sus inextricables misterios, nos maravillaba que una partícula pudiera estar a la vez en más de un sitio, en todos los sitios, la misma partícula, era algo sorprendente, algo para lo que una mente corriente no estaba preparada y, sin

embargo, era una verdad tan absoluta como el día y la noche. Nos extrañaba el haber coincidido en ese peculiar interés; la gente que conocíamos no solía compartirlo. Decidimos que eso era una señal y que debíamos unir nuestras vidas. Jugábamos a escondernos bajo las sábanas o detrás de las cortinas y a sorprendernos con la explosión festiva de nuestra risa, simulando asombro al descubrir nuestra presencia, y nos burlábamos de nosotros mismos preguntándonos: “¿Cómo no nos veíamos si como seres cuánticos, estábamos en todas partes?”.

¿Qué ocurrió después para que el mundo cambiase? De repente todo se vino abajo. Al parecer nos cansamos de mantener en vilo nuestro amor sin otro apoyo que la ilusión, la esperanza y el optimismo. Quizá se nos agotó la fuente de energía que alimentaba nuestra convivencia. Palmo a palmo la prosaica realidad le fue ganando el terreno a la “realidad virtual” en la que vivíamos inmersos, el estómago le ganó la partida al corazón y se acabó nuestro juego.

Un día, bajando la mirada, María me anunció que se iba. Por lo visto había conocido a alguien... Ocurrió sin más, había sido algo inesperado y “para nada” premeditado, un “flechazo, un arrebato de pasión”, al parecer, similar a lo nuestro pero más fuerte todavía. Dijo que lo lamentaba, el hacerme daño, vaya. Que yo siempre sería su primer amor, que nunca me olvidaría, etcétera, etcétera. Creo que me dijo que él era un empresario importante, un hombre con cabeza, con experiencia; intuí que se trataba de un hombre más mayor y con mucho más dinero, un hombre con un sólido pasado a sus espaldas y un porvenir halagüeño que ofrecerle, lleno de seguridad material y de estabilidad emocional, aburrido y metódico, amante de la belleza y capaz de comprar todo lo bello que se le antojase, como a María, a mi María...

Le deseé felicidad y me lamí las heridas en un rincón durante una buena temporada, llorando su ausencia sobre mi almohada

y repitiendo su nombre con desesperación. Luego el tiempo se encargó de volver las cosas a su lugar y de suavizar mi dolor.

Y esta mañana, como tantas otras, yo caminaba por una calle del centro en busca de una dirección que me habían proporcionado donde poder ganarme el sustento con unas clases particulares. Iba tranquilo y relajado, pensando que todo saldría bien y que no había ninguna razón para no disfrutar del hermoso día. De pronto su presencia me deslumbró como un destello de luz. Apenas había cambiado. Su rostro seguía teniendo la misma expresión dulce y serena que me cautivó el corazón la primera vez. Su pelo estaba distinto, más rubio y más corto quizás. Llevaba un vestido blanco con flores diminutas que resaltaba el tono dorado de su piel. Quedé hipnotizado ante ella y casi perdí la respiración.

Cuando nuestras miradas se cruzaron no supe qué decir. “Esto debe de ser un sueño”, pensé. Casualmente, en ese momento al niño se le cayó el juguete de la mano. Ella dirigió la vista hacia la acera y yo aproveché apenas unos segundos para recrearme en su belleza. El tiempo se detuvo en ese momento. En mi mente volvieron a transcurrir en esos segundos todos los instantes vividos a su lado, como cuando en una película aparecen imágenes a cámara lenta, hasta que mis ojos, atraídos por el incidente del juguete, también se dirigieron a ese punto, devolviéndome a la realidad... pero, ¿a qué realidad? Tomé el juguete y se lo entregué al pequeño con una sonrisa. Sus labios me la devolvieron y sus ojos me miraron con expresión alegre y confiada. Fue un instante fugaz, una décima de segundo, un momento suspendido en el tiempo en el cual no eres consciente ni siquiera de tu propia existencia, una existencia tan fugaz y efímera como una millonésima de segundo, si la comparamos con la inmensidad del tiempo y del espacio ¿Era yo realmente el que extendía mi mano hacia ese niño? Un niño que podría haber sido nuestro hijo de haber seguido juntos, ¿o era mi yo del pasado que soñaba encontrarme con ella después de vivir en soledad? Aunque desde el punto de vista de la física cuántica, ¿no

es posible que yo fuera ese niño que ahora caminaba de la mano de María, de mi María?

Ocaso

Ana María Lorusso

.....

.....

Entre soles y lunas pasó el tiempo.

En un suspiro el hoy es ayer, lo domina todo.

Un presente difícil de transitar, un futuro inexorablemente incierto, doloroso.

Juguete de la vida que azarosamente pasa a ser objeto de melancolía.

Proyecto Literautas

Si te gusta escribir

Literautas está dedicado a todos aquellos a los que les gusta escribir y quieren disfrutar del proceso de la escritura.

Además del taller “Móntame una Escena”, libros de escritura y aplicaciones móviles para ayudar a tu inspiración, en Literautas.com podrás encontrar muchas otras cosas: un club de lectura, foros para escritores, ejercicios de escritura, consejos, apuntes, tutoriales y otros recursos sobre el arte de contar historias.

¡Te esperamos!

www.literautas.com

facebook.com/Literautas

twitter.com/literautas